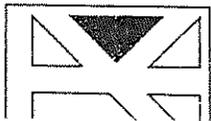


**\*\*Volumen doble**

La tendencia a contemplar la historia exclusivamente desde la perspectiva de los vencedores explica en gran medida la poca atención que usualmente se presta a los ANARQUISTAS RUSOS; ahora bien, ni el éxito es la única medida de valor de una ideología, ni la crónica de la Rusia contemporánea puede escribirse sin referencias a la corriente ácrata. Como sucediera anteriormente en otros países, el anarquismo que rebrota en Rusia a comienzos de siglo y se extingue en la década de los veinte —tal es el marco histórico del estudio de PAUL AVRICH—, constituye respuesta a las profundas alteraciones que en la estructura social produce la revolución industrial acelerada. No se trata, sin embargo, de una pura importación de ideologías y estrategias; el legado occidental entronca con una larga tradición de revueltas campesinas, se funde con las contribuciones teóricas de Bakunin, Kropotkin y el populismo ruso, y cobra una especial virulencia terrorista en el contexto represivo de la autocracia zarista. La revolución de 1905 despierta las esperanzas de los libertarios; pero su incapacidad para el trabajo organizativo y su falta de contacto con el movimiento obrero hacen que su participación en el levantamiento de las masas sea secundaria. Tras los duros años que siguen al aplastamiento insurreccional, la oleada de 1917 revitaliza el movimiento anarquista; en medio del desorden que acompaña a la Revolución de octubre y a la guerra civil, los militantes libertarios tratan de llevar a cabo su programa de acción directa (destrucción de las instituciones estatales, transferencia de la tierra y de las fábricas a los trabajadores, control obrero de la producción, creación de comunas en el campo y en la ciudad, milicias populares), sin aceptar ningún compromiso en su camino hacia la Edad de Oro de la libertad y la igualdad plenas. La consolidación del poder bolchevique irá progresivamente minando las bases del movimiento anarquista; la revuelta de Kronstadt significará su sentencia de muerte definitiva y la eliminación de toda huella de su ideología en las instituciones soviéticas.

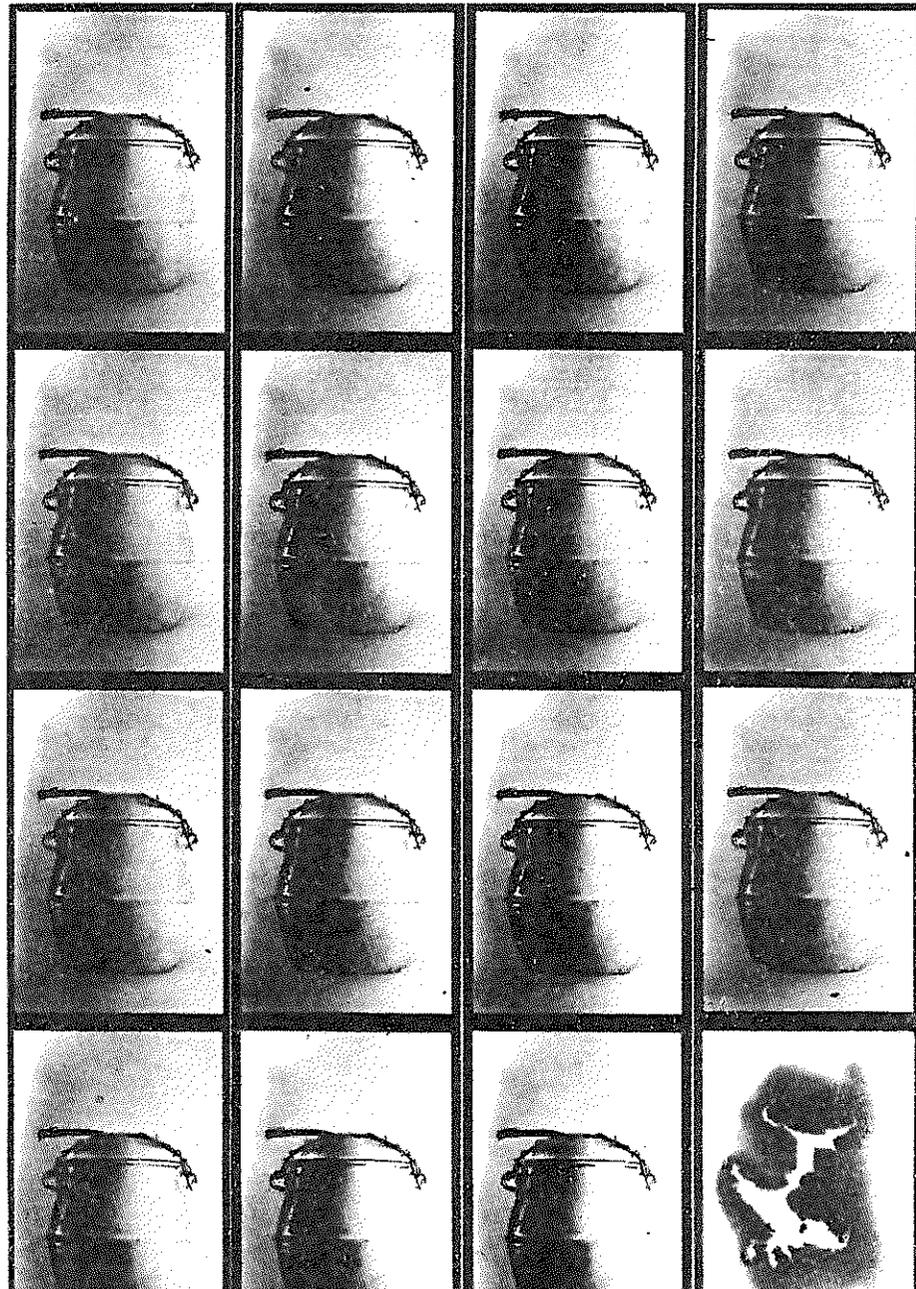


Cubierta Daniel Gil

Paul Avrich **Los anarquistas rusos**



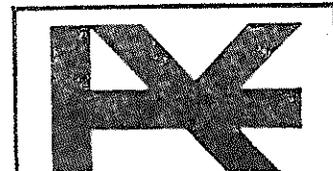
# PAUL LOS AVRICH ANARQUISTAS RUSOS ALIANZA EDITORIAL



Sección: Humanidades

Paul Avrich:  
Los anarquistas rusos

El Libro de Bolsillo  
Alianza Editorial  
Madrid



Quiero expresar mi más sincera gratitud a Geroid Tanquary Robinson, profesor de Historia de la Columbia University, que dirigió e impulsó mi estudio sobre la historia de la Rusia moderna. También estoy en deuda con James Joll, del St. Anthony's College, Oxford, y con el profesor Alexander Erlich, del Russian Institute de la Columbia University, que leyó el manuscrito y me hizo sugerentes y constructivas críticas del mismo. Además, Max Nomad leyó también la mayor parte del manuscrito y me permitió amablemente consultar documentos y publicaciones que se encuentran en su posesión, y que son difíciles de hallar de otro modo. También tengo que dar las gracias a la princesa Alexandra Kropotkin, a Boris Yelensky y a los editores del *Freie Arbeiter Stimme*, en Nueva York, Isidore Wisotsky, Morris Shutz, y finalmente Leibush Frumkin, que me facilitó sus datos y recuerdos personales de los hombres y los acontecimientos que aquí aparecen; así como a Judith Maltz, Rose Pesotta, Senya Fleshin, John Chernyi, e Irving Abrams, que tuvieron la suficiente paciencia para aguantar mis preguntas y poner a mi disposición documentos y fotografías que no hubie-

- © Princeton University Press, 1967  
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1974  
Calle Milán, 38; ☎ 200 0045  
ISBN: 84-206-1547-1  
Depósito legal: M. 32.975-1974  
Papel fabricado por Torras Hostench, S. A.  
Impreso en A. G. Ibarra, S. A. Matilde Hernández, 31. Madrid  
Printed in Spain

ran podido obtenerse en ningún otro lado. No hace falta decir que la única responsabilidad por este volumen me afecta exclusivamente a mí.

Por su valiosa ayuda a la hora de encontrar los materiales pertinentes, me encuentro en deuda con Lev Magevsky, del Archive of Russian & East European History and Culture, Columbia University; con Hillel Kempiski y Lola Szafran, de los Bund Archives del Jewish Labor Movement; Edward Weber y Marjorie Putnam, de la Labadie Collection; Rudolf de Jong y L. J. van Rossum, del International Institute of Social History; con los equipos de las bibliotecas de Hoover, Columbia y Harvard, la New York Publishing Library, la Biblioteca del Congreso, el Yivo Institute of Jewish Research, la Biblioteca Tamiment, el Museo Británico y las Bibliotecas Lenin y Saltykov-Schedrin de la Unión Soviética. Finalmente tengo que señalar mi profundo agradecimiento a la American Philosophical Society, el American Council of Learned Societies, el Social Science Research Council, la Fundación Ford y a la Ciudad Universitaria de Nueva York por facilitarme las visitas a todos estos archivos y bibliotecas.

Aunque ya en los tiempos antiguos puede encontrarse la idea de una sociedad sin Estado, el anarquismo, como movimiento organizado de protesta social, es un fenómeno comparativamente reciente. Al aparecer en Europa durante el siglo XIX y comienzos del XX representó, fundamentalmente, lo mismo que el liberalismo y el socialismo, una respuesta al proceso acelerado de centralización política y económica que la revolución industrial trajo consigo. Los anarquistas compartían con los liberales una hostilidad general hacia el gobierno centralizado, y con el socialismo una profunda aversión frente al sistema capitalista. Pero no abogaban por el «reformismo, parlamentarismo y doctrinarismo irremisible» de sus competidores; sólo barrer a la «civilización burguesa», con su progresiva regimentación e insensible indiferencia ante el sufrimiento humano podría satisfacer su «ansia por lo absoluto»<sup>1</sup>. Tras dirigir su ataque contra el Estado y el capitalismo como las instituciones determinantes de la opresión y explotación, los anarquistas convocaban a una revolución social que aboliría toda autoridad política y económica y que conduciría a una sociedad descentralizada basada en la cooperación voluntaria de los individuos libres.

En Rusia, en la transición del siglo XIX al XX, lo mismo que en Europa occidental varias décadas antes, la llegada de la revolución industrial y la subsiguiente dislocación social dio origen a un movimiento anarquista militante. No es extraño, por lo tanto, que los anarquistas rusos se encontrasen debatiendo muchos de los problemas que hacía bastante tiempo habían preocupado a sus camaradas de occidente, particularmente las relaciones entre el movimiento anarquista y la recién nacida clase obrera, y el papel del terrorismo en una revolución que se anunciaba como inminente. A pesar de estar en deuda con sus predecesores de Europa occidental, el anarquismo ruso se encontraba profundamente enraizado en una larga tradición de radicalismo nativo cuyo origen histórico se remonta hasta las revueltas campesinas de Stenka Razin y Emelián Pugachov, una tradición que estuvo a punto de alcanzar su clímax en las revoluciones de 1905 y 1917. El credo social propagado por los anarquistas rusos era en sí mismo una curiosa mezcla de elementos occidentales e indígenas. A partir de sus orígenes occidentales con Godwin, Stirner y Proudhon, se filtró posteriormente a través de los prismas del bakuninismo, kropotkinismo y populismo nativo, hasta llegar a adquirir un tinte específicamente ruso. El carácter del anarquismo ruso, por otra parte, estaba determinado por el contexto represivo en que había nacido. El zar Nicolás II, al frustrar todos los esfuerzos de los miembros ilustrados de la sociedad rusa para reformar la autocracia y eliminar la miseria social y económica, impulsó a sus oponentes a buscar la salida en el frenesí del terrorismo y la violencia.

El anarquismo ruso floreció y decreció de forma paralela a la totalidad del movimiento revolucionario. Cuando estalló la rebelión de 1905, los anarquistas la saludaron jubilosamente como el levantamiento espontáneo de las masas, previsto por Bakunin una generación antes, y ellos mismos se lanzaron a la palestra con las pistolas y las bombas en la mano. Sin embargo, al no ser capaces de levantar una organización coherente o de introducirse de forma significativa en el creciente movimiento obrero, continuaron siendo una desarticulada colección de ruido-

sos grupitos cuyas actividades tuvieron un impacto relativamente secundario sobre el curso del levantamiento. El carácter episódico de la primera lección de este libro es, al menos en parte, un reflejo del caos reinante en el movimiento anarquista durante sus años de formación. Después de la represión de la revuelta de 1905, el movimiento cayó en el letargo, hasta que la Primera Guerra Mundial creó las condiciones para un nuevo levantamiento. Entonces, en 1917, el repentino colapso de la monarquía y el posterior derrumbamiento de la autoridad política y económica, convenció a los anarquistas de que ya había llegado el momento definitivo, y ellos mismos asumieron la tarea de destruir lo que quedaba del estado y de transferir la tierra y las fábricas al pueblo.

Los anarquistas rusos han sido ignorados durante mucho tiempo por aquellos que ven la historia desde la perspectiva de los vencedores. Pero el éxito político no es, bajo ningún concepto, la única medida del valor de un movimiento; la creencia de que las causas que triunfan tendrían que ser las únicas de interés para los historiadores conduce, como James Joll observó recientemente, al menosprecio de muchos aspectos del pasado que son estimables y tienen interés, y reduce nuestra visión del mundo<sup>2</sup>. Así, si uno trata de evaluar el verdadero alcance y la complejidad de la revolución de 1917 y los acontecimientos que sucedieron posteriormente, es imprescindible tener en cuenta el papel que jugaron los anarquistas. Durante el desorden de la insurrección y de la guerra civil, los anarquistas intentaron llevar a cabo su programa de «acción directa» —control obrero de la producción, creación de comunas libres en el campo y la ciudad, guerra partisana contra los enemigos de la sociedad libertaria. Ellos actuaron como la punta de lanza de la rebelión total, sin tolerar ningún compromiso en la tarea de liquidar el gobierno y la propiedad privada, rechazando todo lo que no fuese la Edad de Oro de la libertad y la igualdad plenas. Al final, sin embargo, un nuevo despotismo se levantó sobre las ruinas del viejo, y el movimiento anarquista fue aplastado. Los pocos que sobrevivieron, aun sufriendo el desconsuelo de la derrota, persistieron en la convicción de

que, a pesar de todo, su idea de la utopía sin estado acabaría triunfando. «El bolchevismo pertenece al pasado», escribiría Aleksandr Berkman en 1925, cuando sus camaradas estaban en la cárcel o en el exilio. «El futuro corresponde al hombre y a su libertad»<sup>3</sup>.

## I. El pájaro del trueno

Ha llegado el momento, algo gigantesco cae sobre todos nosotros, una potente, saludable tormenta se está concentrando; se aproxima, ya está cerca, y pronto limpiará nuestra sociedad de su indolencia, de su insensibilidad, de sus prejuicios contra el trabajo y de su inmundo aburrimiento.

BARON TUZENBAJ, en las *Tres hermanas*, de CHEJOV

A comienzos del siglo xx, el Imperio Ruso entraba en una era problemática, en un período cataclísmico de guerras y revoluciones, que estaba destinado a dejar en ruinas el viejo orden. Hacía ya bastante tiempo que la oposición a la autocracia preveía la llegada de una tempestad destructora. Varias décadas antes de que Nicolás II ascendiese al trono, Mijail Bakunin había sentido que la atmósfera de Rusia se estaba recargando con tormentas de fuerza devastadora, y más de una vez Aleksandr Herzen pensó que él llegaría a oír los lamentos y quejidos provocados por una inmensa debacle<sup>1</sup>. Las reformas de Alejandro II aclararon momentáneamente los aires, pero después del asesinato del emperador en 1881, las nubes oscuras de la reacción envolvieron de nuevo al país. Al doblar el siglo, eran pocos los que no pensaban que el viejo régimen estaba en vísperas de un cataclismo. El aire parecía llenarse de augurios y presentimientos. En un poema recitado por muchos labios, Máximo Gorki predecía que EL PAJARO DEL TRUENO haría su aparición en los cielos «como un relámpago negro», prelu-

dio de una inmensa tormenta presta a estallar sobre la tierra rusa <sup>2</sup>. El PAJARO DEL TRUENO se convirtió en un símbolo para los rusos de todas las condiciones —para algunos el símbolo de la calamidad que se acercaba, para otros el de la inminente salvación.

Pero Nicolás II continuó negándose firmemente a atender a las señales de peligro. Se mantuvo inamovible en su determinación de preservar la autoridad tal y como había hecho su padre antes que él. Bajo el hechizo de su reaccionario consejero Konstantín Pobedonóstsev, el Procurador del Santo Sínodo, el zar ahogó los impulsos constitucionales de los miembros ilustrados de la sociedad. Rechazando como «sueños sin sentido» sus desesperadas peticiones para que les concediese una mayor participación en la vida política, colocó su confianza en una pesada armazón burocrática, en un ejército enorme, pero mal preparado, y en una policía política embrutecida.

La mayor amenaza para el *ancien régime* procedía del campesinado. Una catastrófica epidemia de hambre en 1891 había despertado la conciencia de la sociedad rusa sobre la miseria que inundaba el campo. El exceso demográfico y el estancamiento económico persistían en los pueblos, incluso después de la 'emancipación'. En la medida en que los campesinos se multiplicaban (de cincuenta a ochenta millones en una sola generación), el tamaño medio de sus ya inadecuadas propiedades familiares menguaba aceleradamente, de manera que la mayoría se veían obligados a obtener un sueldo adicional alquilando su trabajo en la agricultura o manufactura. Los campesinos ansiaban más tierra y luchaban bajo una carga asfixiante de impuestos y pagos para amortizar el valor de las tierras. Continuaban paralizados por las restricciones a la posesión comunal, muchos años después de que el zar hubiese proclamado que eran hombres libres. En la mayoría de los sitios, la distribución de las franjas dispersas de tierra cultivable se llevaba a cabo cada varios años, y los métodos anticuados de cultivo todavía no habían dado paso a las técnicas agrícolas modernas. Los mujiks continuaban sobrellevando sus vidas primitivas en chozas de madera de una sola habitación y con el suelo de tierra,

que posiblemente compartían con sus cabras y sus cerdos, y subsistiendo de pan, sopa de coles y vodka.

Las provincias negras de la Rusia central, en tiempos el baluarte de la servidumbre, sólo habían sufrido ligeros cambios desde la gran Emancipación de febrero de 1861. En esta región superpoblada, donde abundaban los «pedazos miserables» de tierra, los empobrecidos campesinos trataron de sortear la indigencia organizando, en sus antiguas cabañas, manufacturas de clavos, de sacos, de cuchillos y otros pequeños artículos. Al concluir el siglo, sin embargo, la producción artesana, duramente acosada por la competencia de las eficientes fábricas de las ciudades industriales que germinaban al norte y al oeste, había entrado en un precipitado declive. Los campesinos, empujados a una oscura desesperación, volvieron sus tristes y toscas miradas hacia los antiguos amos, cuyas tierras ambicionaban ahora más que nunca. En 1901 un terrateniente de la provincia de Vorones se imaginó que podría ver una neblina sangrante arrastrándose sobre su estado, y notó que respirar y vivir se habían hecho más difíciles últimamente, «como antes de una tormenta» <sup>3</sup>. En el otoño de ese año, las regiones agrícolas del sur y del centro produjeron cosechas desastrosamente malas, y en la primavera siguiente los campesinos de las provincias de Poltava y Járkov recurrieron una vez más a las malhumoradas armas de Stenka Razin y Emelián Pugachov —el hacha, las horcas y los incendios—, arrebatando el grano allí donde se encontraba, y saqueando las casas ricas de sus distritos, hasta que las tropas del gobierno llegaron para restaurar el orden <sup>4</sup>.

La miserable condición del campesinado era comparable a la de la clase en aumento de los trabajadores industriales. Esclavos poco antes, los obreros se encontraban arrancados de sus pueblos nativos y amontonados en los escuálidos dormitorios de las fábricas de las grandes ciudades. Víctimas de insensibles capataces y directores de fábrica, con unos salarios miserables, reducidos muchas veces por pequeñas infracciones de las reglas de la empresa, y sin ninguna posibilidad legal de comunicar sus

quejas, los trabajadores sólo con suma dificultad conseguían ajustarse a su nuevo modo de vida <sup>5</sup>.

Además, los obreros de las fábricas estaban afectados por una crisis de identidad. Se sentían empujados en dos direcciones, una que les devolvía a sus pueblos tradicionales, otra que les introducía en un mundo nuevo y extraño que estaba más allá de su comprensión. A comienzos del nuevo siglo, una gran mayoría de los trabajadores de fábricas —especialmente de la industria textil del centro y el norte de Rusia— todavía estaban clasificados legalmente como campesinos. Como tales, mantenían una posesión al menos nominal sobre algunas parcelas de tierra, y estaban sujetos a ciertas reglas de la comunidad, las que la distribución del trabajo permite cuando se está empleado en una fábrica. Estos campesinos dejaban frecuentemente a sus esposas e hijos en el pueblo, al que ellos mismos volvían en la época de la cosecha, o en tiempos de enfermedad o vejez. Su mentalidad campesina se ponía de manifiesto en sus esporádicas explosiones contra la hostilidad a que se veía sometido en la fábrica, más parecidas a los estallidos de un niño que a las huelgas organizadas del proletariado maduro <sup>6</sup>.

Pero al mismo tiempo los obreros iban perdiendo sus vínculos con el campo. La pesada concentración de trabajo en las empresas rusas ayudaba a forjar en los trabajadores un espíritu de comunidad, que sustituía progresivamente las viejas lealtades del pueblo <sup>7</sup>. La peculiar forma de despersonalización que había afectado a los trabajadores comenzaba a desaparecer. Los trabajadores estaban rompiendo con sus antiguas tradiciones y creencias, y asumían una nueva identidad en cuanto grupo social diferenciado frente al campesinado, del que procedían <sup>8</sup>.

El nuevo siglo comenzó con un golpe tan fuerte para los obreros como las desastrosas cosechas que habían sacudido a los campesinos de los distritos rurales del centro. En 1899, tras un período prolongado de expansión industrial, el Imperio de los zares entró en una fase depresiva, de la que tardaría casi una década en recuperarse. La depresión sacudió primero la industria textil de las provincias del norte y del oeste, y se trasladó posterior-

mente con rapidez hacia el sur, envolviendo fábricas, minas, campos de petróleo y puertos, y promoviendo a su paso serios disturbios laborales. Durante el verano de 1903, los obreros petrolíferos de Bakú y Batum tuvieron sangrientos enfrentamientos con la policía, y los paros en Odessa se ampliaron hasta una huelga general, que acabó extendiéndose a todos los centros de la industria pesada de Ucrania, y afectando con particular fuerza a Kíev, Járkov, Nikoláev y Ekaterinoslav <sup>9</sup>.

Una característica destacable en las turbulencias de Rusia fue la inclinación de los elementos sociales descontentos a mezclarse unos con otros, hasta formar mezclas verdaderamente explosivas. Los trabajadores de las fábricas, por ejemplo, al servir de vehículo para las ideas radicales que aprendían en los centros urbanos, rompían el aislamiento de sus pueblos nativos. De manera similar, un rasgo significativo de las huelgas industriales del sur era la frecuente aparición de estudiantes universitarios junto a los obreros en las asambleas, manifestaciones callejeras y choques con la policía.

Los años de crisis económica coincidieron con un período de agitación estudiantil a una escala sin precedentes en la historia de Rusia. Muchos estudiantes se sentían tan marginados del orden social existente como los campesinos depauperados y sus parientes semi-proletarizados de las fábricas. Era corriente que los estudiantes llevaran una vida pobretona en lúgubres habitaciones, amargados por las injusticias del régimen zarista y descorazonados por la inevitable perspectiva de ocupar un puesto insignificante en el aparato burocrático. Incluso los que procedían de la nobleza más rica toleraban difícilmente la política despótica del gobierno o el oscurantismo de los consejeros del zar, que se oponían obstinadamente a cualquier concesión a los principios constitucionales. Los estudiantes sentían profundo malestar ante el estatuto universitario de 1884, que había disuelto sus círculos y sociedades, confinado en oscuras poblaciones provincianas a los profesores liberales, y que había destruido toda apariencia de autonomía universitaria y de libertad académica <sup>10</sup>.

En febrero de 1899, los estudiantes de la Universidad de San Petersburgo, indignados por una advertencia de las autoridades contra la mala conducta durante las fiestas anuales de sus facultades, promovieron un pequeño disturbio, que fue inmediatamente disuelto a golpes por la policía montada. En respuesta, los estudiantes, furiosos, organizaron huelgas y boicotearon las clases. Las manifestaciones de solidaridad se extendieron rápidamente a otras universidades de la Rusia Europea, poniendo fin durante varios meses a la vida académica normal. La situación equivalía a una huelga general de la enseñanza superior, a la que el gobierno respondió expulsando a centenares de estudiantes y reclutando a muchos de ellos en el ejército <sup>11</sup>. Uno de los jóvenes expulsados, cuyo nombre era Karpóvich, descargó su ira asesinando al ministro de Educación, N. P. Bogolépov, a quien responsabilizaba de las brutales medidas tomadas por el gobierno contra los estudiantes. La muerte de Bogolépov —que despertó en todo el mundo el recuerdo del asesinato del zar Alejandro II, llevado a cabo veinte años antes por el grupo de jóvenes populistas conocidos como la Voluntad del Pueblo—, levantó una ola de terrorismo dirigida contra los altos funcionarios del estado. En marzo de 1901, un mes después de la muerte de Bogolépov, un terrorista disparó contra Pobedonóstsev, pero falló el blanco. Al año siguiente, un estudiante descontento hirió mortalmente al ministro del Interior, D. S. Sipiagin, y un obrero llevó a cabo un atentado fallido contra la vida del gobernador de Járkov. En mayo de 1903, otro trabajador con mejor puntería disparó y mató al gobernador de Ufá, que había ordenado a sus tropas abrir fuego sobre un grupo de huelguistas desarmados.

En el fragor de esta violencia, Rusia oscilaba entre dos mundos, uno agonizante y el otro sin fuerza suficiente para nacer. La exasperación de los campesinos, de los obreros y de los estudiantes no podía ser mitigada pacíficamente, ya que no había ni salidas legítimas para sus crecientes frustraciones, ni el Zar quería introducir ninguna reforma desde arriba. Existía una tendencia creciente, entre los atropellados y maltratados, a buscar so-

luciones extremas para las dificultades que se les iban acumulando, especialmente después de la depresión que asestó un golpe mortal a la economía.

Las señales de un levantamiento inminente eran más perceptibles en las provincias localizadas en la periferia del Imperio, donde el descontento social se agudizaba con la persecución nacional y religiosa <sup>12</sup>. A lo largo de cuatro siglos de continua expansión, Rusia había extendido sus dominios sobre Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Georgia, Armenia, Azerbaidzán, y muchas otras nacionalidades. Hasta tal punto que, al acabar el siglo, los no-rusos constituían la mayoría de la población del Imperio. Situadas generalmente en las áreas fronterizas, hasta allí llegaban sin dificultades los ecos del nacionalismo centroeuropeo. Pero, paradójicamente, los estímulos más fuertes para la conciencia nacional de las comunidades nacionales procedían del mismo gobierno ruso. Inspirados por Pobedonóstsev, cuya filosofía política impregnó toda la era de los Románov, Alejandro III y su hijo Nicolás se embarcaron en un programa de rusificación, un intento de forzar a los inquietos habitantes de las provincias fronterizas a que abandonasen sus propias tradiciones nacionales y reconociesen la supremacía de la cultura rusa. Intentando de alguna forma contener los descontentos sociales y nacionales, la rusificación no hizo más que agravar estos problemas en un imperio de carácter multinacional. La cuestión étnica jugó un papel importante en las huelgas de 1902 y 1903 de los obreros petrolíferos transcaucásicos; y en 1904, cuando Nicolás II extendió la rusificación a la fiel Finlandia, que había disfrutado de una serie de privilegios constitucionales desde 1809, el hijo de un senador finlandés asesinó al Gobernador General ruso, N. I. Bóbrikov.

Ninguna minoría nacional o religiosa sufría más las consecuencias de la dura política del gobierno que los judíos. A comienzos del siglo xx vivían en el Imperio unos cinco millones de judíos, principalmente en los Límites de Asentamiento, que se extendían por las zonas fronterizas occidentales, desde el Báltico hasta el Mar Negro. Su situación había sido comparativamente buena du-

rante el reinado, más flexible, de Alejandro II. En su programa de reformas, el zar permitía que aquellos judíos que fuesen comerciantes prósperos, artesanos cualificados, antiguos militares, o los que estuviesen en posesión de un título universitario viviesen fuera de la Reserva. Pero la violenta muerte de Alejandro II, en marzo de 1881, terminó bruscamente con este período de calma y prosperidad relativa para los judíos. La Semana Santa fue la señal para una repugnante ola de matanzas, que alcanzaron a más de cien distritos de las provincias sudoccidentales. Aunque la más mínima demostración de fuerza hubiera detenido inmediatamente las matanzas, las autoridades optaron por inhibirse ante el saqueo y la rapiña, e incluso en algunos casos animaron a los que intervenían en los pogromos<sup>13</sup>. Además de esta barbarie de la población local el gobierno dictó un conjunto de decretos detestables que afectaban a todos los aspectos cruciales de la vida de los judíos. Una serie de «leyes temporales» impidieron a los judíos establecerse en comunidades rurales, incluso dentro de la Reserva, y aunque estas medidas se aplicaban sólo para los nuevos colonos, muchos de los viejos residentes fueron expulsados de sus pueblos de origen y forzados a vivir en ciudades mayores. Se restringió el movimiento entre los pueblos, y se inició la persecución contra aquellos judíos que residían ilegalmente fuera de la Reserva, cuyo tamaño quedó reducido. El Ministerio de Educación introdujo cuotas que limitaban el número de estudiantes judíos en las escuelas secundarias y en las universidades al diez por ciento del cuerpo estudiantil situado en la Reserva, y al cinco por ciento de fuera, excepto en San Petersburgo y en Moscú, donde el porcentaje se reducía al tres por ciento. Los médicos ya no podrían encontrar un empleo público, y se recluyó su servicio en el cuerpo médico del ejército. La admisión de candidatos «no cristianos» a los tribunales quedó sujeta a la aprobación del Ministerio de Justicia, que sólo excepcionalmente permitía la entrada de candidatos judíos. Los judíos no podían participar ni en el *zems'vo* (asamblea rural), ni en los ayuntamientos urbanos. Más adelante, en 1891, las autoridades expulsa-

ron a veinte mil comerciantes y artesanos judíos de Moscú, donde Alejandro II les había permitido establecerse en 1865, y tres años después el establecimiento del monopolio estatal sobre el alcohol privó de su medio de vida a muchos taberneros judíos<sup>14</sup>.

Estas perniciosas regulaciones continuaron en vigor, con algún pequeño cambio, durante el reinado de Nicolás II. La situación de los judíos se hizo desesperada. Amontonados en guetos, sujetos a persecución religiosa, discriminados ampliamente en la educación superior y en las carreras profesionales, con sus antiguas ocupaciones profundamente restringidas, los judíos se enfrentaban al colapso total de su economía y de su estructura social. Tras la depresión de 1899, la inmensa mayoría se vio obligada a vivir en los límites de la depauperación. Carente de equipo moderno y de crédito barato, la pequeña empresa característica de la Reserva se encontró amenazada por la ruina, ante la competencia creciente de la gran industria. Los artesanos empezaban a abandonar su sueño de convertirse en fabricantes independientes, y pasaban a engrosar las filas de los asalariados fabriles o, en los casos menos afortunados, las del abultado ejército de vagabundos (*luftmenschen*) desempleados que vivían precariamente «del aire».

La situación alcanzó su punto culminante poco después de que Viacheslav Pleve sucediese en 1902 al asesinado Sipiagin como ministro del Interior. Antiguo director de la policía de seguridad, y ferviente partidario de la rusificación, Pleve era un inveterado antijudío y un burócrata reaccionario de la peor calaña. Fue Pleve quien, en 1904, abogó por salvar la autocracia instigando una «pequeña guerra victoriosa» contra los japoneses; e idénticas razones le llevaron a dirigir el descontento popular contra los judíos: calificando el movimiento revolucionario como «obra de los judíos» esperaba ahogar la revolución en sangre judía<sup>15</sup>.

La estrategia de Pleve animó a P. A. Krusheván, editor de un periódico antisemita de Kishiniov, capital de Besarabia, a lanzar una campaña de infundios contra los judíos, acusándoles de complots revolucionarios y de crí-

menes rituales y llamando a la población cristiana a vengarse de sus explotadores judíos. El día de Pascua de 1903 estalló el espantoso pogromo de Kishiniov. Durante dos días la policía se mantuvo apartada, mientras los gamberros masacraban a decenas de judíos, herían a varios cientos más, y saqueaban sus tiendas y domicilios. Muchas familias judías se quedaron sin hogar y en la más completa ruina tras el asalto, que cesó en el momento en que las autoridades decidieron intervenir. Pero pocos meses más tarde se desataba una nueva ola de pogromos por toda la Reserva, asolando a Rovno, Kíev, Mogiliov y Gómel <sup>16</sup>.

Fue aquí en las tierras fronterizas del oeste y sudoeste, y principalmente en las ciudades judías, donde nació el movimiento anarquista ruso. La miseria económica, combinada con una intensa opresión nacional, iba a alimentar en estas áreas un fuerte sentimiento nihilista entre obreros, estudiantes y campesinos, sentimiento que les conduciría en muchas ocasiones a los límites más extremos del radicalismo. Ya desde los primeros años de la reacción, bajo Alejandro III, algunos artesanos, intelectuales y obreros fabriles de las provincias fronterizas habían formado círculos dedicados principalmente a la difusión de las ideas radicales. La gran epidemia de hambre de 1891 estimuló el desarrollo de esas organizaciones, que se multiplicaron rápidamente a través de Rusia, convirtiéndose en los núcleos en torno a los que cristalizarían los dos partidos socialistas más importantes —los socialdemócratas, marxistas, y los socialistas revolucionarios, neopopulistas—. Ya en la primavera de 1903, el año de los pogromos, un número considerable de trabajadores y estudiantes de Bialystok, uno de los centros del movimiento radical de la Reserva, empezó a encontrar serias deficiencias en los partidos socialistas, y a abandonar el Bund (la organización de los judíos socialdemócratas), el partido Socialista Revolucionario y el P. S. P. (el partido Socialista Polaco, cuyo credo socialista se vinculaba con una poderosa ideología nacionalista), para aproximarse a las doctrinas más extremas del anarquismo <sup>17</sup>.

Los nuevos anarquistas abandonaron el Bund socialdemócrata por diversas razones, entre las que —y no la más débil— se encontraba la actitud de esta organización contraria al terrorismo; ese tipo de actividades, argumentaban los dirigentes del Bund, solamente podrían desmoralizar a los trabajadores y degenerar el carácter del movimiento obrero <sup>18</sup>. Desafiando esta prohibición de la violencia, algunos pequeños grupos de jóvenes bundistas de base formaron una «oposición radical» dentro del movimiento, y proclamaron un programa de «acción directa» contra el Estado y la propiedad privada. Consiguieron pistolas y dinamita, atacaron a los funcionarios del gobierno, a industriales, policías y *agents provocateurs*, y llevaron a cabo expropiaciones de bancos, de oficinas de correos y de fábricas, tiendas y casas particulares <sup>19</sup>. Estas actividades provocaron un aluvión de críticas procedentes de los dirigentes del Bund, lo que obligó a muchos de los jóvenes terroristas a abandonar la socialdemocracia y seguir las huellas del anarquismo, que favorecía todas las formas de violencia <sup>20</sup>.

Por otra parte, los anarquistas también pensaban que entre los discípulos de Marx había muchos intelectuales que tendían a ahogar en palabrería la voluntad de acción; los debates ideológicos y las luchas intestinas por la dirección política agotaban su propia fuerza, incluso antes de empezar la batalla contra el zar. En el verano de 1903, un grupo recién nacido de anarquistas de Bialystok asistió al II Congreso del Partido Socialdemócrata, un espectáculo defraudante de disputas organizativas y quisquillosidades teóricas, que finalizó con el cisma del movimiento marxista en dos facciones irreconciliables, mencheviques y bolcheviques. Con toda su armazón ideológica, decían los anarquistas, lo que les faltaba a los socialdemócratas eran «propósitos revolucionarios» <sup>21</sup>. En lugar de charlatanería, los *enragés* de Bialystok reclamaban acción directa para acabar con el Estado tiránico, al que consideraban como la encarnación del mal y la causa de todos los sufrimientos de Rusia.

Por otro lado, mientras los anarquistas estaban decididos a desembarazarse inmediatamente del Estado, los se-

guidores de Marx insistían en que los estadios intermedios de la democracia parlamentaria y de la «dictadura del proletariado» eran pasos previos imprescindibles para la sociedad sin Estado. Y ello ponía en evidencia, para los anarquistas, el que las pretensiones de los intelectuales socialistas eran las de retrasar indefinidamente la consecución del paraíso de los trabajadores, con el fin de satisfacer sus propias ambiciones políticas. De acuerdo con los anarquistas, además, los socialdemócratas se apoyaban exclusivamente en la organización de los trabajadores cualificados para emancipar Rusia, y se olvidaban de las masas campesinas y de los trabajadores sin cualificar y en paro, los marginados sociales.

Los anarquistas encontraban también serios inconvenientes en los programas de los partidos socialista-revolucionario y socialista polaco. Aunque admiraban la campaña de terror de los SR contra los funcionarios del gobierno, los anarquistas eran también partidarios de desarrollar el «terror económico», de ampliar la violencia hasta los empresarios y propietarios en general. Además, no estaban de acuerdo con la preocupación de los SR por la cuestión agraria; ni compartían los objetivos nacionalistas de los socialistas polacos, ni la creencia, general entre todos los socialistas, en la necesidad de que existiese alguna forma de gobierno.

En definitiva, los anarquistas acusaban a todos los grupos socialistas de contemporizar con el sistema social existente. El viejo orden, decían, estaba podrido; y la salvación sólo podría alcanzarse destruyéndolo en todas sus raíces y ramificaciones. El gradualismo o el reformismo de cualquier tipo eran completamente inútiles. En su impaciencia por conseguir la utopía sin Estado, los jóvenes anarquistas no tenían el más mínimo interés por los estadios históricos intermedios, ni por las conquistas parciales, ni por ninguna clase de paliativos o soluciones de compromiso. Dejaron de lado a los marxistas y a los SR y se volvieron hacia Bakunin y Kropotkin, en busca de una nueva inspiración. Estaban completamente convencidos de que la pronta aparición en Rusia del PAJARO

DEL TRUENO no era sino el preludio de la implantación del paraíso anarquista<sup>22</sup>.

Los jóvenes anarquistas encontraron que la personalidad de Mijail Bakunin era tan fascinante como su credo. Hijo de nobles terratenientes y educado para ser un oficial, Bakunin había abandonado su linaje y su mundo por la carrera revolucionaria; en 1840, a la edad de 26 años, abandonó Rusia y se dedicó a una lucha inagotable contra la tiranía en todos sus aspectos. Bakunin participó en los levantamientos de 1848 con un irreprimible entusiasmo, destacándose como una figura prometeica que se trasladaba con la marea revolucionaria que avanzó desde París hasta las barricadas de Austria y Alemania. Detenido durante la insurrección de Dresde en 1849, pasa los ocho años siguientes en la cárcel, seis de ellos en las más oscuras mazmorras de la Rusia zarista, las fortalezas de San Pedro y San Pablo y Shlisselburg. Su sentencia fue conmutada por la de deportación perpetua en Siberia, pero Bakunin escapó de sus guardianes y se embarcó en una odisea impresionante por todo el mundo, una odisea que haría de su nombre una leyenda y habría de convertirle en objeto de veneración de todos los grupos radicales de Europa<sup>23</sup>.

La gigantesca humanidad de Bakunin, su entusiasmo infantil, su ardiente pasión por la libertad y la igualdad, su lucha volcánica contra los privilegios y las injusticias, le otorgan un enorme atractivo humano sobre los círculos libertarios. «Lo que más me dolía», escribía Piotr Kropotkin en sus memorias, «era que la influencia de Bakunin se dejaba sentir mucho menos desde su autoridad intelectual que como personalidad moral»<sup>24</sup>. Como fuerza activa en la historia, Bakunin ejerció una atracción personal con la que Marx nunca pudo competir, conquistando un puesto incomparable entre los aventureros y mártires de la tradición revolucionaria.

Pero no fue sólo el magnetismo personal de Bakunin el que consiguió apartar del marxismo a los jóvenes inexpertos de Bialystok y les condujo hacia el campo anarquista. Existían también diferencias doctrinales básicas entre Bakunin y Marx, preludio de las diferencias que

habrían de manifestarse, una generación después, entre los anarquistas y los socialdemócratas, diferencias que se concretaban en la naturaleza de la próxima revolución y en la forma de la sociedad que saldría de ella. En la filosofía materialista dialéctica de Marx, las revoluciones estaban predeterminadas por leyes históricas: eran el resultado inevitable de la maduración de las fuerzas económicas. Por su parte, Bakunin se consideraba a sí mismo como un revolucionario de acción, y «no como un filósofo ni inventor de sistemas, como Marx»<sup>25</sup>, a la vez que rechazaba intransigentemente la existencia de cualquier «idea apriorística, o de leyes preordenadas o preconcebidas»<sup>26</sup>. Para Bakunin no tenía validez el criterio de que los cambios sociales dependían del proceso gradual de maduración de las condiciones históricas «objetivas», y pensaba, por el contrario, que eran los hombres quienes construían su propio destino; la vida de los hombres no podía quedar constreñida a los estrechos límites de las fórmulas sociológicas abstractas. «Ninguna teoría, ningún sistema prefabricado, ningún libro escrito salvará nunca al mundo», declaraba Bakunin: «no me adhiero a ningún sistema, yo soy un auténtico buscador»<sup>27</sup>. La humanidad no tenía por qué esperar pacientemente a que la máquina de la historia se desplegara con el tiempo. Mientras se dedicase a enseñar sus teorías a las masas trabajadoras, Marx sólo conseguiría asfixiar el ardor revolucionario que cada individuo llevaba en su interior —«el impulso a la libertad, la pasión por la igualdad, el puro instinto de rebeldía»<sup>28</sup>. Frente al socialismo «científico» de Marx, su propio socialismo, aseguraba Bakunin, era «puramente instintivo»<sup>29</sup>.

En profundo contraste con Marx, que siempre manifestaba un cierto desprecio racionalista hacia los sectores más primitivos de la sociedad, Bakunin nunca deploró la falta de capacidad revolucionaria de los no-proletarios. Su concepción de la lucha de clases no quedaba reducida a proletarios y burgueses, puesto que los instintos de rebeldía pertenecían colectivamente a todas las capas oprimidas de la población; así, Bakunin compartía la fe populista en las violentas fuerzas latentes en el campo ruso,

con su larga tradición de levantamientos ciegos y crueles, y preveía una revolución totalizante: una gran insurrección tanto en las ciudades como en el campo, que habría de incluir, junto a la clase obrera, a los elementos más oscuros de la sociedad —el campesinado primitivo, el *lumpenproletariat* de los suburbios urbanos, los desempleados, los vagabundos y los sin ley—, todos ellos unidos contra los que medraban con la miseria y la esclavitud de sus congéneres<sup>30</sup>.

La concepción de Bakunin de una guerra de clases total daba paso a otro sector fragmentado y disperso de la sociedad, por el que Marx sólo manifestaba desdén. Bakunin concedía un importante papel a los estudiantes e intelectuales desafectos, separados tanto del orden social vigente como de las masas iletradas. Según Marx, estos intelectuales no constituían, en cuanto tales, una clase social, ni eran tampoco parte integrante de la burguesía; no eran más que las «heces» de las clases medias, un «puñado de *déclassés*» —abogados sin clientes, médicos sin enfermos, periodistas, estudiantes empobrecidos, y similares—, sin ningún papel importante que desempeñar en el proceso histórico del conflicto de clases<sup>31</sup>. En cambio, para Bakunin los intelectuales constituían una fuerza revolucionaria valiosa, «jóvenes enérgicos, fervientes, completamente *déclassés*, sin carrera ni porvenir»<sup>32</sup>. En la áspera lucha entre Marx y Bakunin por la supremacía del movimiento revolucionario europeo, los intelectuales *déclassés*, tal y como los veía Bakunin, estaban resueltos a ocupar su puesto, ya que, en el estado actual de cosas, y tal como éstas se les presentaban, no tenían mucho que hacer, ni podían encontrar otra posibilidad de mejora que una revolución inmediata que demoliera el sistema presente. El papel de los intelectuales en el derrocamiento del viejo orden iba a ser crucial: ellos incendiarían la rebeldía latente del pueblo para convertirla en la hoguera de la destrucción.

Semejante filosofía de la revolución inmediata tenía forzosamente que encontrar la mayoría de sus seguidores en las regiones relativamente atrasadas de Europa, en aquellos países que todavía se estaban dirigiendo hacia

la industrialización, en los que las perspectivas de los *déclassés* eran escasas, donde el proletariado era extenso y pobre, y los obreros estaban mal preparados y desorganizados. En esas circunstancias, la plebe abyecta e iletrada difícilmente podía responder al «gradualismo», o a las complicaciones teóricas del marxismo. Mientras Marx preveía el estallido de un proletariado maduro en las naciones industriales más adelantadas, Bakunin insistía en que el impulso revolucionario era más fuerte allí donde el pueblo no tenía verdaderamente nada que perder, excepto sus cadenas, lo que significaba que el levantamiento tendría que comenzar en el sur de Europa antes que en los países más disciplinados y prósperos, como Alemania<sup>33</sup>. Por consiguiente, durante la febril contienda por la dirección de la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional), los bakuninistas lograron establecer fuertes organizaciones en Italia y en España, áreas en las que los marxistas nunca consiguieron asegurarse un grupo significativo de seguidores.

A la vez que confiaba a los intelectuales un papel decisivo en la futura revolución, Bakunin les prevenía contra cualquier intento de conquistar el poder por su cuenta, a la manera de los jacobinos o de su entusiasta discípulo Augusto Blanqui<sup>34</sup>. Sobre este punto, Bakunin era muy categórico. Solamente la idea de que un puñado de conspiradores pudiese llevar a cabo un *coup d'état* en beneficio del pueblo era, en sus propias palabras, una «herejía contra el sentido común y la experiencia histórica»<sup>35</sup>. Estas eran unas críticas que se dirigían tanto contra Marx como contra Blanqui. Tanto para Marx como para Bakunin, el objetivo final de la revolución era una sociedad sin Estado de hombres libres de las cadenas de la opresión, un mundo nuevo en el que el libre desarrollo de cada uno sería la condición para el libre desarrollo de todos. Pero mientras Marx interponía una dictadura proletaria, que habría de eliminar los últimos vestigios del orden burgués, Bakunin se inclinaba por la completa abolición del Estado. El error cardinal de todos los revolucionarios del pasado había sido, a juicio de Bakunin, el destruir un gobierno para reemplazarlo por otro. La ver-

dadera revolución, por tanto, no conquistaría el poder político; sería una revolución *social*, que liberaría al hombre del mismo Estado.

Bakunin intuía el autoritarismo inherente a la llamada 'dictadura del proletariado'. El Estado, decía, aun si adopta una forma popular, siempre servirá como instrumento de explotación y esclavitud<sup>36</sup>. Predecía la inevitable constitución de una nueva «minoría privilegiada» de sabios y expertos, cuyo nivel superior de conocimiento la capacitaría para utilizar el Estado como instrumento de gobierno sobre los trabajadores manuales e ineducados de los campos y las fábricas. Los ciudadanos del nuevo Estado popular se despertarían bruscamente de sus ilusiones para descubrir que se habían hecho «los esclavos, los juguetes, las víctimas de un nuevo grupo de ambiciosos»<sup>37</sup>. La única posibilidad de que el pueblo escapase a este lamentable destino era la realización de la revolución por sí mismo, una revolución total, universal, brutal, caótica, primitiva, y sin límites de ninguna clase. «Es necesario abolir completamente, en los principios y en la práctica, todo lo que pueda llamarse poder político», ya que, concluía Bakunin, «mientras exista el poder político habrá gobernantes y gobernados, amos y esclavos, explotadores y explotados»<sup>38</sup>. A pesar de su vehemente oposición a las oligarquías revolucionarias, Bakunin siempre se manifestó decidido a crear su propia «sociedad secreta» de conspiradores, integrada por militantes sujetos a «la disciplina más estricta, y subordinados a un reducido directorio revolucionario». Además, esta organización clandestina habría de permanecer intacta, incluso después de que se hubiese efectuado la revolución, con el fin de impedir el establecimiento de cualquier «dictadura oficial»<sup>39</sup>. Los más importantes sucesores de Bakunin, particularmente Kropotkin, encontrarían insostenible este planteamiento contradictorio y extraño de su maestro y, como veremos, acabaron desechándolo.

En la estrategia teórica de Bakunin, la rebelión popular que habría de barrer a todos los gobiernos de la faz de la tierra, no carecía de un lado constructivo. Ciertamente, su más famosa frase había sido la de que «la ur-

gencia por destruir es también una urgencia creadora»<sup>40</sup>. Pero la realidad es que el aspecto constructivo era sumamente nebuloso; una vez abolido el Estado sería sustituido por «la organización de las fuerzas productivas y de los servicios económicos»<sup>41</sup>. Los medios de producción no serían nacionalizados por un Estado obrero, como quería Marx, sino transferidos a una federación voluntaria de asociaciones autónomas de productores, organizada en todo el mundo, de «abajo arriba»<sup>42</sup>. En la nueva sociedad, todo el mundo practicaría el trabajo manual, excepto los ancianos o enfermos, y cada uno sería recompensado de acuerdo con su trabajo<sup>43</sup>. A Bakunin no le interesaba ir más allá de este panorama extremadamente vago; debido a su profundo desprecio por toda especulación nacionalista, rechazaba cualquier posibilidad de definir con mayores detalles sus proyectos del futuro<sup>44</sup>, y prefería confiar en la capacidad creadora que las masas sabrían desplegar en cuanto se hubiesen liberado de la propiedad privada y del Estado.

Por encima de todo, la filosofía anarquista de Bakunin era una protesta ferviente contra todas las formas de poder centralizado, tanto político como económico. Bakunin no era sólo un enemigo del capitalismo, como Marx, sino también un enemigo irreductible de toda forma de concentración del poderío industrial, tanto en manos públicas como privadas. Enraizada en el socialismo «utópico» francés y en la tradición populista rusa, la doctrina anarquista de Bakunin repudiaba a la gran industria como algo artificial, opuesto a la espontaneidad y corrosivo de los genuinos valores humanos. Gracias al espíritu creador de los hombres y las mujeres corrientes, en colaboración con el pensamiento crítico de ciertos individuos, los países atrasados del este y del sur de Europa podrían evitar «el destino del capitalismo»; estas tierras no estaban predestinadas a sufrir la explotación de ninguna autoridad central, ni sus habitantes estaban condenados a convertirse en un ejército de robots. La sociedad descentralizada y libertaria del futuro, con su flexible federación de cooperativas obreras y comunas agrícolas (redimidas de su antiguo autoritarismo pa-

triarcal), podría llevar a cabo la reconstrucción total de los valores sociales, y la regeneración de la humanidad. Para Marx, cuya ideología estaba más cercana al carácter de la industrialización que al de las sociedades preindustriales, estas imágenes anarquistas eran románticas, acientíficas y utópicas, ajenas al camino inmutable de la historia moderna. A juicio de Bakunin, sin embargo, Marx podía conocer la forma de elaborar teorías racionales, pero no poseía el instinto vital de la libertad humana. Como judío alemán, Marx era «un autoritario de los pies a la cabeza»<sup>45</sup>.

Piotr Kropotkin, el sobresaliente discípulo de Bakunin, fue, al igual que su predecesor, un retoño de la nobleza terrateniente, educado en un círculo de gentes de mayor alcurnia incluso que la de las posesiones de la provincia de Tver, donde transcurrió la juventud de Bakunin: los antepasados de Kropotkin habían sido grandes príncipes de Smolensk en la Rusia medieval, descendientes de una rama del clan Rurik, y gobernadores de Moscú antes del advenimiento de los Románov. Educado en el elitista Cuerpo de Pajes de San Petersburgo, Kropotkin sirvió con gran devoción como *page de chambre* del Emperador Alejandro II, y posteriormente como oficial del Ejército en Siberia, destacado en el regimiento cosaco del Amur. Como antes había hecho Bakunin, Kropotkin renunció a su pasado aristocrático por una vida consumida en gran parte en las prisiones y en el exilio. El también se vio obligado a salir de la Rusia zarista en condiciones extremadamente dramáticas, escapando en 1876 —año de la muerte de Bakunin— de un hospital-prisión próximo a la capital, y pasando a Occidente a través de Finlandia, donde permaneció hasta que, a la edad de setenta y cinco años, la revolución de febrero le permitió volver a su país de origen<sup>46</sup>.

Aun asumiendo algunos de los aspectos más importantes del credo bakuninista, desde el momento en que Kropotkin empuñó la antorcha del anarquismo, ésta ardió con una llama más suave. La naturaleza de Kropotkin era especialmente apacible y benevolente: carecía del carácter violento de Bakunin, de su prisa titánica por des-

truir, de su deseo irreprimible de dominar; tampoco poseía los rasgos de antisemitismo, ni manifestaba el incipiente desvarío que a veces apuntaba en las acciones y en las frases de Bakunin. Kropotkin, con sus actitudes elegantes y sus grandes cualidades de carácter e inteligencia, era la personificación misma de lo razonable. Su educación científica y sus planteamientos optimistas dieron a la teoría anarquista un cariz constructivo que contrastaba profundamente con la negación ciega de que se había impregnado con las obras de Bakunin.

Todas estas cualidades no significan, sin embargo, que Kropotkin se opusiese, bajo ningún aspecto, a la utilización de la violencia. Era partidario del asesinato de los tiranos siempre que los ejecutores estuviesen impulsados por motivos nobles; aunque es verdad que su aceptación del derramamiento de sangre en ocasiones como esa se inspiraba sobre todo en la compasión que sentía por los oprimidos, más que en ninguna clase de odio personal hacia los déspotas gobernantes. Kropotkin pensaba que el terrorismo era uno de los pocos medios de resistencia de las masas oprimidas, así como un útil instrumento, como «propaganda por los hechos», que podía complementar la propaganda oral y escrita para despertar los instintos de rebeldía del pueblo; ni tampoco manifestaba ninguna inquietud en lo que se refiere a la revolución como tal; difícilmente se podía pensar que las clases poseedoras entregarían sin lucha sus privilegios y posesiones. Como Bakunin, preveía un levantamiento que destruiría para siempre el Estado y el capitalismo. Pero confiaba honestamente en que la revolución no fuese muy dura, con «el menor número de víctimas y el mínimo de exasperación»<sup>47</sup>. La revolución de Kropotkin sería rápida y humana —al contrario que las sangrientas y encendidas visiones demoníacas de Bakunin<sup>48</sup>.

En contraste de nuevo con Bakunin, Kropotkin no era partidario de los métodos golpistas para preparar la revolución. Durante la época en que había sido miembro del círculo Chaikovski en San Petersburgo, a comienzos de los años setenta, nunca dejó de manifestar su enérgica crítica de las siniestras intrigas que rodeaban al personaje

de Sergéi Necháev, joven y fanático admirador de Bakunin, cuya manía por las organizaciones secretas excedía incluso a la de su propio maestro. El círculo Chaikovski concentró todos sus esfuerzos en una labor propagandística entre los obreros de las fábricas de la capital, y denunció a Necháev, como planteaba Kropotkin, por recurrir a «los métodos de los viejos conspiradores, sin detenerse siquiera ante el engaño con el fin de forzar a sus compañeros a seguir sus orientaciones»<sup>49</sup>. Kropotkin era poco partidario de las asociaciones secretas de «revolucionarios profesionales», con todas sus fórmulas de clandestinidad y disciplina férrea. El papel correcto a desempeñar por los intelectuales era el de llevar a cabo una labor de propaganda entre el pueblo para acelerar la espontaneidad insurreccional característica de éste. Toda la gama de grupos de conspiradores divorciados del pueblo llevaban en sí mismos el germen maligno del autoritarismo. Con la misma vehemencia que Bakunin, Kropotkin insistía en que la revolución no sería «un simple cambio de gobernantes», sino una revolución «social»; no sería la conquista del poder político por un puñado de jacobinos o de blanquistas, sino «el trabajo colectivo de las masas»<sup>50</sup>. Más aún, aunque Kropotkin nunca concentró directamente sus ataques contra la organización clandestina de revolucionarios de su propio maestro, parece bastante claro que su oposición a todas las posibilidades dictatoriales incluía a la sociedad «invisible» de Bakunin.

La obstinada determinación de Kropotkin a proteger el carácter espontáneo e igualitario de la revolución se reflejaba en su concepción de la nueva sociedad que habría de surgir entre las ruinas de la vieja. Aun aceptando el planteamiento de Bakunin sobre una asociación de productores autónomos, unificada flexiblemente en una federación libre, disentía, sin embargo, en un punto fundamental. Bajo el «colectivismo anarquista», cada miembro de las cooperativas obreras estaría obligado a realizar un trabajo manual y recibiría una retribución proporcional a «su contribución directa al trabajo»<sup>51</sup>. En otras palabras, el criterio de distribución, lo mismo que en la dictadura proletaria de los marxistas, estaba basado en el trabajo,

y no en la necesidad. Kropotkin, en cambio, pensaba que cualquier sistema de recompensas basado en la capacidad individual de producir era tan injusto como las demás formas de esclavismo salarial. Al distinguir entre trabajo superior e inferior, entre lo que es mío y lo que es tuyo, la economía colectivista se haría incompatible con los ideales del anarquismo puro. Es más, el colectivismo necesitaba alguna forma de autoridad dentro de las asociaciones obreras para determinar el cumplimiento individual y supervisar una distribución justa de los bienes y servicios. En consecuencia, el orden colectivista, del mismo modo que las organizaciones conspirativas que Kropotkin repudiaba, contenía el germen de la desigualdad y la dominación. Era imposible evaluar la parte de cada individuo en la producción de la riqueza social, declaraba Kropotkin en *La conquista del pan*, puesto que eran millones de seres humanos los que se habían esforzado en crear las riquezas del mundo actual<sup>52</sup>. Cada acre de tierra había sido regado con el sudor de generaciones enteras, y cada milla de ferrocarril se había cobrado su porción de sangre humana. Más aún, se podía decir que no existía ningún pensamiento o invento que no fuese la herencia común de toda la humanidad. «Cada descubrimiento, cada avance, cada aumento en la suma de riquezas humanas debe su existencia al trabajo intelectual y físico del pasado y el presente», continuaba Kropotkin, y «¿con qué derecho, entonces, puede alguien apropiarse de la más mínima porción de todo este conjunto y afirmar: Esto es mío, y no tuyo?»<sup>53</sup>

Kropotkin consideraba su teoría del «comunismo anarquista» como una verdadera antítesis del sistema de salarios en todos sus aspectos<sup>54</sup>. Ningún centro de poder podría obligar a nadie a trabajar, aunque todo el mundo trabajase voluntariamente, «hasta el desarrollo pleno de sus capacidades»<sup>55</sup>. Kropotkin, pues, sustituía el principio de la remuneración salarial por el principio de las necesidades: cada persona sería el juez de sus propias exigencias, tomando de los almacenes comunes todas aquellas cosas que considerase necesarias, contribuyera o no a una parte del trabajo. El generoso optimismo de Kro-

potkin le llevaba a plantear que, una vez eliminados el poder político y la explotación económica, todos los hombres trabajarían voluntariamente, sin ningún tipo de obligación, y no tomarían de los almacenes comunales nada más de lo necesario para alcanzar una existencia confortable. Por fin, el comunismo anarquista pondría término a todos los privilegios y coerciones, anunciando una Edad de Oro de libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres.

Geógrafo y naturalista eminente, Kropotkin creía —no menos que Marx— que sus propias teorías sociales se apoyaban en bases científicas. Durante los cinco años que había pasado al servicio del Gobierno en Siberia, Kropotkin llegó a rechazar la tesis de los seguidores de Darwin (particularmente T. H. Huxley), según la cual la evolución de las especies biológicas estaba basada en la lucha y en la competencia internas. Su estudio de la vida animal en las regiones orientales de Siberia<sup>56</sup> le hizo poner en cuestión la imagen, generalmente aceptada, del mundo natural como una jungla salvaje, con su lucha a vida o muerte, en la que los supervivientes son los miembros más capacitados de cada especie. Sus propias observaciones le indicaban que, en el proceso de selección natural, la cooperación espontánea entre los animales era mucho más importante que la competencia feroz, y que «aquellos animales que adquieren hábitos de ayuda mutua son indudablemente los más capacitados» para sobrevivir<sup>57</sup>. En ningún momento negaba Kropotkin la existencia de luchas en el reino animal<sup>58</sup>, pero estaba seguro de que el apoyo mutuo desempeñaba un papel mucho más importante —es más, la ayuda mutua era «el factor orientador de la evolución progresiva»<sup>59</sup>.

Kropotkin no veía ninguna razón para que el principio de ayuda mutua no pudiera aplicarse con la misma validez al Homo Sapiens que a las otras especies del mundo animal. En su juventud, había llegado a creer con fe ciega en el espíritu fraterno del campesinado ruso<sup>60</sup>. Algunos años más tarde, durante su servicio en la inhóspita Siberia, la cooperación satisfactoria que observó entre las tribus y colonias nativas de Dujobor fue un chorro de

luz que iluminaría todas sus reflexiones posteriores. En su estancia siberiana fue, también, cuando Kropotkin abandonó toda esperanza de que el Estado pudiese actuar como un vehículo de reforma social. Entonces volvió sus ojos hacia la creatividad espontánea de las pequeñas comunidades anarquistas<sup>61</sup>. Sus impresiones favorables de la incorrupta vida comunal se reforzaron en 1872, cuando visitó las comunidades de relojeros de las montañas suizas del Jura. Se sintió inmediatamente atraído por las asociaciones de ayuda mutua, y por la ausencia en su seno de ambiciones políticas o de cualquier clase de distinción entre los dirigentes y los dirigidos. La mezcla del trabajo intelectual con el manual y su capacidad para integrar en los pequeños pueblos montañosos la manufactura y la agricultura doméstica se ganaron también su calurosa admiración.

Kropotkin halló lo que él consideraba confirmación científica de estas agradables observaciones indagando en los anales históricos. A lo largo del pasado, mantenía, los hombres habían poseído una acentuada tendencia a trabajar juntos, en un espíritu de solidaridad y hermandad. La ayuda mutua entre los seres humanos había sido una fuerza mucho más poderosa que la voluntad egoísta de dominar a los demás. En efecto, la humanidad debía su supervivencia a la ayuda mutua<sup>62</sup>. En contra de las teorías de Hegel, Marx y Darwin, Kropotkin sostenía que las raíces del proceso histórico se encontraban en la cooperación, más que en el conflicto. Además, rechazaba el planteamiento de Hobbes, por el que la condición natural del hombre era la guerra permanente de todos contra todos<sup>63</sup>. En todos los períodos históricos habían existido asociaciones de ayuda mutua de diversas clases, que alcanzaron su punto máximo de desarrollo en los gremios y comunas de la Europa medieval<sup>64</sup>. Para Kropotkin, la aparición del Estado centralizado en los siglos XVI a XIX era sólo una aberración transitoria en la pauta normal de evolución del mundo occidental. A pesar de la aparición del Estado, las asociaciones voluntarias habían continuado desempeñando un puesto clave en los asuntos humanos, y el espíritu de ayuda mutua se reafirmaba «incluso en

nuestra sociedad moderna, proclamando su derecho a ser, como ha sido siempre, el principio orientador del progreso futuro»<sup>65</sup>. El rumbo predominante de la historia contemporánea volvía a inclinarse hacia las sociedades cooperativas, descentralizadas y apolíticas, en las que los hombres podrían desarrollar libremente sus facultades creadoras, sin las manipulaciones de reyes, curas o soldados. En todas partes el Estado artificial abdicaba de sus «sacrosantas funciones en beneficio de los grupos naturales voluntarios»<sup>66</sup>.

El estudio de la vida humana, junto a sus experiencias de primera mano en Siberia y entre los relojeros del Jura, alimentaron la profunda convicción de Kropotkin de que los hombres eran más felices en comunidades lo suficientemente pequeñas como para permitir el florecimiento de los instintos naturales de la solidaridad y la ayuda mutua. Al acabar el siglo, Kropotkin proyectaba una nueva sociedad en la que la «industria (estaría) combinada con la agricultura, y el trabajo manual con el intelectual», tal como describía en uno de sus libros más conocidos<sup>67</sup>. Los hombres y las mujeres de los pueblos, unidos por los vínculos naturales del esfuerzo cooperativo, se apartarían por sí mismos de la artificialidad de los estados centralizados y de los complejos industriales masivos. No es que Kropotkin tuviese una especial aversión hacia la tecnología moderna como tal. «Comprendo plenamente», puntualizaba en una parte de sus memorias, «el fruto que los hombres pueden extraerle al poder de sus máquinas, el carácter inteligente de su trabajo, la precisión de sus movimientos y de sus productos»<sup>68</sup>. Utilizada en pequeños talleres voluntarios, la máquina rescataría al ser humano de la extenuación y monotonía a que lo somete la empresa capitalista, y desaparecería para siempre el estigma de la inferioridad con que se ha caracterizado al trabajo manual<sup>69</sup>. Los miembros de la comunidad trabajarían, de los veinte a los cuarenta años, cuatro o cinco horas diarias, suficientes para una vida confortable. La división del trabajo, incluyendo la desgraciada separación entre tareas intelectuales y manuales, daría paso a una diversidad de empleos agradables, y su resul-

tado sería una existencia integrada, orgánica, como la que prevalecía en la ciudad medieval<sup>70</sup>.

En su idílico retrato del futuro, el nostálgico anhelo de Kropotkin por una vida más simple, pero más plena, le llevaba a idealizar las unidades sociales autónomas de los tiempos pasados —las comunidades campesinas y las cooperativas, la *óbschchina* y el *artel*. Frente al constante proceso de concentración política y económica de la Europa del siglo XIX, Kropotkin se volvía hacia el pasado en busca de un mundo feliz e incontaminado por la intrusión del capitalismo y del Estado moderno, como punto de partida del mundo similar del porvenir, libre de los arzones que constreñían los impulsos naturales de la humanidad.

Para los nuevos anarquistas de Bialystok, las teorías de Bakunin y de Kropotkin resultaban de especial aplicación al carácter supercentralizado y opresivo del Estado ruso. La miseria espantosa de los campesinos y los obreros, la progresiva desvinculación de los estudiantes y la intelectualidad con respecto al gobierno y al entramado social, la despiadada persecución de las minorías nacionales y religiosas —y todo ello combinado con la depresión económica—, oscurecían la atmósfera con la frustración y la desesperación. De acuerdo con las enseñanzas de Bakunin, Rusia, como país atrasado, debería encontrarse lista para la revolución. A comienzos del siglo XX, el país evolucionaba con rapidez a causa del reciente comienzo de una transición violenta y espasmódica de la vida rural a la vida urbana, transición que afectaba a las raíces vitales de la tradición y de la estabilidad. El *Juggernaut* de la industrialización iba dejando en la cuneta del camino un montón de desechos humanos —el *lumpenproletariat* y otros elementos frustrados de la sociedad, despojados de las más mínimas seguridades en un mundo hostil y cambiante. Se podía esperar que estos marginados miserables respondiesen al llamamiento anarquista para la aniquilación del régimen existente, y la subsiguiente inauguración de una Edad de Oro. Y, es más, un buen nú-

mero de ellos habría de unirse a los primeros círculos anarquistas de 1903 y 1904.

Pero, incluso en estos tiempos problemáticos, cuando el nihilismo se extendía por la tierra, eran pocos, proporcionalmente, los ciudadanos que se encontraban integrados en el movimiento anarquista. La explicación se puede encontrar, al menos parcialmente, en el hecho de que la conciencia política de las masas permanecía todavía a un nivel muy bajo —por cierto que el número de afiliados a los dos partidos socialistas más importantes, surgidos al doblar el siglo, no era sino una diminuta fracción de las poblaciones campesina y proletaria. Los pocos campesinos que manifestaban algún interés por las cuestiones políticas se unían, por regla general, a los Socialistas Revolucionarios, cuyo programa se ajustaba estrechamente a las aspiraciones de la masa rural. Más que a los obreros, las doctrinas anarquistas convocaban a los artesanos marginados que suspiraban, con Kropotkin, por los tiempos remotos de la manufactura artesana, o a las capas más pobres de los trabajadores no cualificados, desorganizados y en paro, de los suburbios urbanos. Muchos componentes de estos grupos, sin embargo, encontraban una salida a sus violentas tendencias en las ramas terroristas del SR o del PPS. Entre los artesanos y el proletariado suburbial se desarrollaba una clase de trabajadores industriales más establecidos, que comenzaban a jugar un papel importante en la economía industrial en crecimiento; éstos tendían hacia los socialdemócratas —si se puede decir que tendían hacia algún partido político en particular— para la defensa de sus intereses.

Otra razón más para entender el fracaso del anarquismo en la atracción de un número mayor de seguidores radicaba en la aversión de la mayoría de los rusos, incluso de aquellos que se encontraban en el límite de la desesperación, a aceptar sin más el ultrafanatismo de Bakunin o el románticismo aparentemente ingenuo de Kropotkin como soluciones plausibles a sus dificultades apremiantes. Los partidos socialistas de Rusia, en contraste con los de la Europa occidental, con sus fuertes lacras reformistas, eran lo suficientemente revolucionarios como para resul-

tar aceptables a la mayoría de los estudiantes y artesanos, lo mismo que a la masa desarraigada del submundo ciudadano. Finalmente, la naturaleza intrínseca del credo anarquista, con su agria hostilidad hacia cualquier clase de organizaciones jerarquizadas, impedía el desarrollo de un movimiento formalizado. Los socialdemócratas, por el contrario, no sólo compartían gran parte del espíritu revolucionario del anarquismo, sino que eran capaces de reforzarlo con una estructura organizativa eficaz.

Por todo ello, los anarquistas rusos permanecerían fraccionados en una variopinta colección de grupos independientes a lo largo de todo el cuarto de siglo de su existencia, sin programa de partido ni una política efectiva de coordinación. No obstante, los acontecimientos demostrarían que el anarquismo, tan estrechamente ligado al talante «maximalista» de la Rusia revolucionaria, iba a ejercer una influencia desproporcionada al número de sus adherentes, en las décadas iniciales del nuevo siglo.

## 2. Los terroristas

Para aflicción del burgués atizaremos un incendio mundial, un incendio entre sangre. ¡Danos, Dios, la bendición!

ALEKSANDR BLOK

El movimiento anarquista que surgió en el Imperio de los Románov a comienzos del siglo xx tiene sus antecedentes en todo el pasado ruso. Durante siglos, las tierras fronterizas de Rusia habían sido escenario de violentos levantamientos populares con fuertes matices anarquistas. Aunque los campesinos rebeldes habían centrado siempre sus iras sobre los terratenientes y funcionarios, mientras el zar o cualquier falso pretendiente continuaban gozando de su veneración, esta herencia de revueltas de masas, desde Bolótnikov y Stenka Razin hasta Bulaevin y Pugachov, constituyó una rica fuente de inspiración para Bakunin, Kropotkin y todos sus discípulos anarquistas.

Las sectas anarco-religiosas que abundaban en Rusia impresionaron también profundamente a los líderes del movimiento anarquista revolucionario, a pesar de que sus miembros eran pacifistas devotos que depositaban su fe en una comunión personal con Cristo, más que en la acción social violenta. Las sectas rechazaban enérgicamente toda coerción externa, tanto religiosa como secular. Sus miembros despreciaban a la jerarquía oficial de la Iglesia or-

todoxa rusa, y muchas veces rehuían el pago de los impuestos, y el prestar juramento o servir armas. «Los hijos de Dios», proclamaban los pertenecientes a la secta de los dujodor encarcelados en 1791, «no necesitan ni a los zares o poderes dirigentes, ni a ninguna otra de las leyes humanas»<sup>1</sup>.

Este mismo quietismo cristiano era uno de los principios básicos de Leon Tolstói y sus seguidores, que comenzaron a formar grupos anarquistas en los años 1880 en las provincias de Tula, Oriol y Samara, y en la ciudad de Moscú<sup>2</sup>. A comienzos del nuevo siglo, los anarquistas tolstoyanos habían extendido el credo del anarquismo cristiano con estimable eficacia por las provincias negras, y fundado colonias tan al sur como en las montañas del Cáucaso<sup>3</sup>. Los tolstoyanos, al mismo tiempo que condenaban al Estado como un instrumento depravado de opresión, rechazaban la actividad revolucionaria como un germen de odio y violencia. Los anarquistas revolucionarios, por supuesto, no apoyaban la doctrina de Tolstói, defensora de la resistencia pasiva frente a todos los males; pero admiraban su ataque a la disciplina estatal y a la religión institucionalizada, su revuelta contra el patriotismo y la guerra, y su profunda compasión por el campesinado «envilecido»<sup>4</sup>.

Otra fuente, aunque indirecta, de las ideas anarquistas, fue el círculo Petrashevskii de San Petersburgo, dedicado a divulgar por Rusia el socialismo «utópico» de Fourier durante la década de 1840. En parte fue de Fourier de donde Bakunin, Kropotkin y todos sus seguidores extrajeron su fe en las pequeñas comunidades voluntarias, y su romántica convicción de que los hombres podrían vivir armónicamente, una vez derribadas las barreras artificiales impuestas por los gobiernos. Planteamientos similares se deducían también de los eslavófilos rusos de mediados del siglo XIX, particularmente de Konstantín Aksákov, para quien el Estado centralizado y burocrático era un «mal por principio». Aksákov recorrió su país con los escritos de Proudhon, Stirner y Fourier, y su visión idealista de la comuna campesina influyó fuertemente sobre Bakunin y sus sucesores<sup>5</sup>. Fi-

nalmente, los anarquistas aprendieron mucho del socialismo libertario de Aleksandr Herzen, uno de los padres del movimiento populista, que rechazaba enérgicamente el sacrificio de la libertad individual en favor de la dictadura de las teorías abstractas, propuestas por los liberales parlamentaristas o por el socialismo autoritario<sup>6</sup>.

A pesar de la rica herencia que dejaron tras de sí las revueltas campesinas, las sectas religiosas y los grupos tolstoyanos, los *petra shevstsy*, los eslavófilos y Aleksandr Herzen, antes del siglo XX no se organizó en Rusia ningún movimiento anarquista revolucionario, ni siquiera durante el apogeo de Bakunin, a finales de la década de 1860 y comienzos de los setenta. Es cierto que Bakunin influyó sobre un puñado de jóvenes emigrantes rusos que colaboraron con él en la publicación de dos periódicos de corta duración en Ginebra (*Naródnoe Delo* y *Rabótnik*), y en la organización (en 1872) en Zurich, de un efímero círculo, conocido como la Hermandad Rusa; es cierto, también, que transmitió sus incomparables conocimientos a muchos de los estudiantes populistas que «marcharon hacia el pueblo» durante la década de los setenta, y que su influencia se hizo manifiesta asimismo en el seno de ciertos grupos clandestinos de trabajadores industriales que comenzaban a surgir por aquella época en San Petersburgo, Moscú, Kíev y Odesa. Sin embargo, durante su vida no se constituyó ninguna organización genuinamente bakuninista en suelo ruso<sup>7</sup>.

Los principales seguidores de Bakunin en Suiza fueron N. I. Zhukóvskii, M. P. Sazhin («Armand Ross») y un joven rebelde de ascendencia rumana llamado Z. K. Ralli. En 1873 Ralli ayudó a la creación de un pequeño grupo de Ginebra, llamado la Comuna Revolucionaria de los Anarquistas rusos, que, del mismo modo que la Hermandad de Zurich, se dedicó a extender las ideas de Bakunin entre los exiliados radicales<sup>8</sup>. Pero el más dramático discípulo de Bakunin dentro de Rusia, la extravagante figura de Sergéi Gennádievich Necháev, era más un apóstol de la dictadura revolucionaria que un anarquista genuino, mucho más preocupado por los me-

dios de conspiración y terrorismo que por los excelsos objetivos de la sociedad sin Estado. El verdadero revolucionario, según Necháev, debía ser un hombre que hubiera roto completamente con el orden vigente, un enemigo implacable del mundo contemporáneo, dispuesto a utilizar los métodos más repulsivos —incluso el puñal y la soga, y todas las estratagemas y traiciones imaginables— en nombre de la «venganza del pueblo»<sup>9</sup>. Esta imagen del conspirador cruel y clandestino se introdujo firmemente en la imaginación de bastantes jóvenes anarquistas, en las tormentosas jornadas de 1905 y 1917.

El cuarto de siglo que siguió a la muerte de Bakunin en 1876 fue un período de oscura reacción en el Imperio zarista. Sólo la prolífica pluma de Piotr Kropotkin, desde su exilio en Europa occidental, mantuvo vivo el sueño del movimiento anarquista. Después, impulsados probablemente a la acción por la gran epidemia de hambre que affligió a su tierra, un grupo de estudiantes rusos de Ginebra estableció un círculo de propaganda anarquista, el primero desde la Comuna Revolucionaria de Ralli en 1873. Dirigido por Aleksandr Atabekian, joven doctor armenio y discípulo de Kropotkin, el nuevo grupo, denominado Biblioteca Anarquista (*Anarjicheskaia biblioteka*), imprimió algunos panfletos de Bakunin y Kropotkin, y de destacados anarquistas italianos, como Errico Malatesta y Saverio Merlino. Parece que encontraron poco éxito los esfuerzos de Atabekian para introducir esta literatura en Rusia, pero el trabajo de su Biblioteca anarquista fue reanudado de nuevo a finales de los noventa por otro círculo de propaganda, conocido simplemente como el Grupo de Anarquistas de Ginebra. En la imprenta de un simpatizante suizo llamado Emile Held, el Grupo de Ginebra publicó más panfletos de Kropotkin y trabajos de célebres anarquistas europeos, como Jean Grave, Elisée Reclus y Johann Most. En 1902 un grupo de seguidores de Kropotkin en Londres editó una traducción rusa de *La conquista del pan* bajo el resonante título de *Jleb i Volia* (Pan y Libertad), que inmediatamente pasó a formar parte del arsenal de consignas anarquistas.

Solamente en 1903, cuando el fermento de sublevación indicaba que podía estallar una revolución a escala general, empezó a vislumbrarse un movimiento anarquista con características más duraderas, tanto dentro del Imperio zarista como entre las colonias de emigrados en Europa occidental. Los primeros anarquistas hicieron su aparición en la primavera de ese mismo año en Bialystok, organizando, con una docena de miembros, el grupo *Borbá* (Lucha)<sup>10</sup>. En esa época, un pequeño círculo de jóvenes kropotkinianos de Ginebra fundó un periódico mensual anarquista (imprimido por Emile Held) al que, siguiendo los pasos del famoso libro de su mentor, bautizaron *Jleb i Volia*. Los dirigentes del nuevo grupo de Ginebra eran K. Orgiani, un georgiano cuyo verdadero nombre era G. Gogéliia, su esposa Lídiia y una antigua estudiante llamada María Korn (apodada Goldsmit), cuya madre había militado en las filas del eminente populista Piotr Lavrov, y su padre había editado un periódico positivista en San Petersburgo<sup>11</sup>. Desde su residencia en Londres, Kropotkin dio su apoyo entusiasta a *Jleb i Volia*, escribiendo muchos de sus artículos y editoriales. La famosa frase de Bakunin de que «la urgencia por destruir es también una urgencia creadora» fue elegida como rótulo en la cabecera. El primer número, que apareció en agosto de 1903, contenía la exultante proclama de que Rusia se hallaba «en vísperas» de una gran revolución<sup>12</sup>. Introducido por las fronteras ucraniana y polaca, *Jleb i Volia* fue recibido con intensa excitación por los anarquistas de Bialystok, que transmitían las preciadas copias a sus compañeros estudiantes y trabajadores, hasta que el papel llegaba a deshacerse.

El grupo *Jleb i Volia* se vio pronto presionado por la exigencia de más literatura. En respuesta, editaron más panfletos de Bakunin y Kropotkin, así como traducciones rusas de Grave, Malatesta, Elisée Reclus y otros. Varlaam Nikoláevich Cherkézov, un georgiano de sangre principesca, y el más conocido colaborador de Kropotkin en Londres, llevó a cabo un análisis crítico de la doctrina marxista<sup>13</sup>, y Orgiani hizo un relato de los trágicos disturbios de Heymarket Square en 1886,

que terminaron con el sacrificio de cuatro anarquistas de Chicago<sup>14</sup>. Además de estos trabajos en ruso, algunas copias de los periódicos hebreos *Der Arbayer Fraynd* y *Zsberminal*, publicados por los anarquistas judíos del East End de Londres<sup>15</sup>, consiguieron llegar a los guetos de la Reserva<sup>16</sup>. En poco tiempo, el círculo de Bialystok se encontraba multicopiando ejemplares escritos a mano de los periódicos anarquistas de Occidente<sup>17</sup> y editando sus propios panfletos, proclamas y manifiestos<sup>18</sup>, que se enviaban en grandes lotes a las localidades cercanas, y a puntos distantes como Odessa y Nezhin (en la provincia de Chernígov) donde, a finales de 1903, surgían otros grupos anarquistas<sup>19</sup>. Algunos ejemplares de *Jleb i Volia* llegaron incluso hasta los centros industriales de las lejanas montañas del Ural, y en 1904 un puñado de agitadores anarquistas los ponía en circulación en las viejas y diseminadas fábricas de Ekaterimburgo<sup>20</sup>.

En 1905 estallaba, por fin, sobre Rusia la tormenta largamente esperada. La guerra con Japón, que comenzó en febrero de 1904, había exacerbado el descontento popular. Sin la más mínima preparación para el conflicto, el coloso ruso sufrió una serie de derrotas humillantes, que la población achacaba naturalmente a la insensata política gubernamental. A comienzos de 1905, la situación era de una gran tensión en San Petersburgo. El despido de algunos trabajadores de la gran factoría metalúrgica de Pútilov desencadenó una serie de huelgas en la capital, culminando con el horrible episodio del 9 de enero, conocido como el Domingo Sangriento\*.

Ese día, los trabajadores de los suburbios fabriles descendieron sobre el centro de la ciudad formando una gigantesca procesión que inundaba las calles. La procesión, que iba dirigida por Geórgii Gapón, teatral cura de la iglesia ortodoxa, que portaba iconos de santos y retratos

\* Todas las fechas se dan de acuerdo con el calendario juliano (que mantenía un retraso de trece días frente al calendario occidental, en el siglo veinte), utilizado en Rusia hasta febrero de 1918.

del zar, y en la que se cantaban himnos patrióticos y religiosos, fue confluyendo sobre el Palacio de Invierno. Las masas desarmadas de trabajadores, y sus familias, llevaban una dramática petición en la que se suplicaba a su soberano que pusiese fin a la guerra, que provocase una asamblea constituyente, que concediese a los trabajadores la jornada laboral de ocho horas y el derecho a organizar sindicatos, la abolición del sistema de pagos por la amortización de las tierras que sufrían los campesinos y la instauración de los derechos cívicos frente a la ley. Las tropas del gobierno recibieron a tiros a los manifestantes, dejando las calles llenas de muertos y heridos.

En un momento se rompieron los vínculos seculares que habían existido entre el Zar y el pueblo; a partir de ese día, el monarca y sus súbditos se encontraron separados «por un río de sangre», en palabras del padre Gapón<sup>21</sup>. La revolución se propagó inmediatamente por todo el país. La huelga estalló en todos los centros industriales de importancia, y con especial violencia en las ciudades no rusas; cerca de medio millón de obreros abandonaban sus máquinas y se lanzaban a las calles, y, poco después, las provincias del Báltico y las regiones de Rusia central se veían inflamadas por la llamada revolución, mientras los campesinos comenzaban sus incendios y saqueos, de la misma manera que en la época de Pugachov. A mediados de octubre, la ola huelguística, que partió de Moscú y San Petersburgo, había paralizado casi por completo la producción industrial y el sistema ferroviario. Bajo la presión del creciente número de disturbios campesinos, de la huelga general de octubre en las ciudades, y de la aparición repentina de un soviét de diputados obreros a la cabeza del movimiento huelguístico en Petersburgo, el zar Nicolás se vio obligado a firmar el Manifiesto del 17 de Octubre, en el que se garantizaban plenas libertades cívicas a la población y «prometía que ninguna ley sería efectiva sin el consentimiento de la Duma<sup>22</sup>. Pero ante la insatisfacción de sus exigencias económicas, y arrastrados por la situación revolucionaria general, los obreros y campesinos prosiguieron su levantamiento.

En diciembre la revolución alcanzó su clímax: en Mos-

cú, las huelgas y manifestaciones callejeras degeneraron en una verdadera insurrección armada, obra principalmente de los bolcheviques, pero en la que los anarquistas y otros grupos de la izquierda tomaron también parte activa. Las barricadas aparecieron por primera vez en el distrito obrero de Presnia. Tras más de una semana de lucha, el levantamiento sería sofocado por las tropas gubernamentales, que habían permanecido fieles al zar pese a los motines esporádicos producidos a comienzos de este año. También Odessa, Járkov y Ekaterinoslav se vieron envueltas en batallas sangrientas durante algún tiempo, aunque finalmente la policía y el ejército consiguieron aplastar la rebelión.

El estallido de ira popular que había provocado el Domingo Sangriento dio un poderoso impulso al incipiente movimiento radical ruso. Durante la revolución de 1905, como señalaba un combatiente destacado de la lucha en Bialystok, Iuda Roschin, los grupos anarquistas «surgieron como los hongos después de la lluvia»<sup>23</sup>. Antes de 1905 no había más de doce o quince anarquistas activos en Bialystok, pero en la primavera de ese año ya existían cinco círculos, constituidos en su mayoría por antiguos bundistas y socialistas revolucionarios, que alcanzaban la cifra de unos setenta miembros. Según fuentes fidedignas, toda la «sección de agitación» de los SR de Bialystok se había pasado a los anarquistas en el mes de mayo<sup>24</sup>. En su momento cumbre, un año después, el movimiento contaba probablemente con una docena de círculos integrados en una federación flexible<sup>25</sup>. Roschin estima que los anarquistas de Bialystok llegaron a ser unos 300 en su momento de mayor fuerza<sup>26</sup>, pero esa cifra parece exagerada; el número total de anarquistas activos nunca pasó probablemente de 200 (obreros industriales, artesanos e intelectuales), aunque varios centenares más leyesen regularmente su literatura y simpatizaran con sus puntos de vista.

En las provincias occidentales, la organización de los grupos anarquistas llegaba desde Bialystok a Varsovia, Vilna, Minsk, Riga, y ciudades más pequeñas como Grodno, Kovno y Gómel. Eventualmente, incluso los pe-

queños *shtetls* (ciudades-mercado) que abastecían a la Reserva judía contaban en su seno con pequeños grupúsculos anarquistas de dos a doce militantes, que recibían de las ciudades mayores propaganda y armas para utilizarlas contra el gobierno y los grandes propietarios<sup>27</sup>. En el sur, los anarquistas hicieron su aparición primero en Odessa y Ekaterinoslav, extendiéndose después a Kíev y Járkov en Ucrania, así como a las ciudades más importantes del Cáucaso y de la península de Crimea<sup>28</sup>.

Por todas partes se producía el mismo proceso: un puñado de socialdemócratas o socialistas revolucionarios disidentes constituían un pequeño círculo anarquista; la propaganda se introducía desde Occidente, o por medio de intermediarios desde Riga, Bialystok, Ekaterinoslav, Odessa o cualquier otro centro de agitación, y se distribuía entre los trabajadores y estudiantes de la zona; pronto se formaban otros círculos que se constituían en federación y se lanzaban a la acción radical de todo tipo —agitación, manifestaciones, huelgas, atracos y asesinatos—. En cuanto la revolución alcanzó su clímax, la corriente anarquista comenzó a orientarse centripetamente, introduciéndose en Moscú y San Petersburgo, centros políticos de la Rusia imperial, aunque el movimiento en ambas capitales adquirió una forma suave en comparación con la violencia periférica<sup>29</sup>.

El objetivo común de las nuevas organizaciones anarquistas era la destrucción total del capitalismo y del Estado, para despejar el camino a la sociedad libertaria del futuro. Sin embargo existían muchos desacuerdos sobre la forma de realizar esta destrucción. La polémica más candente estaba centrada en torno al papel del terrorismo en la revolución. Por una parte, se encontraban ciertos grupos de características similares, como *Chórnœ Znamia* y *Beznachálie*, que abogaban por una campaña implacable de terrorismo contra la burguesía. *Chórnœ Znamia* (Bandera Negra, el emblema anarquista), probablemente la más importante organización de anarquistas terroristas del imperio, se consideraba como un grupo anarco-comunista, es decir, entroncado con los objetivos de la sociedad comunal libre que había planeado Kropotkin,

y en la que cada persona podría vivir de acuerdo con sus necesidades. Pero sus tácticas inmediatas de conspiración y de violencia estaban inspiradas fundamentalmente en Bakunin. El número mayor de seguidores de *Chórnoe Znamia* se encontraba en las provincias fronterizas del oeste y el sur, y entre ellos predominaban los estudiantes, artesanos y obreros industriales, aunque participaban también algunos campesinos de los pueblos cercanos a las grandes ciudades, y cierto número de trabajadores en paro, vagabundos, ladrones profesionales y superhombres nietzscheanos a su manera. Aunque muchos de sus miembros eran de nacionalidad polaca, ucraniana o gran-rusa, el núcleo judío era el que constituía la mayoría. Un hecho sorprendente en la organización de *Chórnoe Znamia* era la extremada juventud de sus adheridos, cuya edad habitual oscilaba entre los dieciocho y veinte años; e incluso algunos de los *chornoznámensy* más activos no sobrepasaban los quince o dieciséis años.

Casi todos los anarquistas de Bialystok eran miembros de *Chórnoe Znamia*. Su historia estuvo caracterizada por un irreflexivo fanatismo y una violencia constante, siendo el primer grupo anarquista que comenzó una política sistemática de terror contra el orden establecido. Se reunían en círculos de diez o doce miembros, que planificaban su venganza contra los jefes y sectores dominantes, mientras su prensa, «*Anárjia*» (Anarquía), lanzaba un verdadero torrente de proclamas y manifiestos incendiarios, pletóricos de un violento rencor contra la sociedad existente, y que convocaban a su inmediata destrucción. Muy representativo de esta línea fue un panfleto dirigido a «todos los trabajadores» de Bialystok, del que se distribuyeron dos mil ejemplares en las fábricas durante el verano de 1905, poco antes de que se firmase la paz con el Japón. El aire, empezaba diciendo, está lleno de angustia y desesperación. Miles de vidas se han desperdiciado en el Extremo Oriente, y muchos miles más agonizan en casa, víctimas de los explotadores capitalistas. Los verdaderos enemigos del pueblo no son los japoneses, sino las instituciones del Estado y la propiedad privada; ha llegado el momen-

to de destruirlos. El panfleto advertía a los obreros de Bialystok que no se dejaran desviar de su misión revolucionaria por las engañosas promesas de reformas parlamentarias planteadas por muchos socialdemócratas y SR. La democracia parlamentaria no era más que un fraude vergonzoso, un hábil instrumento de la clase media para continuar dominando a las masas trabajadoras. No os dejéis engañar, declaraba el panfleto, por la «cortina de humo científico» de los intelectuales socialistas. Dejad que la vida sea vuestro único maestro y dirigente. El único camino posible para la libertad es «una lucha de clases violenta dirigida al establecimiento de las comunas anarquistas, en las que no habrá ni amos ni dirigentes, sino una auténtica igualdad». Los obreros, los campesinos y desempleados deben enarbolar la bandera negra de la anarquía y marchar hacia la verdadera revolución social. «¡ABAJO LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL ESTADO! ¡ABAJO LA DEMOCRACIA! ¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL! ¡VIVA LA ANARQUÍA!»<sup>30</sup>

Aunque sus reuniones se celebraban normalmente en los talleres o las casas particulares, muchas veces se reunían también en los cementerios, con el pretexto de rendir culto a algún muerto<sup>31</sup>, o en los bosques situados en las afueras de la ciudad, colocando vigilantes que pudiesen advertir en el momento de peligro. En el verano de 1903, trabajadores socialistas y anarquistas llevaron a cabo una serie de reuniones en el campo para discutir una estrategia común contra el creciente número de despidos en las empresas textiles. Cuando una de estas asambleas fue disuelta con una brutalidad innecesaria por un contingente de gendarmes, los anarquistas, en represalia, hirieron en un atentado al jefe de la policía de Bialystok, inaugurando de esta forma una cadena ininterrumpida de venganzas que se prolongaría durante los cuatro años siguientes<sup>32</sup>.

La situación en las fábricas continuaba empeorando, hasta que, finalmente, los tejedores fueron a la huelga en el verano de 1904. El desquite de uno de los propietarios de una gran industria textil, Avraam Kogan, fue introducir esquiroles en escena, con los consiguientes

choques sangrientos como resultado. Todo ello indujo a que Nisán Fárber, un *chornoznámenets* de dieciocho años, buscara la venganza en nombre de todos sus compañeros, hiriendo gravemente a Kogan en las escaleras de una sinagoga el día del Sacrificio judío (el *yom kip-pur*). Unos días más tarde, se celebró otra reunión para preparar la lucha contra los industriales del textil, a la que asistieron varios centenares de trabajadores —anarquistas, bundistas, socialistas revolucionarios y sionistas—, y en la que se pronunciaron discursos violentos y se cantaron canciones revolucionarias. En cuanto sonaron los primeros gritos de «¡Anarquía!» y «¡Viva la socialdemocracia!», la policía cargó sobre la ruidosa asamblea, arrestando e hiriendo a docenas de hombres. Una vez más Nisán Fárber se encargaría de buscar la venganza adecuada. Tras probar sus bombas «macedonianas» de fabricación casera en un parque local, echó una en la entrada del centro de la policía, hiriendo a varios oficiales que se encontraban en su interior. El mismo Fárber murió tras la explosión<sup>33</sup>.

El nombre de Nisán Fárber se transformó pronto en una leyenda entre los *chornoznámentsy* de las tierras fronterizas, un ejemplo de terrorismo incontrolado que habrían de seguir después del estallido de la revolución, en enero de 1905. Para obtener armas, las bandas anarquistas se dedicaban a saquear tiendas de armamento, estaciones de policía y arsenales; los máusers y brownings adquiridos de esta manera se convertían en las posesiones más apreciadas. Armados con pistolas y bombas rudimentarias que fabricaban en improvisados laboratorios, los grupos anarquistas procedían a la realización de asesinatos indiscriminados y «expropiaciones» de dinero y valores bancarios, de oficinas de correos, fábricas, tiendas y residencias particulares de los nobles y la clase media.

Los ataques contra empresarios y empresas —componentes del «terror económico»— se convirtieron en acontecimientos cotidianos durante todo el período revolucionario. En Bialystok, los cartuchos de dinamita estaban en las factorías y apartamentos particulares de

los industriales más aborrecidos<sup>34</sup>. Los agitadores anarquistas de una fábrica de cuero incitaron a que los obreros atacasen a su jefe, que se vio obligado a saltar por la ventana para escapar de sus perseguidores<sup>35</sup>. En Varsovia los partidarios de Bandera Negra saqueaban y dinamitaban fábricas, y saboteaban los hornos de pan disolviendo keroseno en la masa<sup>36</sup>. Los *chornoznámentsy* de Vilna publicaron una «declaración abierta» en judío dirigida a los obreros industriales, advirtiéndoles contra los soplonos que se introducían entre ellos para identificar a los terroristas. «¡Abajo los provocadores y los soplonos! ¡Abajo los burgueses y tiranos! ¡Viva el terror contra la sociedad burguesa! ¡Viva la comuna anarquista!»<sup>37</sup>

Los incidentes violentos eran aún más numerosos en el sur. Los *chornoznámentsy* de Ekaterinoslav, Odessa, Sebastópol y Bakú organizaron «destacamentos de combate» de terroristas, que montaban laboratorios para fabricar sus bombas, perpetraban secuestros y asesinatos, atacaban las fábricas y se enfrentaban violentamente a los policías cuando éstos irrumpían en sus escondites<sup>38</sup>. Ocasionalmente, incluso barcos mercantes atracados en el puerto de Odessa fueron objeto de las «ex» anarquistas (así se denominaba a las «expropiaciones»), a la vez que muchos hombres de negocios, médicos y abogados, se veían obligados a «contribuir» económicamente a la causa anarquista bajo pena de muerte<sup>39</sup>.

Un caso histórico de terrorismo fue el de Pável Goldman, joven trabajador de Ekaterinoslav, e hijo de un policía rural, que trabajaba en los talleres ferroviarios de esta ciudad. En 1905, después de haber militado en las filas de los SR y de los socialdemócratas, se unió a *Chórnoe Znamia*. «No fueron los oradores los que me llevaron al anarquismo», explicaba, «sino la vida misma.» Goldman participó en el comité de huelga de su fábrica, y luchó en las barricadas durante la huelga general de octubre. Pronto comenzó a tomar parte en las «ex» y en el sabotaje de los ferrocarriles de Ekaterinoslav. Herido por una de sus propias bombas, fue detenido y enviado bajo vigilancia a un hospital. A la edad

de veinte años, cuando sus compañeros fracasaron en un arriesgado intento de liberarle, el mismo Goldman se pegó un tiro quitándose la vida <sup>40</sup>.

A los ojos de los *Chornoznámetsy*, cada acto de violencia, por muy insensato y carente de sentido que pudiese parecer al público en general, tenía el mérito de estimular la capacidad del gran populacho para vengarse de sus torturadores. No necesitaban un motivo especial para colocar una bomba en un teatro o en un restaurante; bastaba con saber que a esos sitios no iban más que los ciudadanos prósperos. Un miembro de *Chórnoe Znamia* de Odessa explicaba así el concepto de terror «inmotivado» (*bezmotívnyi*) al tribunal que le estaba juzgando:

Nosotros practicamos expropiaciones aisladas con el único fin de recaudar dinero para nuestras actividades revolucionarias. Si conseguimos el dinero, no ejecutamos a la persona expropiada. Pero no significa que ésta, el dueño de la propiedad, nos compre ¡no! Lo podemos encontrar en los cafés, en los restaurantes, en los teatros, bailes, conciertos y en sitios por el estilo. ¡Muerte a la burguesía! Siempre, en cualquier lugar donde se encuentre, hallará una bomba o una bala anarquista <sup>41</sup>.

Un grupo disidente dentro de la organización Bandera Negra, encabezado por Vladímir Striga (Lápidus), se convenció de que las incursiones ocasionales contra la burguesía no iban demasiado lejos, y por ello convocó a un levantamiento de masas para convertir Bialystok en una «segunda Comuna de París» <sup>42</sup>. Estos *kommunary* (los comuneros), como se les llamaba entre sus compañeros *chornoznámetsy*, no rechazaban las actividades violentas, sino que proponían un paso sucesivo, la acción revolucionaria de las masas, que habría de inaugurar, sin dilación, la sociedad sin Estado. Pero, carentes de una estrategia, no consiguieron el apoyo de las masas. En una conferencia realizada en Kishiniov en enero de 1906, los *bezmotívniki*, que argumentaban que el arma más eficiente contra el viejo orden eran los actos de terrorismo aislado, se impusieron con cierta facilidad sobre sus asociados, los *kommunary* <sup>43</sup>. Los *bezmotívniki* acababan de obtener dos trágicos éxitos: en noviembre y

diciembre de 1905 habían explotado dos bombas en el hotel Bristol de Varsovia y en el café Liebman de Odessa <sup>44</sup>, con lo que consiguieron una notoriedad considerable y sembraron el pánico entre los ciudadanos respetables. Los *bezmotívniki*, alborozados por semejantes éxitos, preparaban ahora proyectos destructivos aún más grandiosos, inconscientes de que la triunfante ola de violencia sería seguida muy pronto por un período mucho más largo de respuestas despiadadas.

Tan fanático como *Chórnoe Znamia* era un pequeño grupo de militantes anarquistas localizado en San Petersburgo, y llamado *Beznachálie* (Sin Autoridad). *Beznachálie*, cuya actividad se desarrollaba principalmente fuera de la Reserva (aunque también existían pequeños círculos en Varsovia, Minsk y Kíev), contaba con pocos miembros judíos, al contrario que la organización Bandera Negra. La proporción de estudiantes en sus filas era muy alta, más incluso que en *Chórnoe Znamia*, y los trabajadores no cualificados y vagabundos sin empleo representaban sólo una pequeña fracción de sus miembros. Lo mismo que los *chornoznámetsy*, los *beznachaltsy* se proclamaban anarco-comunistas, dado que su objetivo final era el establecimiento de una libre federación de comunas territoriales. Pero también tenían muchas características afines a los anarcoindividualistas, los epígonos de Max Stirner, Benjamin Tucker y Friederich Nietzsche, que exaltaban el ego individual por encima de las entidades colectivas. Dada su pasión por la conspiración revolucionaria y su extrema hostilidad hacia los intelectuales —pese a que, en su mayoría, ellos mismos eran intelectuales—, los *beznachaltsy* hostigaban la imagen de Sergéi Necháev y sus precursores, el círculo radical que había estado actuando en San Petersburgo durante los años 1860 <sup>45</sup>.

Como sus primos hermanos de la organización Bandera Negra, los rebeldes de *Beznachálie* eran partidarios fervientes del terror «inmotivado». Cada golpe que pudiese afectar a funcionarios del gobierno, policías o propietarios se consideraba como un acto progresivo, por-

que ponía de manifiesto el «conflicto de clases» entre las multitudes aplastadas y sus privilegiados amos<sup>46</sup>. «¡Muerte a la burguesía!», era su grito de guerra, puesto que «¡la muerte de la burguesía es la vida de los trabajadores!»<sup>47</sup>

El grupo *Beznachálie* fue fundado en 1905 por un joven intelectual que usaba el nombre de Bidbéi. Su verdadero nombre, por una coincidencia casual, era el de Nikolái Románov, igual que el Zar. Hijo de un próspero terrateniente, Románov era pequeño y delgado, y poseía un carácter impetuoso y un ingenio profundo. Se matricula como estudiante en el Instituto de Minas de San Petersburgo a comienzos de siglo, pero fue expulsado por participar en unas manifestaciones estudiantiles. Cuando el director del Instituto le envió la carta de expulsión, Románov se la devolvió, añadiendo «*prochol s udovolstviem*» («la he leído con placer»), *Nikolái Románov*, la misma frase que solía usar el Emperador para dar el visto bueno en los documentos que se le presentaban<sup>48</sup>. Confirmada su expulsión, el joven Románov se trasladó a París, transformándose en un militante clandestino con una identidad nueva. En uno de los primeros folletos que escribió allí, en vísperas de la revolución de 1905, Bidbéi evocaba una imagen demoníaca de la destrucción que se presentaba en el horizonte: «¡Una noche de horror y de escenas terroríficas!... No los juegucitos ingenuos de 'los revolucionarios', sino la *walpurgnacht* de la revolución en la que los Espartacos, los Razins, todos los héroes de pies ensangrentados rastrearán sobre la tierra convocados por Lucifer. ¡El levantamiento del mismísimo Lucifer!»<sup>49</sup>

Unas semanas después del estallido de la revolución, Bidbéi se unió con otros dos compañeros exiliados<sup>50</sup> para publicar un periódico ultraradical titulado *Listok grupy Beznachálie* (el «Panfleto del grupo *Beznachálie*») que apareció dos veces durante la primavera y el verano de 1905. En el primer número se incluía todo el credo de *Beznachálie*, una curiosa mezcla de la fe bakuniniana en los marginados sociales, de las exigencias de Necháev de una venganza sangrienta contra las clases privilegia-

das, de los conceptos de lucha de clases y de revolución permanente de Marx, y de la visión de Kropotkin sobre la libre federación de las comunas. Bidbéi y sus confederados declaraban «la guerra de guerrillas» a la sociedad moderna, una guerra en la que estaría justificado toda clase de terrorismo —terror individual, terror de masas, terror económico—. Como el mundo «burgués» estaba corrompido hasta su médula, las reformas parlamentarias no tenían ninguna validez. Era necesario emprender una lucha de clases generalizada, una «insurrección armada del pueblo: obreros, campesinos y todos los harapientos... para desarrollar en las calles, en todas las formas posibles y con los métodos más violentos... una revolución *en permanence*, es decir, un levantamiento popular general hasta conseguir la victoria definitiva de los pobres». Con espíritu nechaevista (Bidbéi citaba o parafraseaba a Necháev, al que admiraba profundamente), el dogma de *Beznachálie* repudiaba la religión, la familia y la moralidad burguesa en general, y animaba a los desposeídos a atacar y saquear los negocios y las casas de sus explotadores. No sólo los obreros y campesinos debían hacer la revolución, declaraba Bidbéi siguiendo a Bakunin, sino también la llamada «chusma —los parados, los vagabundos, los pordioseros, todos los parias y renegados de la sociedad, puesto que todos son nuestros hermanos y camaradas». Bidbéi convocaba a todos éstos a «*la venganza del pueblo, poderosa y sin piedad, total y sangrienta*» (el famoso lema de Necháev). «¡Viva la federación de comunas y ciudades libres! ¡Viva la anarquía (*beznachálie*)!»<sup>51</sup>

Las horrendas visiones de Bidbéi eran compartidas por un pequeño grupo de *anarjisty obschinniki* (anarco-comunistas), que editaron una prodigiosa cantidad de literatura incendiaria en el San Petersburgo de 1905. El militante más destacado de este grupo era «Tolstói» Rostóvtsev (seudónimo de N. V. Dívnogorskii), hijo de un funcionario gubernamental de la provincia de Sarátov, en el Volga. De unos treinta años de edad (Bidbéi tenía poco más de veinte), Rostóvtsev tenía un rostro corriente pero interesante, y un carácter idealista que le condujo

rápido al fanatismo revolucionario. Durante su estancia en la universidad de Járkov, se convirtió en un discípulo apasionado de la no-violencia tolstoyana (de ahí su característico *nom de guerre*), pero muy pronto se inclinó hacia el extremo opuesto del terrorismo absoluto<sup>52</sup>. Ya en 1905, Rostóvtsev redactaba instrucciones sobre la preparación de las bombas «macedoniam» de fabricación casera, y aconsejaba a los campesinos sobre «cómo incendiar los almacenes de los terratenientes»<sup>53</sup>. En la portada de uno de sus folletos aparecía un campesino barbudo, con su horca y su guadaña en las manos, quemando la iglesia y la casa señorial de su pueblo. Su bandera llevaba el lema «*za zemliu, za voliu, za anarjicheskuiu doliu*» («por la tierra, por la libertad, por un destino anarquista») <sup>54</sup>. Rostóvtsev convocaba al pueblo ruso a «coger el hacha y ejecutar a la familia zarista, a los señores de la tierra y a los curas» <sup>55</sup>.

Rostóvtsev y sus compañeros *anarjisty obschinniki* dirigieron también otros llamamientos a los obreros fabriles de Petersburgo, exhortándoles a romper sus máquinas, a dinamitar las centrales eléctricas de la ciudad, a bombardear a los «verdugos» de la clase media, a saquear bancos y tiendas, a volar las estaciones de policía y asaltar las prisiones. El Domingo Sangriento había enseñado a los obreros lo que se podía esperar del Zar y de los tímidos defensores de las reformas progresivas. «¡Que una ola de terror individual y de masas envuelva a toda Rusia!» Inauguremos la comuna sin Estado, en la que cada uno podrá utilizar libremente los almacenes colectivos y trabajar sólo cuatro horas al día, conservando tiempo libre para el ocio y la educación —tiempo para vivir «como un ser humano». ¡Adelante con la «REVOLUCIÓN SOCIAL»! «¡VIVA LA COMUNA ANARQUISTA!» <sup>56</sup>

Los *anarjisty obschinniki* de Petersburgo y el grupo *Beznachálie* de Bidbéi en París, tenían entre sí grandes afinidades. En efecto, muchos panfletos del grupo de Petersburgo se imprimían en el *Listok* de Bidbéi. No es ninguna sorpresa, por tanto, que cuando Bidbéi volvió a la capital rusa en diciembre de 1905, el grupo de *anar-*

*jisty obschinniki* le aceptase inmediatamente como su líder y cambiase su nombre por el de *Beznachálie*.

En las filas de *Beznachálie* militaban una doctora, tres o cuatro alumnos de *gimnázia*, la mujer de Rostóvtsev, Marusia, y varios antiguos estudiantes universitarios (además de Bidbéi y Rostóvtsev), en especial Borís Speranskií, un joven provinciano de diecinueve años de edad, y Aleksandr Kólovov (Sokolov), de veintiséis años e hijo de un cura de la provincia de Tambov. Como otros muchos miembros del movimiento revolucionario, Kólovov recibió su educación en un seminario de la Iglesia ortodoxa, en el que destacó en matemáticas y lenguas extranjeras, siendo posteriormente admitido en la Academia Espiritual; pero su prometedora carrera eclesiástica finalizó cuando decidió unirse a un círculo de los eseritas y se incorporó a la agitación revolucionaria. Después pasó algún tiempo en las universidades rusas, para volver más tarde a la aldea paterna, donde se dedicó a la labor propagandística entre el campesinado. En 1905 Kólovov llegó a San Petersburgo, entrando a formar parte del círculo anarquista de Rostóvtsev <sup>57</sup>.

Además de Bidbéi (y posiblemente de Rostóvtsev) había al menos otro *Beznachalets* que también era de origen aristocrático. Vladímir Konstantínovich Ushakov, cuyo padre era un administrador del gobierno en la provincia de San Petersburgo, se había educado en las posesiones familiares próximas a Pskov. Ushakov entró en la universidad de San Petersburgo tras graduarse en el *gimnázia* de Tsárskoe seló, residencia de verano del zar, y en 1901 se encontraba envuelto en las actividades del movimiento estudiantil. Igual que Bidbéi, marchó pronto al extranjero, pero volvió a tiempo para asistir a la masacre del Domingo Sangriento, integrándose poco después en el *Anarjisty Obschinniki*, y desarrollando un intenso trabajo de agitación entre los obreros industriales, que le conocían como «el almirante» <sup>58</sup>.

Finalmente es necesario mencionar a otro de los miembros del círculo de Bidbéi, un tal Dmítriev o Dimitrii Bogoliúbov, que resultó ser un agente de la policía y provocó la caída del grupo en enero de 1906. En el

momento en que los *beznachaltsy* se encontraban reunidos preparando una «expropiación» importante (hasta entonces no habían llevado a cabo más que un par de actos violentos, una explosión y la muerte de un inspector), irrumpió la policía en su cuartel general, deteniendo a los conspiradores y apoderándose de su imprenta<sup>59</sup>. Ushakov fue el único que tuvo la suerte de escapar a las autoridades, pudiendo huir a la ciudad de Lvov en la Galitzia austríaca.

Aunque eran los más conspicuos, *Chórnoe Znamia* y *Beznachálie* no fueron los únicos grupos anarco-comunistas que florecieron en la Rusia revolucionaria. Algunos otros siguieron la línea relativamente moderada del *Jleb i Volia* de Kropotkin, dedicado principalmente a la labor propagandística entre obreros y campesinos. Pero la mayoría se inclinaron por la orientación sanguinaria de Bakunin y Necháev, embarcándose en la senda del terrorismo. Una de estas organizaciones urtrarradicales fue el Grupo Internacional, localizado en la ciudad báltica de Riga, que se dedicó a practicar las «ex» y a difundir un verdadero aluvión de panfletos en los que se condenaba sistemáticamente cualquier clase de moderación o gradualismo. El grupo de Riga despreciaba olímpicamente la tesis de los socialistas, según la cual el levantamiento de 1905 no había sido más que una «revolución democrática», denunciándolos por ser partidarios de la «cooperación pacífica con los partidos capitalistas en el parlamento». Como habían demostrado contundentemente las revoluciones europeas de los siglos XVIII y XIX, la consigna de «libertad, igualdad y fraternidad» no era sino una promesa vacía de la clase media. Ahora el socialismo científico se proponía practicar un fraude del mismo tipo. Los marxistas, con su aparato centralizado de partido y su elaborada charlatanería sobre los estadios históricos, no eran más «amigos del pueblo» que Nicolás II. Representaban a los jacobinos de nuestro tiempo, que trataban de utilizar a los trabajadores con el fin de alcanzar el control monopolista del poder político. Sólo la revolución social de las masas podría proporcionar la auténtica libe-

ración<sup>60</sup>. En el sur es donde esta ola de impaciencia anarquista alcanza sus características más violentas; es allí donde los «destacamentos de combate» de las grandes ciudades, en un esfuerzo por coordinar sus actividades terroristas, se vinculan entre sí para formar una red flexible denominada Organización de Combate del Sur de Rusia.

En cambio, los anarquistas de Kíev y Moscú pusieron mayor empeño en la tarea propagandística. El grupo anarco-comunista de Kíev tuvo un defensor enérgico de esta orientación más moderada en un joven kropotkiniano cuyo nombre era German Borísovich Sandomírskii<sup>61</sup>. Aunque era Moscú el centro más importante de propaganda, su primer círculo anarquista se fundó en 1905, siendo desarticulado casi inmediatamente por la policía, cuando detuvieron a su líder, otro joven discípulo de Kropotkin, Vladímir Ivánovich Zabrézhnev (Fiódorov). El grupo *Svoboda* (Libertad), que le sucedió en diciembre, actuó como almacén de materiales de propaganda, que conseguía literatura de propaganda de Europa occidental y de los círculos anarquistas de las provincias fronterizas, y la distribuía en las nuevas células de Moscú, Nizhni Nóvgorod, Tula y otras ciudades industriales de la Rusia central. En 1906 hicieron su aparición en Moscú cuatro nuevos grupos: *Svobódnaia Kommuna* (Comuna Libre), *Solidárnost* (Solidaridad) y *Bezvlástie* (Anarquía), que reclutaban sus seguidores en los distritos obreros; y un círculo de estudiantes anarquistas de la Universidad de Moscú, que utilizaba las aulas como foro revolucionario. De vez en cuando realizaban reuniones conjuntas con los SR y los socialdemócratas en las colinas Vorobiovy y en los bosques de Sokólniki, a las afueras de la ciudad. «¡Abajo la Duma!», gritaban los anarquistas. «¡Abajo el parlamentarismo! ¡Pan y libertad! ¡Viva la revolución popular!»<sup>62</sup> Alguno de los grupos anarquistas unía cierta actividad terrorista a la agitación propagandística, dedicándose a fabricar bombas «japonesas» y manteniendo reuniones clandestinas en el monasterio Douskoi para planificar las «expropiaciones». Así es como perdió la vida una muchacha de veintiséis años, al

estallarle en las manos una bomba que estaba probando <sup>63</sup>.

Junto a los numerosos grupos anarquistas que aparecieron por toda Rusia durante la revolución de 1905, en Odessa surgió una segunda rama del anarquismo, aunque mucho más minoritaria: los anarco-sindicalistas (sobre los que volveremos más adelante); y aún aparecería una tercera: los anarco-individualistas de Moscú, San Petersburgo y Kíev <sup>64</sup>. Los dos máximos exponentes del anarco-individualismo, que habitaban en Moscú, fueron Alekséi Alekséevich Borovói y Lev Chórnýi (Pável Dimíttrievich Turchanínov). Heredaron la tesis nietzscheana de que había que destruir totalmente todos los valores aceptados por la sociedad burguesa, políticos, morales y culturales. Además, bajo la influencia de Max Stirner y Benjamin Tucker, teóricos alemán y americano del anarco-individualismo, exigían la liberación total de la persona humana de las cadenas de la sociedad organizada. En su opinión, incluso las comunas voluntarias de Piotr Kropotkin podían ser un freno para la libertad individual <sup>65</sup>. Un cierto número de anarco-individualistas encontró la forma de superar su alienación social a través de la violencia y el crimen, otros se destacaron en el seno del vanguardismo literario y en los círculos artísticos; pero la mayoría continuaron siendo siempre «filósofos» anarquistas, que se debatían en animadas discusiones y desarrollaban su teoría anarco-individualista en pesados libros y periódicos.

Aunque las tres categorías del anarquismo ruso —anarco-comunismo, anarco-sindicalismo y anarco-individualismo— reclutaban la casi totalidad de sus militantes entre la intelectualidad y la clase obrera, los anarco-comunistas procuraron llegar también con sus ideas a los soldados y campesinos. En 1903, un «Grupo de Anarquistas Rusos» publicaba un folleto en el que se convocaba a la «desorganización, disolución y aniquilación» del ejército ruso, y a su sustitución por las masas populares armadas <sup>66</sup>. Tras el estallido de la guerra ruso-japonesa, los panfletos anarquistas se propusieron convencer a los soldados de que su lucha legítima estaba en casa —contra el gobierno y la propiedad privada— <sup>67</sup>. Sin embargo,

este tipo de literatura antimilitarista circulaba en cantidades restringidas, y es dudoso que llegase a causar mucho efecto sobre las tropas.

Mayor era el volumen de distribución de propaganda en las aldeas campesinas; pero parece que sus resultados sólo fueron ligeramente más positivos. En septiembre de 1903, el segundo número de *Jleb i Volia* señalaba que el «terror agrario» era una «forma sobresaliente de guerra de guerrillas» contra los señores de la tierra y el gobierno central <sup>68</sup>. Un folleto ilegal publicado ese mismo año en San Petersburgo aseguraba a los campesinos que no necesitaban «ni Zar ni Estado», sino «tierra y libertad». El autor evocaba el mito de la idílica era de libertad que había existido en la Rusia medieval, cuando la autoridad se basaba en la asamblea ciudadana local (*veche*) y en la comuna popular; para restaurar aquella sociedad libertaria era urgente que el *narod* levantara una «implacable guerra de liberación». «¡Obreros y campesinos! ¡Despreciemos la autoridad, los uniformes, las sotanas! ¡Amemos solamente la libertad, e implantémosla!» <sup>69</sup>

La revolución de 1905 dio un poderoso impulso a este tipo de propaganda. «¡Abajo los señores de la tierra, abajo la riqueza!», proclamaba Rostóvtsev, de *Beznachálie*, cuando instigaba a los campesinos a incendiar los almacenes de sus amos. «Toda la tierra nos pertenece, pertenece a todo el campesinado *narod*» <sup>70</sup>. Los anarco-comunistas de las ciudades de Odessa, Ekaterinoslav, Kíev y Chernígov se introducían en los pueblos con «libritos» que llamaban a la sublevación, exactamente igual que habían hecho treinta años antes sus predecesores los populistas <sup>71</sup>. En la provincia de Riazán pasaban de mano en mano panfletos con títulos como «Tira tus útiles de labranza», o «Cómo pudieron salir adelante sin autoridad alguna los campesinos» <sup>72</sup>. Este último describía la comuna de un pueblo que, tras haberse desembarazado del gobierno, vivía en libertad y armonía, «y en el que todo el mundo tomaba el pan, los vestidos y otros suministros del almacén comunal, de acuerdo con sus necesidades» <sup>73</sup>. En la provincia de Tambov, los *beznachaltsy* de Kólosov

desarrollaban sus actividades anarquistas, cuyos resultados se recogerían tres años más tarde con la constitución del grupo *Probuzhdénie* (el Despertar), integrado por campesinos anarquistas<sup>74</sup>. Entre 1905 y 1908 aparecerían otros grupos anarquistas en los distritos rurales, pero su importancia era muy reducida en comparación con los socialistas revolucionarios, que mantuvieron un monopolio prácticamente total sobre el radicalismo campesino durante todo el período revolucionario.

En la revolución de 1905, mientras los *chornoznámetsy* y los *beznachaltsy* se empeñaban en una lucha a vida o muerte contra el gobierno y las clases propietarias de Rusia, Kropotkin y su camarilla permanecían en Occidente, ocupados en tareas más oscuras de organización y propaganda. Ambos grupos extremistas veían con enorme desagrado el prestigio de que gozaba la asociación *Ileb i Volia* de Kropotkin en comparación con ellos. Los terroristas, que arriesgaban su vida diariamente en la lucha violenta, se resentían de lo que ellos consideraban como una actitud pasiva de los kropotkinianos hacia la épica heroica que se desarrollaba en Rusia. Molestos ya en 1903 por la descripción que hacía Kropotkin de la inminente revolución rusa como el «prólogo, o incluso un simple acto, de la revolución comunalista local»<sup>75</sup>, los ultrarradicales se hicieron aún más suspicaces en 1905, cuando Kropotkin comparó la tempestad rusa a las revoluciones inglesa y francesa<sup>76</sup>, que para ellos no habían conseguido sino instalar una nueva clase de amos en el poder. Para los *beznachaltsy* y los *chornoznámetsy*, 1905 no era un paso tímido hacia un sistema acomodaticio de «federalismo liberal», sino la batalla final, decisiva, el mismísimo Armageddon<sup>77</sup>.

Probablemente estos fanáticos del movimiento anarquista falsificaban las observaciones que Kropotkin hizo en 1905. Al definir las analogías entre la revolución rusa, por un lado, y las revoluciones inglesa y francesa, por otro, Kropotkin señalaba específicamente que Rusia se dirigía hacia una etapa más avanzada que la «simple transición de la autocracia al constitucionalismo», hacia

un estadio superior a la simple transferencia política en la que la aristocracia o la clase media se convirtiesen en los nuevos sectores dominantes, en lugar del rey<sup>78</sup>. Lo que más había impresionado a Kropotkin, en sus estudios de los primeros levantamientos de Europa occidental, era su alcance general y los profundos cambios que habían provocado en las relaciones humanas. En su opinión, la revolución de 1905 era la «gran revolución» de Rusia, comparable por su aliento y profundidad a las grandes revoluciones inglesa y francesa, y no un pequeño motín transitorio llevado a cabo por un puñado de insurrectos<sup>79</sup>. No era «un simple cambio de administración» el que estaban presenciando los rusos, sino una verdadera revolución *social* que «alteraría radicalmente las condiciones económicas» y pondría fin para siempre al gobierno coercitivo<sup>80</sup>. Es más, la revolución rusa tendría un carácter aún más vasto que el de los levantamientos occidentales precedentes, porque sería una «liberación popular basada en la igualdad, la libertad y la fraternidad más genuinas»<sup>81</sup>.

Pero las referencias constantes de Kropotkin a las revoluciones de Inglaterra y Francia parecían implicar una prolongación de la espera para aplicar el comunismo sin Estado, que tan desesperadamente ansiaban los *chornoznámetsy* y *beznachaltsy*. Además, tampoco es sorprendente que los círculos terroristas, ante la fuerte antipatía de Kropotkin hacia los motines y las insurrecciones lanzadas por pequeñas bandas, vieran con malos ojos sus análisis sobre el levantamiento de 1905. Kropotkin reiteraba continuamente su oposición tanto a los *coups* blanquistas como a las campañas de violencia terrorista de las bandas coordinadas de conspiradores, aisladas de la masa del pueblo<sup>82</sup>. Los asesinatos y los secuestros ocasionales no afectarían al orden social vigente más que lo podía hacer la simple conquista del poder político; las «ex» individuales no tendrían lugar en una insurrección generalizada de masas, cuyo objetivo no era una avariciosa transferencia de riqueza de un grupo a otro, sino la eliminación absoluta de la propiedad privada en cuanto tal<sup>83</sup>. Uno de los discípulos de Kropotkin, Vladímir Za-

brézhnev, comparaba las posiciones de los anarquistas rusos a la «era de la dinamita» en Francia, al comienzo de la década de 1890, cuando aventureros como Ravachol, Auguste Vaillant y Emile Henry hacían temblar por su vidas a los políticos y hombres de negocios<sup>84</sup>. La violencia endémica de aquellos años, aun provocada por la injusticia social, representaba casi exclusivamente una salida para el «malestar y la indignación» personales, decía Zabrézhnev<sup>85</sup>. «Está claro», concluía, «que asaltar al primer burgués o funcionario que uno se encuentra, o provocar la explosión de cafés, teatros, etc., no representa bajo ningún concepto una deducción coherente de la *Weltanschauung* anarquista; su explicación reside exclusivamente en la psicología de quienes cometen esta clase de actos»<sup>86</sup>. Los *glebovoltsy* de Kropotkin denunciaban asimismo a bandas de saqueadores como *Chórnyi Voron* (el Cuervo Negro), e *Iástreb* (el Halcón), de Odessa, por utilizar la divisa ideológica del anarquismo para justificar la naturaleza degradante de sus actividades. Estos «expropiadores gracias a las bombas», no eran mejores que los bandidos del sur de Italia, decían los kropotkinianos<sup>87</sup>, y su programa de terror indiscriminado era una caricatura de la doctrina anarquista, que desmoralizaba a los auténticos seguidores del movimiento y desacreditaba al anarquismo ante el público.

A pesar de la dureza de estas frases, Kropotkin y sus *glebovoltsy* continuaron apoyando los actos de violencia impulsados por la compasión hacia los oprimidos o los sentimientos de ultraje y humillación, lo mismo que la «propaganda por los hechos», específicamente orientada a despertar la conciencia revolucionaria del pueblo. El grupo *Jleb i Volia* apoyaba también el «terror defensivo» destinado a repeler el pillaje de las unidades de policía de las Centurias Negras, bandas de maleantes que se dedicaban a sembrar el terror entre los judíos y los intelectuales en 1905 y 1906<sup>88</sup>. Un informe procedente de Odessa que apareció en *Jleb i Volia* durante el tumultuoso verano de 1905 llegaba a declarar: «¡Sólo los enemigos del pueblo pueden ser enemigos del terror!»<sup>89</sup>

Entre las diferentes escuelas anarquistas que hicieron

su aparición en Rusia durante este período, los críticos más severos de las tácticas terroristas fueron los anarcosindicalistas. Ni siquiera los moderados *glebovoltsy* escapaban a su censura. El líder anarco-sindicalista más destacado en el interior de Rusia, que actuaba bajo el seudónimo de Daníil Novomírskii («hombre del nuevo mundo», su verdadero nombre era Iákov Kirílovskii), se oponía a Kropotkin y a sus compañeros por su aprobación de la propaganda por los hechos y otras formas de terrorismo aislado que, decía, sólo servían para inculcar un destructivo «espíritu de insurgencia» entre las masas atrasadas y desprovistas de cualquier clase de preparación<sup>90</sup>. En cuanto a los auténticos terroristas de *Beznachálie* y *Chórnoe Znamia*, Novomírskii los comparaba con la organización 'La Voluntad del Pueblo', cuya actividad se había desarrollado una generación antes, y con la que eran identificables, ya que cada grupo se basaba en pequeñas «bandas rebeldes» que pretendían conseguir por sí mismas la transformación del viejo orden (tarea que sólo podrían llevar a cabo las masas del pueblo ruso por sí mismas)<sup>91</sup>.

Novomírskii se encontraba, casualmente, con un grupo de gente a la salida del café Liebman cuando éste sufrió la violenta explosión de diciembre de 1905. Aquí no se congregaban los ricos, señaló Novomírskii; no era más que un restaurante de «segunda clase», al que iban fundamentalmente intelectuales y pequeños burgueses. La bomba estalló en la calle, y no produjo «más que ruido». Novomírskii cuenta la reacción de un obrero que estaba entre el grupo de gente: «¿Es que los revolucionarios no tienen nada mejor que hacer que tirar bombas en los restaurantes? ¡Parece como si ya se hubiese acabado con el gobierno zarista y con el poder burgués! Han tenido que ser las Centurias Negras quienes han colocado la bomba para desprestigiar a los revolucionarios»<sup>92</sup>. Si los anarquistas continúan utilizando este tipo de tácticas infructuosas y lanzándose a la lucha sin preparar sus batallones, observó Novomírskii, su final será tan trágico como el de 'La Voluntad del Pueblo', cuyos dirigentes terminaron todos en el patíbulo. La misión inmediata del

anarquismo, decía, era ampliar la labor propagandística en las factorías, y organizar verdaderos sindicatos revolucionarios, instrumentos de la guerra de clases contra la burguesía. En nuestro tiempo, continuaba, el único terror efectivo es el «terror económico» —huelgas, boicots, sabotajes, asaltos contra la dirección de las fábricas, expropiaciones de los fondos gubernamentales—<sup>93</sup>. La actividad indiscriminada de las bandas de saqueadores no conseguiría más que «enfurecer a los trabajadores y alimentar instintos primitivos y sanguinarios», en vez de levantar la conciencia revolucionaria del proletariado<sup>94</sup>.

Paradójicamente, el mismo grupo de Novomírskii, los anarco-sindicalistas de Odessa, organizó su propio «destacamento de combate», que llevó a cabo una serie de «expropiaciones» arriesgadas para llenar las arcas del grupo: asalto a un tren a las afueras de Odessa y robo en otra ocasión, en colaboración con una banda de eseritas, en un banco, del que sacaron veinticinco mil rublos (los anarquistas utilizarían el dinero para comprar más armas y una imprenta, en la que se publicó el programa de Novomírskii y un número del periódico sindicalista *Vólnyi Rabóchii* (El Trabajo Libre). El grupo de Novomírskii llegó a tener incluso su propio laboratorio de explosivos, dirigido por un revolucionario polaco al que llamaban «Cake» por su afición a bailar en el laboratorio con su esposa, con las bombas en las manos, el «Cake-Walk»\*. Otro dirigente anarquista de Odessa que, aunque se confesaba discípulo de Kropotkin, unía de forma parecida sindicalismo y terrorismo, era Lázar Gershkóvich, un ingeniero industrial que había construido su propio laboratorio de fabricación de explosivos y que era conocido como el «Kibálchich» del movimiento de Odessa, en recuerdo del joven ingeniero de 'La Voluntad del Pueblo' que fabricó la bomba con la que mataron a Alejandro II<sup>95</sup>.

Novomírskii trataba de justificar las que parecían hi-

\* «Cake-Walk»: danza de los negros americanos, formada por pasos y figuras que sugieren una cabriola, y en la que se premia con una tarta («cake») a la pareja que mejor se contornea.— (N. del T.)

pócritas actividades terroristas de sus compañeros diciendo que, en el fondo, éstos estaban actuando en beneficio del movimiento «en su conjunto» —una actividad muy distinta de la de quienes se dedicaban únicamente a la desenfadada labor de poner bombas, o de los que tenían una «concepción de maleantes sobre el carácter de las expropiaciones»<sup>97</sup>—. La argumentación de Novomírskii contra el terrorismo «sin motivo» influyó en Europa occidental sobre otro prominente sindicalista ruso, Maksim Raévskii (L. Físhelev), que también denunciaba las «tácticas naechevistas» de organizaciones conspirativas como *Chórnoe Znamia* y *Beznachálie*, y ridiculizaba su fe en la capacidad revolucionaria de los ladrones y vagabundos del *lumpenproletariat*, y de todos los elementos oscuros de la sociedad rusa. Ya era hora de reconocer, declaraba Raévskii, que la única posibilidad de victoria para la revolución social radicaba en la existencia de un ejército organizado de militantes, un ejército que sólo podría reclutarse en las filas del movimiento obrero<sup>98</sup>.

En la atmósfera «maximalista» de 1905, era prácticamente inevitable que la rama terrorista del anarquismo ganase por la mano a las demás. Los pacientes esfuerzos de las anarcosindicalistas y de los *jlebovoltsy* por desarrollar una labor propagandística en las fábricas y aldeas se veían eclipsados por la actividad explosiva de sus camaradas extremistas. No pasaba un solo día sin que los periódicos publicasen noticias de asaltos sensacionales, asesinatos y sabotajes perpetrados por anarquistas enloquecidos. Asaltaban los bancos y las tiendas, saqueaban las imprentas para poder seguir editando su literatura y disparaban contra guardias, policías y funcionarios gubernamentales. Se trataba de jóvenes temerarios y frustrados, que pretendían satisfacer sus deseos de aventura y autorrealización dinamitando los edificios públicos, las oficinas, teatros y restaurantes.

El desorden alcanzó su clímax a finales de 1905, cuando los *bezmotivniki* colocaron sus bombas en el hotel Bristol de Varsovia y en el café Liebman de Odessa, y las bandas de los «Hermanos del bosque» convirtieron en

un «Sherwood Forest» \* los bosques nórdicos que van desde Viatka a las provincias bálticas<sup>99</sup>. Tras la supresión del levantamiento de Moscú sobrevino una cierta calma y muchos revolucionarios se vieron obligados a esconderse. Pero el terrorismo se reanudó muy poco tiempo después. Los eseritas y los anarquistas afirmaban disponer de más de cuatro mil miembros activos entre 1906 y 1907, aunque habían perdido una cifra similar de militantes (sobre todo los eseritas). Pero la corriente empezaba a volverse en su contra. P. A. Stolypin había comenzado a poner en práctica medidas enérgicas para «pacificar» la nación. En agosto de 1906 la rama maximalista de los eseritas (ultrarradicales incontrolados del partido Socialista Revolucionario, que exigían la socialización inmediata de la agricultura y la industria) había volado la casa veraniega del propio Stolypin, hiriendo a sus dos hijos y matando a treinta y dos personas. A finales de año, el primer ministro había declarado el estado de emergencia en la mayor parte del Imperio y los gendarmes perseguían a los *chornoznámetsy* y *beznachaltsy* hasta sus escondites, descubriendo verdaderos nidos de armas y municiones, recuperando imprentas robadas y destruyendo laboratorios de explosivos. El castigo era rápido y despiadado. Se organizaban tribunales sumarísimos que, dejando de lado las investigaciones preliminares, comunicaban sus veredictos en un par de días y ejecutaban inmediatamente las sentencias<sup>100</sup>.

Si no tenían más remedio que enfrentarse a la muerte, los jóvenes rebeldes estaban decididos a hacerlo a su manera, antes de caer víctimas de la «cortaca de Stolypin» —la soga del verdugo, que estaba enviando centenares de revolucionarios, auténticos y sospechosos, a una muerte prematura—. La muerte no resultaba tan espantosa después de una vida llena de humillaciones y desesperación; como señalaba Kólosov, de *Beznachálie*, tras su detención, la muerte «es la hermana de la vida»<sup>101</sup>. Así pues, no era extraño que los terroristas, cuando se

\* Sherwood Forest, antiguo bosque real del centro de Inglaterra donde, según se cuenta, tenía su refugio la banda de Robin Hood.—(N. del T.)

encontraban arrinconados, volviesen sus pistolas contra ellos mismos, o que, al ser capturados, recurriesen al indómito gesto de los Viejos Creyentes, fanáticos del siglo XVII —la auto-inmolación<sup>102</sup>. «¡Al infierno con los amos, al infierno con los esclavos, al infierno conmigo mismo!»: la caracterización que hizo Victor Serge de los anarquistas terroristas de París, en vísperas de la primera guerra mundial, se podía aplicar perfectamente a estos jóvenes rusos. «Era como un suicidio colectivo»<sup>103</sup>.

Enjambres de jóvenes se encontraron con una muerte violenta, y las filas de *Chórnoe Znamia* se vieron rápidamente diezmadas. Borís Engelsón, uno de los fundadores de la prensa «*Anárjia*» de Bialystok, detenido en Vilna, en 1905, consiguió escapar de la cárcel y huir a París. Pero le volvieron a arrestar, cuando volvió a Rusia, dos años más tarde, y fue enviado inmediatamente al patíbulo<sup>104</sup>. En 1906 perecieron en un choque con la policía dos de los más destacados terroristas de Bialystok, militantes que habían seguido las huellas de Fárber. El primero de ellos, Antón Nizhbórkii, miembro del Partido Socialista Polaco que después se incorporó al movimiento anarquista, se suicidó para evitar la captura tras una «ex» que fracasó en Ekaterinoslav<sup>105</sup>. Su compañero de armas, Arón Elin (alias «Gelinker»), antiguo socialista-revolucionario, que se había hecho famoso como terrorista por el asesinato de un oficial cosaco y por colocar una bomba en un grupo de policías, fue abatido por los soldados cuando se encontraba en una reunión de trabajadores en un cementerio de Bialystok<sup>106</sup>. Vladímir Striga, otro *chornoznámets* de Bialystok, hijo de padres judíos bien situados y antiguo estudiante socialdemócrata, murió ese mismo año en su exilio parisino. «¿Se puede distinguir a qué burgués tira uno las bombas?», preguntaba Striga a sus camaradas poco antes de morir. «Son todos iguales: los accionistas de París continuarán llevando sus vidas depravadas... Proclamo 'muerte a la burguesía', y a ello contribuiré con mi propia vida»<sup>107</sup>. Striga encontró la muerte cuando caminaba por el Bois de Vincennes a las afueras de la capital. Estalló hecho trizas, al tropezar cuando llevaba una bomba en el bolsillo<sup>108</sup>.

Como señalaba Nikolái Ignátievich Rogdáev (Muzil), un seguidor de Kropotkin, en un informe presentado ante el congreso internacional de anarquistas de 1907, la revolución de 1905 y sus secuelas produjeron un «gigantesco martirologio de anarquistas»<sup>109</sup>. Los tribunales militares de Stolypín aguardaban a aquellos anarquistas que conseguían sobrevivir a las balas de la policía y a los fallos de sus propias bombas; centenares de jóvenes, muchos de ellos aún adolescentes, fueron llevados a juicios sumarísimos y sentenciados normalmente a muerte o asesinados por sus carceleros<sup>110</sup>. Era frecuente que, en los juicios, los defensores de los anarquistas hicieran intervenciones conmovedoras apoyando su causa. Un *chornoznámenets* de Vilna, detenido por llevar explosivos, trató de convencer a la audiencia de que la anarquía no equivalía al caos absoluto, como sostenían sus detractores: «Nuestros enemigos comparan la anarquía con el desorden. ¡No! La anarquía es el mejor de todos los órdenes, la mayor de las armonías. Es la vida sin autoridad. Cuando acabemos con los enemigos a los que nos encontramos enfrentados, estableceremos una comuna. La vida será social, fraterna y justa»<sup>111</sup>. En Kíev, otro caso típico fue el de una campesina ucraniana llamada Matriona Prisiazhniuk, anarcoindividualista convicta de haber tomado parte en el asalto a una fábrica de azúcar, del asesinato de un cura y de intento de matar a un funcionario policial del distrito. Después de que el tribunal militar pronunciase la sentencia de muerte, se permitió que la condenada hiciera sus últimas alegaciones. «Soy anarcoindividualista», comenzó diciendo, «y mi ideal es que la persona humana se desarrolle libremente, en el más amplio sentido de la palabra, y acabar con la esclavitud en todas sus formas». Habló de la miseria y el hambre de su pueblo nativo, cubierto siempre de lamentaciones, sufrimientos y sangre. La causa de todo ello era la moral burguesa, «fría y burocrática, exclusivamente mercantil». Finalmente, la muchacha enalteció su próxima muerte y la de dos compañeros anarquistas que estaban siendo juzgados con ella, en un breve llamamiento: «subiremos al patíbulo con valentía y orgullo, desafiándoles a ustedes;

nuestra muerte será la chispa que incendie muchos corazones. Morimos como vencedores. ¡Adelante pues! ¡Nuestra muerte es nuestro triunfo!»<sup>112</sup> Sin embargo la visión de Prisiazhniuk no llegaría a realizarse nunca: escapó a sus ejecutores suicidándose con unas pastillas de cianuro que le introdujeron en su celda tras el juicio<sup>113</sup>.

Algunas veces, los juzgados manifestaban su desprecio por los tribunales manteniéndose en silencio o estallando en gritos de cólera. Cuando Ignátii Muzil (hermano de Nikolái Rogdáev) fue conducido a juicio (había sido detenido en unos bosques cercanos a Nizhni Nóvgorod con literatura anarquista), se negó a reconocer al tribunal o a permanecer de pie ante sus interrogadores<sup>114</sup>. De la misma forma, otro anarquista condenado en Odessa, llamado Lev Aleshker, calificó su juicio de «farsa» e insultó a los jueces que le habían condenado: «¡Vosotros sois los que deberíais sentaros en el banco de los acusados!», exclamó; «¡abajo con todos vosotros, villanos polizontes! ¡Viva la anarquía!»<sup>115</sup> Mientras esperaba su ejecución, Aleshker redactó un elocuente testamento, en el que profetizaba la cercana Edad de Oro anarquista:

Romperemos las cadenas eternas del hombre —la esclavitud, la pobreza, la debilidad, la ignorancia—. El hombre estará en el centro de la naturaleza. Cada uno podrá servirse plenamente de la tierra y de sus productos. Las armas dejarán de ser la medida de la fuerza y el oro la medida de la riqueza; serán fuertes los hombres intrépidos y audaces en la conquista de la naturaleza, y la riqueza estará en las cosas que sean útiles. Ese mundo se llama «Anarquía». No habrá castillos, ni lugares para los amos y los esclavos. La vida estará abierta a todos. Cada uno tomará lo que necesite —éste es el ideal anarquista—. Y cuando se realice los hombres vivirán en la bondad y en la sabiduría. Las masas asmirán la construcción de este paraíso sobre la tierra<sup>116</sup>.

El juicio más espectacular de todos fue el de los *bezmotivniki* de Odessa que atentaron contra el café Liebman en diciembre de 1905, y del grupo *Beznachálie* de San Petersburgo, cercado por la policía en 1906. Cinco jóvenes fueron juzgados por el atentado del café Liebman. (Un sexto participante, N. M. Erdelévskii, fue detenido después de herir a cuatro policías, pero con-

siguió huir a Suiza, donde participó en la fundación de un círculo de *Chórnoe Znamia* conocido como *Buntar* (El Rebelde)<sup>117</sup>. Los cinco jóvenes fueron rápidamente sentenciados, tres de ellos a pena de muerte. Un carpintero de veintidós años, Moiséi Mets, se negó a reconocer en sus actos ninguna culpabilidad criminal, aunque admitió que, efectivamente, había tirado una bomba en el café, «con el fin de acabar con los explotadores que se encontraban allí»<sup>118</sup>. Mets dijo al tribunal que su grupo exigía la liquidación total del sistema vigente, y que esto no podría conseguirse mediante reformas parciales, sino «acabando completamente con la explotación y la esclavitud». Es indudable que los burgueses se divertirán sobre nuestras tumbas, prosiguió Mets, pero los *bezmotívnikí* no son más que los primeros atrullos de la primavera que se aproxima. Otros, declaró, terminarán con sus «privilegios y holgazanería, con sus vicios y su autoridad». «¡Destrucción y muerte a todo el orden burgués! ¡Viva la clase revolucionaria de los oprimidos! ¡Viva el anarquismo y el comunismo!»<sup>119</sup> Mets fue enterrado dos semanas después de su juicio, junto con sus dos camaradas, un chico de dieciocho años y una muchacha de veintidós<sup>120</sup>.

Los otros dos acusados fueron condenados a largas penas de prisión. La mayor, Olga Taratuta, de treinta y cinco años, había militado en las filas del Partido Socialdemócrata de Ekaterinoslav, tras su fundación en 1898, pasándose posteriormente al campo anarquista. Sentenciada a diecisiete años de presidio, Taratuta consiguió evadirse de la cárcel de Odessa y refugiarse en Ginebra, donde entró a formar parte del grupo *Buntar* de Erdelévskii. La vida sedentaria del emigrante resultó incompatible con el temperamento dinámico de Taratuta, que volvió pronto a la lucha activa en el interior de Rusia. Taratuta se integró en un «destacamento de combate» anarco-comunista en su ciudad nativa, Ekaterinoslav, pero fue detenida nuevamente en 1908 y condenada a muchos años de cárcel. Esta vez no pudo escapar<sup>121</sup>.

El 13 de noviembre de 1906, el mismo día en que morían ejecutados los tres *bezmotívnikí* de Odessa, se

juzgaba a los integrantes del grupo *Beznachálie* en la capital. Los acusados, cuyos cargos eran posesión de explosivos y militancia en una «organización criminal», se negaron a contestar a las preguntas de los magistrados. Aleksandr Kólosov declaró que el tribunal, que evidentemente tenía tomada su decisión de antemano, debía limitarse a emitir la sentencia; él y sus amigos se lo agradecerían a los jueces, y podrían morir tranquilos. Bidbéi, el sarcástico dirigente del grupo, se negó a levantarse cuando le llamó el magistrado, explicando que él nunca hablaba con nadie «a quien no hubiera sido presentado»<sup>122</sup>. Tras ello, sacaron al acusado de la sala. Bidbéi fue condenado a quince años de prisión. Kólosov, que recibió la misma condena, se suicidó tres años más tarde arrojándose a un pozo del penal siberiano<sup>123</sup>. La condena de Borís Speranskii no llegó a los diez años, debido a su juventud (tenía veinte años). Pero le añadieron otros diez cuando fracasó un intento de fuga de la fortaleza Schlisselburg. Informes clandestinos, procedentes de Schlisselburg, afirmaban en 1908 que Speranskii había sido golpeado por insultar a un carcelero, y que en otra ocasión un guardia le había disparado a las dos piernas<sup>124</sup>. Se desconoce cuál fue su suerte final.

Nos queda aún por descubrir el destino de «Tolstói» Rostóvtsev y de Vladímir Ushakov. Fingiéndose enfermo cuando estaba en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, Rostóvtsev fue trasladado a un hospital-prisión, desde donde pudo escapar a Occidente, lo mismo que había hecho Kropotkin treinta años antes. Desgraciadamente, Rostóvtsev no dejó en Rusia sus proclividades terroristas. Intentó asaltar un banco en Montreux, pero sólo consiguió la muerte de varios mirones inocentes. La policía suiza tuvo que impedir su linchamiento. Encarcelado en Lausanne se roció de keroseno y se quemó vivo<sup>125</sup>. Por su parte, Ushakov consiguió burlar el cerco policiaco en San Petersburgo y se refugió en Lvov. Poco después volvía a Rusia, integrándose en el «destacamento de combate» de Ekaterinoslav, y trasladándose posteriormente a Crimea. Detenido al intentar una «expropiación» de un banco de Yalta, Ushakov fue conducido a una cár-

cel de Sabastópolis, en donde, al tratar de escapar y verse cercado por la policía, se disparó un tiro en la cabeza <sup>126</sup>.

Tras el período de «pacificación» que siguió a la revolución de 1905, muchos otros conocidos anarquistas fueron sentenciados a largas condenas de prisión y a trabajos forzados. Entre ellos se encontraban Lázar Gershkóvich y Daníl Novomírskii, líderes del movimiento anarquista de Odessa <sup>127</sup>, y German Sandomírskii, de la organización anarcocomunista de Kíev <sup>128</sup>. Vladímír Zabrézhnev y Vladímír Bármash, figuras claves del movimiento de Moscú, fueron detenidos y encarcelados, pero los dos consiguieron escapar <sup>129</sup>. Zabrézhnev halló eventualmente un camino de actuación en el seno del círculo de Kropotkin en Londres, donde le esperaba una nueva vida, sin los peligros y los virajes de la clandestinidad en Moscú, pero que exigía, sin embargo, un ánimo fuerte y un esfuerzo inagotable. A partir de ahora, era evidente que 1905 había sido, después de todo, un preludio, y que era necesario establecer las bases para la auténtica revolución social, que aún estaba por venir.

### 3. Los sindicalistas

Todos los hombres conscientes deben preguntarse: ¿estamos preparados?, ¿conocemos con claridad la nueva organización hacia la que avanzamos, a través de ideas tan difusas y de carácter tan general como las de propiedad colectiva y solidaridad social?, ¿conocemos el proceso —tras la destrucción total— por el que se realizará la transformación de las viejas formas en otras nuevas?

ALEKSANDR HERZEN

Un nuevo elemento, estrechamente vinculado con la enconada cuestión del terrorismo, se planteó en 1905, provocando una agudización de las disensiones ya visibles en el seno del movimiento anarquista. Desde la época de la emancipación de los siervos, había comenzado a surgir en la Rusia urbana una nueva clase de obreros industriales. Sólo en la última década del siglo anterior, se había casi doblado el número de trabajadores de la industria, alcanzando una cifra superior a los tres millones en el momento del estallido revolucionario. ¿Qué posición debían adoptar los anarquistas ante el nuevo movimiento obrero?

Los grupos *Beznachálie* y *Chórnoe Znamia* se oponían instintivamente a la existencia de grandes organizaciones de cualquier tipo, y tenían poca paciencia para desarrollar la aburrida tarea de distribuir panfletos y manifiestos en las fábricas, con excepción de aquella propaganda orientada a incitar a la lucha violenta de los trabajadores contra sus patronos o a promover un inmediato levantamiento armado. A la vez que rechazaban a los incipientes sindicatos, alegando que no eran más que instituciones

reformistas con la misión de «prolongar la agonía del enemigo», mediante «una serie de victorias parciales»<sup>1</sup>, consideraban que los únicos instrumentos adecuados para acabar con el régimen zarista eran sus propias bandas de militantes. Los *Nlebovoltsy* y los anarcosindicalistas, por su parte, condenaban a los terroristas por desperdiciar sus energías en los fugaces asaltos contra las clases privilegiadas: al ver en la fuerza de trabajo organizada una poderosa máquina para la revuelta, pasaron a convertirse en los campeones del sindicalismo.

Tal como se planteó en Francia durante la década de 1890, la doctrina del sindicalismo revolucionario era una curiosa mezcla de anarquismo, marxismo y sindicalismo. Los sindicalistas franceses heredaron de Proudhon y Bakunin, iniciadores de la tradición anarquista, un odio irreprimible hacia el Estado centralizado, una profunda desconfianza de los políticos, y una concepción esquemática del control obrero de la industria. Ya en los años 1860 y 70, los seguidores de Proudhon y Bakunin proponían en la I Internacional la constitución de consejos de obreros que fuesen a la vez instrumentos de la lucha de clases contra el capitalismo y cimientos estructurales de la futura sociedad libertaria<sup>2</sup>. Esta fue una idea que desarrollaría posteriormente Ferdinand Pelloutier, joven y cualificado intelectual con fuertes inclinaciones anarquistas, que se convirtió en la figura más sobresaliente del movimiento sindicalista francés durante los años de su formación. A comienzos de la década de 1890, la sonada ola de terrorismo que se desató sobre París creó un ambiente de desilusión general con tales tácticas, y provocó que un gran número de anarquistas franceses entrasen a formar parte de los sindicatos. Influidos por el fervor anarquista, la mayoría de los sindicatos tomaban, a finales de siglo, posiciones hostiles frente al Estado, y rechazaban la conquista del poder político —tanto por métodos revolucionarios como parlamentarios— como algo nefasto para sus verdaderos intereses. En contrapartida, se inclinaban por una revolución social que habría de destruir el sistema capitalista e inaugurar

una sociedad sin Estado, cuya economía se encontraría dirigida por una confederación general de sindicatos.

La segunda fuente de las ideas sindicalistas, comparable en importancia a la misma tradición anarquista, fue el legado de Karl Marx, en particular su doctrina de la lucha de clases. Del mismo modo que Marx, los sindicalistas esperaban la liquidación del capitalismo, y colocaban el conflicto de clases en el mismo centro de todas las relaciones sociales. Tal como ellos lo veían, los productores estaban enfrentados a los parásitos en una lucha sin tregua que debía finalizar con la aniquilación del mundo burgués. La lucha de clases suministró un objetivo a la lúgubre existencia de los trabajadores industriales: profundizaba su conciencia de seres explotados y cimentaba su solidaridad revolucionaria. Los sindicalistas, que concebían el planteamiento de la guerra de clases como la auténtica esencia del marxismo, deploraban la forma en que los reformistas y revisionistas del socialismo europeo estaban comprometiendo las enseñanzas revolucionarias de Marx, ya que estos últimos confiaban en aliviar los antagonismos sociales mediante los procedimientos de la democracia parlamentaria.

El trade-unionismo, tercera fuente de los conceptos y técnicas sindicalistas, se asemejaba al marxismo en su consideración del trabajador individual como miembro de una clase social de productores, es decir, como animal económico, más que político. En consecuencia, el factor fundamental de su fuerza residía en la solidaridad organizada de su propia clase. Pero mientras Marx urgía a la clase obrera a unirse con el objetivo de conquistar el aparato político, los tradeunionistas «puros» preferían concentrar sus esfuerzos sobre objetivos económicos inmediatos. Los trabajadores debían confiar en su propio poder como productores, utilizando la acción económica directa para obtener beneficios materiales. Esta acción directa consistía generalmente en la huelga, la manifestación, el boicot y el sabotaje. Este último incluía «mal trabajo por mal sueldo», holgazaneo, destrucción de maquinaria y de equipos industriales, observación literal de pequeñas reglas y especificaciones del trabajo, etc.; sin

embargo, no se veía en general, con buenos ojos, la violencia contra capataces, ingenieros y directores.

El sindicalismo —la versión francesa del trade-unio-nismo— concedía a las uniones laborales (*syndicats*) un papel preponderante en la vida de los trabajadores. Mediante la acción directa contra los patronos, las uniones conseguían una paga más alta, un horario más corto, y mejores condiciones de trabajo. Legalizados en Francia en la década de 1880, los *syndicats* agrupaban a todos los trabajadores de una ciudad o distrito, según su oficio. Los *syndicats* locales se organizaban en federaciones nacionales, y, finalmente, la Confederación General del Trabajo (C.G.T.), fundada en 1885, unía a todos los *syndicats* y sus respectivas federaciones. A partir de 1902, la C.G.T. se encargó también de las *bourses du travail*. Organizadas según criterios geográficos, y no por ramas de industria, las *bourses* eran sobre todo consejos locales del trabajo, útiles para todos los sindicatos de un área determinada. Funcionaban como oficinas de colocación, clubs sociales, centros estadísticos (que proporcionaban información sobre empleos y salarios) y culturales, que disponían de bibliotecas y facilitaban cursos de capacitación a los trabajadores para futuros puestos como técnicos y organizadores.

Pero las mejoras materiales no representaban el objetivo final del movimiento sindicalista revolucionario francés. Las uniones laborales no estaban organizadas sólo para conseguir reformas parciales, o con el propósito benevolente de la reconciliación social, sino para combatir al enemigo de clase. Convencidos de que el sistema capitalista se enfrentaba a un colapso inminente, los líderes sindicalistas rechazaban las tácticas evolucionistas, como los convenios colectivos o la lucha por una legislación a nivel de la empresa, ya que para ellos esto implicaba la aceptación del orden existente. El puro «economismo» de los reformistas, que concentraba todos sus esfuerzos en alcanzar cada vez mayores beneficios materiales de los propietarios, nunca conseguiría saltar sobre las trincheras del sistema de explotación. Tales métodos sólo servían para recortar el frente de la lucha de clase. Para los par-

tidarios del sindicalismo revolucionario, el único valor de las demandas de pan y mantequilla residía en el fortalecimiento de las posiciones obreras a expensas de sus amos. La lucha económica cotidiana servía para estimular la militancia de los trabajadores y prepararlos para el choque final con el capitalismo y el Estado. Cada huelga local, cada boicot y cada acto de sabotaje ayudaban a preparar a la clase obrera para el clima de acción directa, para la huelga general.

La huelga general era el último acto de la lucha de clases, el instrumento dramático capaz de hundir el sistema capitalista. Además de conseguir mejoras en el nivel de vida, la misión de las uniones sindicales era convertirse en vehículos de la revolución social, y ser las células elementales de la futura sociedad sin Estado. Ni la insurrección armada ni el *coup* político serían necesarios. La clase obrera en su conjunto se limitaría a abandonar las fábricas y los instrumentos de trabajo, paralizando el sistema económico y forzando la capitulación de la burguesía. El espectáculo de millones de obreros cooperando en una paralización universal del trabajo acabaría con la resistencia de los industriales. Las uniones sindicales, en consecuencia, se apoderarían de los medios de producción y procederían a dirigir la economía.

Las uniones sindicales mantendrían una posición hegemónica en la nueva sociedad, al sustituir tanto a la economía de mercado como a la maquinaria gubernamental. En la medida en que aún tuviera validez el concepto de propiedad, los medios de producción serían propiedad común de todo el pueblo. Las diversas industrias estarían prácticamente bajo control directo de las uniones correspondientes. La C.G.T. coordinaría los asuntos económicos a escala nacional, así como la orientación general de las cuestiones públicas, con lo que todo el sistema federal quedaría muy simplificado<sup>3</sup>.

Dos de los miembros fundadores del grupo *Jleb i Volia* de Kropotkin, María Korn y Gogéllia-Orgiani, se encontraban entre los primeros defensores rusos del credo sindicalista. Al encontrarse como emigrados en Ginebra

y París, tomaron gran parte de sus ideas del modelo francés. En 1903, el primer número de *Jleb i Volia* ensalzaba la huelga general como un «arma potente» en manos de los trabajadores<sup>4</sup>; el número siguiente describía entusiásticamente los disturbios de Bakú como la primera aproximación a la huelga general en la historia rusa<sup>5</sup>. En el momento culminante de la revolución de 1905, el periódico apoyaba explícitamente el «sindicalismo revolucionario»<sup>6</sup>. María Korn indicaba que, incluso en fecha tan próxima como la de comienzos del siglo, no existía una traducción rusa de la palabra «sabotaje», y que un ruso que utilizase la expresión «huelga general» hablaría un «lenguaje extraño e incomprensible»<sup>7</sup>. Pero las grandes huelgas del sur en 1903, y la huelga general de octubre en 1905 alteraron radicalmente la situación. Según Korn, Rusia empezaba a aprender de los *syndicats* revolucionarios franceses, que atraían a las «fuerzas mejores, más jóvenes, más enérgicas y más frescas» del campo anarquista<sup>8</sup>. Por su parte, también Orgiani invocaba el ejemplo francés cuando proponía la constitución en Rusia de uniones obreras, *bourses du travail* (definía acertadamente la *bourse* como una «agrupación de sindicatos locales») y, finalmente, de una confederación general de organizaciones laborales por ramas, semejante a la C. G. T.<sup>9</sup> En su opinión, esta organización de las fuerzas obreras rusas no sólo serviría para sustituir la economía capitalista y el Estado autocrático, sino que revolucionaría el mundo psicológico y moral de los trabajadores. Los sindicatos serían un «*milieu libre*» del que nace un nuevo mundo y en el que se crean las condiciones psicológicas para una nueva vida<sup>10</sup>.

D. I. Novomírskii, el máximo dirigente sindicalista radicado en Rusia hasta su detención, colocaba de manera similar al movimiento obrero en el centro de los esfuerzos anarquistas. Sin embargo, desde su puesto privilegiado de observación, en Odessa, reconocía que el modelo francés tendría que ser adaptado a las condiciones rusas para que pudiese cuajar:

¿Qué debemos hacer —se preguntaba en 1907— cuando hayan sido destruidos el capitalismo y el Estado? ¿Cómo y cuándo se

producirá la transición al futuro? ¿Qué hacer en este mismo momento? No se puede decir nada concreto, incluso aunque se tratase de aplicar a este contexto la idea de la huelga general. Nuestra literatura no está suficientemente vinculada a la propaganda rusa y a las condiciones rusas, y por lo tanto resulta demasiado abstracta para los obreros<sup>11</sup>.

Por supuesto, las mismas teorías sindicalistas de Novomírskii entroncaban directamente con el prototipo francés: los sindicalistas debían desarrollar la lucha económica diaria mientras preparaban a la clase obrera para la revolución social, tras la cual los sindicatos se convertirían en «las células de la futura sociedad de trabajadores»<sup>12</sup>. Novomírskii admitía también el planteamiento, procedente del sindicalismo francés, de la necesidad de que existiese una minoría consciente de organizadores perspicaces, capaz de impulsar la acción de las masas adormecidas. La misión de los anarco-sindicalistas de Novomírskii no sería situarse por encima de sus hermanos obreros, sino servir de «orientadores» en la lucha revolucionaria<sup>13</sup>. Su tarea inmediata era impedir que los sindicatos se convirtiesen en órganos subsidiarios de los partidos políticos. Para los trabajadores anarquistas era fundamental establecer células clandestinas que pudieran combatir el «oportunismo» socialista de los sindicatos existentes. Al mismo tiempo, para atraer a los elementos desorganizados e inconscientes de la clase obrera, los anarquistas tenían que formar sus propias uniones, federadas en una Unión Revolucionaria del Trabajo de Toda Rusia, versión de Novomírskii de la C. G. T.<sup>14</sup>

En el período que va de 1905 a 1907, el grupo anarco-sindicalista de Novomírskii, situado en el sur de Rusia, atrajo a un número considerable de obreros de las grandes ciudades de Ucrania y Nueva Rusia, así como a intelectuales socialdemócratas, socialistas revolucionarios y anarcosindicalistas. Aunque parece exagerada la cifra de cinco mil adherentes<sup>15</sup>, entre los seguidores sindicalistas de Novomírskii se contaban, además de obreros industriales, un buen número de estibadores y marineros de los distritos portuarios de Odessa, así como horneros y sastres de Ekaterinoslav<sup>16</sup>. Su grupo se vinculó a círculos anarquistas de Moscú y de otras zonas del país, puso

en marcha una «comisión de organización» para coordinar las actividades de las unidades locales, y organizó un «destacamento de combate» para conseguir fondos para el movimiento. «Estoy convencido —decía Iuda Roschin— que Dios, si existe, debe ser sindicalista, porque de otra manera no se explica el considerable éxito de Novomírskii»<sup>17</sup>.

Además de los anarco-sindicalistas, que se concentraban principalmente en el sur, los anarco-comunistas de la escuela *Jleb i Volia* también aumentaban su fuerza en el seno del floreciente movimiento obrero ruso. En Moscú, los agitadores anarquistas alcanzaban con su propaganda las industrias de los distritos de Zamoskvoréchie y Presnia y las hilanderías de las zonas textiles cercanas; las células anarquistas de grandes empresas, como la fábrica textil de Tsiundel (Zündel) y la central eléctrica, organizaron algunas huelgas y manifestaciones; y el grupo *Svobódnaia Kommuna*, asociado libremente al movimiento de Novomírskii a pesar de ser una organización anarco-comunista, conseguía una cifra sustanciosa de seguidores en las uniones metalúrgicas, y otra algo menor entre los tipógrafos<sup>18</sup>. En abril de 1907 una conferencia de Grupos Anarco-comunistas de los Urales, básicamente identificada con las posiciones de *Jleb i Volia*, pedía la creación de «uniones ilegales intergrupos» y, simultáneamente, la participación de los anarquistas en los sindicatos existentes para contrarrestar la influencia del socialismo «oportunistas»<sup>19</sup>. Mientras tanto, la Unión Anarco-Sindicalista de Obreros Rusos en Estados Unidos y Canadá reclutaba millares de emigrantes.

Los sindicalistas rusos, tanto en el país como en el exilio, se encontraban profundamente impresionados por la tendencia del proletariado industrial a la autoorganización, a pesar de la inflexible oposición del gobierno. Las uniones clandestinas habían venido subsistiendo precariamente durante unos treinta años, desafiando la prohibición legal que pesaba contra ellas, y durante las grandes huelgas de Petersburgo en 1896 y 1897 habían hecho su aparición los comités de huelga. En 1903, el

gobierno permitía la formación de consejos de delegados (*sovety starost*) en las empresas industriales, e incluso, aunque la elección de los delegados tenía que ser aprobada por los patronos, su simple existencia constituyó un avance importante en la evolución de las organizaciones de los trabajadores rusos. Efectivamente, muchos consejos se convirtieron en auténticos representantes laborales durante las tormentosas jornadas de 1905. La revolución presenció también la constitución espontánea de comités obreros en fábricas y talleres. Estos comités jugaron un papel decisivo en la creación de los soviets de diputados obreros, primero en el centro textil de Ivánovo-Voznesensk, y después en San Petersburgo y otras ciudades. Asimismo, los sindicatos progresaron notablemente en 1905, obteniendo finalmente su legalización en marzo del año siguiente<sup>20</sup>.

La atmósfera revolucionaria de Rusia alimentaba el espíritu radical de estas organizaciones obreras, más afín al sindicalismo revolucionario de Francia e Italia que al trade-unionismo evolucionista que prevalecía en Inglaterra o Alemania. En 1905 el movimiento obrero ruso era todavía débil, minado por el fraccionalismo y los recelos entre intelectuales y trabajadores. Carentes de tradición parlamentaria o de asociacionismo legal, los obreros rusos esperaban muy poco del Estado o de los industriales, y se inclinaban por los métodos violentos que practicaban los comités locales. Las grandes concentraciones laborales, más que debilitarlos, parece que favorecieron el desarrollo de estos pequeños comités puesto que las grandes empresas se encontraban divididas en numerosos talleres, que resultaron ser terreno abonado para los grupos de acción radical.

Los acontecimientos de 1905 confirmaron la creencia de muchos sindicalistas en la aparición espontánea de instituciones cooperativas locales, particularmente en épocas de crisis aguda. Hubo quienes consideraron que los soviets, sindicatos y comités de fábrica, vistos desde la óptica kropotkiniana, eran la expresión moderna de la tendencia natural del hombre a la ayuda mutua, que ya podía encontrarse en los consejos tribales y en las asam-

bleas populares de las épocas primitivas. Pero los partidarios del sindicalismo fueron más allá de Kropotkin al establecer la conciliación del principio de ayuda mutua con la doctrina marxista de la lucha de clases. Para los sindicalistas, la ayuda mutua no abarcaba a toda la humanidad, sino que sólo existía en el seno de una clase, el proletariado, fortaleciendo su solidaridad en la batalla contra los empresarios. Las diferentes organizaciones obreras, insistían, eran unidades de combate, y no organismos de arbitraje creados para aliviar el conflicto de clase, como pensaban los reformistas y liberales. Para los sindicalistas, por ejemplo, los soviets constituían una versión admirable de las *bourses du travail*, con una función revolucionaria que las adecuaba a las condiciones rusas<sup>21</sup>. Abiertos a todos los obreros de izquierdas, sin distinción de filiaciones políticas específicas, los soviets tenían que actuar como consejos obreros no partidistas, surgidos «desde abajo», en los niveles de distrito y ciudad, con el fin de derrocar el viejo régimen. Esta concepción sindicalista de los soviets como centros de batalla de la clase obrera, despolitizados y sin ideología concreta, iba dirigida contra los socialdemócratas rusos. Los socialistas, enemigos del ultraextremismo de los anti-sindicalistas del campo anarquista, y temerosos de la peligrosa competencia de los sindicalistas, trataban de excluir a ambos grupos de los soviets, los sindicatos y los comités de fábrica. En noviembre de 1905, cuando ya había empezado a decaer la huelga general, el comité ejecutivo del Soviet de Petersburgo vetó la entrada en su organización a todos los anarquistas<sup>22</sup>; esta medida aumentó la determinación de los sindicalistas rusos de constituir sus propias uniones de carácter anarquista al margen de las organizaciones laborales existentes, opuestas al credo apardista y no ideológico de los sindicatos franceses.

En comparación con el entusiasmo de Korn y Organi por la causa sindicalista, la actitud de Kropotkin era mucho más moderada. Veía con recelo los soviets dominados por los socialistas, y sólo recomendaba la participación anarquista en las organizaciones obreras en la me-

dida en que éstas fuesen instrumentos no-partidistas de la rebelión popular. Un grupo anarco-sindicalista de Járkov, identificado con los criterios de Kropotkin, declaraba que los soviets, si caían bajo el control político de los socialistas, no cumplirían su misión como «destacamento de combate», destinados a unificar a todos los oprimidos de cara a la «huelga general insurreccional»<sup>23</sup>. Dominados por la verborrea intelectualista, los soviets revolucionarios degenerarían inevitablemente en organismos de debate parlamentario. Kropotkin, que no compartía el entusiasmo de sus jóvenes acólitos por las uniones obreras, se limitaba a concederles un apoyo mesurado. Reconocía que las uniones eran «los órganos naturales para la lucha directa contra el capitalismo, así como los embriones del orden futuro», y también que la huelga general era «un poderoso instrumento de combate»<sup>24</sup>; pero, al mismo tiempo, criticaba a los sindicalistas, lo mismo que había criticado a los marxistas, por plantearse el problema exclusivamente en términos de proletariado industrial, lo que suponía el marginamiento del campesinado y de su problemática. La clase obrera, que no era sino una pequeña minoría en la Rusia predominantemente rural, no podría llevar a cabo por sí sola la revolución social, ni los sindicatos podrían tampoco convertirse en los núcleos de la comunidad anarquista<sup>25</sup>. Para Kropotkin, la visión anarco-comunista del futuro era mucho más amplia que la de los anarco-sindicalistas: lo que se perseguía era la implantación de una sociedad integrada en la que podrían florecer todos los factores valiosos de la vida humana.

En cierta medida, Kropotkin estaba preocupado igualmente por la fe de los sindicalistas en la necesidad de una «minoría consciente», cuya misión era levantar el entusiasmo de las multitudes decaídas. La idea de una vanguardia revolucionaria —aunque estuviese compuesta exclusivamente de obreros manuales—, olía a jacobinismo, la *bête noire* de Kropotkin, y presentaba demasiadas similitudes con la teoría elitista del bolchevismo, que Lenin estaba elaborando precisamente en aquellos momentos. Y había además otro factor que aumentaba

el peligro de confiar excesivamente en las uniones obreras: la posibilidad de que éstas llegasen a un *modus vivendi* con el mundo burgués, o, peor aún, que cayesen víctimas de la ambición de los intelectuales socialistas. La orientación concreta, por tanto, era la de constituir agrupaciones de carácter puramente anarquista, o vincularse exclusivamente a uniones sin partido, con la intención de ganarlas para la causa anarquista. En medio de todos estos acontecimientos, los anarquistas estaban destinados a quedarse al margen de los sindicatos, que ya habían adoptado una plataforma socialista <sup>26</sup>.

La áspera disputa sobre las relaciones entre anarquismo y sindicalismo no se produjo sólo en Rusia, sino que amenazaba con escindir al movimiento anarquista europeo en dos campos hostiles. El problema se planteó en todas sus dimensiones en el Congreso Internacional anarquista de Amsterdam, en 1907 <sup>27</sup>. Los concurrentes presenciaron un acalorado debate entre Pierre Monatte, joven exponente francés del sindicalismo revolucionario, y el consagrado anarco-comunista italiano Errico Malatesta. Monatte defendió una interpretación radical del puesto del trabajo en la vida humana; evocando la carta de Amiens, sucinto informe de la posición sindicalista que había adoptado la C. G. T. el año anterior <sup>28</sup>, Monatte asignaba a los sindicatos la tarea de convertir el orden burgués en un paraíso; las uniones, tras la lucha por el derrocamiento del capitalismo y el estado, se convertirían en las falanges de la reorganización social en el mundo heredado por los trabajadores industriales <sup>29</sup>.

En una refutación elocuente, Malatesta señaló con toda energía que la preocupación sindicalista por el proletariado olía a un marxismo burdo. «El error fundamental de Monatte y de todos los sindicalistas revolucionarios», declaró, «procede, desde mi punto de vista, de una concepción demasiado simplificada de la lucha de clases» <sup>30</sup>. Malatesta recordó a su audiencia que ellos eran, por encima de todo, anarquistas, y que como tales, su objetivo era la emancipación de toda la sociedad, y no la de una sola clase, aislada de las demás. La lucha

por la liberación era una tarea de los millones de oprimidos en todos los terrenos. Era una estupidez, continuó Malatesta, considerar la huelga general como la «panacea» que evitaba la necesidad de la rebelión armada de todos los desposeídos y explotados. La burguesía almacenaba ingentes cantidades de alimentos y otros objetos necesarios, mientras el proletariado se veía obligado a confiar exclusivamente en su propio trabajo para sobrevivir. ¿Cómo podrían esperar, entonces, los trabajadores que con sólo cruzar los brazos iban a derrotar a los patronos? Malatesta aconsejó a los delegados que abandonasen su ingenua fascinación por el movimiento obrero, que les estaba llevando a conceder poderes extraordinarios a la clase obrera <sup>31</sup>. Les advirtió contra la entrada en los sindicatos infectados por los políticos socialistas, para no perder de vista el objetivo final de una sociedad sin clases. Ante el miedo de que el sindicalismo pudiese caer en la ciénaga del «burocratismo» y reformismo trade-unionista <sup>32</sup>, Malatesta recomendó a sus camaradas que no se convirtiesen en funcionarios sindicales. Si ignoráis este consejo, dijo, os encontraréis en poco tiempo persiguiendo vuestros intereses particulares, y entonces «¡adiós anarquismo!» <sup>33</sup>. Un año y medio después, Malatesta y sus seguidores rechazaban completamente la idea de que los sindicatos pudieran actuar como célula básica de la nueva sociedad; las uniones, como «vástagos del sistema capitalista» <sup>34</sup>, estaban destinadas a ser barridas por la revolución social.

Entre los muchos rusos que compartían las opiniones antisindicalistas de Malatesta, el crítico más mordaz era Abram Solomónovich Grossman, un *chornoznámenets* conocido en el movimiento anarquista como «Aleksandr». Antiguo socialista-revolucionario, Grossman pasó dos años en la cárcel antes del estallido de la revolución de 1905. Al salir en libertad marchó a París, donde se convirtió en un colaborador regular del periódico *Burevéstnik* (El petrel), firmando con una «A» (presumiblemente por «Aleksandr»). En 1907, Grossman volvió a Rusia y pasó a ser un activo dirigente del «destacamento de combate» anarco-comunista de Ekaterinoslav. Murió el siguiente

mes de febrero, tratando de sortear el cerco tendido por la policía en la estación ferroviaria de Kiev <sup>35</sup>.

En una serie de artículos publicados en *Burevéstnik* en 1906 y 1907, Grossman lanzaba un ataque implacable contra las posiciones sindicalistas. Acusaba a los *glebovoltsy* de estar desvirtuando el carácter del movimiento laboral francés, y de confundir el sindicalismo con el anarquismo. El sindicalismo francés, decía, era «un fenómeno peculiar de las condiciones específicas francesas», que en la mayoría de sus aspectos no resultaba aplicable a la situación revolucionaria de Rusia <sup>36</sup>. En lugar de prepararse para la revolución social, escribía Grossman, los dirigentes sindicales franceses parecían interesarse más en la lucha por las reformas parciales: los sindicatos abandonaban sus obligaciones revolucionarias y se convertían en instrumentos conservadores, «de acoplamiento de la burguesía y el proletariado» <sup>37</sup>. «Todas las reformas», declaraba Grossman, «todas las mejoras parciales llevan consigo una amenaza para el espíritu revolucionario de las masas obreras, introducen el germen de la seducción política» <sup>38</sup>. Lo que Rusia necesitaba no era un movimiento obrero respetable y legalista como el de los países occidentales, sino «instrumentos directos, ilegales, revolucionarios, para el estado de guerra» <sup>39</sup>. Los sindicalistas franceses hablaban constantemente de la huelga general y, sin embargo, «la esencia de la revolución no es la huelga, sino la expropiación por las masas» <sup>40</sup>. La doctrina del sindicalismo, proseguía Grossman, estaba repleta de «poesía» y «leyenda», y entre las más fantásticas estaban las dedicadas a presentar las «brillantes perspectivas» de los sindicatos obreros en el futuro reino liberado de la esclavitud económica <sup>41</sup>. Obviamente, los sindicalistas se estaban olvidando de que el holocausto anarquista destruiría la estructura social existente, con todas sus instituciones, sin exceptuar a los sindicatos. «La fuerza del anarquismo», concluía Grossman, «reside en su negación total y radical de todos los fundamentos del presente sistema» <sup>42</sup>.

Tras la muerte prematura de su hermano, fue Iuda Solomónovich Grossman (alias Roschin) quien levantó

la bandera antisindicalista. Escribiendo en el periódico *Buntar*, de Ginebra, del que era uno de los editores, Roschin acusaba a los sindicalistas rusos de que habían perdido de vista, en su exilio de Europa occidental, las necesidades específicas del movimiento obrero ruso. Las reivindicaciones de salarios más altos y horarios más cortos, decía, sólo beneficiaban a las fuerzas organizadas del proletariado cualificado, olvidándose, sin la más mínima sensibilidad, de la condición del *Lumpenproletariat*, de los vagabundos, de los parados y obreros no cualificados. Ignorar a los parias de la sociedad era, en la opinión de Roschin, destruir la solidaridad de la mayoría oprimida <sup>43</sup>.

No todos los antisindicalistas iban tan lejos como los hermanos Grossman en la crítica de sus adversarios. En una serie de artículos que aparecieron entre 1907 y 1909 en *Anarjist*, periódico editado inicialmente en Ginebra y más tarde en París por el joven anarco-comunista German Kárlovich Askárov (Iakobsón), éste analizaba el problema en términos más moderados <sup>44</sup>. Askárov, que escribía con el seudónimo de Oscar Burrit, distinguía claramente las trade-unions reformistas de Inglaterra y Alemania (*profsoiuzy*) de los *syndicats* revolucionarios franceses (*syndikaty*). Mientras los primeros, decía, se «desviaban hacia la reconciliación del trabajo y el capital», los últimos desarrollaban la tradición revolucionaria de la I Internacional <sup>45</sup>. Los *syndicats* no sólo pretendían mejorar, de manera egoísta, las condiciones de sus propios miembros, sino que se orientaban hacia la destrucción total del Estado y la propiedad privada, utilizando la huelga general como arma fundamental <sup>46</sup>. Pero los *syndicats* estaban cayendo en el mismo error que había sellado mucho antes la sentencia de muerte de la I Internacional. Al abrir sus filas a los trabajadores de todas las tendencias políticas, en vez de mantener la homogeneidad anarquista, estaban destinados a sucumbir a las maquinaciones de los políticos y a la zalamería de los funcionarios sindicales <sup>47</sup>. Según Askárov, el trade-unio-nismo de cualquier clase contenía las heces del centralismo autoritario. Por lo tanto, urgía a sus compañeros

anarquistas a apartarse de los «oradores elocuentes» de los partidos marxistas, y a depender exclusivamente de la «fuerza y el poder oscuros derivados de la vida de la clase obrera». Organizad uniones anarquistas clandestinas, les decía, y «declarad una guerra sin cuartel contra la autoridad, en todo momento y en cualquier parte»<sup>48</sup>.

Aunque la controversia entre los sindicalistas y los antisindicalistas continuó tronando durante más de una década, estaba claro que el apogeo del terrorismo se había detenido. Según aumentaban las represalias del gobierno contra éste, las necesidades de organización y disciplina se hicieron dolorosamente evidentes. La etapa final de la revolución contempló un rápido desplazamiento desde el romanticismo de las actividades terroristas hacia una estrategia pragmática de lucha de masas. Los anarquistas se iban inclinando progresivamente hacia el trabajo más apacible de difusión de propaganda, en un intento de consolidar la posición que habían conquistado en el movimiento obrero en 1905. Durante los años que transcurrieron desde el aplastamiento de la revolución al estallido de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los anarquistas que huyeron a Occidente concentró sus energías en las tareas organizativas. Los militantes más fanáticos de *Chórnoe Znamia* y *Beznachálie* que sobrevivieron a la contra-revolución, continuaron oponiéndose al trade-unionismo y manteniendo su fe en el *lumpenproletariat* y en los parados, principalmente los Grossman-Roschin, aunque también éstos moderaron considerablemente sus posiciones. Asumiendo un nuevo planteamiento, que denominó «sindicalismo crítico», Roschin aceptaba el punto de vista de los *jlebovoltsy*, según el cual las uniones de trabajo, libres de las manipulaciones de los políticos socialistas, constituían un arma valiosa en la lucha revolucionaria. Llegó incluso a ser partidario de la participación anarquista en los sindicatos, siempre que tratasen de convertir al anarquismo a los demás trabajadores<sup>49</sup>.

El cisma del movimiento anarquista, provocado por la espionosa discusión entre el terrorismo y el sindicalismo,

estaba directamente relacionado con las diversas tendencias en que se había dividido el movimiento radical ruso desde la revuelta Decembrista de 1825. Más aún, la progresiva inclinación del anarco-comunismo hacia el sindicalismo se parecía al abandono del populismo por Plejánov y sus confederados, y a su paso al marxismo, una generación antes. Lo mismo que los primeros marxistas rusos, los anarco-sindicalistas consideraban la lucha proletaria como la ola revolucionaria del futuro. Para ellos, la lucha de clases se encontraba en el centro de todo el movimiento, y —de acuerdo, nuevamente, con los primeros marxistas— rechazaban el terrorismo en favor de la disciplina de los trabajadores de cara al próximo combate con los patronos y el gobierno. Por ello, los terroristas les calificaban de «anarquistas legales»<sup>50</sup>, en forma análoga a los «marxistas legales» de fines del siglo XIX. La realidad es que este calificativo llegó a adquirir cierta validez desde el momento en que los censores del zar comenzaron a permitir a los sindicalistas la publicación de grandes cantidades de libros y folletos que se difundían extensamente entre obreros e intelectuales, tanto dentro como fuera de Rusia<sup>51</sup>.

Los antisindicalistas deploraban estas actividades legales. A su juicio, el sindicalismo estaba cayendo rápidamente en la trampa de la reforma económica, de la organización burocrática y de una ideología próxima al marxismo. Los *beznacháitsy* y *chornoznámentsy* estaban seguros de que se podía detectar en sus oponentes el mismo desprecio hacia los campesinos y el *lumpenproletariat* que Bakunin y los populistas habían visto en sus rivales del marxismo. Por ello, continuaron oponiéndose a cualquier organización laboral a gran escala, incluso aunque fuese una federación abierta de sindicatos, pues temían que una organización semejante de los obreros cualificados y su «minoría consciente» de líderes, se convertiría en seguida en una nueva aristocracia dirigente. Como explicaba Bakunin, la revolución social tenía que ser una auténtica revuelta de las masas, iniciada por todos los oprimidos por la sociedad, y no sólo por los sindicatos; la presión diaria de los sindicalistas para mejorar las

condiciones de trabajo no era más que un jarro de agua fría sobre el fuego revolucionario de los desposeídos. Según estos fanáticos, era necesaria la demolición inmediata del viejo régimen mediante el terror y la violencia de todo tipo —«la anarquía pura a escala mundial»—. Y el resultado final tampoco sería una sociedad de grandes complejos industriales dirigida por los sindicatos. Para los antisindicalistas, los sindicatos eran sólo una parte integral del sistema capitalista, instituciones en decadencia de un período histórico agonizante, que difícilmente podrían convertirse en las unidades básicas de la utopía anarquista. Preveían más bien la implantación de una federación libre de comunas territoriales que agruparían a todos los sectores del pueblo, y en la que los pequeños talleres desarrollarían la actividad fabril. A la luz de estas ideas se comprende que los artesanos y trabajadores semicualificados de Bialystok, amenazados por la expansión acelerada de las grandes empresas, se inclinaban más hacia los anarco-comunistas de *Chórnoe Znamia* que hacia los anarco-sindicalistas, quienes concentraban sus mejores efectivos en Odessa, uno de los grandes puertos y un centro de grandes industrias.

La imagen que se proyectaba en el romántico espejo a través del cual los anarco-comunistas contemplaban la historia era la de una Rusia preindustrial de comunas agrícolas y cooperativas artesanales. Los anarco-sindicalistas, sin embargo (del mismo modo que sus parientes pro-sindicalistas del círculo *Ileb i Volia*) se inclinaban tanto hacia el pasado como hacia el futuro. La perspectiva de un mundo nuevo centrado en la producción industrial no les disgustaba por completo: es más, manifestaban en ocasiones una devoción casi futurista por la máquina. Su admiración occidentalista del progreso tecnológico contrastaba con la vehemencia eslavófila con que los anarco-comunistas defendían una época histórica irrecuperable, que por otra parte quizás nunca había existido<sup>52</sup>. Pero, al mismo tiempo, no aceptaban acríticamente la implantación de este proceso de producción en masa. Muy influidos por Bakunin y Kropotkin, preveían para el hombre el peligro de quedar atrapado en las garras

de un aparato industrial centralizado. Ellos también miraban hacia atrás en busca del camino hacia una sociedad descentralizada, compuesta por organizaciones laborales en las que los trabajadores del mundo fuesen los auténticos dueños de su propio destino. Pero la Edad de Oro de la auto-determinación local estaba destinada a no realizarse jamás. Al final, el Estado y el industrialismo centralizados, las dos fuerzas más poderosas de los tiempos modernos, aplastarían en su camino a los disidentes anarquistas.

¡Esclavos! ¿Aún no sabéis que para liberarse hay que golpear violentamente?

LORD BYRON

La mayoría de los anarquistas rusos albergaban una profunda desconfianza hacia los sistemas racionales, y hacia los intelectuales que los elaboraban. Herederos de la creencia en la bondad natural del hombre, propia de la Ilustración, los anarquistas no compartían la fe de los *philosophes* en los poderes de la razón abstracta<sup>1</sup>. El anti-intelectualismo adquiría diversos grados en el conjunto del movimiento. Más moderado en el pacífico y estudioso grupo *Jleb i Volia*, de Kropotkin, era, sin embargo, particularmente violento entre los terroristas de *Beznachálie* y *Chórnoe Znamia*, quienes minimizaban el aprendizaje a través de los libros y el raciocinio, y exaltaban el instinto, la voluntad y la acción como las características más excelsas del hombre. El aforismo de Goethe, «Im Anfang war die Tat» («En el principio era la acción»), adornaba la cabecera del periódico *Chórnoe Znamia* en 1905<sup>2</sup>.

Los anarquistas rechazaban totalmente la idea de que la sociedad estuviese gobernada por leyes racionales; las llamadas teorías científicas de la historia y la sociología no eran para ellos sino invenciones artificiales del ce-

rebro humano, cuya única utilidad era impedir los impulsos naturales y espontáneos de los hombres. Las doctrinas de Karl Marx se vieron afectadas por esta crítica. Bidbéi, líder del grupo *Beznachálie*, arremetía contra «todos estos sistemas sociológicos 'científicos', inventados por los cocineros socialistas o pseudo-anarquistas, y que nada tienen que ver con los descubrimientos científicos auténticos, como los de Darwin, Newton y Galileo»<sup>3</sup>. Con espíritu semejante atacaba Abraam Grossman, del grupo *Chórnoe Znamia*, al racionalismo impersonal de Hegel y sus discípulos marxistas:

Las ideas no pueden abandonarse exclusivamente al entendimiento, ni deben ser simplemente aprehendidas por la razón; es necesario transformarlas en sentimientos, «empaparlas del jugo de los nervios y de la sangre del corazón». Sólo el sentimiento, la pasión y el deseo han provocado las acciones heroicas y el autosacrificio humano; es del reino de la pasión y los sentimientos de donde extraen su fuerza los héroes y los mártires... No pertenecemos a los místicos del lema «todo lo real es racional», ni reconocemos la inevitabilidad de los fenómenos sociales; y no podemos mirar más que con escepticismo el supuesto valor científico de las llamadas leyes sociológicas<sup>4</sup>.

Para poder comprender al hombre y la sociedad, aconsejaba Grossman, es necesario ignorar las «leyes» *a priori* de los sociólogos, y volverse hacia los datos empíricos que ofrece la psicología.

El anti-intelectualismo de los anarquistas rusos tenía sus raíces en cuatro corrientes radicales del siglo XIX. La primera, por supuesto, era el mismo anarquismo, las doctrinas de Godwin, Stirner, Proudhon, y, la más importante, con diferencia, para el movimiento ruso, la doctrina de Bakunin; la segunda era una parte del pensamiento marxista (de forma paradójica, ya que el marxismo era el blanco principal de los anarquistas rusos); el populismo de los años 1870 en Rusia era la tercera; y finalmente estaba el movimiento sindicalista surgido en Francia al acabar el siglo XIX.

Mijaíl Bakunin, como ya se ha señalado, rechazaba «las ideas *a priori* o predeterminadas, las leyes precon-

cebidas», en favor de sus doctrinas «puramente instintivas»<sup>5</sup>. En su opinión, habría sido completamente estúpido establecer proyectos racionales para el futuro, ya que, en su opinión, «nosotros consideramos que el razonamiento exclusivamente teórico no es fructífero»<sup>6</sup>. Lo que preocupaba a los hombres y mujeres comunes no eran las palabras, sino los hechos. «¿Enseñar al pueblo?», preguntaba. «Eso sería estúpido... No debemos enseñar al pueblo, sino incitarle a la rebelión»<sup>7</sup>.

La desconfianza de Bakunin hacia las teorías abstractas alcanzaba también a los intelectuales que las ponían en circulación. Imprecaba a los que se dedicaban a construir sistemas «científicos» —particularmente a los marxistas y comtianos— porque vivían en un mundo irreal de libros rancios y periódicos amanzotados, sin entender nada del sufrimiento humano. Su llamada ciencia de la sociedad sacrificaba la vida real en el altar de las abstracciones escolásticas<sup>8</sup>. Bakunin no quería librarse de las ficciones de la religión y la metafísica, sólo para sustituirlas con lo que él consideraba las nuevas ficciones de la sociología pseudo-científica. En consecuencia, proclamaba la *«insurrección de la vida contra la ciencia, o mejor, contra el gobierno de la ciencia»*<sup>9</sup>. La misión de la ciencia no era gobernar a los hombres, sino rescatarlos de la superstición, la esclavitud y la enfermedad. «En una palabra», declaraba Bakunin, «la ciencia es el compás orientador de la vida, pero no la vida misma»<sup>10</sup>.

Aunque el propio Bakunin pensaba que los intelectuales podrían desempeñar un papel importante en la lucha revolucionaria, notaba una insaciable sed de poder en muchos de ellos, en especial en sus rivales marxistas. En 1872, cuatro años antes de su muerte, Bakunin especulaba con la forma que adquiriría la «dictadura del proletariado» marxista si llegase a implantarse alguna vez: «sería el gobierno del *intelecto científico*, el más autocrático, despótico, arrogante y despectivo de todos los regímenes. Habrá una nueva clase, una nueva jerarquía de sabios, auténticos o falsos, y el mundo estará dividido entre una minoría dominante de hombres de ciencia, y una inmensa mayoría ignorante»<sup>11</sup>. En una

de sus obras más importantes, *Gosudárstvennosti anárjii* («El estado y la anarquía»), publicada al año siguiente, Bakunin desarrollaba, en un pasaje muy revelador, esta profecía terrible:

Según la teoría de Marx, el pueblo no sólo no debe destruir [el Estado], sino que debe reforzarlo y ponerlo a la entera disposición de sus benefactores, guardianes y maestros —los líderes del partido comunista, es decir, el señor Marx y sus amigos, que procederán así a liberar [a la humanidad] con sus propios criterios—. Ellos concentrarán las riendas del gobierno en una mano fuerte, ya que la ignorancia del pueblo exige una tutela extraordinariamente firme. Establecerán un solo banco estatal, concentrando en sus manos toda la producción industrial, agrícola e incluso científica, y dividirán después a las masas en dos ejércitos —industrial y agrícola— bajo el mando directo de los ingenieros estatales, el nuevo estrato privilegiado de científicos y políticos<sup>12</sup>.

Para Bakunin, los seguidores de Karl Marx y de Auguste Comte eran también «curas de la conciencia», ordenados en una nueva «Iglesia privilegiada por su educación superior»<sup>13</sup>. Con absoluto desprecio, explicaban al hombre normal: «no sabes nada, no entiendes nada, eres un cabeza cuadrada, y un hombre inteligente debe colocarte la silla de montar y la brida, y dirigirte»<sup>14</sup>.

Bakunin sostenía que la educación era un instrumento de dominación tan grande como la propiedad privada. Mientras el conocimiento no fuese más que un instrumento en manos de la minoría de la población, escribía en 1869, en un ensayo llamado *«La instrucción integral»*, seguiría siendo utilizado con eficacia para explotar a la mayoría. «El que sepa más», escribía, «dominará naturalmente al que sepa menos». Aunque fuesen eliminados los terratenientes y capitalistas, subsistiría el peligro de que el mundo «se dividiese una vez más entre una masa de esclavos y un puñado de dirigentes, de los que los primeros trabajarían para los últimos, lo mismo que en la situación actual»<sup>15</sup>. La respuesta de Bakunin es que había que arrebatar la educación de la garra monopolizadora de las clases privilegiadas y convertirla en algo asequible para todo el mundo; como el capital, la educación tiene que dejar de ser «patrimonio de una o

varias clases» y convertirse en «propiedad común de todos»<sup>16</sup>. Una educación fundamentada en la ciencia y en la artesanía (y no en las abstracciones vacías de la religión, la metafísica y la sociología) capacitaría a todos los ciudadanos para desarrollar actividades mentales y manuales a la vez, y, consecuentemente, para eliminar una de las mayores fuentes de desigualdad. «Todo el mundo debe trabajar, y todo el mundo debe recibir educación», aseguraba Bakunin, de forma que en la justa sociedad futura no hubiese «ni trabajadores ni científicos, sino solamente hombres»<sup>17</sup>.

A finales de siglo, Kropotkin ampliaba el concepto de hombre «total» de Bakunin, en su libro *Campos, Fábricas y Talleres*. Kropotkin describía con cierto detalle la comunidad «integrada» en la que todo el mundo podría llevar a cabo actividades intelectuales y manuales a la vez, y en la que se viviría en una armonía ideal. Como Bakunin, Kropotkin desconfiaba de los que decían poseer una erudición superior, e iban pregonando dogmas pretendidamente científicos<sup>18</sup>. El creía que la función característica de los intelectuales no era la de ordenar al pueblo, sino la de ayudarlo a prepararse para la gran tarea emancipadora; «y cuando las mentes de los hombres estén preparadas y las circunstancias externas sean favorables», declaraba Kropotkin, «entonces se producirá el asalto final, no del grupo que inició el movimiento, sino de las masas populares...»<sup>19</sup>

Una segunda fuente de anti-intelectualismo, entre la generación más joven de anarquistas rusos, fue la literatura marxista, cosa sorprendente si se tienen en cuenta los fuertes recelos de Bakunin y Kropotkin hacia los socialdemócratas. Aunque los marxistas eran aquellos intelectuales cuyas ambiciones políticas y teorías «científicas» daban lugar a una profunda hostilidad entre los anarquistas, había una idea básica expuesta frecuentemente en los escritos de Marx, con la que estaban en completo acuerdo: la clase obrera debía liberarse a sí misma mediante su propio esfuerzo, en lugar de depender de algún salvador externo que realizase el trabajo. En

el *Manifiesto Comunista* de 1848, Marx y Engels escribían: «todos los movimientos anteriores han sido de minorías o en interés de minorías», mientras «el movimiento proletario es el movimiento consciente e independiente de la inmensa mayoría»<sup>20</sup>. Dos años más tarde, en 1850, Marx desarrollaba este planteamiento en una carta dirigida al Comité Central de la Liga Comunista, en la que convocaba a los trabajadores europeos a lanzar una «revolución permanente» con el fin de establecer su propio gobierno proletario, organizado en forma de consejos municipales o comités obreros<sup>21</sup>. Muchos de los anarquistas rusos que leyeron estas palabras llegaron a pensar (aunque sin mucha justificación), que Marx se apartaba aquí de su rígido esquematismo histórico, y se inclinaba por un proyecto radical de insurrección que se parecía mucho al suyo; proyecto que se basaba en la consecución inmediata de la sociedad sin Estado, mediante el esfuerzo autónomo de las mismas masas desposeídas. Así, Bidbéi, por ejemplo, llegaría a ver la conveniencia de incorporar la consigna de la «revolución permanente» al credo de su grupo *Beznachálie* en 1905<sup>22</sup>.

Una consigna marxista que tuvo un impacto aún más fuerte sobre el movimiento anarquista ruso fue la famosa frase del preámbulo de Marx a los estatutos de la I Internacional, fundada en 1864: «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos»<sup>23</sup>. Los anarquistas interpretaron esta proclama como un llamamiento a la insurrección directa de las masas, con el fin de destruir, más que de conquistar, el Estado. La resonante frase de Marx iba a aparecer constantemente en la literatura anarquista rusa, acompañada de vez en cuando por una frase de la *Internationale* que transmitía un mensaje similar:

*Il n'est pas de sauveurs suprêmes,  
ni dieu, ni césar, ni tribun.  
Producteurs, sauvons-nous nous mêmes,  
Décrétons le salut commun!*<sup>24</sup>

El hecho de que marxistas y anarquistas utilizaran las mismas consignas reflejaba la fe común en el levanta-

miento de masas —así como su hostilidad hacia el *coup d'état* blanquista—, que Marx compartía con Bakunin a pesar de su agria enemistad en el seno de la Primera Internacional; una fe que habría de servir después como punto de contacto entre anarquistas y socialistas autoritarios, que concedían una gran importancia a la espontaneidad e iniciativa de las masas.

El anti-intelectualismo venía provocado también por la fuerte desconfianza hacia los intelectuales y políticos, que se había desarrollado en las filas de los trabajadores europeos en la segunda mitad del siglo XIX. Una hostilidad, basada en la idea de que los intelectuales eran una casta marginada, indisciplinada y cuyos intereses no tenían nada que ver con los de los trabajadores, que llegó a ser especialmente violenta en los proudhonianos, opuestos a la entrada de elementos no obreros en el Consejo General de la Primera Internacional y, en general, a cualquier clase de intervención de lo que ellos consideraban como burguesía educada, en el seno del movimiento obrero<sup>25</sup>. En Francia se extendía por todas partes la tendencia de los obreros industriales a confiar exclusivamente en sus propias fuerzas —lo que empezó a llamarse *ouvriérisme*—, dejando de lado sus diferencias políticas. Los ultraradicales alemanistas, por ejemplo, excluían de sus filas a los trabajadores de «cuello blanco»<sup>26</sup>, y los sindicatos reformistas, aunque no eran demasiado hostiles a los intelectuales *per se*, desconfiaban de su ideología radical, que podía hacer peligrar las conquistas concretas de varias décadas. Y por su parte, el sindicalismo revolucionario tampoco tenía ningún interés en los políticos independientes. Nada —insistían— se obtendría de la simple agitación política: el parlamento era un nido de fraudes y compromisos, y todas las reformas parciales eran ilusiones cuyo objetivo radicaba en arrancar al movimiento obrero su aguijón revolucionario. Sólo la acción industrial directa de los sindicatos podría eliminar al capitalismo, y liberar, por tanto, al proletariado.

Esta desconfianza aumentó cuando un cierto número

de intelectuales prominentes entró en el parlamento y pasó a formar parte del gobierno. En 1893, la elección a la Cámara de Diputados francesa del dirigente marxista Jules Guesde y del conocido blanquista Edouard Vaillant, convenció a muchos trabajadores de que el enemigo estaba comprando a sus líderes políticos. Pero mayor aún fue el choque cuando, en 1899, Alexandre Millerand aceptaba el puesto de ministro de Comercio en el gabinete de René Waldeck-Rousseau, convirtiéndose así en el primer ministro socialista que servía a un gobierno «burgués». El profundo malestar que se produjo entre los militantes obreros se puso de manifiesto al año siguiente en el Congreso de la C. G. T. celebrado en París. «Todos los políticos son unos traidores», declaró un orador, mientras otro aconsejaba a sus camaradas que se cuidasen de los halagos engañosos procedentes de los intelectuales de la clase media, y tuviesen en cuenta «exclusivamente la fuerza de los trabajadores», Ferdinand Pelloutier, el destacado líder sindicalista, hacía una clara distinción entre el «millerandismo» de los políticos socialistas y el indudable espíritu revolucionario de sus seguidores sindicalistas, «rebeldes natos, hombres sin Dios, ni amo, ni patria, irreconciliables enemigos de todos los despotismos, morales y colectivos —enemigos, en suma, de las leyes y las dictaduras, incluyendo la dictadura del proletariado»<sup>27</sup>. La tendencia antipolítica se convirtió en la línea oficial de la C. G. T. en 1906, cuando la carta de Amiens definió la completa independencia del movimiento sindical francés frente a todos los tinglados políticos<sup>28</sup>.

El mismo Pelloutier no era precisamente un rudo proletario, sino un pulcro y educado periodista procedente de la clase media, que había adoptado por su cuenta la causa de los trabajadores, convirtiéndose en líder sindical muy efectivo y que gozaba de la confianza y admiración de la base de la C. G. T. Pelloutier dedicaba todas sus energías a las tareas prácticas de la organización laboral y de la acción directa, dejando las disputas ideológicas para aquellos intelectuales que, en su opinión, no tenían ningún interés real en la lucha coti-

diana de los trabajadores por una vida mejor. Las minorías laborales, declaraba, «no necesitan ninguna teoría, y su empirismo..., es al menos más útil que todos aquellos planteamientos que se consumen en predicciones tan exactas como las de los almanaques»<sup>30</sup>. Según él, las ideologías y utopías no procedían de los trabajadores manuales, sino que eran los intelectuales de la clase media los que las inventaban, «previendo los remedios para nuestros males en su propia imaginación, consumiéndose en fuegos de artificio en lugar de volverse hacia nuestras necesidades y hacia la realidad»<sup>31</sup>.

Algunos teóricos del sindicalismo, como Georges Sorel, Hubert Lagardelle y Edouard Berth reconocían que el movimiento sindicalista práctico les debía muy poco. E incluso Sorel y Lagardelle admitían que habían aprendido mucho más de los sindicalistas militantes de lo que les habían enseñado a éstos<sup>32</sup>. Pero «consumiéndose en fuegos de artificio» estaban desarrollando una filosofía que situaba los valores morales de la acción directa en un plano muy superior al de los simples resultados económicos que ésta producía. Ningún gran movimiento, insistía Sorel, ha triunfado nunca sin su «mito social»; y en la situación actual la huelga general era el «mito» que podía inspirar el espíritu heroico de la clase obrera para mantenerse firme en el choque diario con la burguesía<sup>33</sup>. La huelga general era una consigna de acción, una visión poética, una imagen de batalla capaz de impulsar a las masas a la acción colectiva y de imbuirlas de un poderoso sentido de elevación moral<sup>34</sup>.

Sin embargo, los elevados conceptos de Sorel eran virtualmente desconocidos por los dirigentes del movimiento sindicalista —Victor Griffuelhes, Emile Pouget, Georges Yvetot y Paul Delesalle.

Cuando una comisión parlamentaria preguntó a Griffuelhes, Secretario General de la C. G. T., tras la muerte prematura de Pelloutier en 1901, si había estudiado a Sorel, éste contestó con enojo: «Yo leo a Alejandro Dumas»<sup>35</sup>. Zapatero de profesión y curtido activista sindical, Griffuelhes acusaba a los intelectuales burgueses, que desconocían las tribulaciones de la vida en las

fábricas, de tratar de atraer a los obreros con fórmulas abstractas con el fin de colocarse ellos mismos en posiciones de privilegio y autoridad. «Si uno piensa demasiado», afirmó en una ocasión, «nunca hace nada»<sup>36</sup>.

A pesar de sus antecedentes blanquistas, que le llevaban a resaltar el papel de la «minoría consciente» en el movimiento laboral, Griffuelhes despreciaba a los individuos cultivados que aspiraban a la dirección de los sindicatos en la vida pública. «Entre los activistas sindicales», escribía en 1908, «hay una violenta oposición a la burguesía..., y lo que desean firmemente es ser dirigidos por trabajadores»<sup>37</sup>.

En ninguna parte de Europa era mayor la hostilidad hacia las clases cultas que entre los pueblos de la madre Rusia. Los estudiantes populistas que «marcharon hacia el pueblo» durante los años 1870 se toparon con una barrera invisible que les separaba de los ignorantes *narod*. Para Bakunin, era fútil cualquier intento de enseñar al pueblo oscuro, y su joven discípulo Necháev ridiculizaba a los «espontáneos profesores» del campesinado, cuyo único aprendizaje procedía de la «sabiduría popular» de su propia vida<sup>38</sup>. Tras el fiasco de la década de 1870, el lastimoso fracaso de los estudiantes en tratar de comunicarse con la población rural hizo que muchos populistas desilusionados abandonasen sus intentos educativos, a los que consideraron causa de su separación de las masas. Y otros empezaron a preguntarse si las diferencias culturales podrían superarse alguna vez, y si no tendría razón el filósofo populista Nikolái Nijaióvskii cuando señalaba que el destino de la minoría culta era el de «esclavizar inevitablemente a la mayoría apocada»<sup>39</sup>.

La situación tampoco mejoró demasiado cuando los campesinos empezaron a llegar a las ciudades para trabajar en las fábricas, ya que traían consigo todo el recelo tradicional hacia los intelectuales. Un trabajador de San Petersburgo aseveraba con toda crudeza que «los intelectuales habían usurpado el puesto de los obreros». Estaba bien aceptar libros de los estudiantes, pero había que romperles la crisma en cuanto empezasen a enseñar

insensateces. «Tenían que entender que la causa obrera debía depender de los mismos trabajadores.»<sup>40</sup> Aunque el círculo populista Chaikovski hacía suyos estos planteamientos en 1870, la actitud anti-intelectualista de los trabajadores se prolongaría durante décadas, impulsada tanto por los populistas como por los marxistas, que competían por el favor de la clase obrera industrial en crecimiento. En 1883, Geórgii Plejánov, «padre» de la socialdemocracia rusa, se sentía obligado a puntualizar que la dictadura marxista del proletariado estaría «tan lejos de la simple dictadura de un puñado de revolucionarios *raznochintsy* como el cielo de la tierra»<sup>41</sup>, asegurando a los trabajadores que los discípulos de Marx eran hombres altruistas cuya única misión consistía en levantar la conciencia de clase del proletariado para que éste llegase a ser «una figura independiente en la arena de la vida histórica, y no estar pasando eternamente de unos guardianes a otros»<sup>42</sup>.

Pero a pesar de la reiteración con que se ofrecía toda clase de seguridades, muchos obreros rehuían el revolucionarismo de Plejánov y sus compañeros, dirigiendo todos sus esfuerzos a la tarea de mejorar sus propias condiciones económicas y culturales, y poniendo de manifiesto así una tendencia (con la que solidarizó cierto número de intelectuales) que posteriormente adquiriría el nombre de «economicismo», burdo equivalente del *ouvriérisme* francés. El trabajador ruso medio estaba más interesado en la elevación de su nivel de vida que en la agitación política, y sentía una profunda desconfianza hacia las consignas revolucionarias lanzadas por los dirigentes de los partidos con la intención de satisfacer sus propias ambiciones, mientras dejaban virtualmente intacta la situación de los trabajadores. Los programas políticos, escribía uno de los portavoces del «economicismo», «son aconsejables para los intelectuales que 'van al pueblo', pero no para los propios trabajadores... La defensa de los intereses obreros... es la única finalidad del movimiento sindical». Y citando el célebre preámbulo de Marx a los estatutos de la Primera Internacional, añadía que los intelectuales suelen olvi-

darse de que «la liberación de los trabajadores es una tarea de los trabajadores mismos»<sup>43</sup>.

Subyacente al anti-intelectualismo de los «economicistas» estaba la profunda convicción de que los intelectuales consideraban a la clase obrera sólo como un instrumento para fines superiores, una masa abstracta predestinada a realizar la voluntad inmutable de la historia. Según los «economicistas», los intelectuales, en vez de aplicar sus conocimientos a los problemas concretos de la vida fabril, no hacían más que divagar con ideologías sin relación alguna con las verdaderas necesidades de los trabajadores. Animados por las huelgas textiles de San Petersburgo en 1896 y 1897, organizadas y dirigidas por trabajadores locales, los «economicistas» urgían a la clase obrera a mantenerse independiente y a rechazar las directrices de los agitadores profesionales. Como escribía un trabajador de la capital en un periódico «economicista» de 1897, «la mejora de nuestras condiciones de trabajo depende exclusivamente de nosotros mismos»<sup>44</sup>.

Los argumentos antipolíticos y anti-intelectuales de Bakunin y los «economicistas» impresionaron profundamente a un marxista polaco llamado Jan Waclaw Machajski, nacido en 1866 en la pequeña población de Busk, cercana a la ciudad de Kielce, en la Rusia polaca, e hijo de un empleado indigente, que murió cuando Machajski aún era un niño, dejando una familia numerosa y depauperada. Machajski iba al *gimnázia* de Kielce, y con sus hermanos daba clases a los escolares que se hospedaban en su casa. Comenzó su carrera revolucionaria en 1888 en los círculos estudiantiles de la Universidad de Varsovia, en cuya facultad de ciencias y medicina se había matriculado. Dos o tres años más tarde, en la Universidad de Zurich, abandonó su primitiva filosofía política (una mezcla de socialismo y nacionalismo polaco), pasándose al internacionalismo revolucionario de Marx y Engels. Fue detenido en mayo de 1892 por introducir proclamas revolucionarias, desde Suiza, en la ciudad industrial de Lodz, paralizada por la huelga general en aquellos momentos. En 1903, tras pasar casi doce años

en la cárcel y en el exilio de Siberia, consiguió huir a Europa occidental, donde permaneció hasta el estallido de la revolución de 1905<sup>45</sup>.

Durante su larga deportación en el poblado siberiano de Viliuisk (provincia de Yakutia), Machajski se dedicó a estudiar intensamente la literatura socialista, llegando a la convicción de que los socialdemócratas no defendían realmente la causa de los obreros manuales, sino la de una nueva clase de «obreros intelectuales», que había aparecido con el proceso de industrialización. El marxismo, explicaba en su obra más importante, *Umstvennyi rabochii* (El obrero mental), reflejaba los intereses de esta nueva clase, que esperaba llegar al poder apoyándose en los trabajadores manuales. En la llamada sociedad socialista, el capital privado sería simplemente sustituido por una nueva aristocracia de administradores, técnicos y políticos; los trabajadores manuales seguirían siendo esclavos de una minoría dirigente cuyo «capital», por así decirlo, era la cultura<sup>46</sup>.

Según Machajski, la intelectualidad radical no pretendía implantar una sociedad sin clases, sino conquistar una posición de privilegio. Por lo tanto, no era de extrañar que el marxismo, en vez de predicar el levantamiento inmediato contra el sistema capitalista, retrasase el «colapso final» hasta una fase posterior, en la que las condiciones económicas habrían «madurado» suficientemente. Con el desarrollo posterior del capitalismo y de su tecnología cada vez más sofisticada, los «obreros intelectuales» adquirirían la fuerza necesaria para imponer sus propias leyes. Incluso aunque la nueva tecnocracia aboliese la propiedad privada de los medios de producción, la «intelectualidad profesional» mantendría una posición dominante, al hacerse con la *dirección* de la producción y establecer el monopolio sobre el conocimiento especializado necesario para intervenir en una economía industrial compleja<sup>47</sup>. Los gerentes, ingenieros y funcionarios políticos utilizarían la ideología marxista como un nuevo opio religioso, capaz de oscurecer la mente de las masas trabajadoras, perpetuando su ignorancia y servidumbre.

Machajski sospechaba que sus competidores izquierdistas sólo pretendían establecer un sistema social en el que los intelectuales serían la clase dirigente. E incluso llegó a acusar a los anarquistas del grupo *Jleb i Volia* de Kropotkin de caer en una postura «gradualista» frente a la revolución —no mucho mejor que la de los socialdemócratas—, pues pensaban que la próxima revolución que se iba a producir en Rusia no iría más allá de las revoluciones francesas de 1789 o de 1848. En la comuna anarquista que preveía Kropotkin, según Machajski, «sólo las gentes civilizadas y cultas» disfrutarían de auténtica libertad<sup>48</sup>. «La revolución social» de los anarquistas no consistía, en realidad, en «un auténtico levantamiento de las masas obreras», sino en una simple «revolución en interés de los intelectuales». Los anarquistas eran «tan socialistas como los demás, aunque más radicalizados»<sup>49</sup>.

¿Qué hacer entonces contra esta nueva forma de servidumbre? Para Machajski, mientras subsistiese la desigualdad salarial y los instrumentos de producción perteneciesen a una minoría capitalista, y en tanto que la técnica y la ciencia siguiesen en «propiedad» de un puñado de intelectuales, las masas continuarían padeciendo la explotación de unos pocos privilegiados. La solución prevista por Machajski asignaba un puesto clave a la organización clandestina de revolucionarios denominada Conspiración Obrera (*Rabochii Zágovor*), similar a la «sociedad secreta» de revolucionarios bakuninistas<sup>50</sup>. Es de suponer que el mismo Machajski estaría al frente de esta organización. El objetivo de la Conspiración Obrera era incitar a los trabajadores a la «acción directa» —huelgas, manifestaciones, etc— contra los capitalistas, con el propósito inmediato de conquistar mejoras económicas y empleo para los parados. La «acción directa» de los obreros culminaría en la huelga general, preludio de la insurrección universal que conduciría a la implantación de una era de igualdad económica y cultural. Todas las divisiones de clases, y la maldita diferenciación entre obreros intelectuales y manuales, serían abolidas finalmente<sup>51</sup>.

Las teorías de Machajski provocaron un violento debate en el seno de los diversos grupos radicales rusos.

En Siberia, donde Machajski redactó la primera parte de *Umstvennyi rabochii* en 1898, su crítica de la socialdemocracia «causó gran impacto entre los deportados», como cuenta Trotski, que se encontraba entre ellos, en su autobiografía<sup>52</sup>. En 1901 circulaban ya por Odessa, donde el «majaevismo» empezaba a encontrar seguidores, diversas copias de *Umstvennyi rabochii*. En 1905 se constituía en San Petersburgo un pequeño grupo de *majáevtsy*, llamado la Conspiración Obrera. A pesar de la crítica de Machajski al anarquismo, un buen número de anarquistas se inclinaba hacia su doctrina. Durante cierto tiempo, Olga Taratuta y Vladímir Striga, de *Chórnoe Znamia*, estuvieron asociados a un grupo de Odessa conocido como los Intransigentes (*Neprimirnye*), que agrupaba a anarquistas y *majáevtsy*; y entre los *Beznachaltsy* de Petersburgo había algunos discípulos de Machajski<sup>53</sup>. Si algunos anarquistas no vieron en la tarea de Machajski más que un astuto ardid de los intelectuales para ocultar sus ambiciones, otros, como admitiría Nikolái Rogdáev, encontraron en sus planteamientos «un espíritu fresco y vivificante» que contrastaba con la «atmósfera asfixiante de los partidos socialistas, saturados de embrollos políticos»<sup>55</sup>.

Bakuninismo, populismo, sindicalismo, majaevismo —y, paradójicamente, también el mismo marxismo— alentaron el anti-intelectualismo de los anarquistas rusos, y les suministraron las consignas utilizadas para combatir a sus rivales socialistas. La influencia de Bakunin era, probablemente, la más poderosa; su espíritu impregnaba el ataque mordaz con el que Bidbéi comenzaba uno de sus folletos. El dirigente de *Beznachálie* denunciaba «el insaciable pillaje y la mezquina ambición de todos los geniecillos y pigmeos del cesarismo, de todos los lacayos serviles y lacrimógenos, y de toda clase de vampiros y chupones de la sangre del pueblo» que iban a unirse al partido socialdemócrata<sup>56</sup>. Los marxistas rusos no eran más que «cultivadores de servilismo» cuyas ansias de disciplina les llevaban a querer implantar «un poder centralizado en toda Rusia..., la autocracia de Plejánov y

compañía»<sup>57</sup>. Bidbéi condenaba la idea de los seguidores de Marx, y de su maestro, para quienes los campesinos y vagabundos no eran sino elementos amorfos de la sociedad, carentes de la conciencia de clase necesaria para convertirse en una fuerza revolucionaria eficaz. Pero, ¿es que acaso no se había demostrado con creces la capacidad de lucha de la población rural en los recientes disturbios campesinos de Poltava y Járkov? Y «¿quién, sino los vagabundos, iba a ser el demonio partero de la historia? ¿De dónde, a no ser de los languidecientes suburbios, podría manar el veneno mortal que escarmentase al código frío e insensible de la vergonzosa moralidad burguesa?»<sup>58</sup> Si los socialistas dejasen de lado sus concepciones sobre las fases sucesivas de la lucha revolucionaria y reconociesen el terrible poder destructor de las masas oscuras, verían que el «gran día del ajuste de cuentas» estaba muy cerca (Bidbéi escribía esto en 1904), que el espíritu de la destrucción total se despertaba en el corazón de los oprimidos, y que Rusia estaba «en vísperas de una gran tempestad social»<sup>59</sup>.

En sus ataques constantes contra el concepto de la «dictadura del proletariado», el grupo *Jlebovoltsy* utilizaba igualmente el pensamiento de Bakunin. La única dictadura que preveían los socialdemócratas, declaraba Kropotkin, era la dictadura de su propio partido<sup>60</sup>. Iván Sergéevich Vetrov (Knízhnik), joven miembro del grupo con fuertes desviaciones tolstoyanas, desarrollaba aún más este planteamiento y definía a todo partido político como un «estado en miniatura», con su propia jerarquía burocrática, sus circulares y sus decretos. Los marxistas, decía Vetrov, se propónían usar este pulpo autoritario para satisfacer «su ambición de un poder político absoluto»<sup>61</sup>. Para el periódico del grupo *Jleb i Volia*, Plejánov, Márto y Lenin eran los «sacerdotes, magos y brujos» de la edad moderna<sup>62</sup>. Su «dictadura del proletariado» era un concepto intrínsecamente nefasto, puesto que, como una vez puntualizó Orgiani, «todos los gobiernos revolucionarios han desempeñado siempre una función contraria al pueblo»<sup>63</sup>.

Orgiani, cuyos ataques a la socialdemocracia reflejaban

la influencia de los sindicalistas franceses y la de Bakunin y Machajski, temía que los dirigentes socialistas utilizaran para sus propios fines al naciente movimiento obrero. El movimiento laboral estaba dividido, en su opinión, en dos campos: por un lado, los trabajadores dedicados a la producción de bienes; por otro, los intelectuales que quieren dominar a los obreros «utilizando el privilegio de su formación»<sup>64</sup>. Si los intelectuales socialistas estuviesen dispuestos a poner sus conocimientos superiores a disposición de la base obrera, harían un servicio inestimable al movimiento revolucionario. Pero los socialistas, educados en la «tradición jacobina» del mundo, persistían en su voluntad de poder, obligando a los trabajadores a tener que liberarse por sí mismos «de Dios, del Estado y de los leguleyos, especialmente de los leguleyos»<sup>65</sup>. Orgiani y sus colegas prosindicalistas de Ginebra recibieron con enorme satisfacción un informe de 1904, en el que los obreros fabriles de la provincia de Chernígov empezaban a considerar al anarquismo como «un movimiento obrero, independiente de la tutela intelectual, y en el que el proletariado podía manifestar su capacidad revolucionaria con entera libertad»<sup>66</sup>. Esta es, precisamente, la actitud que Orgiani, Korn y Raévskii esperaban ver desarrollarse en el seno de la naciente clase obrera rusa. Querían que los trabajadores industriales llegasen a comprender que «los socialdemócratas no veían en los sindicatos obreros más que un instrumento de la lucha política, mientras que para los anarquistas eran los órganos naturales de la lucha directa con el capitalismo, y las células del orden futuro»<sup>67</sup>.

Los prosindicalistas del grupo *Ileb i Volia* despreciaban también al puñado de intelectuales rusos que se auto-denominaban 'sindicalistas' pero que, sin embargo, repudiaban la etiqueta del anarquismo. Según Maksim Raévskii, estos hombres —L. S. Kozlóvskii, V. A. Possé y A. S. Nédrov (Tókarev) eran los destacados— eran en realidad «cuasi-marxistas», que en su tremendo aislamiento del movimiento obrero práctico se entregaban a las teorías insípidas de «Sorel y compañía»<sup>68</sup>. Estos pensadores sindicalistas, antiguos socialdemócratas, aña-

día Raévskii, se esforzaban a su manera en encontrar una «nueva escuela del socialismo», vinculando «las formas revolucionarias del movimiento obrero con las viejas teorías de Marx»<sup>69</sup>. María Korn se sumó al ataque, argumentando que el sindicalismo revolucionario estaba firmemente enraizado en la tradición anarquista, y que difícilmente podría ser un vástago del socialismo marxista, como creían Kozlóvskii y los demás sindicalistas<sup>70</sup>. Estos teóricos «neomarxistas», decía, al aferrarse a una ideología moribunda, se habían disociado del «movimiento obrero práctico..., profundamente enraizado en los auténticos instintos revolucionarios» de la clase obrera<sup>71</sup>.

Un examen de los escritos del sindicalismo «neo-marxista» revela, sin embargo, una curiosa similitud entre sus puntos de vista y los de sus críticos anarquistas<sup>72</sup>. Kozlóvskii, por ejemplo, estaba completamente de acuerdo en que el sindicalismo era un movimiento de obreros fabriles, y no de intelectuales, y arremetía contra el *Chto delat?* («¿Qué hacer?») de Lenin, por su proyecto de colocar a los intelectuales al frente de la clase obrera en la lucha revolucionaria. El sindicalismo exigía un «profundo altruismo» de los intelectuales, aseguraba Kozlóvskii, que tendrían que actuar más como «ayuda que como dirigentes» de los trabajadores. Es más, la dictadura del proletariado era un concepto peligroso que «sólo podía significar la dictadura de los líderes del proletariado, la dictadura de un gobierno provisional revolucionario, que uno inevitablemente tendía a asociar con las revoluciones burguesas»<sup>74</sup>. Para Kozlóvskii el partido socialdemócrata era una secta religiosa —con sus evangelios, sus catecismos y sus catedrales—, una Iglesia oscurantista en la que se afirmaban verdades absolutas y se condenaban las herejías. Los líderes socialistas estaban «impregnados de espíritu autoritario» y trataban de «educar a las masas en el culto a los maestros —los apóstoles del socialismo»<sup>75</sup>. Pero en la próxima revolución, declaraba Kozlóvskii, las masas no cometerían el error del pasado, seguir a líderes políticos. Esta vez los trabajadores tomarían la iniciativa, se harían cargo de los medios de producción y establecerían una sociedad liber-

taria basada en las asociaciones autónomas de productores<sup>76</sup>.

Es sorprendente que, a pesar de la amplia coincidencia de puntos de vista entre las ideas de Kozlóvskii y las de Raévskii y Korn, éstos le hicieran objeto de tales vituperios. ¿Acaso no eran también intelectuales, tan culpables como Kozlóvskii de «consumirse en fuegos de artificio» en sus desordenados escritorios? En parte, esta animosidad se debía a que Kozlóvskii tomaba muchos de sus planteamientos de la teoría de Georges Sorel, que para ellos no era más que un intruso ambicioso. Kozlóvskii, sin embargo, llegó a señalar en una ocasión que los escritos de Sorel, aunque culpables de una desorganización sistemática, eran el trabajo de «un pensador profundo, original y de una gigantesca erudición»<sup>77</sup>. Este halago a Sorel era ya de por sí molesto para los sindicalistas de *Jleb i Volia*, pero aún había causas de más importancia para la fría acogida a las tesis de Kozlóvskii. Su negativa a unirse al movimiento anarquista e incluso a reconocer los orígenes anarquistas del sindicalismo revolucionario era para ellos una afrenta intolerable. Peor aún, sus pretensiones de ser el profeta de una nueva doctrina<sup>78</sup> le convertían en un competidor más por el favor de la clase obrera.

Lo mismo que los exiliados del círculo de Kropotkin, Daníil Novomírskii, el anarcosindicalista de Odessa, denunciaba a los componentes del sindicalismo no-anarquista como intelectuales que en su vida habían manejado el martillo o la guadaña, gentes que colocaban ideas abstractas por encima de la vida real de los seres humanos. Kozlóvskii y sus seguidores, decía Novomírskii, querían convertir el movimiento obrero militante en una especie de «lagardelismo» ruso<sup>79</sup>, en una forma de sindicalismo enraizada en la teoría marxista y en buenas relaciones con la socialdemocracia. En los escritos de Novomírskii aparecían todas las características tópicas del antiintelectualismo del movimiento anarquista ruso —el odio violento de Bakunin hacia los políticos y los gobiernos, la exaltación del proletariado en la obra de Marx, la exigencia anarquista de la acción directa del proletariado, la desconfianza de Machajski hacia los «obreros intelectua-

les»—. (Después de todo, Novomírskii procedía del campo socialdemócrata, era anarquista y sindicalista y habitaba en Odessa, uno de los primeros centros del majaevismo.) La profunda influencia que ejercían sobre él Bakunin y Machajski aparece con evidencia en el siguiente pasaje aparecido en su periódico *Nóvyi Mir* (El Nuevo Mundo): «¿Qué intereses de clase defiende en el mundo moderno el socialismo, de hecho y no de palabra? Nuestra respuesta es clara e inmediata: *el socialismo no es la expresión de los intereses de la clase obrera, sino de los autodenominados raznochintsy, o intelectuales déclasses*»<sup>80</sup>. El partido socialdemócrata, decía Novomírskii, estaba infectado de «políticos bribones»..., de nuevos explotadores y embaucadores del pueblo»<sup>81</sup>. Y la ansiada revolución social, amenazaba, no sería más que una farsa si no consiguiese aniquilar, junto al Estado y la propiedad privada, a un tercer enemigo: «ese eterno enemigo nuestro es el *monopolio del conocimiento*, ejercido por la intelectualidad»<sup>82</sup>. Novomírskii consideraba, como los sindicalistas franceses, necesaria la existencia de una «minoría consciente» de «exploradores» capaces de incitar a las masas a la acción<sup>83</sup>; pero advertía a los trabajadores que no tratasen de buscar redentores fuera de su propia clase. Los altruistas no existían, «ni en los cielos tormentosos o despejados, ni en los lujosos palacios de los zares, ni en las casas de los ricos, ni en ningún parlamento»<sup>84</sup>. El proletariado ha de marchar solo, decía. «La liberación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos»<sup>85</sup>.

La común hostilidad hacia los intelectuales no fue suficiente para agrupar al conjunto del movimiento anarquista durante la década transcurrida entre las dos revoluciones rusas. Dividido por disputas fraccionales y sometido a la férrea represión de Stolypin, el movimiento anarquista de la Rusia de los zares se fue diluyendo rápidamente. Las filosofías radicales que germinaron en épocas de miseria y desesperación, resultaron incompatibles con la relativa prosperidad que siguió al levantamiento de 1905. En 1906, la industria rusa comenzaba a

recobrase de los devastadores efectos de la revolución, y, aunque el nivel de los salarios continuaba siendo bajo y el gobierno limitaba la actividad de los sindicatos de reciente aparición, la situación de la clase obrera, en términos generales, tendía a mejorar, con el consiguiente decaimiento de las huelgas. En el campo hicieron su aparición síntomas esperanzadores, como el desarrollo de las cooperativas agrícolas y la amplia reforma agraria introducida por Stolypin, orientada a terminar con la vieja comuna campesina y a formar en su lugar una clase vigorosa de granjeros leales al zar. Ciertamente, el grueso de la población —tanto rural como urbana— permanecía en la miseria, a la vez que subsistía un amplio descontento ante la oposición del zar a constituir un gobierno de carácter parlamentario; pero, de otro lado, las fuerzas de la agitación se encontraban en franco retroceso.

En los años posteriores a la revolución de 1905, los anarquistas fueron objeto de una caza del hombre implacable llevada a cabo por la policía zarista. Los más afortunados consiguieron huir a Europa occidental y a América, pero centenares de ellos fueron ejecutados tras juicios sumarísimos, o pasaron grandes temporadas en las cárceles y en el destierro, donde se consumían víctimas del escorbuto y otras enfermedades. Estos últimos se dedicaban a leer, escribir y reflexionar, con la esperanza de que no tardaría mucho la próxima revolución. Al estudio del esperanto, idioma universal del futuro para muchos anarquistas, por ejemplo, se dedicaba uno de los presos de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, de la capital<sup>86</sup>; y llegó incluso a expresarse con soltura, hasta que un día notó que, por falta de aire puro en la celda, tenía los pulmones seriamente dañados, y apenas si podía hablar<sup>87</sup>. Algunos, como German Sandomírskii, un anarco-comunista de Kíev, se dedicaban a recordar en sus largos días de destierro la vida en la cárcel y en el exilio<sup>88</sup>, mientras otros pensaban sólo en la fuga. Así, un *chornoznámenets* que en una prisión siberiana compartía su celda con Egor Sazónov, el joven eserita que había asesinado a Viacheslav Pleve en 1904, consiguió escapar

a los Estados Unidos por la misma ruta que había seguido Bakunin cincuenta años antes<sup>89</sup>.

Los anarquistas exiliados en Occidente sufrían por la suerte de aquellos camaradas que se pudrían en las cárceles rusas, o que caían como mártires en los patíbulos o ante los piquetes de ejecución. Para la Hermandad de Comunistas Libertarios (*Bratstvo vólnyj obschinnikov*) un grupo de expatriados en París que dirigía Apollón Karelin, el régimen zarista representaba una nueva «Inquisición Medieval» y la *Ojranka* (policía política) era algo similar a los *oprichniki* que sembraron la muerte entre los enemigos reales o imaginarios de Iván el Terrible. El mismo Zar Nicolás no era más que un «verdugo coronado», responsable del asesinato de millares de jóvenes generosos. «¡Gloria eterna para los asesinados! ¡Vergüenza eterna para los verdugos!»<sup>90</sup> En 1907, los exiliados organizaron una Cruz Roja Anarquista para ayudar a sus compañeros. Sus centros se establecieron en Londres y Nueva York (en Londres bajo la dirección de Kropotkin, Cherkézov, Rudolf Rocker y Aleksandr Shapiro), con secciones en las ciudades más importantes de Europa occidental y América del Norte<sup>91</sup>. La Cruz Roja Anarquista recogía ropas y dinero en conferencias y reuniones para enviárselo a los presos rusos, y hacía circular al mismo tiempo escritos de protesta contra la política represiva del gobierno imperial<sup>92</sup>.

Pero, por otro lado, los anarquistas rusos de Ginebra, París, Londres, Nueva York, se iban preparando para la próxima revolución. Un pequeño grupo de *chornoznámenetsy* supervivientes reeditó en Ginebra el periódico *Buntar*, y en Londres los seguidores de Kropotkin lanzaban un sucesor de *Jleb i Volia*, llamado *Listki «Jleba i voli* (Panfletos de «Pan y Libertad»). Y en París se constituía un grupo anarco-comunista con unos cincuenta miembros activos, a cuyas reuniones, en casa de María Korn, asistía de vez en cuando Kropotkin<sup>93</sup>. El grupo de París, en contacto con un pequeño núcleo de anarquistas polacos, participó activamente en las manifestaciones de conmemoración de la Comuna y de los trágicos sucesos de Haymarket Square, y, en 1914, en la que se organizó

con motivo del centenario de Bakunin. Korn, Orgiani, Rogdáev, Zabrézhnev y Karelin, así como destacados sindicalistas y anarquistas franceses, como Sébastien Faure y Georges Yvetot, solían intervenir como oradores en estas concentraciones<sup>94</sup>. María Korn aún tuvo tiempo en estos años como para estudiar biología y psicología en la Sorbona, obteniendo en 1915 el título de doctor en ciencias naturales con una tesis sobre «Reacciones fisiológicas y físicas en los peces»<sup>95</sup>.

*Burevéstnik*, el más importante periódico anarquista del período postrevolucionario, fue fundado en París en 1906. *Burevéstnik* (El Petrel) era el título del célebre poema de Máximo Gorki, cuya frase final aparecía en el encabezamiento: «Que arrecie la tormenta.» Bajo la dirección editorial de Nikolái Rogdáev, kropotkiniano desde 1900 y delegado ruso en el Congreso de Amsterdam de 1907<sup>96</sup>, y de Maksim Raévskii, destacado campeón de la causa sindicalista, *Burevéstnik* seguía generalmente la línea de *Jleb i Volia*, lo que no impedía que Abraam Grossman pudiese expresar en sus páginas sus criterios antisindicalistas. En Nueva York, por otra parte, se editaba la contrapartida prosindicalista de *Burevéstnik*, *Golos Trudá* (La Voz del Trabajo), órgano desde 1911 de la Unión de Trabajadores Rusos en los Estados Unidos y Canadá. En *Golos Trudá* aparecieron con regularidad colaboraciones de los anarquistas de París, especialmente de Rogdáev, Korn, Orgiani y Zabrézhnev, y cuando Raévskii llegó a América durante la Primera Guerra Mundial se convirtió en su director, y bajo su orientación, *Golos Trudá* se transformó en una publicación abiertamente anarco-sindicalista.

A pesar de toda esta actividad, la vida del exilio resultó bastante frustrante y desmoralizadora para los anarquistas, y sus esfuerzos unitarios se estrellaban contra las incesantes disputas e intrigas internas. Un año antes de la guerra, la Hermandad de Comunistas Libertarios de Karelin se escindió en dos bloques, como consecuencia de oscuras acusaciones sobre la conducta «dictatorial» de sus jefes<sup>97</sup>, y las recriminaciones y luchas intestinas alcanzaron también a los demás círculos. Sin embargo, en

diciembre de 1913 surgieron las esperanzas de una reconciliación general con motivo de la Conferencia de París de anarquistas rusos, preparatoria de un nuevo congreso internacional, el primero desde el que se celebró en Amsterdam en 1907. Los participantes en dicha conferencia, tras elaborar el programa de discusiones, en el que aparecían los temas del momento —terrorismo, sindicalismo, nacionalismo y antimilitarismo— decidieron que el congreso tendría lugar en el próximo mes de agosto en la ciudad de Londres<sup>98</sup>. En los cuarteles generales de la Federación Anarquista de Londres, Aleksandr Shapiro, designado secretario del Congreso, se dedicaba activamente a preparar el acontecimiento<sup>99</sup>. «El Congreso promete ser un éxito», escribía a un amigo austriaco con evidente entusiasmo, «vienen delegados de sitios tan distantes como Brasil y Argentina»<sup>100</sup>. Piotr Kropotkin aceptó ser el encargado de dar la bienvenida a las delegaciones de los diecisiete países que se esperaban. Sin embargo, el 1 de agosto estallaba la guerra y el Congreso fue suspendido.

Como si no fuera suficiente con la vieja controversia sobre terrorismo y sindicalismo, la Primera Guerra Mundial lanzó una nueva polémica que en poco tiempo iba a asestar el *coup de grâce* al movimiento anarquista europeo. El problema surgió cuando Kropotkin cargó todas las responsabilidades de la guerra a Alemania, saliendo así en apoyo de la Entente. Sus temores radicaban en que el progreso social de Francia, la venerada tierra de la revolución y la Comuna, se vería en peligro de muerte si triunfaban el autoritarismo y militarismo alemanes. Todos los hombres que defendían los «ideales del progreso humano» debían colaborar en el aplastamiento de la «invasión» germana de Europa occidental<sup>101</sup>. Como bastión del estatismo, el Imperio alemán bloqueaba la senda europea hacia la sociedad descentralizada de los sueños de Kropotkin.

La adhesión de Kropotkin a la causa de los aliados estuvo apoyada por algunos de los más importantes anarquistas europeos; en 1916, Varlaam Cherkézov, Jean Grave, Charles Maletto, Christian Cornelissen, James Gui-

Maume, y otros diez más, se unían a Kropotkin para lanzar el «Manifiesto de los dieciséis», en donde explicaban su actitud «defensista»<sup>102</sup>. Sin embargo, la mayoría de los anarquistas de todo el mundo, a pesar del prestigio de estos nombres, permaneció fiel a la tradición antipatriótica y antimilitarista, agrupándose tras el internacionalismo de Errico Malatesta, Emma Goldman, Aleksandr Berkman, Ferdinand Domela Nieuwenhis, Rudolf Rocker y Sébastien Faure. Para ellos, la guerra no era más que una lucha entre capitalistas por el poder y el beneficio, una guerra en la que las masas hacían de carne de cañón. La preferencia por cualquiera de las dos partes era, por tanto, un absurdo<sup>103</sup>. En Ginebra, los «internacionalistas» más radicales, como Grossman-Roschin, Aleksandr Ge y Orgiani (discípulo de Kropotkin desde la fundación del movimiento)<sup>104</sup>, tacharon a los defensores de la causa bélica aliada de «anarco-patriotas». Si los deseos de Alemania de adueñarse del territorio belga eran una de las causas de la guerra, ¿acaso no lo era también —preguntaban— la insistencia de Inglaterra en mantener su supremacía naval? ¿Acaso estaba Francia, con su insaciable sed imperialista, exenta de responsabilidades? ¿Y qué decir de la eterna codicia rusa por dominar los Estrechos? Para los verdaderos anarquistas, no había más que una guerra aceptable: la revolución social destinada a destruir al mundo burgués y sus instituciones opresivas. «¡Abajo la guerra! ¡Abajo el zarismo y el capitalismo! ¡Viva la hermandad de los hombres libres! ¡Viva la revolución social mundial!»<sup>105</sup>

La cuestión de la guerra provocó una división prácticamente fatal en el campo anarquista. Pero, paradójicamente, fue la misma guerra, con sus pulverizantes efectos sobre la sociedad y la economía rusas, la que espoleó el resurgir del movimiento, que ya venía dando señales de vida desde 1911. El despertar del anarquismo en Moscú y sus alrededores ha sido relatado por uno de sus jóvenes participantes, llamado V. Judolói, que habría de desempeñar un significativo papel en los años siguientes<sup>106</sup>. En 1911, una docena de estudiantes del Instituto Comercial de Moscú organizaron un círculo anarquista,

que se dedicó inicialmente a comparar las diversas formas del anarquismo, para lo que se vieron obligados a utilizar textos, panfletos y manifiestos que permanecían intactos desde los días de la revolución, lo mismo que *La conquista del pan*, *La ayuda mutua* y *Memorias de un revolucionario*, de Kropotkin, y trabajos de Bakunin, Stirner, Tucker y otros. Finalmente, estos jóvenes rechazaron el anarco-individualismo, aceptando el planteamiento comunitarista y prosindical de Kropotkin, y en 1913 se bautizaban con el nombre de Grupo Anarco-Comunista de Moscú.

El nuevo grupo se puso en contacto con *Golos Trudá* de Nueva York, y con dirigentes anarquistas y sindicales de la Europa occidental. En poco tiempo los estudiantes empezaron a desarrollar su labor propagandística en las fábricas cercanas a Tula y Briansk, constituyendo pequeñas células de dos o tres miembros. En su actividad llegaron hasta las fábricas textiles del nordeste de Moscú, donde tomaron contacto con un nuevo grupo, organizado en la ciudad de Kíneshma, cerca de Ivánovo-Voznesensk, la Manchester rusa. El dirigente del grupo de Kíneshma no era otro que Nikolái Románov (Bidbéi, líder, hasta el momento de su detención, de los *beznachaltsy* de Petersburgo), que había conseguido escapar de Siberia y predicaba ahora su violenta doctrina bajo el nombre de guerra de Stenka Razin. Bidbéi introdujo la literatura anarquista en la industria algodonera y provocó diversas huelgas, hasta que su grupo fue cercado por la policía. A partir de ese momento no se supo nada más de él<sup>107</sup>.

El problema de la guerra dividió a los anarquistas de Moscú en dos ramas hostiles. Frente a sus compañeros del exterior, los moscovitas permanecieron fieles, en su mayoría, a Kropotkin y a sus compañeros del «defensismo». La minoría antimilitarista siguió el ejemplo de otros kropotkinistas decepcionados, abandonando la escuela de *Jleb i Volia* en favor del anarco-individualismo. Desde el primer momento en que aparecieron las células anarquistas en las grandes factorías del distrito de Zamoskvoréchie, y en los tres sindicatos de Moscú (impresores, cuero, ferrocarriles), los sindicalistas empezaron a hacer

llamamientos para transformar la guerra «imperialista» en una revolución social. En el otoño de 1916, los antimilitaristas planearon una manifestación con banderas negras, que abortó la policía.

Pese a estos altibajos, la marea anarquista fue creciendo rápidamente. La destartada maquinaria bélica había sufrido una serie de desastres que estaban minando la moral de las tropas —que a veces incluso marchaban al frente sin armas—, y creando en la patria rusa un intenso malestar. La burocracia, principal instrumento del Imperio, se desmoronaba bajo la incompetente dirección de los funcionarios de Rasputín. El sobrecargado sistema de transportes se resquebrajaba. En las ciudades, el abastecimiento de comida y combustible disminuía a niveles precarios, y en los pueblos comenzaban a agitarse los campesinos, afectados por la insensata masacre de sus hijos uniformados. La protesta y las consignas radicales reaparecerían por doquier. A finales de 1916 se preparaba ya la nueva tormenta.

## 5. La segunda tormenta

¡Golpead a muerte, golpead a muerte  
a todos los monjes y los curas,  
Destruid todos los gobiernos del mundo,  
especialmente el nuestro!

UN ANABAPTISTA HOLANDÉS, 1535

En la última semana de febrero de 1917 estallaron huelgas y motines en Petrogrado. Los tumultos se sucedían en las calles de la capital en furiosas manifestaciones antigubernamentales. Las tropas tuvieron que ser llamadas para restaurar el orden, pero en lugar de obedecer las órdenes de sus oficiales, confraternizaron con las masas levantiscas. Las fuerzas de la ley y el orden se desintegraban vertiginosamente. En medio de toda esta turbulencia, comenzaron a hacer su aparición soviets de diputados obreros, siguiendo el modelo de los de 1905. El 2 de marzo, un comité de la Cuarta Duma, que había sido recientemente prorrogada, constituía un Gobierno Provisional, integrado principalmente por liberales. Ese mismo día convencían a Nicolás II de que abdicase, poniendo fin de esta manera a más de tres siglos de dominación de los Románov.

Lo más sorprendente de la Revolución de febrero fue su carácter elemental. Fue, como señalaba el antiguo director de la policía zarista, «un fenómeno puramente espontáneo, y no el resultado de la agitación de los partidos»<sup>1</sup>. Ninguna vanguardia revolucionaria condujo a

los obreros y a las amas de casa hacia las calles de Petrogrado; las ideologías políticas y los grupos radicales se encontraron desbordados coyunturalmente por el estallido caótico de un pueblo hambriento que exigía pan y protestaba contra los interminables sufrimientos de la guerra. Para el desdichado Aleksandr Kérenski, futuro primer ministro del Gobierno Provisional, todo ello se presentaba como si la población en su totalidad hubiese sido lanzada por «un sentido de libertad ilimitada, una liberación de las sujeciones más elementales, básicas para cualquier sociedad humana»<sup>2</sup>.

Parecía que al fin se convertían en realidad los sueños de los anarquistas rusos. Doce años después del «prólogo» de 1905, estallaba una segunda tormenta con todas las características de la tan esperada revolución «social». El radicalismo ruso, en decadencia desde las represiones de Stolypin, se reavivó rápidamente. La excitación fue irrefrenable entre los anarquistas emigrados, cuando les llegaron las noticias del levantamiento. «El sol se ha levantado», escribía Iuda Roschin desde Ginebra, «dispersando a los negros nubarrones. ¡El pueblo ruso se despierta! ¡Saludos a la Rusia revolucionaria! ¡Saludos a los que se baten por la felicidad del pueblo!»<sup>3</sup> El Gobierno Provisional, tomando las riendas de la autoridad, proclamó una amnistía general para todos los presos políticos. Roschin y sus camaradas del exilio se preparaban para el retorno a su tierra lo antes posible. Mientras, en el interior del difunto imperio, Danfil Novomírskii, Olga Taratuta y varios centenares más de anarquistas abandonaban los campos de trabajos forzados y las prisiones en las que habían languidecido durante una década o incluso más tiempo.

Poco tiempo después, volvían a hacer su aparición en las ciudades dinámicos grupos anarquistas. En Petrogrado, donde se habían reorganizado, en los cinco años anteriores, algunos círculos anarcocomunistas integrados por obreros e intelectuales, se podían totalizar, en la víspera de la revolución, unos cien miembros<sup>4</sup>; células anarquistas de las tres factorías mayores de municiones —la fábrica de metal del distrito de Vyborg, la de la Isla

Vasílevski y la Putílov, en la zona sudoeste de la ciudad— participaron activamente en las manifestaciones de febrero que destruyeron el antiguo régimen, y sus miembros portaban banderas negras bordadas con la consigna «¡Abajo con la autoridad y el capitalismo!»<sup>5</sup> Pocas semanas después de la caída del zarismo, los grupos anarquistas aguijoneaban a diversos sectores proletarios de la capital y sus suburbios. Las concentraciones más importantes se produjeron en el distrito de Vyborg, situado en la parte norte de la ciudad, y en la base naval de Kronstadt en el Golfo de Finlandia, donde un considerable número de marineros de la Flota del Báltico se unió a los trabajadores anarquistas. Como en Petrogrado, los grupos anarquistas que surgían en las demás grandes ciudades reclutaban la mayoría de sus militantes entre las filas de la clase obrera. En Moscú, por ejemplo, se constituyeron unidades anarquistas entre los panaderos y trabajadores de la industria alimenticia, sumándose así a los grupos que habían aparecido antes de la revolución entre los obreros del cuero, impresores y ferroviarios. En marzo se constituyó una Federación de Grupos Anarquistas de Moscú, que decía contar con más de setenta miembros<sup>7</sup>. En el sur, se organizaron círculos anarquistas en las factorías de Kíev, Járkov, Odessa y Ekaterinoslav, y a mediados de año los mineros de la cuenca del Donets adoptaban como plataforma el preámbulo a la constitución de la organización sindicalista Industrial Workers of the World: «La clase obrera y la clase empresarial no tienen nada en común. No podrá haber paz mientras millones de trabajadores padezcan hambre y necesidad, mientras unos pocos, las clases empresariales, disfrutan de todas las cosas buenas de la vida. Una lucha total ha de producirse entre estas dos clases hasta que los trabajadores del mundo, organizados como clase, se adueñen de la tierra y los instrumentos de producción, y terminen con el sistema salarial»<sup>8</sup>. Conforme avanzaba el año, sin embargo, la composición del movimiento se iba transformando en cierta medida, ya que cada mes era mayor el número de intelectuales que volvían de la cárcel y el exilio.

Durante 1917 —y en contraste con 1905, año en que el anarquismo era más fuerte en las regiones fronterizas— el movimiento se fue concentrando en Petrogrado, que ya no era el cuartel general de un gobierno despótico, sino el mismísimo corazón de la tormenta revolucionaria. Hasta los meses de verano, en que llegaron en masa los sindicalistas desde sus refugios americanos y europeos, la mayor parte de las organizaciones anarquistas de «Pedro el rojo» se encontraban adheridas a la rama anarco-comunista. Los grupos anarco-comunistas locales de la capital y sus entornos se unificaron en seguida para constituir una flexible Federación Anarquista de Petrogrado. En mayo, la Federación lanzaba su primer periódico, *Kommuna* (La Comuna), que al desaparecer fue sustituida por *Svobódnaja Kommuna* (La Comuna Libre) y *Burevéstnik* (El Petrel). El objetivo de la Federación de Petrogrado, como sugiere el nombre de sus propios periódicos, era transformar la ciudad en una comuna igualitaria, según el modelo idealizado de la Comuna de París, en 1871. En lugar de los secuestros y asesinatos indiscriminados a que se dedicaban los terroristas anarco-comunistas de la década anterior, la Federación invitaba a «expropiar», en la mayor escala posible, casas y comida, fábricas y granjas, minas y ferrocarriles. «Por la revolución social a la comuna anarquista», era su consigna; se trataba de una revolución destinada a liquidar el gobierno y la propiedad, las cárceles y los cuarteles, el dinero y el beneficio, prelude de una sociedad sin Estado con una «economía natural»<sup>9</sup>. Los anarquistas de Kronstadt, que publicaron algunos números de su propio periódico, *Vólnyi Kronshtadt* (Kronstadt Libre), lanzaban un dramático llamamiento a las masas del mundo para extender a sus propios países la revolución social que había empezado en Rusia, y para alcanzar la emancipación de sus amos: «¡Despierta! ¡Despierta, humanidad! Dispersa la negra marea que te cerca... Termina con el estúpido sometimiento a las divinidades del cielo y de la tierra. Di: ¡basta! ¡Me rebelo! Y serás libre»<sup>10</sup>. En palabras que recordaban a sus precursores los *Beznachálie*, los anarco-comunistas de Kronstadt exhortaban a las multitudes so-

juzgadas de todo el globo a vengarse de sus opresores. «¡Viva la anarquía! ¡Que tiemblen todos esos opresores —parásitos, dirigentes, curas!»<sup>11</sup>

Con gran desilusión de los anarquistas, la Revolución de febrero se quedó corta frente al objetivo principal, la revolución social; ya que, si bien derrocó a la monarquía, no consiguió eliminar el Estado. Descorazonados, algunos anarquistas comparaban el levantamiento de febrero con un juego de cambio de sillas, en el que un gobernante tomaba el asiento de otro. ¿Qué ocurrió en febrero?, preguntaba un periódico anarcocomunista de Rostov del Don. «Nada especial. En lugar de Nicolás el sanguinario, se ha subido al trono Kérenski el sanguinario»<sup>12</sup>.

Decididos a terminar con el doble yugo del Gobierno Provisional y de la propiedad privada, los anarquistas acabaron haciendo causa común con sus adversarios ideológicos, los bolcheviques, el único grupo radical de Rusia que presionaba como ellos en favor de la liquidación del Estado «burgués». La intensa hostilidad que los anarquistas habían sentido hacia Lenin, durante años, se fue disipando conforme avanzaba 1917. Impresionados por una serie de proclamas ultra-radicales realizadas por Lenin desde su vuelta a Rusia, muchos anarquistas aunque no todos, por supuesto, empezaron a creer que el líder bolchevique había roto el corsé del marxismo y se orientaba hacia una nueva teoría revolucionaria muy similar a la suya.

El tres de abril, día de su llegada a Petrogrado, Lenin proclamaba ante los que le dieron la bienvenida que Rusia estaba al borde de una nueva era, una era en la que se asistiría a la sustitución del nuevo gobierno «burgués» por una república de soviets obreros, y del ejército y la policía por una milicia popular. Este era el punto nodal de un programa que muy pocos anarquistas habrían desaprobado. Más aún, los anarquistas vieron probablemente con aprobación la ausencia de cualquier referencia en el discurso de Lenin a una Asamblea Constituyente y

la omisión de toda referencia a la doctrina marxista para apoyar sus propuestas<sup>13</sup>.

En las «Tesis de Abril», que Lenin leyó al día siguiente en una reunión de los socialdemócratas en el Palacio de Táurida, prosiguió su tono heterodoxo, al eximir a Rusia de una fase completa de la historia —el prolongado período de «democracia burguesa» que, de acuerdo con Marx, precedía inevitablemente a la revolución proletaria. «Lo característico de la situación actual de Rusia», decía Lenin, «es que representa la *transición* del primer estadio de la revolución, que, ante la falta de madurez y organización del proletariado, dio el poder a la burguesía, a su segundo estadio, que colocará el poder en manos del proletariado y de los estratos más pobres del campesinado»<sup>14</sup>.

Este pronunciamiento, sustancialmente idéntico a la teoría de la «revolución permanente», de Leon Trotski, que Lenin había rechazado en 1905, dejó aturrida a la rama moderada de los socialdemócratas. Al repudiar el período de capitalismo que, en el sistema de Marx, debe preceder inevitablemente a la revolución socialista, éstos se preguntaban si Lenin estaba abandonando las leyes fundamentales de la evolución histórica. ¿Acaso intentaba mofarse de la filosofía marxista, saltándose épocas enteras de cambio económico y social? Para los socialistas más ortodoxos, los análisis de Lenin constituían un abandono herético de la doctrina establecida; parecía como si su prolongado exilio le hubiese hecho perder el sentido o, peor aún, le hubiese convertido al anarquismo. I. P. Góldenberg, un veterano marxista ruso, se sintió obligado a declarar: «Lenin se ha convertido ahora en un candidato para un trono europeo que ha permanecido vacante durante treinta años —¡el trono de Bakunin!—. Las nuevas fórmulas de Lenin recuerdan algo ya viejo, las verdades desahuciadas del anarquismo primitivo»<sup>15</sup>. Sin embargo, el «anarquismo» descubierto recientemente por Lenin tuvo un efecto galvanizador sobre sus congéneres bolcheviques, que habían estado vacilando durante las semanas anteriores a su retorno; como señalaba el menchevique de izquierda y cronista de la

revolución, Sujánov, Lenin «desempolvó los pies del marxismo»<sup>16</sup>.

Si la impaciencia de Lenin frente a la rigidez de los estadios históricos, y su celo «maximalista» por empujar la historia hacia adelante, echó para atrás a muchos de sus compañeros marxistas, los anarquistas, en su conjunto, reaccionaron positivamente. Las Tesis de Abril incluían toda una serie de proposiciones iconoclastas que mucho tiempo antes ya habían sido acogidas por los pensadores anarquistas. Lenin llamaba a la transformación de la «guerra de rapiña imperialista» en lucha revolucionaria contra el orden capitalista. Renunciaba a la idea de un parlamento ruso, en favor de un régimen de soviets que siguiera el modelo de la Comuna de París. Exigía la abolición del ejército, la policía y la burocracia, y proponía que los salarios de los funcionarios (todos los cuales debían ser elegidos y estaban sujetos a revocación en cualquier momento) no excediesen a los de los obreros cualificados<sup>17</sup>. Aunque la preocupación de Lenin por la toma del poder político hacía pensar a algunos anarquistas, la mayoría se encontraban suficientemente identificados con sus puntos de vista como para que éstos sirvieran como base de cooperación. Las sospechas que aún podían mantener fueron dejadas momentáneamente de lado. Incluso algún dirigente anarcosindicalista que volvió a Petrogrado en el verano de 1917 llegó a convencerse de que lo que Lenin pretendía era establecer el anarquismo y «acabar con el Estado» en el momento en que se adueñase de él<sup>18</sup>.

Lenin volvió a reafirmar las posiciones anarquistas de las Tesis de Abril en agosto-septiembre de 1917, cuando redactó su famoso folleto, *El Estado y la Revolución*. Una vez más trazaba las líneas fundamentales de la aplicación, por medio del sistema de los soviets, de los fundamentos de la Comuna de París, movimiento consagrado por la leyenda, tanto anarquista como socialista; convocaba al proletariado y al campesinado a «organizarse libremente en comunas» y barrer el sistema capitalista, así como a poner en manos de «toda la sociedad» los ferrocarriles, las fábricas y la tierra. Aunque ridiculizaba

sin piedad el «sueño» anarquista de disolver el Estado «en una quincena», consideraba que el Estado llegaría a ser «completamente innecesario», citando con aprobación un pasaje muy conocido de Federico Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*: «la sociedad que organice la producción sobre la base de asociaciones libres e iguales de productores, colocará toda la maquinaria estatal en un sitio del que no saldrá nunca más; en el Museo de Antigüedades, junto a la rueda y al eje de bronce»<sup>19</sup>. Lenin declaraba, «mientras haya Estado, no habrá libertad; cuando haya libertad, no habrá Estado». A la vez, reconocía «las similitudes entre marxismo y anarquismo (tanto de Proudhon como de Bakunin) ... sobre este punto»<sup>20</sup>.

Por ello, durante los ocho meses que separaron las dos revoluciones de 1917, los anarquistas y bolcheviques unificaron sus esfuerzos para conseguir el mismo objetivo, la destrucción del Gobierno Provisional. Aunque aún persistía cierto grado de enfrentamiento entre ambas corrientes, un destacado anarquista señaló que existía un «perfecto paralelismo» entre los dos grupos en las cuestiones importantes<sup>21</sup>.

Sus consignas fueron idénticas en muchas ocasiones, e incluso surgió cierta camaradería entre los viejos antagonistas, una camaradería derivada de sus objetivos comunes. En octubre, iban a trabajar codo a codo para desviar la locomotora de la historia hacia nuevas vías. Cuando un conferenciante marxista dijo en una reunión de obreros industriales de Petrogrado que los anarquistas estaban minando la solidaridad de los trabajadores rusos, uno de éstos gritó airadamente: «¡Basta! ¡Los anarquistas son nuestros amigos!» Pero otra voz gritó, sin embargo, «¡Dios nos salve de semejantes amigos!»<sup>22</sup>

En medio del tumulto y la confusión que siguieron a la Revolución de Febrero, los militantes anarco-comunistas se dedicaron a «expropiar» algunas residencias particulares de Petrogrado, Moscú y otras ciudades. El caso más destacado fue el de la villa de P. P. Durnovó, que los anarquistas consideraron un objetivo especialmente

adecuado, ya que Durnovó había sido Gobernador General de Moscú durante la Revolución de 1905. La *dacha* de Durnovó estaba situada en el extrarradio, en el distrito de Vyborg, el «Faubourg St Antoine», de Petrogrado, como lo llamó John Reed<sup>23</sup>, sobre la margen norte del Neva, justo detrás de la Estación de Finlandia. Aquí tenían los anarquistas el grupo más sólido de seguidores en la capital. Los anarquistas y otros trabajadores de la izquierda ocuparon la villa de Durnovó y la convirtieron en una casa «de descanso», con salas de lectura, discusión y recreo, y el jardín fue transformado en lugar de juego para los niños. Los nuevos ocupantes eran un sindicato de panaderos y una unidad de la milicia popular<sup>24</sup>.

No hubo ninguna oposición a las expropiaciones hasta el 5 de junio, cuando una banda de los anarquistas acuartelados en la *dacha* intentó «requisar» la imprenta de un periódico «burgués», *Rússkaia Volia* (La Libertad Rusa). Tras unas horas de ocupación los atacantes fueron dispersados por las tropas que envió el Gobierno Provisional<sup>25</sup>. El Primer Congreso de los Soviets, que se encontraba reunido en aquellos momentos, denunció a los asaltantes como criminales «que se autodenominan anarquistas»<sup>26</sup>. El 7 de junio, P. N. Pervérzev, ministro de Justicia, daba un plazo de veinticuatro horas a los anarquistas para evacuar la casa de Durnovó. Al día siguiente se presentaron cincuenta marineros de Kronstadt para defender la *dacha*<sup>27</sup>, y grupos de trabajadores del distrito de Vyborg abandonaron las fábricas y organizaron manifestaciones de protesta contra la orden. El Congreso de los Soviets respondió con una proclama en la que aconsejaba a los trabajadores la reincorporación al trabajo. A la vez que condenaba la ocupación de posesiones privadas «sin el consentimiento de sus propietarios», la proclama exigía a los obreros liberar la *dacha* de Durnovó, y les proponía que se contentasen con el uso libre del jardín<sup>28</sup>.

Durante la crisis aparecieron banderas rojas y negras sobre la *dacha*, y paseaban por ella obreros armados. En el jardín se celebraron numerosos mitines; los portavoces anarquistas invitaban a desobedecer las órdenes y decretos, procedentes del Gobierno Provisional o del

Soviet. Un periodista del órgano soviético *Izvéstiia* recogió en la calle la siguiente conversación, muy representativa de lo que estaba ocurriendo:

«Ocupamos el palacio porque era propiedad de un servidor del zarismo.»

«¿Y qué pasó con *Rúskaia Volia*?»

«Es una organización burguesa y nosotros estamos contra todas las organizaciones.»

«¿También contra las organizaciones obreras?»

«En principio, sí. Pero en este momento...»

«Camarada, bajo un sistema socialista, ¿lucharán contra la prensa y las organizaciones obreras?»

«Ciertamente.»

«¿Incluso contra *Pravda*? ¿También lo ocuparán?»

«Sí... incluso contra *Pravda*. Lo ocuparemos si lo consideramos necesario»<sup>29</sup>.

Los anarquistas permanecieron atrincherados en la *dacha*, desafiando tanto al Gobierno Provisional como al Soviet de Petrogrado. Durante varios días continuaron las manifestaciones esporádicas, mezclándose con las masivas manifestaciones pro-bolcheviques que se produjeron en la capital el día 18 (la «Manifestación de Junio»), y los anarquistas irrumpieron en una cárcel del barrio de Vyborg y liberaron a siete presos (entre ellos tres delincuentes comunes, y un espía alemán llamado Müller), acogiendo a alguno de ellos en la *dacha*<sup>30</sup>. Perevértsev, el ministro de Justicia, se vio entonces obligado a actuar y ordenó el asalto de la *dacha*. Cuando dos de los anarquistas que la ocupaban ofrecieron resistencia, un trabajador llamado Asnín y Anatoli Zhelezniakov, truculento marinero de Kronstadt, se produjo un choque en el que Asnín cayó mortalmente herido por un disparo y Zhelezniakov fue capturado y se le quitaron varias bombas que llevaba encima. En total, sesenta marineros y trabajadores fueron hechos prisioneros y encerrados en los barracones del Regimiento Preobrazhenski<sup>31</sup>. El Gobierno Provisional ignoró una petición de los marineros del Báltico en favor de la liberación de Zhelezniakov, y le condenó a catorce años de trabajos forzados. Pero unas pocas semanas después, éste se escapó de su «prisión republicana»<sup>32</sup>. Y en enero siguiente iba a adquirir cierta

fama como dirigente del destacamento armado que enviaron los bolcheviques para dispersar la Asamblea Constituyente.

Las manifestaciones que provocó el asunto de la *dacha* de Durnov reflejaban el descontento creciente de la clase obrera de Petrogrado ante el Gobierno Provisional. Después de tres meses en el poder, el nuevo régimen había hecho poco más que sus predecesores zaristas para terminar con la guerra o abordar los problemas de la escasez de alimentos y viviendas. La actitud de los trabajadores se fue radicalizando progresivamente. Trotski señalaba que la respuesta de las masas a los anarquistas y a sus consignas servía a los bolcheviques «para medir la presión revolucionaria»<sup>33</sup>. En la última semana de junio, obreros, soldados y marineros de la capital y sus alrededores estaban a punto de estallar violentamente. Un informe del Ministerio de Justicia indicaba que la guarnición de Oranienbaum, importante plaza militar situada al sur de Kronstadt, estaba «limpiando ya sus cañones» y preparándose para una insurrección abierta contra el gobierno<sup>34</sup>.

A finales de junio, Kérenski ordenó un asalto sobre el frente Galitzia, en un esfuerzo desesperado por inclinar en favor de Rusia la situación militar, e impedir al mismo tiempo un motín popular. Tras algunos éxitos iniciales, los ejércitos alemanes comenzaron a avanzar y pasaron a la ofensiva, forzando a los rusos a una retirada desordenada. Poco antes del colapso del frente sudoccidental, que acabó con la escasa moral que aún quedaba entre las tropas rusas, estallaba en Petrogrado una insurrección fallida, conocida como las «Jornadas de Julio» (3-5 de julio). El 3 de julio, en la Plaza del Ancora, foro revolucionario de Kronstadt, dos destacados anarquistas se dirigieron a la masa de trabajadores, marineros y soldados que se habían concentrado allí preparando una acción radical contra el gobierno. El primer orador, J. Z. («Efim») Iarchuk, era un veterano del movimiento, uno de los fundadores del grupo *Chórnoe Znamia* en Bialystok antes de la Revolución de 1905. En 1913, después de cinco años de deportación en Siberia, emigró a los

Estados Unidos, donde se había unido al Sindicato de Trabajadores Rusos y al consejo editorial de su periódico, *Golos Trudá*. Vuelto a Rusia en la primavera de 1917, se instaló en Kronstadt y fue elegido representante en el soviét local, convirtiéndose en el líder de la influyente facción anarquista<sup>35</sup>. El Soviet de Kronstadt, órgano prácticamente incontrolable por su ímpetu revolucionario, exigía un levantamiento inmediato contra el Gobierno Provisional, a pesar de la oposición del Soviet de Petrogrado. También el Comité de Petrogrado del partido bolchevique consideraba como prematura cualquier tentativa insurreccional en aquel momento, ya que la mayoría de sus miembros temían que un levantamiento indisciplinado de los anarquistas y de la base de su partido podría ser fácilmente aplastado por el centro y la derecha, dañando gravemente a la organización.

El camarada de Iarchuk era uno de los miembros más brillantes de la Federación Anarquista de Petrogrado, llamado I. S. Bléijman, que había pasado muchos años exiliado en Siberia y en el extranjero. Liberado del campo de trabajo tras la Revolución de Febrero, había vuelto a Petrogrado, convirtiéndose inmediatamente en un destacado portavoz de la Federación Anarco-Comunista, interviniendo frecuentemente en las asambleas obreras y escribiendo numerosos artículos para *Kommuna* y *Burevéstnik* bajo el seudónimo de N. Sólntsev. En julio había sido elegido como delegado en el Soviet de Petrogrado. Iraklii Tsereteli, uno de los dirigentes mencheviques en el Soviet, recuerda a Bléijman como una «figura cómica», de poca estatura, rostro delgado y siempre bien afeitado, pelo gris y un mal ruso con el que trataba de explicar las superficiales ideas que había ido rebañando de los folletos anarquistas<sup>36</sup>.

En la plaza del Ancora, Bléijman, con la camisa desabrochada y el cabello revuelto, exhortaba a la delegación del Primer Regimiento de Artillería para que derrocara al Gobierno Provisional, lo mismo que se había hecho en febrero con el régimen zarista<sup>37</sup>. Y aseguraba a los soldados que para cumplir con su misión revolucionaria no necesitaban en absoluto la ayuda de ningún

partido político, puesto que «la Revolución de Febrero se había llevado a cabo sin la dirección de ningún partido»<sup>38</sup>. Había que ignorar, decía a su auditorio, las orientaciones del Soviet de Petrogrado, ya que la mayoría de sus miembros estaban del lado de la «burguesía»; e incitaba a las masas a apoderarse de todo lo que pudiesen, a ocupar las fábricas y las minas, y a destruir inmediatamente al gobierno y al sistema capitalista<sup>39</sup>. Bléijman denunció al Gobierno Provisional por su persecución contra los anarquistas de la *dacha* Durnovó. «Camaradas», dijo a los artilleros, «es posible que ya en estos momentos esté siendo derramada la sangre de vuestros hermanos. ¿Vais a negaros a apoyar a vuestros camaradas? ¿Vais a negaros a salir en defensa de la Revolución?»<sup>40</sup>

Poco después, el Primer Regimiento de Artillería izaba el estandarte de la revuelta en la capital. Masas de soldados, marineros de Kronstadt y trabajadores se lanzaron a las calles armados, exigiendo que el Soviet de Petrogrado se hiciese con el poder, aunque los anarquistas, por su parte, estaban más interesados en la destrucción del gobierno que en traspasar las riendas de la autoridad a los soviets.

Al día siguiente, el 4 de julio, una enfurecida manifestación pedía venganza contra Perevézhev por haber ordenado el asalto de la *dacha*. Un grupo de marineros de Kronstadt trató incluso de raptar a Viktor Chernov, dirigente socialista-revolucionario y Ministro de Agricultura, pero Trotski consiguió liberar al desgraciado ministro antes de que sufriera ningún daño<sup>41</sup>.

Ullamar a los Días de Julio «una creación anarquista», como hizo uno de los oradores en una conferencia de la Federación Anarquista de Petrogrado, en 1918<sup>42</sup>, sería una burda exageración; tampoco puede decirse que el incidente de la *dacha* Durnovó fuese algo más que un eslabón en la intemible cadena de acontecimientos que conectaron las Manifestaciones de Junio con la fracasada insurrección de Julio. Sin embargo no puede minimizarse el papel de los anarquistas. Junto con la base bolchevique y otros izquierdistas independientes, los anarquistas

actuaron como tábanos, aguijoneando a los soldados, marineros y obreros hasta provocar un levantamiento desorganizado. Pero el Soviet de Petrogrado se negó a apoyar esa rebelión prematura, y el gobierno pudo acabar con la tentativa sin demasiados problemas. Los dirigentes del partido bolchevique fueron detenidos u obligados a esconderse, mientras de la casa de Durnovó eran expulsados el resto de los anarquistas, terminando algunos de ellos entre rejas. La marea revolucionaria se esfumó momentáneamente, concediendo así un breve respiro al Gobierno Provisional.

Los anarco-sindicalistas que volvieron a Rusia durante el verano de 1917 se mostraban profundamente contrarios a las ocupaciones armadas de casas e imprentas que practicaban sus parientes anarco-comunistas. Para ellos esta especie de revitalización atávica del terrorismo y las «ex» de 1905 era completamente deplorable. Aunque insistían enérgicamente en que había que terminar con la guerra y continuar la revolución hasta abolir el Estado, se oponían a las expropiaciones sin orden ni concierto, considerándolas como un paso atrás. La tarea inmediata, decían, era organizar a las fuerzas trabajadoras.

En 1917 la mayoría del grupo *Jleb i Volia*, dividido ante la postura «defensista» de su líder, se había unido a los anarco-sindicalistas. Aunque Kropotkin era plenamente consciente del agotamiento del pueblo ruso como consecuencia de la guerra, pensaba que la derrota del militarismo alemán era una condición imprescindible para el progreso de Europa, y, así, poco antes de salir para su madre patria, volvió a reafirmar su apoyo a la Entente. A pesar de este gesto antipopular, cuando Kropotkin llegó a la Estación de Finlandia en junio de 1917, después de cuarenta años de exilio, fue recibido calurosamente por una masa de sesenta mil personas, mientras una banda militar tocaba la *Marseillaise*, himno de los revolucionarios de todo el mundo y símbolo de la gran Revolución Francesa, tan admirada por Kropotkin. Kérenski ofreció al venerable libertario el puesto de Ministro de Educación y una pensión del Estado, aunque

ambas cosas fueron rechazadas enérgicamente por Kropotkin<sup>43</sup>. En agosto, sin embargo, aceptó la invitación de Kérenski para hablar ante la Conferencia de Estado de Moscú (en la que también iba a hablar Plejánov, el maestro de la socialdemocracia rusa y otro de los personajes que apoyaban el esfuerzo bélico), un órgano integrado por antiguos miembros de la Duma y representantes de los *zemstva*, consejos municipales, asociaciones de negocios, sindicatos, soviets y cooperativas, a los que el Primer Ministro había convocado con la esperanza de apuntalar su debilitado régimen. La Conferencia recibió a Kropotkin con una ovación prolongada. En un breve discurso, Kropotkin insistió en la necesidad de renovar la ofensiva militar, convocando a toda la nación a actuar unida en defensa de Rusia<sup>44</sup>.

El «patriotismo» de Kropotkin continuó separándole de sus antiguos seguidores, por lo que llegó a encontrarse virtualmente marginado del nuevo movimiento anarquista ruso. Su fiel discípula, María Korn, que incluso le había apoyado en la cuestión de la guerra, se había quedado en Occidente a causa del mal estado de salud de su madre<sup>45</sup>. Varlaam Cherkézov, que también compartía la postura «defensista» de Kropotkin, volvió a su Georgia natal, y ya no tuvo apenas contactos con su viejo compañero de Londres<sup>46</sup>. Orgiani, que había regresado como Cherkézov, a su tierra natal, el Cáucaso, se había separado de su maestro cuando éste decidió apoyar a los Aliados, integrándose en el campo del anarco-sindicalismo.

El primer anarco-sindicalista importante que llegó a Rusia procedente del exilio fue Maksim Raévskii, que regresó en mayo en el mismo barco que Trotski. Hijo de una próspera familia judía de Nezhín, uno de los primeros centros del movimiento anarquista en el sudoeste de Rusia, Raévskii (cuyo verdadero nombre era Físhlev) asistió al *gimnázium* local, hasta que viajó a Alemania para proseguir allí sus estudios universitarios. Al trasladarse a París, se hizo miembro del equipo editorial del influyente periódico kropotkinista *Burevéstnik*, participando activamente en la polémica con los antisindica-

listas y los terroristas «bezmotíniki» de los grupos *Chórnoc Znamia* y *Beznachálie*. La I Guerra Mundial sorprendió a Raévskii en Nueva York, donde editaba el periódico sindicalista *Golos Trudá*, órgano semanal de la Unión de Trabajadores Rusos de Estados Unidos y Canadá, organización que contaba con unos 10.000 miembros <sup>47</sup>.

Los colaboradores más capaces de Raévskii en el equipo editorial de *Golos Trudá* fueron Vladímir (Bill) Shátov y Vsévolod Mijáilovich Eijenbaum, conocido en el seno del movimiento como «Volin». Shátov era un hombre de carácter afable que había trabajado en América en multitud de profesiones (maquinista, estibador, impresor); y además de sus responsabilidades como miembro del equipo de *Golos Trudá*, mantenía una intensa actividad en la Unión de Trabajadores Rusos y en la IWW <sup>48</sup>. Volin procedía de una familia de médicos de Vorónezh, en la región negra de la Rusia central. Su hermano menor, Borís Eijenbaum, llegaría a ser uno de los más distinguidos críticos literarios de Rusia. En 1905, mientras estudiaba derecho en la Universidad de San Petersburgo, Volin se afilió al partido Socialista Revolucionario, y fue deportado a Siberia por sus actividades radicales. Consiguió escapar a Occidente, y se pasó al anarquismo, bajo la influencia del círculo anarco-comunista de París que dirigía Karelin. Cuando estallaron las hostilidades en Europa, Volin se unió al Comité de Acción Internacional Contra la Guerra. Detenido por la policía francesa, consiguió escapar una vez más y llegó a los Estados Unidos en 1916, incorporándose a la Unión de Trabajadores Rusos y alcanzando rápidamente un puesto en el equipo de *Golos Trudá* <sup>49</sup>.

En 1917, con la ayuda de la Cruz Roja Anarquista <sup>50</sup>, Shátov y Volin embarcaron para Rusia por la Ruta del Pacífico, y llegaron en julio a Petrogrado. En cuanto se encontraron de nuevo con Raévskii, reeditaron *Golos Trudá* en la capital de Rusia. Al equipo se sumó ahora Aleksandr («Sania») Shapiro, eminente anarco-sindicalista que acababa de volver a su país desde Londres, tras unos 25 años de exilio. Victor Serge, en sus céle-

bres *Memoires d'un révolutionnaire*, describe correctamente a Shapiro como un hombre «de temperamento crítico y moderado» <sup>51</sup>. Shapiro nació en Rostov del Don en 1882, hijo de un revolucionario que también sería miembro de la Federación Anarquista de Londres. Trasladado de niño a Turquía, Sania asistió a la escuela francesa de Constantinopla, donde tuvo la buena suerte de ser educado en el conocimiento de cuatro idiomas (ruso, judío, francés y turco —más tarde llegaría a dominar también el inglés y el alemán); a la edad de once años leía ya folletos de Kropotkin, Elisée Reclus y Jean Grave. A los dieciséis años entró en la Sorbona de París para estudiar biología, con el fin de hacer la carrera de medicina, pero se vio en seguida forzado a abandonar los estudios por falta de medios económicos. En 1900, Shapiro se unió a su padre en Londres y trabajó durante muchos años como íntimo colaborador de Kropotkin, Cherkézov y Rocker en la Federación Anarquista de Jubilee Street; fue elegido por el Congreso de Amsterdam de 1907 secretario del Bureau de la Internacional Anarquista, y más adelante sucedió a Rocker como secretario del Comité de Socorro de la Cruz Roja Anarquista <sup>52</sup>.

El miembro más joven del grupo de *Golos Trudá*, Grigorii Petróvich Maksímov, se convertiría con el tiempo en una de las figuras más respetadas del movimiento anarquista ruso e internacional. Nacido en 1893 en una aldea campesina cerca de Smolensk, Maksímov asistió al seminario ortodoxo de la vieja capital medieval de Vladímir. Llegó a terminar sus estudios, pero cambió de opinión antes de entrar en el sacerdocio e ingresó en la Academia Agrícola de San Petersburgo. Durante sus estudios leyó los trabajos de Bakunin y Kropotkin, y se convirtió a la causa anarquista. Tras graduarse como agrónomo en 1915, fue llamado a filas para combatir en la guerra «imperialista», a la que él se oponía violentamente. Volvió a Petrogrado a comienzos de 1917, y tomó parte activa en las huelgas que derribaron al gobierno zarista. En agosto se unió a *Golos Trudá*, convirtiéndose en el colaborador más prolífico del periódico <sup>53</sup>.

El primer número de *Golos Trudá* apareció en agosto de 1917, bajo la bandera de la Unión Anarco-Sindicalista de Propaganda; establecida como contrapartida a la Federación Anarco-Comunista de Petrogrado. Durante el verano, la Unión se dedicó a predicar el evangelio del sindicalismo entre los trabajadores de la capital. *Golos Trudá* publicó numerosos artículos sobre los *syndicats* franceses, las *bourses du travail* y la huelga general, y también colaboraciones de antiguos *¡lebovoltsy* como Orgiani, de Georgia, y Vladímir Zabrézhnev, de Moscú (los dos habían colaborado anteriormente en el *Golos Trudá* de Nueva York)<sup>54</sup>, así como del que fue en otro tiempo «marxista legal», Vladímir Possé, que había estado predicando el sindicalismo durante más de una década (aunque sin el prefijo «anarquista»). La imprenta de *Golos Trudá* publicó las primeras ediciones rusas de importantes obras anarco-sindicalistas de autores europeos<sup>55</sup>. Volin, Shátov y Maksímov, a pesar de sus duras responsabilidades editoriales, aún encontraron tiempo para organizar numerosas conferencias en fábricas, asociaciones obreras y concentraciones laborales que se realizaban en el Cirque Moderne<sup>56</sup>.

El objetivo principal del grupo de *Golos Trudá* era «una revolución anti-estatista en sus métodos de lucha, sindicalista por su contenido económico, y federalista por sus tareas políticas», una revolución que sustituyese el Estado centralizado por una federación libre de «uniones campesinas, uniones industriales, comités de fábrica, comisiones de control y sus equivalentes en todas las localidades del país»<sup>57</sup>. Aunque los soviets eran para los anarco-sindicalistas «la única forma posible de organización no-partidista de la 'democracia revolucionaria'», los únicos instrumentos que podían permitir la «descentralización y difuminación del poder político»<sup>58</sup>, la verdad es que ellos tenían depositadas todas sus esperanzas en los comités de fábrica a nivel local. Los comités de fábrica, declaraba *Golos Trudá*, «asestarían el golpe mortal y definitivo al capitalismo»; y eran «la mejor forma de

organización obrera de todos los tiempos..., las células de la futura sociedad socialista»<sup>59</sup>.

Los comités de fábrica surgieron en Rusia como un producto natural de la Revolución de Febrero; eran «su carne y su sangre», como los describió una organización laboral en la primavera de 1917<sup>60</sup>. En medio de las huelgas y manifestaciones de Petrogrado, los obreros solían reunirse en los talleres y comedores, en las bolsas de trabajo y en las secciones de asistencia médica, con el fin de crear organismos locales que pudiesen representar sus intereses más vitales. Por toda la capital y bajo diversas denominaciones —comités de fábrica, comités de taller, consejos obreros, consejos de delegados—, se fueron organizando los comités de fábrica a los niveles de empresa y taller. En poco tiempo se encontraban funcionando en todos los centros industriales de la Rusia europea, apareciendo al principio en los establecimientos más grandes y extendiéndose poco después prácticamente a todos, con excepción de los que eran muy pequeños.

Desde su aparición, los comités obreros no se limitaron simplemente a pedir salarios más altos y horarios más cortos, aunque estas reivindicaciones se encontraban, por supuesto, en primera posición; lo que ellos querían, además de mejoras materiales, era una representación en la dirección. El 4 de marzo, por ejemplo, los trabajadores de la fábrica de calzado «Skorojod», de Petrogrado, exigieron de sus superiores un horario de ocho horas y un aumento de sueldo, que incluía una paga doble en caso de hacer horas extraordinarias; pero también exigieron el reconocimiento oficial del comité de fábrica y el derecho a controlar los ritmos de trabajo y el sistema de contratación. En la Empresa Radiotelegráfica de Petrogrado se organizó un comité de fábrica con el objetivo explícito de «implantar las normas y reglamentaciones de la vida interna de la fábrica», mientras se formaban otros comités para controlar expresamente las actividades de los directores, ingenieros y capataces<sup>61</sup>. De la noche a la mañana aparecieron formas incipientes del «control obrero» de la producción y dis-

tribución en las grandes empresas de Petrogrado, en especial en las plantas metalúrgicas estatales, dedicadas casi en exclusiva al esfuerzo de guerra y que empleaban quizás a una cuarta parte de los obreros de la capital. La consigna de «control obrero» cuajó inmediatamente, extendiéndose de fábrica a fábrica, con la consiguiente consternación tanto del Gobierno Provisional —que dirigía ahora las grandes empresas, precisamente donde los comités de fábrica estaban provocando la mayor conmoción—, como de los empresarios particulares, que se daban cuenta de la marea que se les venía encima.

La consigna de «control obrero» no había nacido ni de los anarcosindicalistas, ni de los bolcheviques, ni de ningún otro grupo radical. Había nacido más bien, como puntualizó un testigo menchevique, «de la tormenta revolucionaria»<sup>62</sup>, de manera tan espontánea como la de los mismos comités de fábrica<sup>63</sup>. La filiación política tenía poco que ver con el impulso natural de los obreros a organizar comités locales, o a exigir una participación en la dirección de sus fábricas y talleres. Como el movimiento sindicalista revolucionario francés, los comités de fábrica eran una creación de trabajadores que pertenecían a diversos partidos de izquierdas o que no tenían filiación. En poco tiempo, los obreros más militantes comenzaron a impacientarse con los socialistas moderados que apoyaban el Gobierno Provisional y su política de mantenimiento de la guerra y de perpetuación del sistema capitalista. El derrocamiento del régimen zarista en febrero había levantado las esperanzas de un cese inmediato de las hostilidades y de una regeneración de la sociedad, esperanzas que en abril y mayo se habían convertido en una amarga desilusión. Mientras en 1905 los socialdemócratas —tanto mencheviques como bolcheviques— habían sido suficientemente radicales como para agrupar a su alrededor a todos los elementos de la clase obrera, ahora sólo anarquistas y bolcheviques proclamaban aquello que un sector creciente de la clase obrera estaba deseando oír: «¡Abajo la guerra! ¡Abajo el Gobierno Provisional! ¡Control obrero de las empresas!» Si, como señalaba Lenin, el movimiento obrero de base

en Rusia estaba mil veces más a la izquierda que los mencheviques y socialistas-revolucionarios, e incluso cien veces más a la izquierda que los mismos bolcheviques<sup>64</sup>, eran entonces los anarco-sindicalistas los que estaban más cerca de su espíritu radical. Pero los anarco-sindicalistas eran incapaces de capitalizar esta identidad de temperamento. Ejercieron una influencia en los comités de fábrica, desproporcionada en relación con su reducido número de afiliados, pero como rechazaban todo aparato centralizado de partido, nunca estuvieron en condiciones de dominar los comités o de llevar la dirección de la clase obrera a una escala más amplia. Esta tarea quedaba para los bolcheviques, que no sólo contaban con una organización política más eficaz, sino con una voluntad consciente de poder de la que carecían los sindicalistas, para atraer el apoyo de la clase obrera, primero en los comités de fábrica y después en los soviets y sindicatos.

Aunque Lenin era muy consciente de la naturaleza sindicalista de los comités de fábrica y de su programa de control obrero, reconocía también el papel que estos comités podían desempeñar en la lucha de su partido por la conquista del poder político. Lenin buscaba «un estallido revolucionario mil veces más potente que el de febrero»<sup>65</sup>, y para ello necesitaba el apoyo de los obreros de las fábricas. Aunque recelaba instintivamente de lo que Bakunin y Kropotkin llamaban «el espíritu creador de las masas», Lenin apreciaba profundamente la capacidad destructiva del pueblo. En consecuencia, el centro de su atención estaba, de momento, en conseguir hacerse con la dirección de la ola revolucionaria que estaba minando al Gobierno Provisional, esperando contener, el día en que los bolcheviques tomaran el poder, la marea sindicalista y construir un nuevo orden socialista. Por lo tanto, Lenin y su partido concedían un fuerte apoyo a los comités de fábrica y a sus exigencias de control obrero en la industria. Escribiendo en *Pravda* el 17 de mayo, Lenin asumía explícitamente la consigna de «control obrero», declarando que «los obreros deben exigir la *inmediata* aplicación del control, *de hecho* y sin trucos, y hacerlo además *por sí mismos*»<sup>66</sup>. Para los

anarcosindicalistas esta era una prueba más de que Lenin había abandonado el dogma marxista. «Los bolcheviques se han separado progresivamente de sus objetivos iniciales», declaraba un periódico anarco-sindicalista de Járkov, «y cada vez se encuentran más próximos a la auténtica voluntad popular». «Desde la revolución, han roto completamente con la Socialdemocracia, dedicándose a aplicar los métodos anarco-sindicalistas de combate»<sup>67</sup>.

Por ello, en las conferencias obreras de mayo y octubre, los delegados bolcheviques y anarco-sindicalistas votaron juntos en apoyo de los comités de fábrica y del control obrero. Sus mayores enemigos en el movimiento obrero eran los mencheviques, que, adheridos con rigidez al análisis histórico de Marx, insistían en que a la Revolución de Febrero debía proceder un largo período de gobierno «democrático-burgués» —período en el que, por supuesto, el control obrero no tenía sitio—. «Nos encontramos en el estadio de la revolución burguesa», declaraba M. I. Skóbelev, Ministro menchevique del Trabajo, en la I Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado, celebrada en junio. «No ayudaría en nada a la revolución el poner en estos momentos las empresas en manos del pueblo»<sup>68</sup>. Es más, argumentaba Skóbelev, la ordenación industrial era una tarea que correspondía específicamente al gobierno, y no a unos comités de fábrica autónomos. Los comités, sostenía, serían más útiles a la causa obrera convirtiéndose en unidades subordinadas de la organización estatal de sindicatos; la clase obrera rusa haría mucho mejor apoyándose en los sindicatos para mejorar su situación económica en el seno del sistema capitalista, que en seguir la vía «de la ocupación de las fábricas»<sup>69</sup>.

Pero los anarco-sindicalistas no tenían la más mínima intención de permanecer al margen mientras los sindicatos trataban de engullir a los comités de fábrica. Desilusionados con los sindicatos, particularmente con los que se encontraban bajo la férula «gradualista» y «conciliadora» de los mencheviques, plantearon abiertamente la profunda diferencia que existía entre los «audaces» comités de fábrica, herederos de la tradición sindicalista

revolucionaria, y las uniones «reformistas», que, en la opinión de Volin, del grupo de *Golos Trudá*, no desempeñaban otro papel que el de «mediadores entre el capital y el trabajo»<sup>70</sup>. De la misma forma se expresaba un dirigente sindicalista de Járkov (llamado Rotenberg) ante una concentración de representantes de comités de fábrica a finales de mayo: «Los sindicatos están en la bancarrota en todo el mundo. ¡No reiros de esto! Se necesitan nuevos métodos. Y cuando los sindicatos quieran controlar a los comités revolucionarios, nosotros les diremos ¡fuera! No estamos dispuestos a seguir vuestro camino, porque nosotros llevaremos hasta el final la lucha contra el capitalismo —hasta su desaparición»<sup>71</sup>. En el mismo sentido uno de los delegados anarquistas presentes calificaba de «flores de primavera de la burguesía» a los sindicatos, completamente inviables en la nueva época en que se encontraban los hombres: Ahora mismo, en efecto, hemos de hacernos con las fábricas si queremos vivir; pero si estamos dispuestos a perecer, marchemos con los sindicatos. Pero esto no lo haremos. Para mejorar nuestra situación como trabajadores, ocuparemos las fábricas»<sup>72</sup>. Así hablaban unos hombres completamente dedicados a sus comités de fábrica, cautivados por la imagen de un mundo nuevo que sólo podrían ganar por medio de sus comités locales. Para ellos, los sindicatos eran los vestigios de un mundo capitalista que estaba agonizando; los comités de fábrica eran «entes vivos», como les gustaba decir, que representaban la ola del futuro, la ola que barrería al Gobierno Provisional «burgués» y les conduciría a una era gloriosa para los trabajadores. Los comités de fábrica eran «revolucionarios, militantes, intrépidos, enérgicos y poderosos en función de su juventud», escribía Grigorií Maksímov en *Golos Trudá*, mientras los sindicatos eran «viejos, precavidos, inclinados al compromiso; se autocalificaban de militantes, pero en realidad sólo servían a la 'armonía social'»<sup>73</sup>. Mientras la burocracia centralizada de los sindicatos asfixiaba las nuevas ideas, los comités de fábrica eran «la *chef d'oeuvre* de la creatividad obrera»<sup>74</sup>.

Los constantes esfuerzos de los mencheviques para

subordinar los comités obreros a los sindicatos fueron resistidos satisfactoriamente, tanto por los anarquistas como por los bolcheviques, quienes estaban ganando cada vez más audiencia en el movimiento obrero —especialmente los bolcheviques, gracias a la efectividad de su organización y dirección. Sin una organización disciplinada, difícilmente podían competir los anarquistas con los bolcheviques en la campaña de reclutamiento que éstos llevaban a cabo; su único consuelo radicaba en que, al menos, «eran los bolcheviques, no los mencheviques, los que empezaban a predominar por todas partes», ya que los bolcheviques, creían ellos, «habían abandonado la escolástica de sus apóstoles para adoptar una vía revolucionaria —es decir, anti-marxista»<sup>75</sup>.

El aumento de la tendencia sindicalista entre los obreros de Petrogrado a lo largo de 1917 era un hecho que incluso reconocían los observadores mencheviques más hostiles<sup>76</sup>. Las nuevas elecciones a los comités de fábrica del verano y otoño dieron como resultado un significativo número de delegados anarco-sindicalistas. Pueden ser representativos los resultados de una gran empresa, que daban doce delegados a los bolcheviques, dos a los anarquistas y tal vez unos pocos mencheviques y eseristas<sup>77</sup>. Maksimov y Shátov se encontraban entre los miembros más activos del Consejo Central de los Comités de Fábrica de Petrogrado (Maksimov fue elegido en junio, y Shátov en agosto). Pero los principales beneficiarios del giro a la izquierda del movimiento obrero fueron los bolcheviques, que habían asumido rápidamente el programa sindicalista, de la misma forma en que iban a hacerlo en octubre con el programa agrario de los SR.

Las brillantes ganancias del partido de Lenin empezaban a provocar cierto sentimiento de desasosiego en las filas anarquistas, entre los que había ya cierta inclinación a pensar que su movimiento necesitaba un mayor grado de organización, para evitar que la clase obrera se volcase completamente en favor de sus aliados coyunturales, los bolcheviques. Se celebraron apresuradamente algunas con-

ferencias locales y provinciales para tratar de poner remedio a la desastrosa desunión del movimiento<sup>78</sup>. En Petrogrado, las células anarquistas de los mayores establecimientos industriales aumentaron su actividad, mientras la Unión Anarco-Sindicalista de Propaganda abría un club obrero para ampliar el número de sus afiliados<sup>79</sup>. Los anarco-sindicalistas de Moscú, que ya gozaban de influencia entre los panaderos, impresores, ferroviarios y trabajadores de la piel, comenzaron a penetrar en correos y en la industria cosmética<sup>80</sup>. Y en el sur, el sindicalismo echaba raíces entre los mineros de la cuenca del Donets, así como entre los estibadores y en la industria del cemento de Ekaterinodar y Novorossiisk, en el Mar Negro<sup>81</sup>.

Sin embargo, en medio de todos estos esfuerzos organizativos iba a producirse una nueva escisión en torno al problema del control obrero. En inglés, la palabra «control» implica el dominio efectivo sobre todo un proceso, pero en ruso su connotación es mucho más moderada, limitándose a sugerir simplemente inspección u observación; la expresión «control obrero» (*rabochii kontrol*) tenía un sentido más próximo a supervisión o vigilancia (*nadzor, nabliudenie*) de los patronos que a apropiación (*zajvat*) y dirección (*upravlenie*) de las fábricas por los mismos obreros. Aunque, como señaló un líder de los comités de fábrica, había bastantes obreros radicales que confundían el «control» con «la apropiación de las fábricas»<sup>82</sup>.

La mayoría de las propuestas en favor de la confiscación directa procedían de los anarco-comunistas, que deploraban el «control obrero» como una medida de medias tintas, un tímido compromiso con el orden existente. Uno de los delegados anarco-comunistas, en una conferencia de comités de fábrica de la capital, exigía nada menos que «la apropiación de las fábricas y la expulsión de la burguesía»<sup>83</sup>. «El control no nos satisface», explicaba otro. «Hemos de hacernos cargo de toda la producción y confiscar las fábricas»<sup>84</sup>. En un congreso en los astilleros de Petrogrado (donde la influencia anarquista era excepcionalmente fuerte), un impaciente de-

legado exigía que «la dirección de las fábricas y puertos pasase a manos de los comités de fábrica». «Los comités», decía, «deben jugar un papel activo y no pasivo, es decir, deben dirigir la fábrica y no sólo controlar sus actividades»<sup>85</sup>. Opuesto a este criterio, un segundo orador señalaba que «los trabajadores que piensen que pueden dirigir las fábricas, sobreestiman seriamente su fuerza». Pero esto no resultó más que una actitud minoritaria, ya que una comisión especial del congreso aprobó en su programa la consigna de expropiación<sup>86</sup>. Y aún en otra conferencia obrera, uno de los fervientes partidarios de la expropiación pedía «hechos, no palabras», y ponía como ejemplo la ocupación de la fábrica donde él mismo trabajaba, la de Schlüssellburg<sup>87</sup>. Merece la pena destacar que este mismo trabajador, que se llamaba Iustín Zhuk, había sido sentenciado en 1909 a trabajos forzados a perpetuidad por robar en una fábrica de azúcar y matar a un relojero<sup>88</sup>.

Para los anarco-sindicalistas, estas actitudes reflejaban las mismas intenciones que habían puesto fin a la colaboración con los anarco-comunistas en el pasado. Según Maksimov, los partidarios de «la expropiación por la expropiación» pertenecían a la desacreditada escuela del banditismo y el terrorismo<sup>89</sup>. Aunque los sindicalistas estaban de acuerdo en que el objetivo final de los trabajadores era adueñarse de las fábricas, se oponían a su confiscación inmediata porque consideraban que era necesario un período previo de entrenamiento para ser capaces de dirigirlos. Maksimov y sus colegas del equipo de *Golos Trudá* presionaban por la aplicación «total» del control obrero, abarcando a todas las operaciones de la empresa —un control «real y no ficticio» sobre las reglas de trabajo, los contratos y los ritmos, los horarios y los sueldos, y sobre todo el proceso de la producción<sup>90</sup>. Sólo de esta manera podría el control obrero servir como fase de transición, en la que los trabajadores aprenderían cómo llegar a ser sus propios jefes. «Las comisiones de control no deben dedicarse simplemente a la inspección», decía un anarco-sindicalista de Odessa en la Conferencia Pan-Rusa de Comités de Fábrica que se reunió

en Petrogrado poco antes de la insurrección bolchevique, «sino que deben convertirse en las células del futuro, preparándose desde este momento para transferir la producción a las manos de los obreros»<sup>91</sup>.

Mientras tanto, los empresarios notificaban al Gobierno Provisional que la extensión del control obrero había colocado la economía nacional en la bancarrota. Para ellos, la situación fabril había alcanzado «el nivel más parecido a la anarquía industrial»<sup>92</sup>. Y acusaban del caos económico creciente a la ingenuidad de los obreros, que creían estar al borde de una nueva era de esplendor. «La clase obrera (declaraba una conferencia de industriales del sur de Rusia), cautivada por la tentadora panorámica que le describen sus líderes, cree estar en vísperas de una Edad de Oro, pero ni siquiera podemos imaginar lo terrible que va a ser su desilusión»<sup>93</sup>. Los trabajadores empezaban incluso a impacientarse por alcanzar esta Edad de Oro. A la vez que los comités de fábrica adquirían más poder en las fábricas y minas, su visión del paraíso proletario iba cambiando. Rusia parecía estar a punto de realizar su «sueño», como lo describía el presidente de un comité de fábrica de Petrogrado, en el que los trabajadores «se gobernarían a sí mismos sin inclinar la cabeza delante de ninguna autoridad de las clases propietarias»<sup>94</sup>.

Hacia octubre, existía ya algún tipo de control obrero en la gran mayoría de las empresas rusas. Incluso, en ciertos momentos, los comités de fábrica expulsaban a los empresarios y técnicos y se hacían cargo de la dirección de ésta por sí mismos, enviando delegaciones en busca de combustible, materia prima y ayuda financiera de otros comités de fábricas. Los comités que tomaban las riendas de la dirección presumían muchas veces de que estaban manteniendo —e incluso elevando— el nivel de producción existente. El comité obrero de una fundición de cobre de Petrogrado, por ejemplo, proclamaba que ésta había casi doblado el índice de producción desde que se hizo cargo de la empresa, y un delegado en la Primera Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogra-

do daba la fantástica información de que su empresa aeronáutica había alcanzado un crecimiento del 200 por 100 en la producción en un período de dos meses <sup>95</sup>.

Los propietarios, desde luego, rechazaban estos datos. Las usurpaciones que practicaban los comités de fábrica sólo contribuían, en su opinión, a aumentar el caos económico:

¿Qué podría decirse [escribía un periódico comercial tras la Revolución de Octubre] de la gente que se dedica a controlar el trabajo de un médico en el momento en que está haciendo una transfusión de sangre o administrando la respiración artificial a alguien que se encuentra en estado de coma? ¿Qué decir de un funcionario que asigna un supervisor que controle las acciones de una persona que está salvando a otra de morir ahogada, o la actividad del capitán de un barco durante una tormenta? <sup>96</sup>

Para los comités de fábrica esas alusiones no eran más que intentos desvergonzados «de provocar la discordia» entre los trabajadores <sup>97</sup>. Pero la verdad era que el control —al menos en sus formas más radicales— estaba teniendo unos efectos devastadores sobre la producción. Aunque los comités conseguían frecuentemente impedir la paralización total, sus presunciones de que estaban elevando la producción eran, al menos, exageradas en la mayoría de los casos. No sólo se enfrentaban a la bancarrota del sistema de transporte y a una grave carencia de materia prima, sino que además difícilmente podían llenar, con sus rudimentarios conocimientos técnicos y administrativos, el vacío que en este sentido dejaban las expulsiones de los directores y los ingenieros. En consecuencia, algunos comités se veían obligados «a ir a Canossa», como escribió un sindicalista bolchevique, y volver a colocar en los puestos directivos a los técnicos expulsados <sup>98</sup>. A pesar de sus excelentes intenciones, los comités obreros estaban provocando una especie de «anarquía en la producción» que hubiese hecho estremecer a Marx y Engels en sus tumbas. Conforme progresa la revolución de 1917, informaba un inspector de fábricas al Gobierno Provisional, «la anarquía se apodera de forma creciente de las empresas» <sup>99</sup>.

La tensión entre el capital y el trabajo no hacía más

que aumentar por todo el país. Naturalmente, los obreros responsabilizaban de la desastrosa situación de la industria rusa a los empresarios, acusándoles de lanzar una guerra violenta en favor del mantenimiento de la inmensa rapiña de sus beneficios, aunque su ciega avaricia estuviere llevando la industria al colapso. Los dirigentes obreros insistían en que el control obrero era necesario para impedir la paralización, los cierres y las expulsiones masivas. Por su parte, los propietarios contraatacaban afirmando que se veían forzados a disminuir la producción, e incluso a cerrar los talleres, por la insensata interferencia de trabajadores no cualificados en el proceso de producción, afectado por importantes déficits en el suministro de combustible y de materia prima. Ambos argumentos contenían su parte de verdad, pero lo cierto es que las palabras no podían tender un puente sobre la gigantesca brecha que dividía a las clases contendientes. Tanto la I Guerra Mundial como la lucha de clases en el país estaban conduciendo a la economía rusa y al Gobierno Provisional al borde del desastre.

Los jefes son generalmente unos cerdos, pero siempre habrá jefes, ¿no? Entonces, ¿para qué romperse los sesos tratando de encontrarle el sentido a esto?

GRANDPA BONNEMORT, en *Germinal*,  
de ZOLA

Los anarquistas se colocaron al margen de todos los demás grupos radicales de Rusia, por su oposición implacable a cualquier forma de Estado. Se ajustaban fielmente a la afirmación de Bakunin de que cualquier gobierno, con independencia de quien lo controlase, no era sino un instrumento de opresión. Ni siquiera excluían de esta tesis a la «dictadura del proletariado», aunque fuese uno de los principios básicos de sus aliados bolcheviques. Pese a que compartían la decisión de Lenin de liquidar el Gobierno Provisional, en su mente subsistían, sin embargo, las advertencias de Bakunin contra la sed de poder de los marxistas.

Sus sospechas latentes frente a los «social-carreristas»<sup>1</sup> se hicieron explícitas a comienzos de septiembre, cuando los bolcheviques consiguieron la mayoría, tanto en el Soviet de Petrogrado como en el de Moscú. *Svobódnaia Kommuna*, órgano de la Federación Anarquista de Petrogrado, volvió a repetir las alegaciones de Bakunin y Kropotkin de que la autodenominada dictadura del proletariado no era más que «la dictadura del Partido Socialdemócrata»<sup>2</sup>. Todas las revoluciones del pasado, recor-

daba el periódico a sus lectores, habían abierto siempre el camino a un nuevo puñado de dictadores, a una nueva clase privilegiada, a un nuevo señor situado por encima de las masas; esperemos, declaraba, que el pueblo sea esta vez lo suficientemente consciente como para no dejar que Kérenski y Lenin se conviertan en sus nuevos amos —«el Dantón y el Robespierre» de la Revolución rusa<sup>3</sup>.

La Unión Anarco Sindicalista de Propaganda compartía los temores de la Federación de Petrogrado. «En la cúspide», escribía Volin, nuevo director de *Golos Trudá* (Raévskii se había retirado repentinamente en agosto, tras la aparición del primer número, y desde ese momento asumió un papel pasivo en el movimiento), habrá siempre «políticos lerdos, charlatanes, renegados sin ver-güenza y miserables cobardes, sin fe alguna en la libertad y capacidad creadora de las masas»<sup>4</sup>. Recordando los recientes éxitos bolcheviques en los Soviets de Petrogrado y Moscú, los anarcosindicalistas empezaron a temer que estas organizaciones fuesen convertidas en simples vehículos del poder político. Los soviets, tal como los veían los sindicalistas, eran organizaciones apolíticas, elegidas directamente en las localidades sin necesidad de presentar listas de partidos. Su función era la de abordar problemas como los de la vivienda, la distribución de la comida, el emplazamiento del trabajo, la educación, etc., rememorando en algunos aspectos a las *bourses du travail* francesas. Ya en el primer número de *Golos Trudá*, Raévskii señalaba que los soviets habían nacido espontáneamente del seno del pueblo, y no «de la cabeza de tal o cual dirigente de partido»; el pueblo ruso, escribía, no permitiría que cayesen bajo el control de los revolucionarios profesionales, tal como Lenin parecía desear, a juzgar por sus criterios «semiblanquistas» en *¿Qué hacer?* La consigna bolchevique de «todo el poder a los soviets», decía Raévskii, sólo podía ser aceptable para los sindicalistas si ello significaba la «descentralización y difuminación del poder», no la simple transferencia de la autoridad de un grupo a otro<sup>5</sup>.

Pero, ¿cómo podía evitarse la coerción política, con

todos sus disfraces y en todas sus formas? Sólo «mediante la completa descentralización y la más amplia autonomía de los organismos locales», contestaba Aleksandr Shapiro por el grupo de *Golos Trudá*<sup>6</sup>. Esta fórmula aseguraría la destrucción total del Estado, en sus raíces y ramificaciones, impidiendo a la vez que ningún gobierno llegase a ocupar su puesto. En otras palabras, la Revolución rusa tenía que convertirse en una auténtica revolución social. El primer paso, decía un orador en una conferencia obrera de septiembre, era lanzar de inmediato una huelga general. No había «leyes históricas» que pudiesen hacer retroceder al pueblo, ni etapas revolucionarias predeterminadas, como sostenían los socialdemócratas. Los discípulos de Marx —tanto mencheviques como bolcheviques— estaban tratando de embaucar a la clase obrera con sus «promesas de que el reino de Dios sobre la tierra se alcanzaría en unos cuantos cientos de años». No había razón para esperar, gritaba: había que pasar a la acción directa —no tras siglos de doloroso desarrollo histórico, sino desde ese mismo momento. «¡Viva el levantamiento de los esclavos y la igualdad de recursos!»<sup>7</sup>

Para los anarquistas, la idea de un parlamento ruso era tan aberrante como la perspectiva de la «dictadura del proletariado». El voto no era a sus ojos más que un intento de impedir la autonomía individual. «Yo soy un individuo», declaraba un anarquista de Rostov en octubre de 1917, haciéndose eco de un pronunciamiento de Max Stirner, «y no existe autoridad superior a la de mi propio 'Yo'»<sup>8</sup> (En términos parecidos, Proudhon había explicado que el sufragio universal representaba la «contrarrevolución»<sup>9</sup>.) Cuando se eligió la Duma de Estado, en 1906, los anarquistas la convirtieron en objeto permanente de vituperios y ataques<sup>10</sup>. Ahora, con relación a la Asamblea Constituyente, su actitud era tan beligerante como entonces. Pero el sentimiento popular en favor de la Asamblea era tan fuerte que incluso los bolcheviques —a duras penas partidarios de la democracia parlamentaria— pensaron que era prudente con-

cederle alguna atención, aunque sólo fuese verbal<sup>11</sup>. Pero los anarquistas, que no tenían la costumbre de medir sus palabras, denunciaron la próxima Asamblea como un fraude vergonzoso.

Una de las críticas anarquistas de mayor influencia contra el gobierno representativo procedía de la pluma de Apollón Karelin, destacado anarco-comunista de temperamento estudioso. Para Karelin, la democracia no era más que una forma de encubrir la «plutocracia». Porque, aunque se concediese vía libre a los trabajadores, eran los partidos políticos los que continuaban nombrando a los candidatos al parlamento, y como los líderes políticos no propondrían más que negociantes, profesionales y obreros cualificados, cuya única preocupación sería la de conseguir más zonas verdes alrededor de la fábrica, el verdadero trabajador manual nunca llegaría a tener auténticos representantes en el parlamento. En cualquier caso, el gobierno representativo era básicamente autoritario, porque privaba a los individuos de ejercer su propia voluntad<sup>12</sup>.

En términos similares rechazaron dos oradores anarquistas la democracia parlamentaria, al hablar ante una conferencia de comités de fábrica de Petrogrado. El primer orador atacó a los bolcheviques por apoyar la Asamblea Constituyente, que no iba a estar dominada más que por «curas y terratenientes»<sup>13</sup>. Sólo las verdaderas organizaciones obreras, dijo, como los comités de fábrica y los soviets, podían representar los intereses del proletariado industrial. Su camarada le secundó enfáticamente en estas puntualizaciones, haciendo notar el escaso número de trabajadores que aparecían en las listas de candidatos, y protestando contra el hecho de que la Asamblea iba a ser monopolizada por los «capitalistas y los intelectuales». «Bajo ningún concepto», amenazaba, «pueden los intelectuales representar los intereses de los obreros; ellos saben cómo manipularnos y nos traicionarán.» La clase obrera sólo puede triunfar mediante «la acción directa». «¡La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos!»<sup>14</sup>

Durante los meses de septiembre y octubre, al acercar-

se las elecciones para la Asamblea Constituyente, los portavoces anarquistas lanzaron un verdadero torrente de invectivas sobre el tema del gobierno representativo. El pueblo ruso, escribía Shapiro en *Golos Trudá*, debe ser consciente de que ningún parlamento impedirá el camino hacia la libertad, y de que la sociedad justa sólo llegará a alcanzarse «aboliendo todo el poder político, que no hace más que impedir y asfixiar la creatividad revolucionaria»<sup>15</sup>. Pocos días antes de la Revolución de octubre, Bill Shátov desarrollaba este mismo tema, desplegando toda su capacidad oratoria ante la Conferencia Pan-Rusa de Comités de Fábrica. El poder político de cualquier clase, empezó diciendo, «no vale un comino». La Revolución rusa no era, básicamente, una lucha por el liderazgo entre los partidos políticos rivales, sino un conflicto económico por el control de la industria y la agricultura. Mientras los capitalistas mantuviesen las fábricas en sus manos, la clase obrera, continuaba Shátov, seguiría siendo esclava, aunque se estableciese una república parlamentaria. «Repito, el poder político no puede ofrecernos nada.» Los preparativos para la Asamblea Constituyente representaban un enorme desperdicio de energía; y, además, la división de la clase obrera en diferentes facciones políticas sólo podía tener un resultado: la destrucción de su solidaridad de clase. En lugar de esto, los obreros debían prepararse para adueñarse de las fábricas, y los campesinos de la tierra. «Hemos de crear nuestras propias organizaciones económicas, de forma que al día siguiente de la revolución seamos capaces de poner en movimiento y dirigir la industria.»<sup>16</sup>

Teniendo en cuenta toda esta hostilidad contra el gobierno parlamentario, es un símbolo significativo el que fuese un anarquista quien dirigió el destacamento que dispersó la Asamblea Constituyente en enero de 1918, poniendo fin a su único día de existencia. Fue el marino de Kronstadt, Zhelezniakov, en ese momento jefe de la guardia del Palacio de Táurida, quien, bajo las órdenes del nuevo gobierno bolchevique, empujó en tono amenazador a Viktor Chernov, diciéndole, «La guardia se ha cansado»<sup>17</sup>.

A finales de septiembre, *Golos Trudá* publicaba una carta de una iracunda mujer en la que decía que ya estaba harta de tanta palabrería sobre el derrocamiento del gobierno provisional, y exigía acción directa e inmediata. «¿Cuándo acabará toda esta interminable palabrería y papeleo?», preguntaba. «¡Fuera las palabras! ¡Fuera las resoluciones! ¡Vivan los hechos! ¡Viva la capacidad creadora de las masas oprimidas!»<sup>18</sup>

La autora ignoraba, con toda seguridad, que durante las últimas semanas, anarquistas, bolcheviques, socialistas-revolucionarios de izquierda y otros elementos izquierdistas venían armándose con el propósito de asaltar el régimen de Kérenski. Esta actividad había comenzado a fines de agosto, cuando el intento de golpe de estado del general Kornílov, que se lanzó sobre la capital, obligó a Kérenski a solicitar la ayuda de la izquierda. Los comités de fábrica y los sindicatos de Petrogrado organizaron con rapidez destacamentos de Guardias Rojos<sup>19</sup>, integrados fundamentalmente por bolcheviques, pero con una importante colaboración numérica de anarquistas, socialistas-revolucionarios de izquierda, mencheviques y otros radicales<sup>20</sup>, todos los cuales hicieron frente común ante la inmediata amenaza contrarrevolucionaria. Al acercarse a la capital las fuerzas de Kornílov, los trabajadores ferroviarios se dedicaron a desviar los trenes, los operadores de telégrafos se negaron a transmitir los despachos del general y los agitadores izquierdistas se infiltraron entre los insurgentes para tratar de minarles la moral. Iustín Zhuk, que había dirigido la confiscación de la Fábrica de Pólvora de Schlüssellburg, envió un cargamento de granadas a la capital, que el Consejo Central de los Comités de Fábrica de Petrogrado se encargó de distribuir entre los trabajadores del distrito de Vyborg<sup>21</sup>. El golpe de Kornílov terminó antes de que se produjese ningún derramamiento de sangre. Pero la sentencia de Kérenski estaba sellada, porque los obreros se encontraban ahora armados y parapetados en bloque detrás de sus dirigentes de la extrema izquierda. Paradójicamente, la marcha de Kornílov sobre Petrogrado había abierto

el camino para el derrocamiento del gobierno por sus enemigos más furibundos.

Aún no había terminado la amenaza de la derecha, cuando el Gobierno Provisional tuvo que enfrentarse al peligro mucho más serio de la izquierda. A mediados de septiembre, Kérenski, en un intento desesperado de conseguir el apoyo de la población, reunió una «Conferencia democrática» en la capital, integrada por representantes de los soviets, las cooperativas, los sindicatos y los gobiernos locales. Los anarquistas se mofaron de la asamblea diciendo que era un «fiasco contrarrevolucionario», la convulsión final de una era agonizante<sup>22</sup>. Los bolcheviques tomaron parte en ella, pero como un grupo de oposición indisciplinado; y cuando la Conferencia, en la sesión de apertura, decidió organizar un «pre-parlamento» (el día 7 de octubre), Trotski y sus compañeros abandonaron la reunión.

A partir de ese momento los acontecimientos se sucedieron a toda velocidad. Los bolcheviques y sus aliados redoblaron sus esfuerzos para reclutar milicianos y suministrarles armas y municiones. «En las fábricas», escribía John Reed, «los locales de reunión estaban abarrotados de fusiles, los mensajeros iban y venían, los Guardias Rojos daban instrucciones...»<sup>23</sup> En la segunda semana de octubre, el Soviet de Petrogrado organizó un Comité Militar Revolucionario que, bajo la hábil dirección de Trotski, derribaría en seguida al Gobierno Provisional. Aunque los bolcheviques, con 48 miembros, tenían la mayoría, también los eseritas de izquierda, con 14 miembros, y los anarquistas con cuatro, entre ellos Shátov<sup>24</sup>, contaban con una activa participación. Uno de los representantes anarquistas, un trabajador de la acería «Obúkov», reiteraba la ya familiar demanda de «hechos y no palabras», hechos que barriesen a los capitalistas «como a la basura de la faz de la tierra»<sup>25</sup>. La acción no iba a tardar en producirse. El 25 de octubre, Guardias Rojos, tropas de la guarnición y marineros de Kronstadt, ocupaban los puntos claves de la capital, sin encontrar resistencia salvo en el Palacio de Invierno, cuartel general de Kérenski y sus ministros. En profundo contraste con

el espontáneo levantamiento de masas en febrero, ahora, un número relativamente pequeño de hombres decididos —«25 o 30.000 como mucho», según Trotski<sup>26</sup>—, llevaban a cabo un golpe de estado. En gran medida, este hecho iba a determinar el carácter de los acontecimientos posteriores.

La Revolución de Octubre provocó un amplio resurgimiento del idealismo revolucionario y de la fe en el inminente establecimiento del paraíso. El día de la insurrección, el Comité Militar Revolucionario lanzaba una proclama triunfante «A los Ciudadanos de Rusia»: «La causa por la que el pueblo ha estado luchando —la inmediata consecución de una paz democrática, la abolición de los derechos de propiedad de los terratenientes sobre la tierra, el control obrero sobre la producción, la constitución de un Gobierno de los Soviets—, esa causa, ya ha vencido. ¡VIVA LA REVOLUCION DE LOS OBREROS, SOLDADOS Y CAMPESINOS!»<sup>27</sup> Los anarquistas, aunque compartían este júbilo, estaban también preocupados por el anuncio referente a la constitución de un «Gobierno Soviético». Ellos habían apoyado a los bolcheviques en el derrocamiento del régimen «burgués» de Kérenski, confiando en que la «creatividad de las masas» evitaría la formación de ningún otro gobierno. Dejando de lado las advertencias de Bakunin y Kropotkin contra los *coups* políticos, habían tomado parte en la conquista del poder, creyendo que ese poder, una vez tomado, podría ser disuelto y eliminado. Pero ahora, con la proclamación de un «Gobierno Soviético», reaparecían sus viejos temores frente a la «dictadura del proletariado».

El primer choque se produjo al día siguiente del levantamiento, cuando los bolcheviques constituyeron el Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), integrado exclusivamente por miembros de su propio partido. Los anarquistas protestaron inmediatamente, argumentando que semejante concentración de poder político acabaría con la revolución social; el éxito de la revolución, insistían, radicaba en la descentralización del poder político y

económico. «Convocamos a los esclavos», declaraba *Golos Trudá* la misma mañana de la insurrección, «a rechazar cualquier forma de opresión», «a que creen *sus propias organizaciones laborales sin partido*, libremente asociadas entre sí en las ciudades, aldeas, distritos y provincias y ayudándose unas a otras...»<sup>28</sup> Los soviets, advertía el periódico sindicalista, deben seguir siendo unidades descentralizadas, libres de la injerencia de los jefes políticos y de los llamados comisarios del pueblo. Si algún grupo político tratase de convertirlos en instrumentos de coerción, el pueblo volverá a empuñar las armas<sup>29</sup>.

Los círculos anarquistas de Petrogrado empezaron a hablar en seguida de «un tercer y último estadio de la revolución», una lucha final entre «el poder socialdemócrata y el espíritu creador de las masas», «entre el autoritarismo y las ideas libertarias...», entre los principios marxistas y los principios anarquistas<sup>30</sup>. Y en este mismo sentido se murmuraba entre los marineros de Kronstadt que si el nuevo *Sovnarkom* traicionaba la revolución, los cañones que habían retumbado sobre el Palacio de Invierno retumbarían también sobre el Smolny (cuartel general del Gobierno bolchevique)<sup>31</sup>. «¡Donde empieza la autoridad», proclamaba *Golos Trudá*, «termina la revolución!»<sup>32</sup>

Los anarquistas recibieron el siguiente golpe poco menos de una semana después. El 2 de noviembre, el Gobierno soviético publicó una «Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia» que reconocía el «derecho inalienable» de cada nacionalidad a su autodeterminación para convertirse en un Estado independiente<sup>33</sup>. Para los anarquistas, esto era un paso atrás, un abandono contrarrevolucionario de los ideales internacionalistas. Los editores de *Golos Trudá* se apresuraron a decir que la Declaración se convertiría muy pronto en «un documento inútil en la Historia de la Gran Revolución Rusa»<sup>34</sup>. N. I. Pávlov, dirigente anarco-sindicalista de la Unión de Panaderos de Moscú, acusaba a los bolcheviques de contaminar la pureza de la revolución con su política estatal, y lanzaba el siguiente programa como alternativa

a la «ceguera partidista» de los nuevos gobernantes rusos:

¡Viva la inminente revolución social!

¡Abajo la lucha partidista!

¡Abajo la Asamblea Constituyente, donde los partidos volverán una y otra vez a disputar sobre «criterios», «programas», «consignas» —y sobre el poder político!

¡Vivan los soviets locales, reorganizados, de nuevo, sobre una línea verdaderamente revolucionaria, obrera y no-partidista!<sup>35</sup>

Alarmados por la sed de poder de los bolcheviques, los anarquistas concentraron sus esfuerzos en conseguir que el nuevo régimen no interfiriera la autonomía de los comités de fábrica y taller, no intentase impedir el control obrero sobre la producción. Los anarco-comunistas, en particular, tenían poderosas razones para estar preocupados, ya que Lenin, en vísperas del levantamiento de octubre, había discutido su afirmación de que los trabajadores no debían detenerse ante el simple control, sino confiscar sin más las fábricas: «La clave del asunto [había escrito Lenin en «¿Se mantendrán los bolcheviques en el poder?»] no está en la confiscación de la propiedad capitalista, sino en un control obrero de carácter estatal y global sobre los capitalistas y quienes les apoyan. Si sólo se lleva a cabo la confiscación, no se conseguirá nada, porque ésta carece de elementos organizativos, de administración y de distribución por sí misma»<sup>36</sup>. En este pasaje Lenin se limitaba a repetir lo que había dicho poco antes de su vuelta a Rusia: que el control obrero implicaba el control de los soviets, y no «la ridícula transferencia de los ferrocarriles a los ferroviarios, o de las fábricas de cuero a los trabajadores del ramo», cosa que conduciría a la anarquía más que al socialismo<sup>37</sup>.

Si el programa presentado por los bolcheviques poco después del golpe de octubre era demasiado suave para los anarco-comunistas, los anarco-sindicalistas, sin embargo, no tenían muchas cosas de qué quejarse. Es más, incluso podían dar un respiro de alivio, porque el primer decreto sobre el control obrero, presentado por el mis-

mo Lenin, tenía una fuerte influencia sindicalista. El proyecto, publicado el 3 de noviembre, preveía la introducción del control obrero en todas las empresas que tuviesen más de cinco trabajadores, o con un volumen de negocios superior a los 10.000 rublos al año. A los comités de fábrica, en cuanto ejecutores del control, se les daba acceso a la supervisión de todos los informes, lo mismo que a los almacenes de material, instrumentos y producción. Es más, las decisiones del comité iban a ser vinculantes para la administración<sup>38</sup>. En su redacción definitiva, el decreto sobre el control obrero convertía a los comités de fábrica en los órganos de control de cada empresa, aunque debían responsabilizarse ante un consejo local de control obrero, subordinado a su vez al Consejo Pan-Ruso de Control Obrero<sup>39</sup>. En la práctica, sin embargo, el poder real descansaba en cada comité de fábrica, que no hacía demasiado caso de la nueva jerarquía establecida. El comité obrero, como informaba el Consejo de Comités de Fábrica de Petrogrado al director de la Empresa Eléctrica de Ucrania, era «el jefe supremo de la factoría»<sup>40</sup>.

El resultado inmediato del decreto fue un fortalecimiento inusitado de un tipo de sindicalismo en el que los trabajadores, más que la maquinaria sindical, controlaban a su gusto los medios de producción —un tipo de sindicalismo que conducía al caos total—. Antes de octubre, el control obrero, aunque extendido, había adquirido, por lo general, una forma pasiva de simple observación; las confiscaciones o las intervenciones directas en la dirección fueron escasas, sobre todo si se las compara con las numerosas ocupaciones de tierras que llevaron a cabo los campesinos en las provincias negras. Pero una vez sancionado oficialmente, el control obrero se extendió rápidamente, tomando formas mucho más activas que antes.

Muchos obreros estaban completamente convencidos de que el nuevo decreto colocaba en su poder los medios de producción, y durante los primeros meses que siguieron a la revolución, la clase obrera rusa disfrutó de una especie de libertad ilimitada y de una sensación de poder

única en su historia. Pero, al tiempo que aumentaba el número de trabajadores que exigían sus derechos, el país se inclinaba progresivamente hacia el colapso. Lenin era, desde luego, consciente de que semejante decreto podía empeorar la ya caótica situación, pero decidió conceder prioridad táctica a fomentar la lealtad del bloque obrero, prometiéndoles la rápida consecución de su utopía.

A finales de 1917, la dirección efectiva desaparecía casi completamente de la industria rusa<sup>41</sup>. Una delegación sindical británica que visitó Rusia en 1924 informaba, con el tono característico de los ingleses, que el control obrero de 1917 había tenido «muy malos efectos sobre la producción». Los trabajadores, decía el informe, se habían transformado en quince días en un «nuevo grupo de propietarios»<sup>42</sup>. Una observación similar hacía ya en 1918 un comentarista bolchevique: los obreros, escribía, consideran los instrumentos y el equipo «como propiedad suya»<sup>43</sup>. Los casos de robo y pillaje no eran extraños. W. H. Chamberlain cuenta la anécdota de un obrero al que le preguntaron: «¿Qué haría si fuese el director de la fábrica?» «Robaría cien rublos y me largaría», contestó<sup>44</sup>. Algunos comités de fábrica enviaban por su cuenta «aprovisionadores» (*tolkachí*) a las provincias para conseguir combustibles y materia prima, a veces a precios altísimos. Y muchas veces se negaban a compartir los abastecimientos con otras empresas que los necesitaban más. Los comités locales subían los salarios y los precios arbitrariamente, y en alguna ocasión colaboraban con los antiguos propietarios para restablecer el sistema de «primas»<sup>45</sup>.

Si bien la delegación sindical británica había informado escuetamente sobre «los malos efectos» del control obrero, otro observador inglés, un periodista del *Manchester Guardian*, que viajó por Rusia en 1917 y 1918, iba a hacer un comentario más vívido:

No es una exageración decir que durante los meses de noviembre, diciembre y la mayor parte de enero, reinó, en las industrias del norte de Rusia, algo muy parecido a la anarquía... No existía un plan industrial colectivo. Los comités de fábrica funcionaban sin dirección. Actuaban enteramente por su cuenta, tratando de

resolver por sí mismos los problemas de la producción y distribución que parecían más acuciantes para el futuro inmediato y para cada localidad. Muchas veces se vendía la maquinaria para conseguir materia prima, y las fábricas se convirtieron en una especie de comunas anarquistas..., en las que las tendencias anarco-sindicalistas imponían su desorden<sup>46</sup>.

Haciendo una concesión aún más reveladora, los famosos anarquistas ruso-americanos Emma Goldman y Aleksandr Berkman, hicieron notar, en su visita a Petrogrado en 1920 (habían sido expulsados de los Estados Unidos en diciembre de 1919), que la fábrica de tabaco Laferm trabajaba a un rendimiento muy aceptable, sólo «gracias a que su antiguo dueño y director continuaba al frente de ella»<sup>47</sup>.

La anárquica situación de las fábricas era como una marea negra, no sólo para los industriales, sino también para muchos intelectuales y trabajadores. Los miembros de los sindicatos, tanto bolcheviques como mencheviques, exigían el control estatal de la industria. Portavoces sindicales condenaban a los comités de fábrica por intentar abarcar todas las necesidades de funcionamiento de las empresas, por su «fanático patriotismo» con relación a «su propia madriguera»<sup>48</sup>, y advertían que el «localismo» de los comités de fábrica podía llevar la economía nacional hasta una situación irremediable, que acabaría «en la misma clase de atomización que existía bajo el sistema capitalista»<sup>49</sup>. «El control obrero», escribía un dirigente obrero bolchevique en el órgano de los metalúrgicos, «no es más que el intento anarquista de establecer el socialismo en la empresa, pero hoy por hoy está produciendo el conflicto entre los mismos trabajadores, y que se nieguen combustible, metal, etc., unos a otros»<sup>50</sup>. De manera similar, la Unión de Impresores, que estaba dominada por los mencheviques, despreciaba las «anárquicas ilusiones» de todos aquellos obreros no cualificados que no ven más allá de las puertas de sus fábricas<sup>51</sup>. Con frecuencia se acusaba a los anarco-sindicalistas de *Golos Trudá* de ser los responsables de toda esta «chapucería» (*kustarnichestvo*), por su obstinado rechazo de cualquier autoridad centralizada, tanto económica como política<sup>52</sup>.

Mientras los tradeunionistas atacaban el control obrero desde la derecha como una ilusión anarquista, los anarco-comunistas, desde la izquierda, lo denunciaban como un compromiso con el sistema capitalista, exigiendo la confiscación directa de fábricas, minas, puertos y ferrocarriles por los obreros de base. Mientras subsistiese la estructura capitalista, escribía Apollón Karelin en *Burevéstnik* (órgano de la Federación Anarquista de Petrogrado), el obrero continuaría siendo un obrero, y el jefe seguiría siendo el jefe; los pequeños cambios en el control del proceso productivo y alguna reducción en el horario de trabajo no alterarían las características fundamentales de la relación amo-esclavo<sup>53</sup>. Se necesitaban medidas más radicales, declaraba *Burevéstnik*. Era necesario destruir por completo el mundo burgués, e imponer un nuevo sistema de trabajo «verdaderamente enraizado en la libertad y no en formas encubiertas de esclavitud»<sup>54</sup>. Se exhortaba a la clase obrera a izar la bandera negra del anarquismo y volver de nuevo a las barricadas contra el nuevo gobierno de «caníbales y antropófagos». «Desenmascarar la farsa de la Asamblea Constituyente, la inutilidad del 'control sobre la producción' y el carácter peligroso y dañino de la centralización estatal», exclamaba *Burevéstnik*, «y convocar a todos los oprimidos a la verdadera Revolución Social»<sup>55</sup>. Los rumores de descontento eran ya visibles en Ekaterinoslav, foco de la violencia anarquista, a comienzos de siglo. En diciembre, los anarco-comunistas ponían en circulación un manifiesto incendiario entre los trabajadores de la ciudad:

No os habéis sublevado para salvaguardar el bienestar de gentes que os son ajenas, ni con el fin de controlar una producción que no os pertenece, sino a vuestro enemigo —el capitalismo—. ¿O es que acaso sois sus perros guardianes?

¡Toda la producción a lo obreros!

¡Abajo con el control socialista!

¡Abajo la Asamblea Constituyente!

¡Muerte a toda autoridad!

¡Abajo la propiedad privada!

¡Viva la Comuna Anarquista, la Paz, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad!<sup>56</sup>

Los bolcheviques, desde luego, no estaban dispuestos a consentir la confiscación sin más de las empresas, ni tampoco a tolerar el control obrero —incluso en esta forma limitada de inspección y vigilancia— por un período indefinido. Lenin había legalizado el control obrero para consolidar el apoyo de la clase obrera a su régimen inseguro, pero no iba a permitir ahora que los obreros destruyesen por completo la economía rusa y su nuevo gobierno, en proceso de formación. Decidido a terminar con la «anarquía de la producción», comenzó a poner en práctica una serie de medidas cuyo objetivo era colocar a los comités obreros bajo el control estatal, e imponer una autoridad centralizada en la industria.

Como primer paso, Lenin creó, el 1 de diciembre, el Consejo Supremo de la Economía Nacional (*Vesenjá*), asignándole la misión de elaborar «un plan que regulase la vida económica del país»<sup>57</sup>. El nuevo organismo absorbía al Consejo Pan-Ruso de Control Obrero y planeaba una regulación general de la economía nacional. Aunque era imposible frenar la ola sindicalista de la noche a la mañana —incluso el poder de control local de los comités obreros persistiría hasta el verano de 1918—, esto ya suponía un paso importante hacia la «estatización» (*ogosudárstvenie*) de la autoridad económica.

Pero antes de que fuese factible colocar el aparato económico bajo las riendas gubernamentales, era necesario terminar con la indómita libertad que disfrutaban los trabajadores de la industria. Así es como se lanzó, en las fábricas y minas, la consigna oficial de «disciplina férrea»<sup>58</sup>, y se transformó a los sindicatos, a los que Lenin había colocado hasta ese momento en lugar secundario en relación a los comités de fábrica, en los instrumentos apropiados para imponer el orden en el caótico mundo proletario. Esta sería la misión de las uniones, como ya había profetizado antes un anarco-sindicalista de Odessa (Petrovski): «engullir» a los comités de fábrica y convertir el control obrero en control estatal<sup>59</sup>.

En el Primer Congreso Pan-Ruso de los Sindicatos, que tuvo lugar en Petrogrado del 7 al 14 de junio, inmediatamente después de la disolución de la Asamblea Cons-

tituyente, se tomaron medidas decisivas para «estatizar» el movimiento obrero ruso. De los 416 delegados con voto, que representaban a unos 2.500.000 afiliados, los bolcheviques, con sus 273, ostentaban una gran mayoría, aun sin tener en cuenta los 21 delegados de la izquierda socialista-revolucionaria que les apoyaban. Los mencheviques contaban con 66 delegados, y los anarco-sindicalistas —que siempre habían despreciado las uniones en favor de los comités de fábrica— no tenían más que seis<sup>60</sup>. El resto estaba integrado por 10 delegados socialistas-revolucionarios de derecha, seis maximalistas y 34 trabajadores sin filiación política<sup>61</sup>.

Los debates del Congreso se centraron en el carácter de la Revolución rusa. En un largo discurso, Iuli Mártoov explicó el punto de vista menchevique: Rusia se encontraba en la etapa «democrática burguesa» de la revolución, y faltaban los «requisitos fundamentales para la consecución del socialismo»<sup>62</sup>. Su colega Cherevanin volvió sobre este mismo tema en una sesión posterior del Congreso. Rusia, dijo, era un país atrasado, «y los países más atrasados, desde el punto de vista marxista, son los que se encuentran en peores condiciones para pasar al socialismo». En este sentido, como en tantos otros problemas, su partido y los anarco-sindicalistas mantenían «criterios diametralmente opuestos»<sup>63</sup>. El conocido intelectual marxista D. B. Riazánov, aunque se había pasado recientemente al campo bolchevique, estuvo de acuerdo en este punto con los oradores mencheviques. La derecha y el centro de la sala recibieron con aplausos su conclusión de que «aún no contamos con las condiciones necesarias para construir el socialismo». Al fin y al cabo, el socialismo no podría alcanzarse «de la noche a la mañana», dijo Riazánov, recordando una frase de Lenin en *El Estado y la Revolución*<sup>64</sup>.

Los mencheviques apoyaron a los bolcheviques cuando llegó el momento de criticar a los anarquistas por sus precipitados esfuerzos para imponer la sociedad sin Estado. Su presión en favor del «federalismo industrial» en este momento, declaró el sindicalista bolchevique Lovzovski, no era más que una «idílica» búsqueda del «pá-

jaro de la felicidad»; una visión realista de la situación actual de las fábricas indicaba claramente que lo que Rusia necesitaba era «la centralización del control obrero» de acuerdo con las necesidades establecidas por un plan general <sup>65</sup>.

Un delegado menchevique deploró el hecho de que la «ola anarquista», bajo la forma de comités de fábrica y control obrero, «estuviese aún influyendo sobre el movimiento obrero ruso» <sup>66</sup>. Uniéndose a estos argumentos, Riazánov aconsejó a los comités de fábrica que «se suicidasen», previa conversión en «elementos integrantes» de la estructura sindical <sup>67</sup>.

La media docena de delegados anarco-sindicalistas lucharon a la desesperada para mantener la autonomía de los comités. Era «absurdo», dijo Maksímov, pretender que Rusia se encontraba en el estadio burgués del desarrollo revolucionario. Gracias a los comités de fábrica, tanto el capitalismo como la autocracia habían sido «agarrados por el cuello». La revolución estaba «despejando el camino hacia la consecución del objetivo final, en el que el proletariado será completamente libre y habrán desaparecido los sufrimientos y la desigualdad». Maksímov declaró que él y sus compañeros anarco-sindicalistas eran «mejores marxistas» que los mencheviques o los bolcheviques —declaración que provocó un gran revuelo en la sala <sup>68</sup>. Maksímov aludía, sin duda, al llamamiento de Marx en favor de la liberación de los trabajadores por sí mismos, y de una revolución permanente que culminase en la sociedad libertaria, al estilo de la Comuna de París.

La excitación del Congreso alcanzó su punto culminante cuando Bill Shátov calificó a los sindicatos de «corsés vivientes», y urgió a la clase obrera «a organizarse a nivel local e imponer una nueva Rusia libre, sin Dios, ni zar, ni jefes sindicales» <sup>69</sup>. Cuando Riazánov protestó contra los insultos de Shátov a los sindicatos, Maksímov salió en defensa de su camarada, rechazando las objeciones de Riazánov como las de un intelectual de cuello blanco que no había trabajado jamás, que no sabía lo que era

sudar ni sentir la vida realmente <sup>70</sup>. Otro delegado anarco-sindicalista recordó a la concurrencia que «no eran sólo los intelectuales los que habían hecho la revolución, sino también las masas»; por lo tanto, era una exigencia inexcusable «escuchar la voz de las masas trabajadoras, la voz de la base...» <sup>71</sup>.

Pero los bolcheviques pensaban que ya había pasado el momento de escuchar la destructiva voz de la base, y que era hora de alinearse con los que proponían el control estatal de la industria, un plan económico centralizado y la reorganización estatal de los sindicatos. Durante la primavera y el verano, cuando el objetivo de Lenin era derribar el Gobierno Provisional, había sumado sus fuerzas con las de los anarquistas —en especial con los anarco-sindicalistas— en apoyo de los comités de fábrica y del control obrero. Ahora que había asegurado la revolución bolchevique, se imponía dejar de lado las fuerzas de la destrucción por las de la centralización y el orden, poniéndose de parte de los sindicalistas partidarios del control estatal. En consecuencia, el Primer Congreso de los Sindicatos, con su abrumadora mayoría bolchevique, votó por la transformación de los comités de fábrica en órganos sindicales primarios <sup>72</sup>. La dirección bolchevique, sin embargo, se distanció de los sindicalistas que exigían la «neutralidad» sindical, es decir, que las uniones permaneciesen independientes del gobierno. La neutralidad sindical fue calificada de «idea» burguesa, de una anomalía en un Estado obrero <sup>73</sup>.

Con la «estataización» de los sindicatos y la transformación de los comités de fábrica en células sindicales (aunque al principio sólo sobre el papel), los comités se convirtieron en «instituciones del Estado», como deseaba Lenin <sup>74</sup>. Más adelante, el Congreso insistió en que el control obrero no debía entenderse como «el poder local de los obreros sobre las empresas», sino que era una medida «indisolublemente vinculada al sistema general de ordenación» que funcionaba bajo las directrices del plan económico. La «centralización del control obrero» era la tarea fundamental de los sindicatos <sup>75</sup>. Dejando caer a los comités obreros en las fauces del aparato sin-

dical, se estaba provocando, efectivamente, como había propuesto Riazánov, su suicidio. Así fue como se hizo realidad la terrible profecía de Petrovski de que los comités de fábrica acabarían siendo «engullidos» por los sindicatos.

Pese a estar descorazonados por todos estos reveses, los anarquistas no se consideraron derrotados ni abandonaron su lucha en favor de la Edad de Oro. Por el contrario, su acusación de que los bolcheviques no eran más que una casta de intelectuales egoístas que habían traicionado a las masas, sonó más alta que nunca. Los anarquistas continuaron insistiendo en que eran las masas quienes habían hecho realidad la revolución, en primer lugar (como dijo Laptev en el Congreso de los Sindicatos), y que los bolcheviques se habían encaramado en la cresta de la marea espontánea para hacerse con el poder.

Este era el grito de protesta de los idealistas frustrados, que temían que la sociedad justa se les escapase de las manos. Una protesta que contenía una parte indudable de verdad. La hazaña bolchevique no reside en la realización de la revolución, sino en su habilidad para frenarla y orientarla por los canales comunistas o, como iba a escribir Maksímov veinte años más tarde, en ajustarla al «lecho de Procusto» del marxismo<sup>76</sup>. La extraordinaria realización de los bolcheviques reside en su capacidad para reprimir el impulso elemental de las masas rusas hacia una utopía caótica.

## 7. Los anarquistas y el régimen bolchevique

Mientras los hombres miran el cielo, imaginando la felicidad ultraterrena o temiendo al infierno después de su muerte, sus ojos no ven cuáles son sus derechos como hombres.

GERRARD WINSTANLEY

Desde sus orígenes, al doblar el siglo, el movimiento anarquista ruso —si se puede llamar «movimiento» a un fenómeno tan desorganizado— estuvo plagado por agrias disputas y controversias internas sobre problemas de doctrina y de táctica. Fueron vanos todos los esfuerzos para alcanzar la unidad. Probablemente esto era inevitable, teniendo en cuenta que los anarquistas eran por naturaleza obstinadamente hostiles a toda disciplina organizativa, y parecían destinados a esa eterna atomización de individuos y grupos enteramente diversos entre sí —sindicalistas y terroristas, pacifistas y militantes, idealistas y aventureros.

La lucha de facciones había contribuido poderosamente al declive del anarquismo ruso en los años posteriores a la Revolución de 1905, y casi llegó a asestar el *coup de grâce* al movimiento durante la guerra. En 1918, sin embargo, muchos dirigentes anarquistas estaban completamente decididos a soslayar las disputas del pasado y, aunque conscientes de los formidables obstáculos que la unidad planteaba al credo anarquista, parecían más dispuestos que nunca a colocar a un lado las diferencias

y hacer frente común tras la bandera del comunismo libertario. Este ambicioso propósito se vio fortalecido por el rápido crecimiento de las federaciones anarquistas en casi todas las grandes ciudades de Rusia, desde Odessa a Vladivostok. Si la colaboración era posible a nivel local, ¿por qué no iba a serlo también a escala nacional?

En julio de 1917 se dio el primer paso hacia la unificación, cuando se estableció una Oficina de Información Anarquista con el fin de convocar una Conferencia Pan-Rusa. A finales de este mes, se reunieron en Járkov representantes de una docena de ciudades, que se dedicaron durante cinco días a discutir cuestiones cruciales, como el papel del anarquismo en los comités de fábrica y los sindicatos, y los medios para convertir la guerra «imperialista» en una revolución social a escala mundial. Antes de separarse, los delegados asignaron a la Oficina de Información el objetivo de preparar un Congreso Pan-Ruso<sup>1</sup>.

Para medir la fuerza del movimiento y determinar el grado de interés que podía tener una reunión de este tipo, la Oficina de Información envió unos cuestionarios a las organizaciones anarquistas de todo el país. Todas las respuestas que llegaron en seguida a Járkov reflejaban un apoyo aplastante a la iniciativa del congreso y a que se llevase a cabo lo antes posible. Cada respuesta incluía una breve descripción de los círculos anarquistas en cada zona particular, la extensión de sus actividades y, en algunos casos, una lista de sus publicaciones<sup>2</sup>. De esta forma podía obtenerse una valiosa visión de conjunto del movimiento. En la mayoría de las localidades, los grupos anarquistas se dividían en tres clases: anarco-comunistas, anarco-sindicalistas y anarquistas individualistas. Los anarquistas de las ciudades más pequeñas no establecían muchas veces una clara distinción entre anarco-comunismo y anarco-sindicalismo, ya que las corrientes a veces se coaglaban en una sola federación anarquista o de anarco-comunistas-sindicalistas. Aquí y allá aparecían los grupos tolstoyanos que predicaban la no violencia cristiana, y aunque no tenían muchos vínculos con la corriente revolucionaria, su impacto moral sobre

el movimiento era considerable. Los individualistas, por su parte, eran a veces pacíficos, y en otras ocasiones, partidarios de la violencia, pero todos ellos repudiaban las comunas territoriales de los anarco-comunistas, y las organizaciones obreras de los anarco-sindicalistas; sólo los individuos no organizados, creían ellos, estaban a salvo de la coerción y la opresión, y eran capaces de permanecer fieles a los ideales del anarquismo; tomando sus planteamientos de Stirner y Nietzsche, exaltaban el yo y la voluntad individual, exhibiendo, en algunos casos, un estilo aristocrático de pensamiento y de acción<sup>3</sup>. El anarquismo individualista atrajo a una serie de artistas e intelectuales bohemios y, ocasionalmente, a bandidos solitarios. Su búsqueda obsesiva de la libertad individual pura se reducía a veces a un tipo de solipsismo filosófico, o tomaba el modelo más activo del heroísmo revolucionario, en el que la muerte era el medio final de autoafirmación, la escapada final frente al sistema opresivo de la sociedad organizada<sup>4</sup>.

A finales de 1917 y comienzos de 1918, las publicaciones anarquistas anunciaban la inminencia del Congreso de Todas las Rusias<sup>5</sup>; pero volvieron a resurgir las perniciosas divisiones intestinas del movimiento, y la reunión nunca llegó a realizarse. El encuentro más importante fue una Conferencia de Anarquistas de la Cuenca del Donets, que se reunió en Járkov el 25 de diciembre de 1917, y posteriormente el 14 de febrero en la ciudad de Ekaterinoslav. La Conferencia fundó el semanario *Golos Anarjista* (La Voz Anarquista), y eligió un Comité de Anarquistas de la Cuenca del Donets, que estuvo organizando conferencias y charlas de destacadas figuras como Iuda Roschin, Iuda Rogdáev y Piotr Arshínov<sup>6</sup>. Posteriormente, los anarquistas celebraron dos Conferencias Pan-Rusas en Moscú y una Conferencia Pan-Rusa del Anarco-Comunismo, en la misma ciudad; pero lo que nunca llegó a realizarse fue un congreso nacional que abarcara a las tendencias mayoritarias del movimiento.

La Federación de Petrogrado de Grupos Anarquistas, que agrupaba a diversos círculos y clubs anarco-comunis-

tas de la capital y sus alrededores, fue la organización urbana más importante que apareció en Rusia en 1917. En noviembre, siete meses después de su fundación, su órgano diario (*Burevéstnik*) superaba los 25.000 lectores, principalmente del distrito de Vyborg, Kronstadt y los suburbios obreros de Obújovo y Kólpino<sup>7</sup>. Siguiendo la política de *Kommuna* y *Svobódnaia Kommuna*, *Burevéstnik* exhortaba a los que no tenían casa a ocupar las residencias particulares<sup>8</sup> y hacía llamamientos en favor de la expropiación de la propiedad privada en general. (Bléijman, escribiendo con el seudónimo de N. Sóltsev, fue un infatigable defensor de la confiscación de las casas y fábricas.) Sus directores jamás dejaron a un lado el llamamiento a la «revolución social», ni siquiera cuando los bolcheviques se hicieron con el poder; en efecto, la Comuna de París, alternativa ideal en otra ocasión al régimen del Gobierno Provisional, se convertía en la respuesta que *Burevéstnik* daba ahora a la dictadura de Lenin. Se instigaba a los trabajadores de Petrogrado a «rechazar las palabras, las órdenes y los decretos de los comisarios», y a crear su propia comuna libertaria siguiendo el modelo de 1871<sup>9</sup>. Con no menor desprecio rechazaba también el periódico el «fetichismo parlamentario» de los kadetes (los demócratas constitucionalistas), socialistas-revolucionarios y mencheviques<sup>10</sup>, por lo que recibió con júbilo la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918, como un gran paso hacia el milenio anarquista<sup>11</sup>.

En la Federación de Petrogrado había dos grupos que, dirigidos por hombres de temperamento muy diferente, ejercían una poderosa influencia sobre el resto y monopolizaban prácticamente las páginas de *Burevéstnik*. El primero estaba encabezado por Apollón Andréévich Karelin (que usaba generalmente el nombre de Kochegárov en sus escritos), un intelectual que destacaba por su humanismo y erudición, «un espléndido anciano», como le describió Victor Serge<sup>12</sup>. Su cara barbuda y sus gafas recordaban el carácter benevolente y sabio del príncipe Kropotkin. Uno de sus compañeros, Iván Jarjardin, le comparaba a un «patriarca bíblico»<sup>13</sup>.

Karelin había nacido en San Petersburgo en 1863, y era hijo de un artista de linaje aristocrático y de una directora de colegio emparentada con el novelista y poeta Lérmontov. De niño fue trasladado a Nizhnii Nóvgorod y fue allí donde realizó sus primeros estudios. En 1881, cuando Alejandro II fue asesinado por la 'Voluntad del Pueblo', Karelin, que en ese momento tenía dieciocho años, fue detenido por participar en el movimiento estudiantil radical y enviado a la fortaleza de San Pedro y San Pablo en Petersburgo. Fue puesto en libertad cuando sus padres pidieron clemencia, y se le permitió estudiar derecho en la Universidad de Kazán. Sin embargo, una vez más se unió a un círculo populista entregándose a actividades propagandistas de carácter ilegal que le condujeron a largos períodos de «prisión y exilio, exilio y prisión», según las palabras de uno de sus futuros discípulos<sup>14</sup>. En 1905, Karelin se escapó de Siberia y pasó en París los doce años que separaron las dos revoluciones rusas. Allí formó un círculo anarquista de exiliados rusos, conocido como la Hermandad de Comunistas Libres, que se dedicó a publicar literatura anarquista, organizó conferencias y seminarios y atrajo a un considerable número de seguidores (entre los que se encontraba el futuro líder anarco-sindicalista, Volin). Al volver a Petrogrado en agosto de 1917, Karelin conquistó en seguida una amplia influencia sobre los anarco-comunistas de la capital<sup>15</sup>.

Karelin dedicó principalmente sus energías a escribir con rigor, aunque no de forma muy original, sobre cuestiones políticas y económicas. Con estilo conciso y bien templado, analizó la oposición de los anarco-comunistas contra la tesis del control obrero<sup>16</sup>, y escribió numerosos artículos y folletos atacando al gobierno parlamentario<sup>17</sup>. Karelin dio conferencias en los clubs obreros sobre temas como «La ordenación de la vida de los explotados en una sociedad sin autoridad ni parlamento»<sup>18</sup>. Un folleto que había escrito en Londres el año 1912 sobre la cuestión agraria (siguiendo de cerca la tesis de Kropotkin sobre las comunas territoriales), aún tenía numerosos lectores, a modo de informe sucinto de la posición de los anarco-comunistas sobre el tema<sup>19</sup>. El primer paso, según Kare-

lin, era distribuir la tierra a los que eran capaces de trabajarla. Esta posición aparecía también en el programa sobre la tierra de los socialistas-revolucionarios, asumido por Lenin en noviembre de 1917, cuando puso las tierras de la Iglesia, la nobleza y la corona bajo el control de los comités campesinos. El decreto bolchevique de febrero de 1918 nacionalizando la tierra chocaba, sin embargo, con los objetivos finales previstos por Karelin: una federación de comunas, en la que el concepto de propiedad —tanto privada como estatal— sería abolido, y sus miembros vivirían de acuerdo con sus necesidades.

Mientras Karelin heredaba la tradición moderada del grupo *Jleb i Volia* de Kropotkin, los líderes de la otra facción influyente dentro de la Federación de Petrogrado, los hermanos A. L. y V. L. Gordin, eran los sucesores de los ultrarradicales *beznachaltsy*. No es en absoluto casual que eligieran el título de *Beznachálie* para un efímero periódico que publicaron en 1917; tanto en su estilo como en su temperamento, los Gordin eran los descendientes directos de Bidbéi y Rostóvsev, exponentes de la vertiente pasional del anarquismo procedente de Bakunin. Los ensayos superficiales, pero fascinantes, que publicaban estaban caracterizados por un grado de anti-intelectualismo superior incluso a las diatribas de sus precursores. Véase, por ejemplo, la siguiente proclama impresa con letras enormes en la página frontal de *Burevéstnik*, a comienzos de 1918:

¡ILETRADOS, DESTRUID ESA REPUGNANTE CULTURA QUE DIVIDE A LOS HOMBRES EN «IGNORANTES» E «INSTRUIDOS»! TRATAN DE MANTENEROS EN LA OSCURIDAD. DE MANTENER VUESTROS OJOS CERRADOS. Y EN ESTA OSCURIDAD, EN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE CULTURAL, OS HAN SAQUEADO<sup>20</sup>.

Apenas transcurría un solo día sin que los hermanos Gordin lanzasen manifestaciones semejantes. Su oposición a la cultura europea contemporánea era tan inagotable como su propia capacidad productiva. Los neologismos

que aparecían en sus folletos y artículos eran una muestra del nuevo lenguaje que planeaban construir de cara al nuevo mundo del futuro postburgués. El carácter compulsivo de todo su trabajo concede cierto crédito a la cáustica observación de un intelectual marxista contemporáneo según la cual los Gordin padecían un caso extremo de «grafomanía»<sup>21</sup>. Aun así, sus poemas y manifiestos se leen de forma absorbente, y, en medio de su prolijidad, no dejan de aparecer rasgos de ingenio y agudeza.

En 1917, los hermanos Gordin fundaron una sociedad de anarco-comunistas que llamaron la 'Unión de los Cinco Oprimidos' (*Soiuz Piatí Ugnetiónnnyj*), con ramas en Petrogrado y Moscú. Los «cinco oprimidos» hacían referencia a aquellas categorías humanas que soportaban el yugo más violento de la civilización occidental: el «obrero-vagabundo», las minorías nacionales, las mujeres, la juventud y la personalidad individual. Cinco instituciones básicas —el Estado, el capitalismo, el colonialismo, la escuela y la familia—, eran las responsables de sus sufrimientos. Los Gordin desarrollaron una filosofía que ellos llamaban «Panarquismo», y que ofrecía cinco remedios contra las cinco instituciones venenosas que atormentaban a los cinco elementos oprimidos de la sociedad moderna. Los remedios contra el Estado y el capitalismo eran, simplemente, la sociedad sin Estado y el comunismo; para los tres restantes instrumentos de opresión, sin embargo, los antidotos eran más novedosos: «universalismo» (eliminación universal de las persecuciones nacionales), «gineantropismo» (emancipación y humanización de la mujer), y «pedismo» (liberación de los jóvenes de «la garra de la educación esclavizante»)<sup>22</sup>.

El anti-intelectualismo se encuentra en el mismo corazón del credo Panarquista. Copiando una página de Bakunin, los hermanos Gordin centraban sus críticas sobre el carácter del aprendizaje libresco, el «arma diabólica» mediante la cual la minoría ilustrada domina a las masas iletradas, y aplicaban la 'cuchilla de Ockham' a todas las teorías *a priori* y abstracciones escolásticas, en especial a la religión y a la ciencia. La religión era «el fruto de la fantasía» y la ciencia «el fruto de la inteligencia»;

ambas eran invenciones míticas del cerebro humano: «El dominio del cielo y el dominio de la naturaleza —ángeles, espíritus, demonios, moléculas, átomos, éter, las leyes del Dios-Cielo y las leyes de la Naturaleza, las fuerzas, la influencia de un cuerpo sobre otro—, todo esto está inventado, formado, creado por la sociedad»<sup>23</sup>. Los Gordin deseaban liberar el espíritu creador del hombre de los grilletes del dogma. Para ellos, la ciencia —por la que entendían todo sistema racional, lo mismo las ciencias naturales que las ciencias sociales— era la nueva religión de la clase media. Y el mayor fraude de todos era la teoría del materialismo dialéctico de Marx. «El marxismo», declaraban, «es el nuevo cristianismo científico, dirigido a conquistar el mundo de la burguesía embaucando al pueblo, al proletariado, de la misma forma que había hecho el cristianismo con el mundo feudal»<sup>24</sup>. Marx y Engels eran «los brujos de la magia negra del socialismo científico»<sup>25</sup>.

A pesar de la progresiva amenaza que suponía el marxismo, los hermanos Gordin se mostraban optimistas ante el porvenir. «Los dioses de Europa están a punto de morir», escribían, víctimas del «choque entre dos culturas». La religión y la ciencia, marginadas y debilitadas, estaban en retirada ante las nuevas y vigorosas fuerzas del trabajo y la tecnología. «La cultura europea está pereciendo, la religión y la ciencia están desapareciendo de la faz de la tierra, y la Anarquía y la Técnica terminarán imponiendo su ley»<sup>26</sup>. Convencidos de la esterilidad del sistema de aprendizaje a través de los libros, utilizado por las clases dirigentes para dominar a las masas oprimidas, los Gordin aconsejaban a las madres de familia que dejaran de enviar a sus hijos a la iglesia o a la universidad. Pronto haría su aparición un nuevo sistema educativo, que emanciparía a los niños de todo el mundo de los «señoritos (*belorúchestvo*), de la lastimosa intelectualización y la deshumanización criminal»<sup>27</sup>. Los chicos y chicas ya no se verían obligados a estudiar en los libros las «leyes sociales y naturales, sino que recibirían una educación «pantécnica», centrada en el desarrollo de la capacidad creadora y las aptitudes prácticas, en la cuali-

ficación técnica y el poder muscular, antes que en el poder del razonamiento abstracto. La gran tarea que se planteaba, declaraban los Gordin, no era teorizar sino crear, no sólo soñar la utopía con la mente, sino construirla con nuestras manos. Y esta era la misión de los cinco oprimidos. «La liberación de los oprimidos es la tarea de ellos mismos»<sup>28</sup>.

En marzo de 1918, cuando los bolcheviques trasladaron su gobierno de la vulnerable «ventana sobre Occidente» de Pedro el Grande al interior de la selva del viejo Moscú, los dirigentes anarquistas de Petrogrado no perdieron un solo instante en trasladar también su cuartel general a la nueva capital. Moscú, convertido ahora en el foco principal de la revolución, vino a ser rápidamente el centro del movimiento anarquista. Los anarco-sindicalistas empezaron a publicar inmediatamente *Golos Trudá* en Moscú, y el órgano anarco-comunista, *Burevéstnik*, que siguió apareciendo en Moscú durante varios meses (hasta su desaparición en mayo), fue sustituido en seguida por *Anárjia* (Anarquía), periódico diario de la Federación de Moscú de Grupos Anarquistas. En poco tiempo, la Federación de Moscú había sustituido a la de Petrogrado como la principal organización anarco-comunista del país.

Fundada en marzo de 1917, la Federación de Moscú tenía su cuartel general en el viejo Club Mercantil, confiscado por una banda anarquista en vísperas de la Revolución de Febrero, y rebautizado con el nombre de «Casa de la Anarquía». Al lado de la mayoría anarco-comunista de sus miembros, en la Federación había también algunos sindicalistas e individualistas desperdigados. Entre sus miembros más destacados, en la primavera de 1918, estaban, además de Apollón Karelin y los hermanos Gordin (que se habían trasladado a Moscú desde Petrogrado), German Askárov, el agudo polemista contra el sindicalismo durante los años posteriores a la Revolución de 1905 que, bajo el nombre de Oskar Burrit, había editado en el exilio el periódico *Anarjist*; Alekséi Borovói, profesor de filosofía de la Universidad de Moscú, destacado

orador y autor de numerosos libros, folletos y artículos que intentaban reconciliar el individualismo con las doctrinas sindicalistas<sup>29</sup>; Vladímir Bármash, cualificado agrónomo y destacado participante en el movimiento anarquista de Moscú durante la revuelta de 1905, que se había hecho famoso al herir a un procurador del distrito en 1906, y escapar dos años más tarde de la prisión Taganka de Moscú<sup>30</sup>; y Lev Chórnyi (P. D. Turchaninov), conocido poeta, hijo de un coronel del ejército y que patrocinaba un tipo de anarco-individualismo conocido como «asociacionismo anarquista», doctrina derivada principalmente de Stirner y Nietzsche, que convocaba la libre asociación de los individuos libres<sup>31</sup>. Chórnyi era el secretario de la Federación y Askárov el principal editor de su órgano, *Anárjia*. La Federación concentraba casi todos sus esfuerzos en la labor propagandística entre los trabajadores más pobres de Moscú. Apollón Karelin y Abba Gordin dirigían animados debates con los obreros de los distritos industriales de Presnia, Lefórtovo, Sokólniki y Zamoskvoréchie. En gran medida, la Federación había abandonado las actividades ilegales y las «ex», a excepción de la confiscación de las casas particulares, de la que Lev Chórnyi era un defensor especialmente vociferante.

Durante los primeros meses de 1918, los anarquistas de Moscú y de otras ciudades mantuvieron su actitud crítica contra el gobierno soviético. Desde la Revolución de Octubre los agravios habían ido creciendo con rapidez: la creación del Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), la «nacionalista» Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia, la formación de la Cheka, la nacionalización de los bancos y de la tierra, el sometimiento de los comités de fábrica —en fin, la imposición de una «comisariocracia (*komissaroderzháviév*)», la úlcera de nuestro tiempo», como la describía agriamente la Asociación Anarco-Comunista de Járkov<sup>32</sup>. Según un panfleto anarquista anónimo de esta época, la concentración de toda la autoridad en manos del *Sovnarkom*, la Cheka y la *Vesenjá* (Consejo Supremo de Economía), había eliminado todas las esperanzas de una Rusia libre:

«Día a día y paso a paso, el bolchevismo está demostrando que el poder estatal posee características inalienables; se puede cambiar la etiqueta, la «teoría», los servidores, pero continúa siendo básicamente poder y despotismo bajo una nueva forma»<sup>33</sup>. Los anarco-comunistas de Ekaterinoslav recordaban el mensaje de la *Internationale*, según el cual fuera del pueblo no había salvadores, «ni Dios, ni Zares, ni tribunales», y exhortaba a las masas a emprender su propia liberación, acabando con la dictadura bolchevique e imponiendo una nueva sociedad «basada en la igualdad y el trabajo libre»<sup>34</sup>. Asimismo, en la ciudad siberiana de Tomsk, los anarquistas llamaban a la expulsión de la nueva «jerarquía» de tiranos rusos, y a la organización «desde la base» de una sociedad sin Estado<sup>35</sup>. «¡Pueblo trabajador!», proclamaba un periódico anarco-comunista de Vladivostok, «¡No confiéis más que en vosotros y en vuestras fuerzas organizadas!»<sup>36</sup>

Igualmente violenta fue la reacción de los anarco-sindicalistas frente al nuevo régimen. En el grupo de *Golos Trudá*, Volín condenaba a los bolcheviques por la «estatización de la industria»<sup>37</sup>, y Maksímov iba aún más lejos, declarando que ya no era posible, en conciencia, apoyar a los soviets. La consigna «todo el poder a los soviets», explicaba, aunque nunca había resultado totalmente aceptable para los anarquistas, fue antes de la insurrección de octubre un llamamiento «progresivo» a la acción; en ese momento, los bolcheviques, frente a los «defensistas» y «oportunistas» que infectaban el campo socialista, constituían una fuerza revolucionaria. Pero desde el golpe de octubre, continuaba Maksímov, Lenin y su partido habían abandonado su papel revolucionario para convertirse en jefes políticos, transformando a su vez los soviets en los depositarios del poder estatal. Mientras los soviets no fuesen más que el vehículo de la autoridad, todos los anarquistas, concluía, estaban obligados a combatirlos<sup>38</sup>.

La ola detractora de los anarquistas alcanzó un nivel sin precedentes en febrero de 1918, cuando los bolcheviques reanudaron las negociaciones de paz con los ale-

manes en Brest-Litovsk. Los anarquistas se unieron a los demás «internacionalistas» de la izquierda —socialistas-revolucionarios de izquierda, mencheviques internacionalistas, comunistas de izquierda—, para protestar contra cualquier clase de avenencia con el «imperialismo» germánico. A la opinión de Lenin de que el Ejército Ruso se encontraba exhausto y no podía seguir combatiendo, los anarquistas contestaban que, en cualquier caso, los ejércitos profesionales eran estériles, y que la defensa de la revolución correspondía ahora a las masas organizadas en destacamentos guerrilleros. En una reunión del Comité Ejecutivo del Soviet Central el 23 de febrero, Aleksandr Ge, líder de la fracción anarco-comunista, argumentó vehementemente contra la firma de un tratado de paz: «Los anarco-comunistas proclaman el terror y la lucha guerrillera en los dos frentes. Es mejor morir por la revolución social mundial que vivir gracias a un acuerdo con el imperialismo alemán»<sup>39</sup>. Tanto los anarco-comunistas como los anarco-sindicalistas explicaban que las bandas de guerrilleros, organizadas espontáneamente en cada localidad, agotarían y desmoralizarían al invasor, acabando finalmente con él, de la misma manera que se había destruido al ejército de Napoleón en 1812. A finales de febrero, Volin, de *Golos Trudá*, diseñaba su estrategia en vívidos términos: «La tarea principal es mantenerse. Resistir. No rendirse. Luchar. Extender sin pausa la situación de guerra de guerrillas, aquí, allí y por todas partes. Avanzar. O al retroceder, destruir. Atormentar, agotar, cebarse sobre el enemigo»<sup>40</sup>. Pero los llamamientos de Volin y Ge cayeron en oídos sordos; el 3 de marzo la delegación bolchevique firmaba el tratado de Brest-Litovsk.

Los términos del tratado eran incluso más duros de lo que los anarquistas habían temido. Rusia cedía a Alemania más de una cuarta parte de su tierra cultivable y del total de su población, y las tres cuartas partes de su producción de hierro y acero. Lenin insistía en que el acuerdo, aunque severo, les concedía un momento, absolutamente necesario, de respiro, que capacitaría a su partido para consolidar e impulsar la revolución. Para los

ultrajados anarquistas, sin embargo, el acuerdo era una capitulación humillante ante las fuerzas reaccionarias, una traición a la revolución mundial. Era incluso, dijeron, haciéndose eco de la misma descripción de Lenin, una «paz obscena»<sup>41</sup>. Pagar tan inconmensurable precio en territorio, población y recursos, declaraba Volin, era un acto «vergonzoso»<sup>42</sup>. Aleksandr Ge y sus compañeros anarquistas (catorce en total) votaron en contra el 14 de marzo, cuando el Cuarto Congreso de los Soviets decidió ratificar el tratado<sup>43</sup>.

La disputa sobre el tratado de Brest-Litovsk puso de manifiesto la progresiva ruptura entre los anarquistas y el partido bolchevique. Su matrimonio de conveniencias había cumplido el propósito propuesto con el derrocamiento del Gobierno Provisional en octubre de 1917. En la primavera de 1918, la mayoría de los anarquistas estaban lo suficientemente desilusionados con Lenin como para plantearse la ruptura total, mientras los bolcheviques, por su parte, empezaban a pensar en la supresión de sus antiguos aliados, de los que ya no se tenía necesidad, y cuyas incesantes críticas eran un estorbo que el nuevo régimen no tenía por qué tolerar. Además, los anarquistas, aparte de sus irritantes ataques verbales, comenzaban a presentar un peligro más tangible. En parte como preparación para la guerra de guerrillas contra los alemanes, y en parte para frustrar las maniobras hostiles del gobierno soviético, los clubs locales de la Federación Anarquista de Moscú habían estado organizando destacamentos de «Guardias Negros» (la bandera negra era el símbolo anarquista), armándoles con rifles, pistolas y granadas. Desde su cuartel general en la Casa de la Anarquía, los líderes de la Federación trataban de imponer cierta disciplina sobre los Guardias Negros y limitar las actividades de los clubs locales a la distribución de propaganda y la «confiscación» de residencias particulares. Pero se trataba de una tarea imposible; una vez armados, algunos grupos o individuos aislados sucumbían a la tentación de extender las «expropiaciones», a veces con agresiones y violencia, y todo ello en nombre de la Federación. El 16 de marzo, la Federación se vio obliga-

da a publicar un comunicado repudiando las «ex» cometidas bajo su bandera: «La Federación de Moscú de Grupos Anarquistas», proclamaba la página primera de *Anárjia*, «declara que no apoya las ocupaciones que buscan, normalmente, la ganancia y beneficio personales, y que tomará todas las medidas que sean necesarias para combatir semejantes manifestaciones del espíritu burgués»<sup>44</sup>. Al día siguiente, admitiendo tácitamente que algunos miembros de los Guardias Negros eran responsables de actividades fuera de la ley, *Anárjia* prohibía a todos los Guardias el tomar parte en ninguna operación sin una orden firmada por tres miembros del consejo central de la Guardia Negra y a menos que fuesen acompañados por un miembro del consejo<sup>45</sup>.

Tras la obstinada campaña anarquista contra el tratado de Brest-Litovsk, la formación de los guardias armados y sus incursiones clandestinas se convirtieron en la gota que desborda el vaso. La dirección bolchevique decidió actuar. El 9 de abril se encontraron con el pretexto adecuado, cuando una banda de anarquistas de Moscú robó un automóvil perteneciente al Coronel Raymond Robins, representante de la Cruz Roja Americana y entusiasta contacto con el gobierno de los Estados Unidos<sup>46</sup>. Algunos bolcheviques, como admitió Trotski, eran reticentes ante la supresión de los anarquistas, que habían ayudado «en nuestra hora revolucionaria»<sup>47</sup>. A pesar de todo, en la noche del 11 al 12 de abril, destacamentos armados de la Cheka asaltaban veintiséis centros anarquistas de la capital. La mayoría de los anarquistas se rindieron sin ofrecer resistencia, pero en el Monasterio Donskói y en la misma Casa de la Anarquía, la Guardia Negra ofreció una fuerte resistencia. En la lucha cayeron una docena de agentes de la Cheka, unos cuarenta anarquistas resultaron muertos o heridos, y más de quinientos fueron hechos prisioneros<sup>48</sup>.

*Anárjia* fue cerrado temporalmente por el gobierno. Pero desde Petrogrado, sin embargo, *Burevéstnik* denunciaba furiosamente a los bolcheviques por pasarse al campo de «los generales de las Centurias Negras», y «de la burguesía contrarrevolucionaria»: «Sois unos Caínes

que asesináis a vuestros hermanos. Unos Judas, unos traidores. Lenin ha levantado su trono de octubre sobre nuestras costillas y ahora pretende conseguir un momento de respiro sobre nuestros cadáveres, sobre los cadáveres de los anarquistas. Decís que los anarquistas han sido suprimidos, pero esto no es más que nuestro 3-6 de Julio. Aún está por venir nuestro Octubre»<sup>49</sup>. Cuando Aleksandr Ge presentó una protesta ante el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, sus colegas bolcheviques le aseguraron que sólo querían acabar con elementos criminales, y no con auténticos anarquistas «ideológicos» (*ideinye*)<sup>50</sup>. Poco después, la Cheka hacía una redada similar en Petrogrado —deteniendo a Bléijman, entre otros, a pesar de su condición de miembro del Soviet de Petrogrado—, y extendía su acción asimismo a las provincias<sup>51</sup>. En mayo cerraba *Burevéstnik*, *Anárjia*, *Golos Trudá*, y otros destacados periódicos anarquistas, la mayoría de ellos con carácter permanente.

Poco tiempo duró el respiro que Lenin ganó en Brest-Litovsk. Hacia el verano, el gobierno bolchevique se encontraba enfrentado a una lucha a vida o muerte con sus enemigos, tanto en el exterior como en el interior, y se derrumbaban por completo todas las apariencias de ley y orden que habían subsistido tras las dos revoluciones de 1917. El terrorismo volvía a levantar cabeza por todo el territorio ruso. Los eseritas radicales lanzaban una violenta campaña de asesinatos contra los funcionarios estatales, igual que habían hecho en la época de Nicolás II (hasta ahora, los anarquistas, en cambio, habían empleado normalmente sus bombas y pistolas en objetivos más modestos —policías, jueces de distrito, cosacos, oficiales del ejército, empresarios, guardianes). En junio de 1918, un terrorista socialista-revolucionario asesinaba a Volodarskii, miembro de la dirección bolchevique en Petrogrado. El mes siguiente dos eseritas de izquierda asesinaron al Embajador alemán, el Conde Mirbach, con la esperanza de provocar nuevamente el estallido de la guerra. A finales de agosto, Moiséi Uritskii, jefe de la Cheka de Petrogrado, caía bajo las balas de los eseritas,

y una joven socialista-revolucionaria de Moscú, llamada Fanya («Dora») Kaplán, disparaba sobre el mismo Lenin, hiriéndole gravemente. El atentado contra la vida de Lenin era, para algunos anarquistas, similar al asesinato del reaccionario Ministro del Interior, Viacheslav Pleve, en 1904<sup>52</sup>: Kaplán, señalaban con solidaridad y simpatía, quería «acabar con Lenin antes de que éste acabase con la Revolución»<sup>53</sup>.

También los anarquistas volvieron, de nuevo, a sus fórmulas terroristas. Aparecieron pequeñas bandas desesperadas de *chornoznámentsy* y *beznachaltsy* que actuaban con nombres como «Huracán» y «Muerte»<sup>54</sup>, y que tenían fuertes reminiscencias de los Cuervos Negros y Halcones de la década anterior. De la misma forma que en los años posteriores al levantamiento de 1905, la tierra del sur fue especialmente fértil para la germinación de la violencia anarquista. Un círculo fanático de Járkov, conocido como los anarco-futuristas, unificaba los fantasmas de Bidbéi y Rostóvtsev, proclamando «¡Muerte a la civilización mundial!», y urgiendo a las masas oscuras a empuñar sus hachas y destruir todo lo que tuviesen alrededor<sup>55</sup>. Los anarquistas de Rostov, Ekaterinoslav y Briansk irrumpieron en las cárceles de la ciudad y liberaron a los presos<sup>56</sup>. Violentos manifestantes incitaban al populacho a sublevarse contra sus nuevos amos. La Federación anarquista de Briansk lanzó el siguiente llamamiento:

¡PUEBLO, EN PIE!

¡LOS SOCIAL-VAMPIROS OS ESTÁN CHUPANDO LA SANGRE!

¡LOS QUE PROCLAMABAN AL PRINCIPIO LIBERTAD, FRATERNIDAD E IGUALDAD DESATAN AHORA LA MÁS TERRIBLE VIOLENCIA!

SE EJECUTA A LOS PRISIONEROS SIN JUICIO NI INVESTIGACIÓN, E INCLUSO AL MARGEN DE SUS TRIBUNALES «REVOLUCIONARIOS»...

LOS BOLCHEVIQUES SE HAN HECHO MONÁRQUICOS...

¡PUEBLO! LA BOTA DE LOS GENDARMES APLASTA TODOS TUS MEJORES SENTIMIENTOS Y DESEOS...

HAN TERMINADO CON LA LIBERTAD DE PALABRA, CON LA LIBERTAD DE PRENSA, CON LA LIBERTAD DE DOMICILIO. SÓLO HAY SANGRE POR TODAS PARTES, SUFRIMIENTOS, LÁGRIMAS, VIOLENCIA...

ELLOS SON LOS QUE PROVOCAN EL HAMBRE PARA COMBATIROS MEJOR...

¡PUEBLO, EN PIE!

¡DESTRUID A LOS PARÁSITOS QUE OS ATORMENTAN!

¡DESTRUID A TODOS VUESTROS OPRESORES!

CREAD VUESTRA PROPIA FELICIDAD POR VOSOTROS MISMOS... NO CONFIÉIS EN NADIE...

¡PUEBLO, EN PIE!

¡CREEMOS LA ANARQUÍA Y LA COMUNA!<sup>57</sup>

Fue en el sur donde, siguiendo la tradición de 1905, proliferaron los «destacamentos de combate anarquistas». Su propósito deliberado era destruir a todos los posibles contrarrevolucionarios, tanto rusos «blancos», bolcheviques, nacionalistas ucranianos, como tropas alemanas, que se introducían para aplicar lo pactado en Brest-Litovsk. El Destacamento Guerrillero del Mar Negro, en Simferópol, y el Destacamento M. A. Bakunín, en Ekaterinoslav, lanzaron una canción sobre la nueva «era de dinamita» que barrería a los opresores de todas las clases:

¡Amado es para nosotros el legado de Ravachol  
Y el último llamamiento de Henry  
Por la bandera de la «Comuna y la Libertad»  
Estamos dispuestos a entregar nuestras vidas!

¡Abajo el repicar de campanas de las iglesias!  
¡Nosotros haremos sonar otra clase de alarma  
Con la explosión y el rugido de la tierra  
Así surgirá nuestra armonía!<sup>58</sup>

Lo cierto es que las bandas anarquistas del sur inauguraron un período tumultuoso de explosiones y «expropiaciones», aunque no siempre el desinterés revolucionario era la causa de su arriesgada actividad terrorista.

En los dos años siguientes, también Moscú padeció

una oleada de violencia anarquista. Según Victor Serge, los Guardias Negros que habían sobrevivido a la Cheka pensaban en la posibilidad, durante el verano de 1918, de lanzarse a una ocupación armada de la capital, pero Alekséi Borovói y Daníil Novomírskkii les hicieron abandonar esa idea<sup>59</sup>. Muchos de ellos, sin embargo, se refugiaron en la clandestinidad para escapar a la persecución bolchevique. Lev Chórnyi, Secretario de la Federación Anarquista de Moscú, participó en la constitución de un grupo clandestino en 1918, y al año siguiente se unió a una organización llamada 'Anarquistas Clandestinos' (*Anarjisty Podpolia*), fundada por Kazimir Kovalévich, miembro del Sindicato de Ferrovianos de Moscú, y por un anarquista ucraniano cuyo nombre era Piotr Sóbolev. Aunque radicada en la capital, la organización de Anarquistas Clandestinos estableció sus contactos con los destacamentos de combate del sur. A finales de 1919, publicaron dos números de un panfleto incendiario, al que denominaron *Anárjia* (que no hay que confundir con el órgano de la Federación de Moscú, cerrado por el gobierno el año anterior); en el primer número denunciaban la dictadura bolchevique como la peor tiranía de la historia humana. «Nunca ha existido una separación tan profunda entre opresores y oprimidos como la que existe en estos momentos», decía<sup>60</sup>. Poco antes de la publicación de esta frase, los Anarquistas Clandestinos asestaban el golpe más duro contra los «opresores». El 25 de septiembre, en compañía de un grupo de socialistas-revolucionarios de izquierda (ambos grupos estaban animados por los mismos propósitos de venganza por la detención de sus camaradas), dinamitaban el cuartel general del Comité de Moscú del Partido Comunista, en el callejón Leóntiev, cuando sus miembros se encontraban en sesión plenaria. La explosión causó la muerte de 12 personas del Comité e hirió a 55 más, entre ellos Nikolái Bujarin, el eminente teórico bolchevique y director de *Pravda*, Emelián Iaroslavskii, autor posteriormente de una breve historia del anarquismo ruso, y Iu. M. Sreklov, director de *Izvéstia* y futuro biógrafo de Bakunin<sup>61</sup>. Entusiasmados por su éxito, los Anarquistas

Clandestinos proclamaron triunfalmente que el golpe era la primera señal de una «era de dinamita», que sólo terminaría cuando hubiese sido completamente destruido el nuevo despotismo<sup>62</sup>.

Pero su exaltación duró poco. La explosión, aunque desaprobada por los más conocidos líderes anarquistas, provocó una ola de detenciones masivas, y fueron los Anarquistas Clandestinos quienes se convirtieron en el principal objetivo de la cacería. Un grupo de éstos se hizo saltar por los aires en el interior de una *dacha* «requisada», cuando sus dirigentes, Kovalévich y Sóbolev, cayeron bajo las balas de la policía<sup>63</sup>. La Cheka organizó una amplia red represiva contra los delitos políticos, sometiendo a muchos de éstos a tribunales sumarios compuestos de tres personas. Para los anarquistas, que comparaban a los agentes de la Cheka con los «verdugos» de Stolypin, era evidente el paralelo que existía entre estos tribunales y los tribunales militares que se crearon tras la Revolución de 1905<sup>64</sup>. Los portavoces bolcheviques sostenían que, para salvar la revolución de los peligros que la acechaban, era imprescindible terminar con toda clase de oposición violenta. Y los anarquistas, insistían, no eran detenidos por sus creencias, sino por actividades delictivas. «No perseguimos a los anarquistas ideológicos», aseguraba Lenin a Aleksandr Berkman unos meses después del bombardeo del callejón Leóntiev, «pero no estamos dispuestos a tolerar la resistencia armada o la agitación de este tipo»<sup>65</sup>. Por desgracia para los anarquistas «ideológicos», la Cheka no se molestaba en someter a sus prisioneros a una prueba de catecismo de la doctrina anarquista antes de condenarles a cualquier pena.

Con la llamarada de terrorismo en 1918, volvió a plantearse el viejo debate sobre la eficacia de la acción violenta entre sindicalistas y terroristas. El joven sindicalista Maksímov, con una mezcla de exasperación y desprecio, condenaba enérgicamente a los anarco-comunistas por volver a utilizar las tácticas desacreditadas del asesinato y la «expropiación». El terrorismo, argumentaba, no

era más que una distorsión brutal de los principios anarquistas, una pérdida de energías revolucionarias que en ningún caso eliminaba la injusticia social. Al mismo tiempo, Maksimov se burlaba de los sedentarios «Manílov» que abundaban en el campo anarco-comunista (Manílov es un terrateniente soñador en *Las almas muertas*, de Gógol), visionarios románticos que languidecían en busca de utopismos pastorales, completamente al margen de la complejidad de las fuerzas del trabajo en el mundo moderno. Había que dejar de soñar con la Edad de Oro; había llegado el momento de «organizarse y actuar!»<sup>66</sup>

Al mismo tiempo que se publicaban los ataques de Maksimov, él y sus compañeros ya habían empezado a actuar en este sentido. A finales de agosto de 1918, los anarco-sindicalistas tuvieron en Moscú su Primera Conferencia Pan-Rusa, cuyo objetivo era el de organizar sus fuerzas y adoptar una plataforma común. Los delegados atacaron a la dictadura bolchevique en todos los frentes, y aprobaron un bloque de resoluciones en las que se condenaba la política de Lenin, así como el programa económico. En el aspecto político, los sindicalistas pedían que el *Sovnarkom* fuese abolido y reemplazado inmediatamente por una federación de «soviets libres», elegidos directamente en las fábricas y localidades, sin «políticos que se introducen a través de las listas de los partidos y convierten (a los soviets) en tribunas de charlatanes»<sup>67</sup>. Más adelante, aunque en la Conferencia se apoyó la lucha militar contra los Bancos, se hacía un llamamiento para armar a los obreros y campesinos para sustituir al ejército existente.

Las resoluciones sobre los problemas económicos suponían un rechazo total del programa bolchevique del «comunismo de guerra». Para los anarcosindicalistas, la política agrícola del nuevo régimen conduciría a un nuevo «esclavizamiento» del campesinado por parte de los *kulaks* y del estado. Para evitar esta tendencia era necesario hacer un reparto igualitario de la tierra y formar, de forma gradual, comunas campesinas autónomas. Exigían también el cese inmediato de las requisas de grano

que practicaba el Estado, proponiendo que fuesen las organizaciones obrero-campesinas las que se encargasen de la distribución de los alimentos. En la industria, los sindicalistas acusaban al gobierno de traicionar a la clase obrera, al suprimir el control obrero e implantar en su lugar medidas desviacionistas bajo la influencia del capitalismo como la dirección individual, la disciplina del trabajo, y la utilización de técnicos e ingenieros «burgueses». Al abandonar los comités de fábrica —«el hijo favorito de la gran revolución proletaria»— por «organizaciones muertas» como los sindicatos, al sustituir la democracia industrial por los decretos y las alfombras rojas, la dirección bolchevique no estaba sino creando un «capitalismo de estado» monstruoso, una especie de behemoth burocrático, al que grotescamente se calificaba de «socialismo». Sólo mediante una «revolución radical» de las masas se pondría fin a los grandes males que se presentaban hermanados, la dictadura política y el «capitalismo de estado»<sup>68</sup>.

Uno de los temas principales de la crítica anarquista hacia el régimen soviético fue, precisamente, la acusación de que los bolcheviques estaban imponiendo un «capitalismo de estado», en vez del socialismo proletario. En abril de 1918, Lenin admitía que el caos económico de Rusia le había obligado a abandonar «los principios de la Comuna de París», que le habían servido como líneas maestras en sus Tesis de Abril y en *El Estado y la Revolución*<sup>69</sup>. Al desprenderse de estos principios sacrosantos, sostenían los anarquistas, Lenin había sacrificado la autonomía de la clase obrera en el altar del poder centralizado; había disfrazado con nuevos ropajes el viejo sistema de explotación. Bajo la dominación bolchevique, declaraba el órgano de la Federación Anarquista de Briansk, el Estado ruso se ha convertido «en una especie de máquina asombrosa, una red poderosísima que actúa como los jueces, resuelve los problemas de las escuelas y hace salchichas, construye casas y recolecta los impuestos, dirige a la policía y cocina la sopa, extrae carbón y permite que los hombres agonicen en las cárceles, organiza tropas y remienda los vestidos...»<sup>70</sup>

La crítica más penetrante del «capitalismo de estado» apareció en el nuevo periódico sindicalista, *Vólnyi Golos Trudá* (La Voz Libre del Trabajo), aparecido en agosto de 1918 (a la vez que la Primera Conferencia Anarco-Sindicalista) como sustituto del clausurado *Golos Trudá*. Los directores del periódico —Grigorii Maksímov, M. Chekerés (Nicolái Dolenko), y Efim Iarchuk— representaban a la izquierda del anarco-sindicalismo; eran hombres de carácter militante, cuya filosofía representaba una mezcla de bakuninismo y sindicalismo revolucionario, continuadora de la tradición del Grupo Anarco-Sindicalista de Novomírskii, en el sur de Rusia, en el período de 1905.

El ataque contra el «capitalismo de estado» apareció en *Vólnyi Golos Trudá* en un largo artículo titulado «Caminos de la Revolución», firmado por un tal «M. Sergven». Se sospecha —a juzgar por el tono y el contenido— que su autor fue Maksímov. El artículo comenzaba con un duro ataque contra la «dictadura del proletariado», que Lenin y sus compañeros decían haber establecido tras el derrocamiento del Gobierno Provisional. La Revolución Bolchevique, afirmaba el autor, no había hecho más que sustituir el capitalismo privado por el capitalismo estatal; un gran propietario había ocupado el lugar de los pequeños. Gracias a «un sistema burocrático absoluto y una nueva moralidad 'estatzada'», el gobierno soviético había esclavizado nuevamente a las clases trabajadoras. Los campesinos y obreros industriales se encontraban ahora bajo la bota de «una nueva clase de administradores —una nueva clase que había nacido básicamente de las entrañas de la intelectualidad». Lo ocurrido en Rusia, continuaba el artículo, recordaba a las primeras revoluciones de la Europa occidental: aún no habían conseguido liberarse los agricultores y artesanos de Inglaterra y Francia de la aristocracia terrateniente opresora cuando entraba en escena la clase media, imponiendo una nueva estructura de clase, en cuya cúspide se colocaba ella misma; de forma similar, los privilegios y la autoridad que una vez compartieron la aristocracia y burguesías rusas pasaban ahora a manos de una nueva

clase dominante, formada por funcionarios del partido, burócratas del gobierno y especialistas técnicos.

En este punto, el autor de «Los caminos de la Revolución» se apartaba, de forma digna de destacar, de las condenas habituales a los bolcheviques como traidores a la clase obrera. Lenin y sus seguidores, escribía Sergven, no eran necesariamente unos cínicos de sangre fría que habían preparado maquiavélicamente la imposición de una nueva estructura de clase con anterioridad, para satisfacer sus afanes de poder. Incluso era muy probable que también ellos estuviesen seriamente preocupados por el sufrimiento humano. Es más, añadía dolorido, también podían encontrarse las más nobles intenciones para introducir un poder centralizado. La centralización de la autoridad produce, inexorablemente, la división de la sociedad en administradores y trabajadores. No puede suceder de otra manera; la dirección presupone responsabilidad, lo que, a su vez, implica derechos y privilegios especiales. Cualquiera posibilidad de una vida digna e igualitaria queda destruida en cuanto se separan las funciones del trabajo y de la dirección, y se asignan las primeras a las masas desamparadas, y las segundas a una minoría de «expertos».

Bajo la orientación centralizadora de Lenin y su partido, terminaba el artículo, Rusia había entrado, más que en el socialismo propiamente dicho, en un período de capitalismo estatal. El capitalismo de estado era «el nuevo dique de contención de la marea revolucionaria». Y los que pensaban que la clase obrera era suficientemente amplia y poderosa como para arramblar con el nuevo dique, no se daban cuenta de que la nueva clase de administradores y funcionarios constituían un oponente aún más poderoso. En el momento de la revolución, lamentaba Sergven, los anarco-sindicalistas —que, al contrario que los marxistas, creían realmente que la liberación de la clase obrera era una tarea de los mismos trabajadores— estaban demasiado mal organizados como para impedir que la rebelión se desviase por canales no-socialistas y no-libertarios. El pueblo ruso comenzó la revolución espontáneamente, sin órdenes de ninguna autoridad

central. El pueblo hizo migas el poder político y esparció esas migas por todo el inmenso país. Pero esas mismas migas dispersas del poder envenenaron a los soviets y comités locales. La diosa «Dictadura» apareció nuevamente en la forma de los *Ispolkom* y *Sovnarkom*, y la revolución, sin darse cuenta de qué se trataba, la acogió calurosamente en su seno. Así es como la Revolución rusa había quedado bloqueada en los brazos del poder centralizado, que estaba acabando con sus últimos alientos <sup>71</sup>.

Los anarquistas utilizaron la expresión «capitalismo estatal» para señalar la perniciosa concentración de poder político y económico en manos del gobierno bolchevique; con ello se quería señalar que el Estado (es decir, el partido bolchevique asistido por miles de burócratas) había ocupado el puesto de explotador y jefe que antes detentaban los empresarios privados. Sin embargo, el término «capitalismo», que, según su definición normal, es aplicable a un sistema económico caracterizado por la propiedad privada, la ley del beneficio, el mercado libre, etcétera, tenía escaso sentido al aplicarlo a la situación de Rusia. Merece la pena destacar que, en un segundo artículo del mismo número de *Vólnyi Golos Trudá*, se describía al sistema soviético como una forma de «comunismo de estado» —es decir, un comunismo *centralizado* impuesto desde arriba, distinto del comunismo *anarquista*, organizado libremente desde abajo sobre la base de una auténtica igualdad. El autor, uno de los líderes del sindicato de panaderos de Moscú llamado Nikolái Pávlov, exigía que las fábricas y la tierra pasasen inmediatamente bajo el control de una federación flexible de «ciudades libres» y «comunidades libres». Los anarquistas, seguramente, se oponían enérgicamente a la autoridad centralizada de cualquier tipo <sup>72</sup>. El gobierno de Lenin recibiría ambos epítetos —«capitalismo estatal» y «comunismo de estado»— con un desagrado difícilmente sorprendente. Inmediatamente después de la aparición de estos dos artículos fue clausurado *Vólnyi Golos Trudá*.

Durante su breve existencia, *Vólnyi Golos Trudá* insistió constantemente en la urgencia de una reforma

organizativa del movimiento sindicalista. Más concretamente, el periódico hizo un llamamiento para la constitución de una Confederación Anarco-Sindicalista de Toda Rusia, capaz de reorientar la Revolución rusa en las vías de la descentralización <sup>73</sup>. Sus llamamientos comenzaron en seguida a recoger sus frutos. La cuestión organizativa figuró en el primer punto del día en la Segunda Conferencia anarco-sindicalista, que tuvo lugar a finales de noviembre de 1918 en Moscú. Los delegados apoyaron la propuesta de crear una confederación a escala nacional, recomendando también el reforzamiento de los vínculos existentes con grupos anarquistas extranjeros. La Conferencia decidió incrementar la propaganda sindicalista entre los obreros industriales, con el tema de la «descentralización» política y económica como eje fundamental de toda la agitación. Aunque se admitía que no era posible abolir el Estado «hoy o mañana», lo que sí querían era sustituir el Leviathan bolchevique por una «confederación de soviets libres», que podrían servir de puente hacia la sociedad sin Estado del futuro. En el sector económico, la Conferencia exigió la «expropiación general de todos los propietarios, incluyendo el Estado», seguida de la «sindicalización» de la producción industrial <sup>74</sup>.

Tras aprobar la propuesta de *Vólnyi Golos Trudá* de una Confederación Rusa de Anarco-Sindicalistas, la Conferencia eligió a los dos editores del difunto periódico, Grigorii Maksimov y Efim Ianchuk, como secretario y tesorero del Comité Ejecutivo encargado de organizar la Confederación. Sin embargo, se puede decir muy poco de la Confederación Anarco-Sindicalista, salvo que disfrutó de una existencia al menos nominal después de la Conferencia de noviembre. Parece que el Comité Ejecutivo no tuvo mucho éxito en la coordinación de las actividades de los clubs y círculos en que se organizaba el movimiento sindicalista, o en la ampliación del número de militantes y de su grado de influencia en los comités de fábrica y en los sindicatos. Tampoco el Comité Ejecutivo consiguió hacer progresos en las relaciones con los anarco-comunistas. A comienzos de 1919, un puñado de

prominentes anarquistas de ambas ramas del movimiento (entre los más notables estaban Nikolái Pávlov y Sergéi Markus, por la parte sindicalista, y Vladímir Bár-mash, German Askárov, e I. S. Bléijman, de los anarco-comunistas), promovieron un débil intento de unificación fundando la Unión de Anarco-Sindicalistas-Comunistas de Moscú. Pero, como todos sus precedentes, también este intento fracasó. El único logro de la Unión de Moscú fue la publicación de un nuevo periódico llamado *Trud i Volia* (Trabajo y Libertad), que atacó al régimen bolchevique por «estatizar la personalidad humana» y lanzó llamamientos a la acción directa «para destruir todos los sistemas autoritarios y burocráticos»<sup>75</sup>. En mayo de 1919, como era de prever, *Trud i Volia* fue clausurado tras la aparición de su sexto número.

La agudización de la Guerra Civil de 1918-21 colocó a los anarquistas ante el dilema de ayudar o no a los bolcheviques en su lucha encarnizada contra los Blancos. Libertarios fervientes, los anarquistas consideraban completamente condenable la política represiva del gobierno soviético; pero la perspectiva de una victoria Blanca resultaba aún peor. Cualquier oposición al régimen de Lenin, en esos momentos, podía inclinar la balanza en favor de los contrarrevolucionarios; y por otra parte, el apoyo activo, e incluso una benevolente neutralidad, podían reforzar a los bolcheviques lo suficiente como para que no fuese posible echarlos más adelante.

Los duros debates que provocó este dilema sirvieron para aumentar las grietas internas del campo anarquista. Inmediatamente, surgieron una infinidad de criterios, desde los que preconizaban la resistencia activa contra los bolcheviques hasta los que defendían una afanosa colaboración, pasando por los que pedían una simple neutralidad. Incluso algunos anarquistas decidieron unirse al partido comunista. Finalmente, la gran mayoría de los anarquistas apoyó en alguna medida al régimen en apuros. La mayor parte de los anarco-sindicalistas colaboró abiertamente, y los que continuaron criticando la «dictadura del proletariado» (en especial, los sindicalis-

tas de izquierda de *Vólnyi Golos Trudá*), desistieron de toda resistencia activa, posponiendo su «tercera revolución» hasta la derrota de unos enemigos que eran considerados mucho peores. Incluso entre las filas anarco-comunistas se produjo un movimiento de apoyo mayoritario al partido de Lenin. Sin embargo, en esta rama era más importante el número de disidentes. Un gran segmento de ellos mantuvo una neutralidad crítica y más bien malevolente, e incluso unos pocos grupos anarco-comunistas, a pesar de las circunstancias, se negarían a conceder ningún cuartel a los bolcheviques, lanzando vehementes llamamientos (como hizo la Federación de Briansk) para el inmediato derrocamiento de los «vampiros soviéticos», o (como en el caso de los Anarquistas Clandestinos) iniciando una campaña terrorista contra los funcionarios del partido.

Estos militantes anarco-comunistas atacaron con toda ferocidad a sus «renegados» colegas —a los «anarquistas soviéticos», como les apodaron—, que habían sucumbido al ablandamiento de los «pseudo-comunistas». Los mayores ataques fueron contra los anarco-sindicalistas que, según sus detractores, siempre habían creído «en principio y fundamentalmente en el centralismo», y que ahora revelaban sin ninguna vergüenza sus verdaderos colores de «chaqueteros más que de revolucionarios... que aceptaban los carnets del partido bolchevique a cambio de unas migajas en la mesa estatal»<sup>76</sup>. Para sus críticos, estos anarquistas, lo mismo que los que se consideraban a sí mismos como «realistas», en contraste con los «soñadores utópicos» que obstinadamente se negaban a colaborar con el Estado, no eran más que Judas «anarco-burócratas», traidores a la causa de Bakunin y Kropotkin. «El anarquismo», proclamaban los irreconciliables, «debe ser purgado de esta aguija bolchevique en que lo están convirtiendo los anarco-bolcheviques y los anarco-sindicalistas»<sup>77</sup>.

El mismo Lenin estaba tan impresionado por el celo y el coraje de los «anarco-soviéticos» que, en agosto de 1919, en plena Guerra Civil, se sintió obligado a declarar que muchos anarquistas estaban «convirtiéndose en

los soportes más abnegados del poder soviético»<sup>78</sup>. En este sentido, Bill Shátov fue uno de los casos más destacados. Durante toda la Guerra Civil, Shátov sirvió al gobierno de Lenin con la misma energía que había utilizado en la época en que fue miembro del Comité Militar Revolucionario durante la insurrección de octubre. Como oficial del Décimo Ejército Rojo en el otoño de 1919, jugó un importante papel en la defensa de Petrogrado contra el avance de Iudénich<sup>79</sup>. En 1920 fue llamado a Oritá por Aleksandr Krasnoschókov, un radical con proclividades anarquistas, para convertirse en Ministro de Transporte de la República del Lejano Oriente<sup>80</sup>. Varios años más tarde volvería nuevamente al Este, esta vez para supervisar la construcción del Ferrocarril Turkestán-Siberia<sup>81</sup>.

Hostigado frecuentemente como «anarco-bolchevique» y «anarco-soviético»<sup>82</sup>, Shátov intentó justificar su posición a Aleksandr Berkman y Emma Goldman, poco después de que éstos llegaran a Rusia en enero de 1920: «Ahora tengo que decirles que el actual Estado comunista es exactamente lo que nosotros, los anarquistas, habíamos previsto que sería —un fortísimo poder central reforzado todavía más por los peligros que acechaban a la Revolución. En esas condiciones, uno no puede hacer lo que quiere. No se puede tomar el tren y partir sin más, como yo solía hacer en los Estados Unidos<sup>83</sup>. Es necesario un permiso. Pero no piensen por esto que echo de menos mis maravillas americanas. Yo estoy con Rusia, la Revolución y su futuro glorioso»<sup>84</sup>. Los anarquistas, decía Shátov, eran «los románticos de la revolución». Pero no se puede luchar solamente con ideales, se apresuraba a añadir. En este momento la tarea fundamental era derrotar a los reaccionarios<sup>85</sup>. «Nosotros, los anarquistas, hemos de ser fieles a nuestros ideales», le decía a Berkman, «pero actualmente no deberíamos adoptar una actitud crítica. Es necesario trabajar y colaborar en la construcción»<sup>86</sup>.

Shátov fue uno de los muchos anarquistas conocidos que luchó con el Ejército Rojo<sup>87</sup>. Bastantes de éstos murieron en la acción, incluyendo Iustín Zhuk y Anatolii

Zhelezniakov, cuyas carreras habían estado caracterizadas por la rebelión constante y la violencia<sup>88</sup>. (Zhelezniakov, jefe de un tren armado, murió cerca de Ekaterinoslav en julio de 1919, bajo el fuego de la artillería de Denikin). Aleksandr Ge, miembro del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, murió acuchillado por las tropas blancas en el Cáucaso, donde trabajaba como alto funcionario de la Cheka<sup>89</sup>.

Otras destacadas figuras del movimiento anarquista ocuparon puestos de gobierno durante la Guerra Civil. Aleksandr Shapiro, de *Golos Trudá*, y German Sandomírskii, dirigente de los anarco-comunistas de Kíev, deportado a Siberia después de la Revolución de 1905, formaban parte del equipo de Chicherin en el Comisariado de Asuntos Exteriores<sup>90</sup>. Alekséi Borovói fue nombrado comisario de la administración sanitaria<sup>91</sup>, y Nikolái Rogdáev se hizo responsable de la propaganda soviética en el Turkestán<sup>92</sup>. Tras el cierre de *Golos Trudá*, en 1918, Volin se trasladó al sur para luchar contra los Blancos; durante cierto tiempo trabajó en el Departamento Soviético de Educación en Vorónezh y Járkov, pero rechazó el puesto de director de educación para toda Ucrania<sup>93</sup>. Vladímir Zabrézhnev (antiguo miembro del grupo *Jleb i Volia* dirigido por Kropotkin en Londres), se unió al Partido Comunista, convirtiéndose en secretario del *Izvéstiia* en Moscú<sup>94</sup>. Daníl Novomírskii también ingresó en el Partido Comunista, pasando a ser funcionario de la Comintern, tras su fundación en 1919<sup>95</sup>. Con la ayuda de Trotski, Maksim Raévskii, antiguo director de *Golos Trudá* en Nueva York y Petrogrado, realizó un trabajo de carácter no político en las filas del gobierno (él y Trotski se habían conocido cuando viajaban en el mismo barco que les llevó a Rusia en mayo de 1917<sup>96</sup>.)

Waclaw Machajski (que había vuelto a Rusia en 1917) también se encargó de un puesto no político de importancia secundaria, el de director técnico de *Naródnoe Joziaistvo* (posteriormente *Sotsialisticheskoe Joziaistvo*), órgano del Consejo Supremo de Economía<sup>97</sup>. Pero Machajski continuó siendo un crítico muy duro del mar-

xismo y sus partidarios. En el verano de 1918 publicaba un único número de un periódico llamado *Rabóchaia Revoliútsiia* (Revolución Obrera), en el que criticaba a los bolcheviques por no ser capaces de expropiar totalmente a la burguesía y de mejorar la situación económica de la clase obrera. Tras la Revolución de febrero, escribía Machajski, los trabajadores habían conseguido un aumento de sus salarios y la reducción de la jornada laboral a ocho horas diarias, pero después de octubre su nivel de vida « ¡no había subido ni pizca! »<sup>98</sup> La Revolución bolchevique, continuaba diciendo, no era más que «una contrarrevolución de intelectuales». El poder político había sido ocupado por los discípulos de Marx, «la pequeña burguesía y la intelectualidad... los que poseían el conocimiento necesario para organizar y administrar toda la vida del país». Y los marxistas, de acuerdo con los dogmas religiosos de su profeta sobre el determinismo económico, habían decidido preservar el orden económico burgués, comprometiéndose sólo a «preparar» a los trabajadores manuales para el paraíso futuro<sup>99</sup>. Machajski llamaba a la clase obrera a presionar sobre el Gobierno soviético para que expropiase completamente las fábricas, igualase los salarios y las oportunidades educativas y proporcionase trabajo a todos los que se encontraban en paro. Sin embargo, a pesar de su insatisfacción con el nuevo régimen, Machajski se sentía obligado a aceptarlo, al menos coyunturalmente. Cualquier intento de derribar al Gobierno sólo beneficiaría a los Blancos, decía, que eran mucho peores que los bolcheviques<sup>100</sup>.

No hace falta decir que no eran precisamente los Raévskii y Machajski los que Lenin tenía en la cabeza cuando hablaba de los «abnegados soportes del poder soviético». Pensaba más bien en los Shátov, Zhelezniakov, Ge y Novomírskii —dirigentes anarquistas que apoyaron de todo corazón al régimen bolchevique en el momento en que éste se encontró amenazado por los Blancos—. En esta categoría también estaba Iuda Roschin, líder de *Chórnoc Znamia* en 1905, que ahora se inclinaba totalmente hacia el campo comunista. Roschin saludó con entusiasmo la constitución de la Tercera In-

ternacional en 1919, y jaleaba a Lenin como una de las figuras más importantes de los tiempos modernos. Según Victor Serge, Roschin intentó incluso desarrollar una «teoría anarquista de la dictadura del proletariado»<sup>101</sup>. Pero mientras tanto, hasta que esa teoría pudiese llegar a formularse claramente, llamaba a un *entendimiento* con los bolcheviques sobre la base de las conveniencias comunes. Hablando ante un grupo de anarquistas de Moscú en 1920, planteó a sus camaradas la necesidad de cooperar con el partido de Lenin: «Constituye un deber para todos los anarquistas el trabajar de todo corazón con los comunistas, que son la vanguardia de la Revolución. Abandonemos por un momento la teoría y dediquémonos al trabajo práctico para la reconstrucción de Rusia. Esta necesidad es urgente, y los bolcheviques la acogerán muy bien.»<sup>102</sup> La mayoría de los miembros de la audiencia recibieron el discurso de Roschin con burflas y gritos, calificándole también de «anarco-soviético»<sup>103</sup>. Pero Aleksandr Berkman, que se encontraba presente, señaló con ingenuidad que las palabras de Roschin le habían hecho vibrar de solidaridad<sup>104</sup>.

Roschin no fue, por supuesto, el único que intentó unificar las doctrinas anarquista y bolchevique. Es más, solamente en Moscú habían surgido dos grupos considerables de compañeros de viaje anarco-comunistas con el fin de forjar lazos de amistad y cooperación con la «dictadura proletaria». Apollón Karelin fue el guía espiritual del primero de estos grupos, y los hermanos Gordín del segundo, perpetuándose así una división que ya había surgido en la Federación Anarquista de Petrogrado durante 1917. (Mientras que por una parte estaban de acuerdo sobre muchos problemas fundamentales, Karelin y los Gordín diferían profundamente en carácter y en tácticas de trabajo, lo que les impedía colaborar armoniosamente en la misma organización.)

En 1918, Karelin se convertía en un «anarco-soviético» en sentido literal, al conseguir un escaño en el Comité Ejecutivo del Soviet Central. Su organización de anarquistas pro-soviéticos, creada en la primavera de ese mismo año, se denominaba, de forma pretenciosa, 'Fede-

ración Pan-Rusa de Anarco-Comunistas'. La nueva Federación intentaba conducir a los militantes antibolcheviques a la cooperación con el gobierno. Karelin argumentaba que la dictadura soviética era una necesidad práctica para poder aplastar a las fuerzas de la reacción; más o menos, desde el punto de vista de esta teoría, se la trataba como una fase de transición en el camino hacia la sociedad anarquista. Al defender al Gobierno soviético, declaraba *Vólnaia Zhizn* (Vida Libre), periódico de la Federación de 1919 a 1921, el nuevo grupo no estaba defendiendo el principio de autoridad, sino la misma revolución<sup>106</sup>. *Vólnaia Zhizn* decía representar la opinión de todos los sectores del pensamiento anarquista-anarco-comunistas, anarco-sindicalistas, anarco-individualistas e incluso tolstoyanos. En realidad, partía de una línea anarco-comunista (aunque fuese de carácter pro-soviética), criticando al anarco-sindicalismo como una doctrina sectaria<sup>107</sup> e ignorando virtualmente a las escuelas individualista y religiosa del pensamiento anarquista.

Los hermanos Gordin, junto a German Askárov, que, como Karelin, era miembro del Comité Ejecutivo de los Soviets, habían formado en 1920 la segunda organización pro-bolchevique de anarco-comunistas de Moscú, los 'Universalistas'. Las opiniones de los 'Universalistas' eran, en su mayor parte, idénticas a las de la Federación Pan-Rusa de Karelin. Pedían a todos los anarquistas que ayudasen y colaborasen de cualquier manera posible con el Ejército Rojo y se negasen a realizar actividades terroristas u hostiles para el nuevo Gobierno. Los Universalistas consideraban que una dictadura temporal era una fase necesaria en la transición hacia el comunismo sin Estado<sup>108</sup>.

Resulta difícil entender cómo los Gordin fueron capaces de dar el salto desde su furibunda teoría antimarxista del pan-anarquismo al anarco-universalismo, una doctrina que asumía el concepto de «dictadura del proletariado». Quizá estaban deslumbrados por la mística del poder bolchevique. O tal vez habían llegado a concebir a los bolcheviques —cuyo énfasis sobre la voluntad

revolucionaria parecía negar el determinismo económico— como unos apóstatas del credo marxista. O, posiblemente, consideraban a Lenin sólo como un mal menor en comparación con el almirante Kolchak<sup>109</sup>. En cualquier caso, hacia 1920 los ejércitos Blancos se encontraban en retirada en todos los frentes, y los 'Universalistas' y sus compañeros de viaje «anarco-soviéticos» iban a recoger muy pronto su recompensa.

El despotismo ha pasado de los palacios de los reyes al círculo de un comité. No son las vestiduras reales, ni el cetro, ni la corona lo que hace del rey un ser odioso, sino la ambición y la tiranía. En mi país no ha habido más que un cambio de vestidos.

JEAN VARLET, *Explosión*, 1793.

Durante siglos, Ucrania había sido el paraíso para toda clase de correrías de siervos rebeldes, bandidos y otros fugitivos de la justicia zarista y de la aristocracia privilegiada. Esta tradición no había cesado con la desaparición de la monarquía. En 1918, cuando el nuevo régimen bolchevique comenzó a suprimir activamente a todos aquellos que se le oponían, los anarquistas de Petrogrado y Moscú volvieron a agruparse en las «tierras salvajes» del sur, buscando refugio en una región que quince años antes había sido la cuna de su movimiento.

En cuanto llegaban a Ucrania los refugiados del norte, se ponían, sin perder un momento, en contacto con la gran cantidad de sus compañeros anarquistas que habían vuelto de la prisión y el exilio tras la Revolución de febrero. Járkov, donde ya se había intentado sin éxito la unificación del movimiento en 1917, volvió a ser la base de un nuevo impulso de unificación de los dispersos grupos anarquistas, con el fin de convertirse en una fuerza revolucionaria coherente. El resultado de este nuevo empuje fue el *Nabat* (Toque a rebato), o «Confederación de Organizaciones Anarquistas», que, a finales

de 1918, había establecido su cuartel general en Járkov, y secciones prósperas en Kíev, Odessa, Ekaterinoslav y otras ciudades importantes de Ucrania. La Confederación apoyó la constitución de una Unión de Ateos, y en seguida se lanzó a formar un amplio movimiento juvenil por todo el sur<sup>1</sup>.

Volin, antiguo director del periódico sindicalista *Golos Trudá*, fue uno de los guías teóricos de la nueva agrupación. Para él, *Nabat* era el cuerpo embrionario de lo que denominaba «anarquismo único» (*edinyi anarjizm*), es decir, una sola organización que abarcara a los anarco-comunistas, anarco-sindicalistas e individualistas anarquistas, a la vez que garantizaba un grado importante de autonomía para todos los grupos e individuos participantes. Pero los esfuerzos de Volin por agrupar las dispersas ramas del anarquismo terminaron bruscamente cuando, por una curiosa paradoja, la mayoría de sus propios camaradas sindicalistas se negaron a unirse al *Nabat*. Los disidentes consideraban al «anarquismo único» como una fórmula ineficaz y equívoca de unificación, y temían que los anarco-comunistas se convirtiesen en el sector dominante de la nueva confederación<sup>2</sup>.

Además de Volin, los líderes más destacados del movimiento *Nabat* eran los veteranos anarquistas Arón Barón y Piotr Arshínov. La trayectoria de Barón como anarquista se iniciaba en la Revolución de 1905, cuando fue deportado a Siberia por su participación en el levantamiento. Sin embargo, consiguió escaparse a los Estados Unidos, pasando los primeros años de la Primera Guerra Mundial en Chicago, donde él y su esposa Fanya fueron en una ocasión detenidos y maltratados por la policía por fomentar una manifestación contra el paro. Al volver a Rusia en 1917, Barón se convirtió rápidamente en un conocido escritor y conferenciante en la zona de Ucrania, siendo elegido por el sindicato de panaderos como representante suyo en el soviet de su ciudad. Después de la insurrección bolchevique, tanto él como Fanya se trasladaron a Járkov y ayudaron a impulsar el movimiento *Nabat*. Además de su puesto en el

Secretariado de la Confederación, Barón trabajó junto a Volin como codirector del periódico *Nabat* <sup>3</sup>.

Piotr Andréevich Arshínov había sido bolchevique antes de pasarse a las filas anarquistas en 1906. Como metalúrgico en un suburbio industrial de Ekaterinoslav, se dedicó a hacer propaganda anarquista en su fábrica y formó una célula anarquista entre sus compañeros de trabajo <sup>4</sup>. Además de sus actividades como agitador, Arshínov participó también en acciones terroristas que finalmente llevaron a su detención y encarcelamiento. Consiguió escaparse, para volver muy pronto a Rusia, donde fue detenido de nuevo, esta vez por introducir literatura anarquista por la frontera austríaca. Durante siete años languideció en una prisión de Moscú, hasta la amnistía decretada por el Gobierno Provisional tras la Revolución de febrero. Después de un período de participación activa en la Federación de Anarquistas de Moscú, Arshínov volvió a su Ekaterinoslav natal, entrando en el Comité de Anarquistas de la cuenca del Donets (como director de su periódico *Golos Anarjista*), y dando conferencias a los mineros y obreros fabriles de la zona, igual que había hecho diez años antes <sup>5</sup>.

De entre los miembros más jóvenes de la Confederación *Nabat*, quizá los más destacados eran Senia Fleshin, Mark Mráchnyi (Klavanskii) y Grigorii Gorélik (llamado «Anatolii» por sus camaradas). Fleshin, nacido en Kíev en 1894, trabajó en las oficinas del *Mother Earth*, de Emma Goldman, en la ciudad de Nueva York, durante la guerra, volvió a Rusia en 1917 y se estableció en Járkov <sup>6</sup>. Mráchnyi había sido un activo miembro del movimiento estudiantil de Járkov. Poco después de terminar sus estudios se integró en *Nabat*, responsabilizándose de establecer una imprenta clandestina en Siberia bajo los auspicios de la Confederación, misión que aparentemente desarrolló con éxito <sup>7</sup>. El tercer joven citado, Gorélik, volvió a Rusia en 1917 tras su exilio americano, actuando como secretario del Comité de Anarquistas del Donets antes de integrarse en *Nabat* <sup>8</sup>.

Entre el bloque de dirigentes de *Nabat* también se encontraba Nikolái Dolenko, un campesino autodidacta de

la provincia de Poltava <sup>9</sup>. Bajo el nombre de M. Chekerés había escrito numerosos artículos para los periódicos anarquistas más importantes durante los años de la guerra, incluyendo el *Golos Trudá* de Nueva York, y la publicación, fervientemente antimilitarista, de Ginebra *Put k Svobode*, dirigida por Roschin y Orgiani. Más recientemente, como ya hemos visto, trabajó con Maksímov y Iarchuk como uno de los directores de *Vólnyi Golos Trudá* en Moscú. Finalmente encontramos a Olga Taratuta, la terrorista de Ekaterinoslav, probablemente la más famosa de los *bezmotivniki* involucrados en el atentado del Café Liebman de Odessa en 1905. Liberada de la prisión de Kíev en marzo de 1917, cansada y vencida, próxima ya a cumplir cincuenta años, permaneció al margen de sus antiguos compañeros y se retiró a Kíev para trabajar con la Cruz Roja de esta ciudad. Pero las implacables persecuciones de la Cheka contra los anarquistas volvieron a despertar su ira en 1920, volviendo al campo de batalla y uniéndose a la Confederación *Nabat* y a la Cruz Negra Anarquista, fundada por Apollón Karelin para ayudar a los anarquistas encarcelados o exiliados por los comunistas <sup>10</sup>.

La Confederación *Nabat* celebró su primera conferencia general en noviembre de 1918, en la ciudad de Kursk. Al contrario que la Federación Pan-Rusa de Anarquistas de Moscú, de Karelin, el grupo *Nabat* se oponía al concepto bolchevique de la «dictadura del proletariado», o a cualquier otra «etapa transitoria» que pudiese preceder a la sociedad sin estado. La Revolución rusa, se proclamó en la conferencia, no era más que la «primera ola» de la revolución mundial, que estaba destinada a prolongarse hasta sustituir el orden capitalista por una federación libre de comunas urbanas y rurales. Sin embargo, aunque se mostraban muy críticos frente a la dictadura soviética, los delegados consideraban que los 'blancos' representaban un peligro mayor, y decidieron oponerse a éstos organizando sus propios destacamentos guerrilleros, que actuarían fuera de la estructura oficial del Ejército Rojo. En la esfera económica, la Confederación apoyaba la participación anarquista en los so-

viets que no estuviesen bajo la influencia de los partidos políticos, en los comités de fábrica no dominados por los sindicatos (a los sindicatos se les calificaba de «organizaciones obreras completamente trasnochadas»), y en los comités de campesinos pobres. Finalmente, la Conferencia volvió a insistir en la necesidad de crear federaciones estables de grupos anarquistas a los niveles de distrito, ciudad y nación, y en la necesidad de desarrollar un grado de solidaridad mucho más intenso en el seno del movimiento <sup>11</sup>.

Los mismos temas dominaron la primera Conferencia de *Nabat*, que tuvo lugar en Elizavetgrado cinco meses más tarde, en abril de 1919. Escribiendo en el periódico de la Confederación poco después de la apertura del Congreso, Senia Fleshin daba una idea del tono del encuentro cuando acusaba a los comunistas de levantar «una muralla china entre ellos y las masas» <sup>12</sup>. El Congreso, haciéndose eco de las protestas de Fleshin, deploraba el hecho de que los que en un tiempo habían sido comités obreros libres y espontáneos de la Rusia revolucionaria estuviesen ahora absorbidos por los sindicatos, «un aparato puramente oficial, político-administrativo e incluso policial de los nuevos jefes-explotadores representados en el Estado» <sup>13</sup>. También los soviets se habían convertido en instrumentos de la autoridad estatal, declaraban los delegados, que hicieron un llamamiento en favor de su sustitución por comités no políticos de todas clases —comités de fábrica y campesinos, comités vecinales y de barriada, comités culturales y educativos. Los delegados abrían también fuego contra sus propios camaradas, condenando a la vez el «anarco-sovietismo» y el «pan-anarquismo» de los hermanos Gordin. Más aún, atacaban el «sectarismo faccional» de los anarco-sindicalistas (que se habían negado a incorporarse a la Confederación) y se negaron a enviar una delegación a la tercera Conferencia Anarco-Sindicalista de Toda Rusia <sup>14</sup>. Pero estos ataques contra los demás grupos anarquistas contribuyeron muy poco al logro del principal objetivo de *Nabat*, el de conseguir la unidad dentro del movimiento.

Sin embargo, la Confederación *Nabat* se encontraba

de acuerdo con la mayoría de los restantes anarquistas en un punto fundamental: que la tarea más urgente del movimiento anarquista era defender la revolución contra la embestida Blanca, incluso si esto suponía una alianza temporal con los comunistas. Pero lo mismo que la Conferencia de Kursk un año antes, el Congreso de Elizavetgrado decidió boicotear el Ejército Rojo, denunciándolo como una organización autoritaria dirigida «desde arriba», según las típicas reglas militares. *Nabat* depositaba sus esperanzas en un «ejército guerrillero», organizado espontáneamente entre las masas revolucionarias <sup>15</sup>. Y los líderes de la Conferencia veían como núcleo fundamental de ese «ejército guerrillero» a las bandas de guerrilleros que operaban en el interior de Ucrania bajo la dirección de Néstor Majnó.

Néstor Ivánovich Majnó había nacido en 1889, y era el hijo menor de un matrimonio campesino establecido en el pueblo de Guliái-Pole, situado en la región de Ekaterinoslav, entre el río Dniéper y el mar de Azov <sup>16</sup>. Cuando apenas tenía un año murió su padre, dejando cinco hijos pequeños al cuidado de su madre. A la edad de siete años tuvo que cuidar ganado ajeno, y más tarde fue labrador y herrero <sup>17</sup>. En 1906, a los diecisiete años, se unió al grupo anarco-comunista de Guliái-Pole. Dos años más tarde fue juzgado por participar en una aventura terrorista que le había costado la vida a un oficial de policía del distrito. El tribunal le condenó a la horca, pero esta sentencia fue conmutada, debido a su juventud, por trabajos forzados a perpetuidad en la prisión de Butyrki, en Moscú <sup>18</sup>. Majnó resultó un preso recalitrante, incapaz de aceptar la vida de prisión, que sufrió a veces duros castigos durante los nueve años de su cautiverio. En 1910, cuando Piotr Arshínov fue encarcelado en la Butyrki por introducir propaganda anarquista en Rusia, los dos rebeldes se hicieron grandes amigos. Arshínov, más viejo y más culto que el joven campesino semianalfabeto de Guliái-Pole, enseñó a Majnó los principios básicos de la doctrina anarquista, y le confirmó en su fe en Bakunin y Kropotkin.

Majno y Arshinov abandonaron la prisión gracias a la amnistía decretada por el Gobierno Provisional en marzo de 1917. Arshinov permaneció en Moscú, convirtiéndose en un activo miembro de la Federación de Anarquistas de esta ciudad, mientras Majno volvía a su pueblo natal en Ucrania. Allí se destacó inmediatamente por sus intervenciones en los asuntos de la comunidad. Ayudó a organizar un sindicato de labradores del que fue nombrado presidente; poco después era elegido jefe del sindicato local de carpinteros y metalúrgicos, y también del Soviet de Diputados Obreros y Campesinos de Gulíá-Pole. En agosto de 1917, como presidente del Soviet, organizó una pequeña banda de campesinos armados y los envió a expropiar las fincas de los vecinos ricos y a distribuir la tierra entre los campesinos pobres. A partir de ese momento, los aldeanos comenzaron a hablar de él como un nuevo Stenka Razin o Pugachov, que había llegado para realizar sus viejos sueños de tierra y libertad<sup>19</sup>.

Las actividades de Majno, sin embargo, se vieron brutalmente paralizadas la primavera siguiente, cuando el gobierno soviético firmó el tratado de Brest-Litovsk y se introdujeron en Ucrania grandes contingentes de tropas austríacas y alemanas. Majno compartió la indignación de sus compañeros anarquistas ante este compromiso imperdonable con el «imperialismo» alemán, pero su banda de guerrilleros estaba dispuesta a ofrecer resistencia activa. Obligado a esconderse, cruzó el Volga en dirección norte, marchando de ciudad en ciudad hasta llegar a Moscú en junio de 1918, donde se hallaban muchos de los dirigentes anarquistas.

Durante su corta visita a la capital, Majno mantuvo una inspirada entrevista con su ídolo, Piotr Kropotkin. Hablaron largamente de la confusa situación en Ucrania, aunque Kropotkin declinó amablemente el dar a Majno ningún consejo concreto sobre las tareas a realizar a su regreso a Ucrania. «Esta cuestión, camarada, supone un gran riesgo para su vida», le dijo el anciano, «y tiene que resolverla correctamente por sí mismo.» Cuando Majno se levantó para salir, Kropotkin añadió: «Hay que tener presente, camarada, que nuestra lucha no conoce

el sentimentalismo. La entrega, la fuerza del corazón y la voluntad en seguir el camino que conduce a la meta que uno se ha trazado lo pueden todo»<sup>20</sup>. Las cualidades morales de Kropotkin causaron una profunda impresión sobre Majno, como había ocurrido con todos los libertarios que entraron en contacto con el príncipe; y sus palabras de despedida, tal como testimonia Majno en sus memorias, le ayudaron a mantenerse firme durante toda la Guerra Civil y durante los años de aislamiento y abandono que la siguieron.

Mientras estuvo en Moscú, Majno fue recibido también por Lenin, que le sondeó sobre la actitud del campesinado ucraniano hacia el nuevo régimen, la situación militar del sur y las diferencias entre las concepciones de los bolcheviques y los anarquistas en torno a la revolución. «La mayoría de los anarquistas piensan y escriben sobre el futuro», le dijo Lenin, «sin entender el presente. Esto es lo que nos separa a nosotros, los comunistas, de ellos.» Aunque los anarquistas eran hombres «generosos», prosiguió Lenin, su «vacío fanatismo» oscurecía su visión del presente y del futuro. «Pero creo que usted, camarada», le dijo a Majno, «tiene una actitud realista ante los problemas candentes de la actualidad. Sólo con que una tercera parte de los anarco-comunistas fuese como usted, nosotros, los comunistas, estaríamos dispuestos, bajo ciertas condiciones conocidas, a trabajar con ellos en una organización libre de productores.» Majno le contestó que los anarquistas no eran soñadores utópicos, sino hombres de acción realistas; después de todo, le recordó a Lenin, eran los anarquistas y los socialistas-revolucionarios, más que los bolcheviques, los que estaban acabando con las clases nacionalistas y privilegiadas de Ucrania. «Quizá esté equivocado», dijo Lenin, quien le ofreció ayuda para volver al sur<sup>22</sup>.

Majno salió de la entrevista impresionado por la fuerte personalidad de Lenin, pero no menos hostil a lo que él calificaba de «revolución de papel» fabricada por los intelectuales y burócratas socialistas<sup>23</sup>. Incluso los anarquistas que se encontró en la Federación de Moscú —Borovói, Roschin, Gordín, Sandomírskii y otros— le sor-

prendieron más como hombres de letras que de hechos; aunque su humanidad y sus conocimientos eran notables, parecían estar más ensimismados en sus propias palabras y resoluciones que decididos a luchar por sus ideales<sup>24</sup>. Majnó dejó en seguida aquella enorme ciudad, completamente extraña a su temperamento campesino, y volvió a Guliái-Pole, la tierra de donde extraía su fuerza y que alimentaba su pasión por la espontaneidad y la libertad.

En julio de 1918, cuando Majnó llegó a Guliái-Pole, el área estaba ocupada por las tropas austríacas y por la milicia (*varta*) de su marioneta ucraniana, el hetman Skoropadskii. Aun siendo un fugitivo, Majnó consiguió introducirse en el pueblo y se encontró con que, durante su ausencia, la casa de su madre había sido incendiada y que su hermano, un veterano de guerra, Emelián, había sido ejecutado<sup>25</sup>. En muy poco tiempo organizó un destacamento guerrillero y, bajo la bandera negra del anarquismo, lanzó una serie de ataques audaces contra los austro-húngaros y hetmanitas, así como contra los feudos de la nobleza local. «Reconquistaremos nuestra tierra», declaraba una de sus primeras proclamas a los campesinos del sur, «no para seguir el ejemplo de los últimos años y colocar nuestro destino en manos de unos nuevos amos, sino para tomarlo en las nuestras y conducir nuestras vidas de acuerdo con nuestra voluntad y nuestras concepciones de la verdad»<sup>26</sup>.

La movilidad extraordinaria y la utilización constante de trampas inteligentes constituyeron las principales estrategias tácticas de Majnó. A caballo y en las ligeras carretas campesinas (*tachanki*) sobre las que montaban las armas, sus hombres se movían con toda celeridad de una parte a otra, cruzando la estepa situada entre el Dniéper y el mar Azov, convirtiéndose en un pequeño ejército conforme avanzaban, y sembrando el terror en el corazón de sus adversarios. Hasta ese momento, las diferentes bandas guerrilleras de carácter independiente habían aceptado el mando de Majnó y se agrupaban tras su bandera negra. Los aldeanos abastecían voluntariamente de alimentos y caballos frescos que permitían a los *majnóvtsy* hacer cuarenta o cincuenta millas al día sin grandes difi-

cultades. Aparecían de repente donde menos se les esperaba, atacaban a los nobles y a las guarniciones militares y se esfumaban tan rápidamente como habían aparecido. Disfrazados con los uniformes de la *varta* del hetman Skoropadskii, se infiltraban en las filas del enemigo para enterarse de sus planes o para atacarles por sorpresa; en una ocasión, Majnó y sus hombres, disfrazados de guardias hetmanitas, saltaron la tapia de la casa de un terrateniente y cayeron sobre los invitados en medio de una fiesta<sup>27</sup>. Cuando se encontraban arrinconados, los *majnóvtsy* escondían sus armas y volvían en solitario a sus aldeas, para comenzar a trabajar nuevamente el campo, a la espera de una señal para desenterrar las armas y aparecer en una nueva zona de operaciones<sup>28</sup>. Según las palabras de Victor Serge, los insurgentes de Majnó demostraron «una capacidad verdaderamente épica para la organización y el combate»<sup>29</sup>. Pero ellos debían gran parte de sus éxitos a las excepcionales cualidades de su comandante en jefe. Majnó era un líder decidido y lleno de recursos, que combinaba una voluntad de hierro con un penetrante sentido del humor, y que se ganaba rápidamente el afecto y la admiración de sus seguidores campesinos. En septiembre de 1918, cuando derrotaron a una fuerza muy superior de austríacos en la aldea de Dibrivki, sus hombres le otorgaron el título afectivo de *batko*, el «padrecito»<sup>30</sup>.

Con el armisticio de noviembre de 1918, las potencias centroeuropeas tuvieron que retirarse del territorio ruso, y Majnó consiguió apoderarse de una gran parte de sus armas y equipo, orientando entonces sus iras hacia los seguidores del líder nacionalista ucraniano Petliura. A finales de diciembre, tras una operación de gran audacia y envergadura, expulsaba a la guarnición petliurista de la ciudad de Ekaterinoslav. Sus tropas irrumpieron en la ciudad con las armas camufladas en sus vestidos, a bordo de un tren normal de pasajeros que les condujo hasta la estación central; tomaron por sorpresa a los nacionalistas y los expulsaron de la ciudad. Al día siguiente, sin embargo, el enemigo reapareció con refuerzos, y Majnó se vio obligado a cruzar el Dniéper y vol-

ver a su base de operaciones en Guliái-Pole. Pero, en cambio, los petliuristas eran aplastados poco después por el Ejército Rojo.

Durante los primeros cinco meses de 1919, la región de Guliái-Pole estuvo virtualmente libre de toda autoridad política externa. Los austríacos, los hetmanitas, los petliuristas, todos habían sido expulsados, y ni los rojos ni los blancos eran suficientemente fuertes para llenar el vacío. Majnó aprovechó este momento de calma para tratar de reorganizar la sociedad según sus ideas libertarias. En enero, febrero y abril, los *majnovtsy* celebraron una serie de congresos regionales de campesinos, obreros e insurgentes para discutir cuestiones económicas y militares y para supervisar la tarea de la reconstrucción.

La cuestión que dominaba todos los congresos regionales fue la de defender la zona de todos los que pretendiesen establecer su control sobre ella. El segundo Congreso, que se reunió en Guliái-Pole el 12 de febrero de 1919, votó en favor de la «movilización voluntaria», lo que en realidad significaba la conscripción inmediata, la constitución de un cuerpo armado de hombres dispuestos a entrar en acción en el momento en que se les necesitase<sup>31</sup>. Los delegados eligieron también un Consejo Regional Militar-Revolucionario de Campesinos, Obreros e Insurgentes para desarrollar las decisiones de los congresos periódicos. El nuevo Consejo estimulaba la elección de soviets «libres» en las ciudades y pueblos, es decir, soviets de los que estaban excluidos los miembros de los partidos políticos. Aunque la intención de Majnó, al llevar a cabo esta organización, era la de acabar con toda autoridad política, la realidad es que el Consejo Revolucionario, que actuaba conjuntamente con el Congreso Regional y con los soviets locales, constituía en sí un gobierno de carácter flexible sobre todo el territorio que rodea a Guliái-Pole.

El Consejo Militar Revolucionario colaboró también en la formación de comunas anarquistas, que habían hecho su primera aparición en la región de Guliái-Pole con la Revolución de 1905, y habían reaparecido en 1917.

Cada comuna estaba compuesta, generalmente, por una docena de viviendas con un total de cien a trescientas personas. Aunque sólo unos pocos se consideraban anarquistas, todos los participantes funcionaban sobre la base de la plena igualdad, aceptando el principio kropotkiniano de la ayuda mutua como lema fundamental. El Congreso Regional de Campesinos, Obreros e Insurgentes adjudicaba a cada comuna el ganado y las herramientas agrícolas confiscadas en las fincas vecinas de la nobleza, y toda la tierra que sus miembros fueran capaces de cultivar sin tener que realizar trabajos extra. La primera comuna que se organizó durante este período recibió el nombre de «Rosa Luxemburgo», a quien los campesinos políticamente más conscientes admiraban como uno de los mártires de la lucha por la libertad y la igualdad<sup>32</sup>.

Lo mismo que el Consejo Militar Revolucionario, el Ejército Insurgente de Ucrania (así es como se llamaban las fuerzas majnovitas) estaba sujeto también a la supervisión del Congreso Regional. Pero, en la práctica, las riendas de la autoridad estaban firmemente controladas por Majnó y su equipo. A pesar de sus esfuerzos por evitar todo lo que supusiese regimentación, Majnó colocaba a sus hombres claves en los puestos que le parecían convenientes (los demás eran elegidos por los habitantes de la zona), y sometía a sus tropas a una disciplina militar tradicional, idéntica a la de las legiones cosacas de la vecina región de Zaporozhie. Pero el Ejército Insurgente nunca perdió su carácter plebeyo. Todos sus oficiales eran campesinos, y sólo en muy pocos casos obreros industriales. Es inútil tratar de encontrar entre sus filas un jefe procedente de las clases altas o medias, y ni siquiera de la intelectualidad radical.

En cuanto autodidacta y hombre de acción, Majnó era el polo opuesto, desde el punto de vista temperamental, de todos los intelectuales del movimiento anarquista ruso, hacia los que sentía, sin embargo, un profundo respeto, cuando no temor, por su superioridad de conocimientos, y preveía que iban a ser de gran utilidad para enseñar a sus seguidores campesinos los fundamentos de la doctrina anarquista. Volín y Arón Barón llegaron a su

campo en la primavera de 1919, después de que los bolcheviques disolvieran la Confederación *Nabat* y empujaran a sus miembros a la clandestinidad. Junto con Piotr Arshínov, compañero de celda de Majnó, que se le había unido hacía ya unos meses, editaron el periódico del movimiento *Put k Svobode* (El Camino de la Libertad), publicación que no era más que un resumen del suprimido *Nabat*, y organizaron una Comisión de Cultura y Educación, que se dedicó a editar toda clase de folletos y a dar conferencias a las tropas<sup>33</sup>. Además de estas actividades, los intelectuales planearon la creación de escuelas de acuerdo con el modelo de la *Escuela Moderna* de Francisco Ferrer, que había inculcado el espíritu de espontaneidad e independencia entre sus alumnos<sup>34</sup>. La Comisión de Cultura y Educación abrió también un teatro experimental y preparó un programa de educación de adultos para campesinos y obreros<sup>35</sup>.

En el movimiento majnovita había un considerable número de judíos que ocupaban puestos de responsabilidad. Algunos de ellos eran intelectuales, como Arón Barón, que trabajaban en la Comisión de Cultura y Educación, pero la gran mayoría luchaban en las filas del Ejército Insurgente, bien como miembros de los destacamentos especiales de infantería y artillería judías, o dentro de las unidades guerrilleras regulares, junto a los campesinos y obreros ucranianos, rusos y de otras nacionalidades. El mismo Majnó había condenado personalmente toda discriminación, y se esforzaba por ir limando los violentos sentimientos antisemitas de sus seguidores campesinos, tarea tan difícil como acabar con sus inclinaciones al pillaje y a la bebida (esta última labor era todavía más complicada si se tienen en cuenta las tendencias alcohólicas del propio Majnó). Los castigos por actos antisemitas eran sumarios y severos: un jefe de tropa era inmediatamente fusilado por el saqueo de una ciudad judía; y la misma suerte corría cualquier soldado que distribuyese carteles con la fórmula antisemita tradicional «¡Zurra a los judíos! ¡Salva a Rusia!»<sup>36</sup>

Durante los primeros meses de 1919, mientras Majnó y sus partidarios preparaban la estructura de una socie-

dad libertaria, sus relaciones con los bolcheviques siguieron siendo razonablemente amistosas, al menos en la superficie. Los campesinos de Guliái-Pole enviaron incluso cargamentos con grandes cantidades de grano a los obreros industriales de Petrogrado y Moscú, que sufrían drásticas restricciones de alimentos. La prensa soviética exaltaba a Majnó como un «valeroso partisano» y como un gran líder revolucionario. Las relaciones alcanzaron su mejor momento en marzo de 1919, cuando Majnó y los militares concluyeron un acuerdo para la acción militar conjunta contra el Ejército Blanco del general Denikin. Según este acuerdo, el Ejército Insurgente de Ucrania se convertía en una división del Ejército Rojo, sujeta a las órdenes del Mando Supremo Bolchevique, pero manteniendo sus propios oficiales y estructura interna, así como su nombre y la bandera negra<sup>37</sup>.

Sin embargo, todos estos gestos externos de armonía no podían terminar con la hostilidad básica que existía entre los dos grupos. A los comunistas no les gustaba demasiado el estatuto de autonomía del Ejército Insurgente, o la poderosa atracción que éste ejercía sobre sus seguidores campesinos; por su parte, los majnovitas temían que antes o después el Ejército Rojo intentaría domesticar su movimiento. A comienzos de año, algunos portavoces de los dos primeros Congresos majnovistas habían acusado al partido bolchevique de intentar «acabar con la autonomía y la libertad de los soviets locales de diputados obreros y campesinos» y de «querer hacerse con el monopolio de la revolución»<sup>38</sup>. Cuando se convocó un Tercer Congreso en abril, el jefe del Ejército Rojo en el área del Dniéper, Dybenko, lo prohibió calificándolo de reunión «contrarrevolucionaria». El Consejo Militar Revolucionario de Majnó despachó una réplica indignada: «¿Qué derecho tiene usted de llamar contrarrevolucionaria a una gente que... ha roto las cadenas de la esclavitud y que quiere forjar su propia vida a su manera? ¿Acaso las masas populares van a permanecer calladas mientras los 'revolucionarios' terminan con la libertad que ellas han conquistado?»<sup>39</sup> El Tercer Congreso de Campesinos, Obreros e Insurgentes comenzó el 10 de

abril, desafiando abiertamente la prohibición de celebrarlo. A partir de ese momento, los periódicos soviéticos abandonaron sus elogios de los *majnovtsy*, y lanzaron una campaña de ataques calificándoles de «kulaks» y «anarco-bandidos». En mayo fueron capturados y ejecutados dos agentes de la Cheka que llevaban la misión de asesinar a Majnó. La ruptura final se produjo cuando los *majnovtsy* convocaron el Cuarto Congreso Regional el 15 de junio, e invitaron a los soldados de base del Ejército Rojo a enviar sus propios representantes. Trotski, comandante en jefe de las fuerzas bolcheviques, estaba furioso. El 4 de junio publicó un decreto prohibiendo el Congreso y poniendo a Majnó fuera de la ley. Las tropas comunistas lanzaron un ataque contra Guliái-Pole y ordenaron la disolución de la Comuna «Rosa Luxemburgo» y de las comunas gemelas. Pocos días después llegaban las fuerzas de Denikin y completaban el trabajo, aplastando lo que quedaba de las comunas y liquidando los soviets locales.

La débil alianza volvió a reanudarse ese mismo verano, cuando el empuje masivo de Denikin en dirección a Moscú hizo tambalearse tanto a los comunistas como a los *majnovtsy*. Durante los meses de agosto y septiembre, las guerrillas de Majnó se vieron obligadas a retroceder hasta las fronteras occidentales de Ucrania. Volín, que participó en las operaciones de la retirada, cuenta en sus memorias que los *majnovtsy* nunca llegaron a desesperarse, pese a enfrentarse con una situación de abrumadora inferioridad. Sobre el vagón de cabeza del Ejército Insurgente ondeaba una enorme bandera negra, y las consignas de «Libertad o muerte» y «La tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros»<sup>40</sup>. Entonces, el 26 de septiembre de 1919, Majnó lanzó repentinamente un ataque victorioso en la aldea de Peregónovka, cerca de la ciudad de Uman, contando las líneas de abastecimiento del general blanco y sembrando el pánico y el desorden en la retaguardia. Este fue el primer revés serio de Denikin en su dramático avance hacia el corazón de Rusia, y uno de los mayores obstáculos en su marcha hacia la capital bolchevique. A finales de año, una contraofensiva del

Ejército Rojo había forzado a Denikin a batirse en retirada hasta las márgenes del Mar Negro<sup>41</sup>.

La *Majnovschina* alcanzó su momento cumbre en los meses que siguieron a la victoria de Peregónovka. En los meses de octubre y noviembre, Majnó tuvo bajo control durante varias semanas las ciudades de Ekaterinoslav y Aleksandrovsk, y ésta fue su primera oportunidad de aplicar la concepción anarquista a la vida urbana. El primer acto de Majnó al entrar en una gran ciudad (después de abrir las prisiones) fue el de borrar cualquier impresión de que se iba a establecer alguna forma nueva de dominación política. Por todas partes se colocaron proclamas anunciando a los ciudadanos que desde ese momento eran libres para organizar sus vidas como quisieran, y que el Ejército Insurgente «no les dictaría ni ordenaría nada»<sup>42</sup>. Se proclamó la libertad de prensa, de palabra y de reunión, y en Ekaterinoslav surgieron inmediatamente media docena de periódicos que representaban una amplia gama de tendencias políticas. Pero Majnó, aunque fomentaba la libertad de expresión, no estaba dispuesto a tolerar a aquellas organizaciones políticas que trataban de imponer su autoridad política sobre el pueblo. Por tanto disolvió los «comités revolucionarios» de los bolcheviques (*revkomy*) en Ekaterinoslav y Aleksandrovsk, aconsejando a sus miembros que se dedicasen a «algún oficio honesto»<sup>43</sup>.

El objetivo de Majnó era acabar con cualquier clase de dominación y fomentar la autodeterminación social y económica. «Depende de los obreros y campesinos», decía en una de sus proclamas de 1919, «el organizarse y establecer sus relaciones en todos los aspectos de la vida de la forma que consideren justa»<sup>44</sup>. En octubre de 1919, un portavoz de los socialistas revolucionarios que en un Congreso de Obreros y Campesinos exigía el establecimiento de una dirección efectiva, fue recibido con gritos de protesta de los *majnovtsy*: «Ya hemos tenido bastante con vuestros líderes. Siempre líderes y más líderes. Dejados probar sin ellos por una vez.»<sup>45</sup> Cuando los ferroviarios se quejaron de que no se les había pagado en muchas semanas, Majnó les aconsejó que se hiciesen con el con-

trol de las líneas férreas e impusiesen un precio por sus servicios.

Sin embargo, los proyectos utópicos de Majnó no consiguieron conquistar a su causa más que a una pequeña minoría de obreros, porque éstos, al contrario que los labradores y artesanos de los pueblos, que eran productores independientes, acostumbrados a dirigir sus propios negocios, operaban como partes interdependientes de una complicada máquina industrial, y se encontraban perdidos sin la guía de supervisores y especialistas técnicos. Es más, mientras los campesiones y artesanos podían hacer circular los productos de su trabajo, los obreros urbanos dependían de los salarios para su supervivencia. El mismo Majnó contribuía a la confusión al reconocer todo el papel moneda puesto en circulación por sus predecesores—los nacionalistas ucranianos, los blancos y los bolcheviques—. El nunca llegó a comprender la complejidad de una economía urbana, ni tampoco se preocupó por entenderla. Detestaba el ambiente «venenoso» de las ciudades, y se congratulaba de la natural simplicidad campesina en la que había nacido. En cualquier caso, Majnó apenas si tuvo tiempo para aplicar sus deficientes programas económicos. Estaba siempre en movimiento, sin apenas tiempo para tomarse un respiro. El *majnóvschina* era, en palabras de sus contemporáneos, «un reino sobre ruedas», una «república de *tachanki*». «Como siempre», escribía Volin de los proyectos de Majnó en Ekaterinoslav y Aleksandrovsk, «la inestabilidad de la situación impidió cualquier clase de trabajo positivo»<sup>46</sup>.

A finales de 1919, Majnó recibió instrucciones del Mando Rojo para trasladar su ejército hacia el frente polaco. La orden estaba claramente dirigida a sacar a los *majnóvtsy* de su territorio, y dejar así el terreno libre a los bolcheviques para implantar su orden. Majnó se negó a cumplirla. Contestó que su Ejército insurgente era la única fuerza verdaderamente popular en Ucrania, y que debía permanecer allí para defender la libertad popular conquistada de nuevo. Trotski, dijo, quería sustituir a las «hordas» de Denikin por el Ejército Rojo, y a los terratenientes por los comisarios políticos<sup>47</sup>. La respuesta

de Trotski fue inmediata y sin paliativos: todos los *majnóvtsy* quedaban fuera de la ley, y se disponía a marchar contra ellos. En un desesperado intento por impedir el ataque, el cuartel general de Majnó en Guliái-Pole lanzó una cantidad enorme de panfletos llamando a las tropas bolcheviques a que se negasen a obedecer cualquier orden que tratase de «enturbiar la vida pacífica de Ucrania». El pueblo no necesita la «ley de los comisarios», declaraban los panfletos, sino un «orden soviético libre». «Contestaremos a la violencia con la violencia»<sup>48</sup>.

A estas declaraciones siguieron ocho meses de duras luchas, con graves pérdidas por ambos lados. Una fuente epidemia de tifus aumentó el número de víctimas. Volin, atacado por la enfermedad en la ciudad de Krivoi Rog, fue capturado por el Ejército Rojo y enviado a la cárcel de Moscú<sup>50</sup>. Inferiores en número, los partisanos de Majnó evitaban las batallas en campo abierto y actuaban siguiendo la táctica guerrillera que habían practicado y perfeccionado durante más de dos años de guerra civil. En una de sus canciones proclamaban su fe en el liderazgo de Majnó:

Terminaremos la guerra derrotándolos y aplastándolos.  
Nos apoderaremos hasta del último comisario.  
¡Hei, hei, hei!  
Vamos contra el enemigo  
por *mátushka* Galina,  
por *batko* Majnó!<sup>50</sup>

En octubre de 1920, el barón Wrángel, sucesor de Denikin en el sur, lanzó una importante ofensiva, avanzando hacia el norte desde la península de Crimea. Una vez más, el Ejército Rojo solicitó la ayuda de Majnó, una vez más se firmó una alianza por la cual el Ejército insurgente se convertía en una división semiautónoma bajo la dirección del mando bolchevique<sup>51</sup>. (Volin, ya recobrado de su tifus, pudo reemprender la publicación de *Nabat* en Járkov, y comenzar los preparativos para un Congreso Pan-Ruso de Anarquistas, cuya reunión quedó prevista para finales de año.)

Menos de un mes después, el Ejército Rojo había con-

seguido la suficiente ventaja como para considerar ganada la guerra civil, y los dirigentes soviéticos abandonaron sus acuerdos con Majnó. Por una parte, los *majnóvtsy* habían ya perdido su utilidad militar; y por otra, mientras el *batko* anduviese en libertad, el espíritu del anarquismo primitivo y de la rebelión campesina —una *pugachóvschina*— continuaría obsesionando al inestable régimen bolchevique. Así, el 25 de noviembre, los jefes del ejército de Majnó, reunidos en Crimea tras su victoria sobre Wrángel, eran capturados por el Ejército Rojo y ejecutados inmediatamente. Al día siguiente, Trotski ordenó un ataque contra el cuartel general de Majnó en Guliái-Pole, a la vez que la Cheka detenía a los miembros de la Confederación *Nabat* que se encontraban reunidos en Járkov, y se lanzaba a una persecución masiva de todas las organizaciones anarquistas por todo el país <sup>53</sup>.

Durante el ataque contra Guliái-Pole, la mayor parte del equipo de Majnó fue hecho prisionero o simplemente fusilado sobre la marcha. Pero el *batko*, personalmente, junto a los restos de un ejército que había llegado a contar con decenas de miles de hombres, logró escapar a sus perseguidores. Después de vagar por Ucrania durante la mayor parte del año, el líder guerrillero, exhausto y todavía malherido, cruzó el río Dniéster hacia Rumanía, llegando posteriormente a París <sup>54</sup>.

La persecución bolchevique de los anarquistas había ido en aumento desde los primeros ataques lanzados por la Cheka contra la Federación de Moscú, en abril de 1918. En 1919, no eran sólo los destacamentos armados de Guardias Negras y las bandas de militantes guerrilleros —fuerzas que podían suponer un peligro de orden militar para el gobierno— los objetivos de la actividad policial; los intelectuales anarco-sindicalistas y de la Confederación *Nabat*, cuyas únicas armas eran sus plumas, se vieron sometidos a frecuentes detenciones, especialmente los recalcitrantes que se negaban a abandonar sus críticas de las «traiciones» y los «excesos» de Lenin y Trotski. Grigorii Maksímov señalaba que entre 1919 y 1921 fue detenido por lo menos seis veces; e incluso

«anarco-soviéticos» tan fieles como los hermanos Gordin y Iuda Roschin fueron arrestados por breves períodos de tiempo <sup>55</sup>.

Durante el verano de 1920, Emma Goldman y Aleksandr Berkman presentaron una enérgica protesta por la persecución de que eran objeto sus camaradas, ante el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, que estaba reunido en esos momentos en Moscú <sup>56</sup>. La Cruz Negra Anarquista realizó también actividades en el mismo sentido. Los anarco-sindicalistas presionaron sobre los sindicalistas extranjeros que habían llegado a Moscú para acudir a la reunión de la Comintern, para que utilizaran su influencia sobre la dirección soviética. Pero esta ola de protestas no pudo impedir que Trotski llevara a cabo en Ucrania, en noviembre de 1920, su más importante «operación quirúrgica»: asaltar el cuartel general de Majnó en Guliái-Pole, y capturar en Járkov a todos los dirigentes de la Confederación *Nabat* —incluyendo Volin, Arón y Fanya Barón, Olga Taratuta, Senia Fleshin, Mark Mráchnyi, Dolenko-Chekerés y Anatolii Gorélik—, y meterlos a todos ellos en las prisiones de Taganka y Butyrki en Moscú. En la capital, Maksímov e Iarchuk, dirigentes de la Confederación Anarco-Sindicalista, estuvieron detenidos durante varias semanas <sup>57</sup>. Irritada por toda esta ola de arrestos, Emma Goldman se dirigió a Anatolii Lunacháskii, el Comisario de Educación, y a Aleksandra Kollontái, la feminista Comisario de Asuntos Sociales, pidiéndoles su intervención, pero ambos, como Emma dijo a Angelica Balabánova, «aunque reconocían todos estos abusos, pensaban que era impolítico protestar» <sup>58</sup>. Balabánova, una de los secretarios de la Comintern, preparó a Emma una entrevista con Lenin, quien le aseguró que ningún anarquista sería perseguido por sus creencias, y que sólo se trataba de acabar con los «bandidos» y los insurrectos de Majnó <sup>59</sup>.

Los bolcheviques confiaban en que, con los arrestos masivos de anarco-sindicalistas (que, al contrario que los *majnóvtsy* no representaban ninguna amenaza de tipo militar para el gobierno), acabarían de una vez para siempre con su influencia entre los obreros industriales. La

constante agitación de los sindicalistas, e incluso su misma presencia en las fábricas, servía para que los trabajadores mantuviesen cierta parte de aquella libertad que habían conquistado en 1917, el gran momento del control obrero<sup>61</sup>. A partir de ese momento, a la vez que el régimen avanzaba hacia un control económico centralizado, los sindicalistas desarrollaban una lucha para mantener las conquistas, y animaban a los trabajadores a hacer lo mismo. En marzo de 1920, el Segundo Congreso Pan-Ruso de Obreros de la Industria Alimenticia, reunido en Moscú, adoptó una resolución, propuesta por el Comité Ejecutivo Anarco-Sindicalista (Maksímov, Iarchuk y Sergéi Markus), que censuraba al régimen bolchevique por implantar «un control sin límites sobre la clase proletaria y el campesinado, un centralismo terrorífico llevado hasta los extremos más absurdos..., destruyendo en el país todo lo que estaba vivo, espontáneo y libre<sup>62</sup>. «La llamada dictadura del proletariado», continuaba la resolución, «es en realidad la dictadura del partido, y hasta de personas individuales, sobre el proletariado»<sup>63</sup>. Maksímov, autor de estas atrevidas frases, hizo un llamamiento en favor de la construcción de una nueva sociedad basada en los soviets ajenos a los partidos políticos, y en el trabajo libre. Convencido de que los comités de fábrica, con la huelga general como arma decisiva, podrían implantar finalmente la descentralización económica en Rusia, trató de organizar una Federación de Trabajadores de Alimentación, de carácter clandestino, como primer paso hacia la constitución de una Confederación General del Trabajo rusa<sup>64</sup>.

Aunque los esfuerzos organizativos de Maksímov dieron poco resultado, su objetivo de crear una confederación laboral descentralizada empezó a ganar adeptos entre los sectores más radicales de las fábricas y los talleres, e incluso a ser visto con interés por un grupo bastante bien organizado de disidentes internos del mismo partido comunista. A finales de 1920, la brillante señora Kollontái y su compañero, Aleksandr Shliápnikov, antiguo metalúrgico y en ese momento primer Comisario del Pueblo para los Asuntos Laborales, habían constituido

una denominada «oposición obrera» que estaba atrayendo a una parte considerable de la base sindical y de los comités de fábrica. La «oposición obrera» estaba completamente en contra de la política del «comunismo de guerra». Sus miembros rechazaban especialmente la «militarización» del trabajo y la sustitución del control obrero por la dirección individual de las fábricas. Su crítica, cada vez más enérgica, de la política bolchevique reflejaba la progresiva desilusión de los trabajadores ante sus nuevos dirigentes y el resentimiento popular frente a la inclinación del régimen soviético hacia un nuevo estado burocrático. La «oposición obrera» protestaba de que las agencias económicas del gobierno y el mismo partido comunista estuviesen plagadas de «técnicos burgueses» y de otros elementos no proletarios. Los líderes bolcheviques no habían entendido las necesidades de la mayoría de los trabajadores, ni lo que era en realidad la vida laboral, declaraba Kollontái, y tendían «a confiar más en la burocracia técnica procedente del pasado, que en la saludable capacidad creadora de las masas obreras»<sup>65</sup>. La base de la controversia, decía, «radica en lo siguiente: llegaremos al comunismo apoyándonos en los trabajadores o, por el contrario, situados por encima de éstos y de la mano de los funcionarios soviéticos»<sup>66</sup>.

Kollontái, Shliápnikov y sus compañeros exigían que la administración de la economía pasase de manos del gobierno al control de los sindicatos y de los comités de fábrica, organizados todos ellos en un Congreso Pan-Ruso de Productores, libremente elegido e independiente del control del partido. Era necesario dejar todas las riendas sueltas al poder creativo de los obreros industriales, en lugar de «aplastarlo con la maquinaria burocrática que no es más que un producto del espíritu rutinario del sistema capitalista de control y producción»<sup>67</sup>. La «oposición obrera», concluía Kollontái, reivindicaba la instauración de una genuina dictadura del proletariado, y no de una dictadura de los dirigentes del partido, porque, como Marx y Engels habían proclamado, «la construcción del comunismo puede y debe ser la tarea del con-

junto de las masas explotadas. La construcción del comunismo corresponde a los trabajadores»<sup>66</sup>.

Lenin observaba con profundo desagrado el crecimiento del movimiento de oposición, y discutía a Kollontái su utilización de los padres fundadores en apoyo de sus posiciones. Condenando las ideas de la «oposición obrera» como una «desviación anarquista y sindicalista» de la tradición marxista, emplazó a sus dirigentes a acatar la disciplina del partido. Ante el temor de que las doctrinas sindicalistas estuviesen «callando en las masas», Lenin se veía obligado a denunciar toda charla sobre la «democracia industrial» o sobre un Congreso Pan-Ruso de Productores<sup>69</sup>. Negaba así, enérgicamente, sus antiguos planteamientos, expuestos en *El Estado y la Revolución*, de que cualquier ciudadano podría ser capaz de dirigir los asuntos políticos y económicos. «Los hombres prácticos saben perfectamente», declaraba, «que esto no es más que un cuento»<sup>70</sup>.

A comienzos de 1921, la alarma de Lenin ante la revitalización de las tendencias sindicalistas entre los obreros e intelectuales de su propio partido era lo suficientemente grande como para empezar una nueva serie de medidas para aplastarlas. Así, suprimió de la circulación los trabajos de Ferdinand Pelloutier (la sobresaliente figura del movimiento sindicalista francés), y ciertos escritos de Bakunin y Kropotkin. Kropotkin, símbolo viviente de las ideas libertarias, era todavía el centro de una gran corriente de simpatía y admiración en toda Rusia. El había llegado a creer, como le había dicho a Emma Goldman en 1920, que el sindicalismo podría crear los cimientos para la reconstrucción de la economía rusa<sup>71</sup>.

Kropotkin no había sido molestado personalmente durante las persecuciones de anarquistas de Moscú en 1918, pero en el verano de ese mismo año tuvo que trasladarse a una modesta casa de madera de Dmítrov, a unas cuarenta millas al norte de la capital. Allí pasaba la mayor parte de su tiempo escribiendo un libro sobre ética (que nunca llegó a terminar)<sup>72</sup>, y recibiendo a una

interminable y constante corriente de amigos y visitas, entre ellos a Volin, Maksímov, Emma Goldman y Aleksandr Berkman. Kropotkin se encontraba completamente irritado ante los métodos autoritarios del gobierno soviético, se opuso en su momento a la disolución de la Asamblea Constituyente, como ahora a las prácticas terroristas de la Cheka; para él, la dictadura de partido impuesta por los bolcheviques era idéntica al «intento jacobino de Babeuf»<sup>73</sup>. Sin embargo, en una carta abierta a los trabajadores de Europa Occidental les pidió que actuasen sobre sus gobiernos para terminar con el bloqueo a Rusia y con su intervención en la Guerra Civil. «No es que no tengamos nada que oponer a los métodos bolcheviques», insistía Kropotkin. «¡Lejos de ello! Lo que ocurre es que la intervención armada del exterior refuerza inevitablemente las tendencias dictatoriales del gobierno y paraliza los esfuerzos de los rusos que quieren colaborar en la restauración de la vida de su país, con independencia del gobierno.»<sup>74</sup>

Un año antes de hacer estas declaraciones, en mayo de 1919, Kropotkin se había reunido con Lenin para discutir sobre sus diferencias. La discusión prosiguió posteriormente en una breve correspondencia, en la que Kropotkin mantuvo su ataque al régimen bolchevique. «Rusia se ha convertido sólo nominalmente en una República Revolucionaria», escribía a Lenin en marzo de 1920. «En la situación actual, el país no está dirigido por los soviets, sino por los comités del partido... Y si esta situación se prolonga demasiado, la misma palabra 'socialismo' llegará a convertirse en un anatema, exactamente igual que ha ocurrido con la palabra 'igualdad' durante cuarenta años tras la subida al poder de los jacobinos.»<sup>75</sup> Sin embargo, Kropotkin no había llegado a perder todas sus esperanzas. «Creo profundamente en el futuro», afirmaba en mayo de 1920. «Creo que el movimiento sindicalista será la gran fuerza de los próximos cincuenta años, la fuerza capaz de imponer la sociedad comunista y sin Estado.»<sup>76</sup>

En enero de 1921, Kropotkin, próximo ya a los ochenta años de edad, cayó mortalmente enfermo con una

neumonía. Su viejo discípulo, el Dr. Aleksandr Atabekián, que había fundado treinta años atrás la Biblioteca Anarquista en Ginebra, acudió junto al lecho de muerte de su maestro<sup>77</sup>. Kropotkin moría tres semanas después, el 8 de febrero de 1921. Su familia no aceptó la propuesta de Lenin de hacerle un panteón estatal, y para arreglar sus honras fúnebres se estableció un comité de anarco-sindicalistas y anarco-comunistas, momentáneamente unidos por la muerte de su gran maestro<sup>78</sup>. Lev Kámenev, presidente del Soviet de Moscú, permitió a Arón Barón y a otros anarquistas presos que saliesen un día de la cárcel para tomar parte en la procesión. Desafiando el duro frío del invierno de Moscú, veinte mil personas marcharon hasta el Monasterio Novodévichii, el cementerio de los antepasados de Kropotkin. Los manifestantes llevaban pancartas y banderas negras en las que podían leerse peticiones de liberación de todos los anarquistas presos e inscripciones como «Donde hay autoridad no hay libertad» y «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», mientras un coro cantaba «Memoria eterna». Cuando la procesión pasó por delante de la prisión Butyrki, los presos golpearon los barrotes de las ventanas y entonaron un himno anarquista a la muerte. Emma Goldman pronunció un discurso, y los trabajadores y los estudiantes llenaron su tumba de flores<sup>79</sup>.

La casa de nacimiento de Kropotkin, una enorme mansión del viejo barrio aristocrático de Moscú, fue puesta a disposición de su esposa y de sus camaradas para que la pudiesen convertir en un museo con sus libros, documentos y pertenencias personales. Bajo la supervisión de un comité de intelectuales anarquistas, entre los que se contaban Nikolái Lebédév, Alekséi Solonóvich y el doctor Atabekián, el museo fue mantenido gracias a las contribuciones de amigos y admiradores de todo el mundo<sup>80</sup>.

La Guerra Civil Rusa había dejado al país sumido en el hambre, el caos industrial, la falta de recursos, las rencillas personales y la insatisfacción política. Todas estas circunstancias son las que explican la extrema tensión de

Moscú y Petrogrado en las primeras semanas de 1921, tensión que preludiaba la rebelión de Kronstadt, un acontecimiento que, como observó Lenin, «describía la realidad mejor que cualquier explicación»<sup>81</sup>.

A finales de febrero, estalló en las factorías más importantes de Petrogrado una repentina ola de huelgas. Por todas partes circulaban panfletos y proclamas, algunos de los cuales pedían pan y combustibles, la supresión de los «batallones de Trabajo» de Trotski, y la reaparición de soviets y comités de fábrica libres; otros reclamaban la libertad de palabra, la restauración de la Asamblea Constituyente, la supresión de la Cheka, y la liberación de los socialistas-revolucionarios, los anarquistas y otros presos políticos de las cárceles comunistas. Antes de que terminase el mes, habían empezado a unirse a las manifestaciones de los huelguistas de la capital delegaciones de marineros y trabajadores de la cercana base naval de Kronstadt, en la isla de Kotlin. Se celebraban ya concentraciones de solidaridad en el mismo Kronstadt, en la Plaza del Ancora —donde Bléijman había lanzado sus violentos discursos en los días de julio de 1917—, y a bordo del barco de guerra «Petropávlovsk», que estaba anclado en el puerto. La rebelión en la isla comenzó a principios de marzo, afectando también al cinturón industrial que la rodeaba. La rebelión se prolongó durante dos semanas, hasta que las tropas bolcheviques y los voluntarios cruzaron las aguas heladas del Golfo de Finlandia y aplastaron a los insurgentes<sup>82</sup>.

La historia del radicalismo de Kronstadt se remonta a la revolución de 1905. La revuelta de 1921, como los levantamientos de 1905 y 1917, fue un movimiento espontáneo, y no, como se ha dicho, tramado por anarquistas o por cualquier otro grupo o partido. Sus participantes fueron radicales de todas las procedencias —bolcheviques, socialistas-revolucionarios, anarquistas, y muchos otros sin filiación política específica. Todos los anarquistas que habían desempeñado un papel importante en Kronstadt en 1917, no se encontraban allí cuatro años más tarde: el marinero Zhelezniakov había muerto a manos del ejército de Denikin en 1919; Bléijman había

muerto en Moscú en 1920 o a comienzos de 1921, e Iarchuk se encontraba en Moscú con la mayor parte de sus camaradas, cuando no en prisión bajo la más estricta vigilancia de la Cheka.

Pero también es cierto que el espíritu anarquista, tan poderoso en 1917, aún no había desaparecido en absoluto de Kronstadt. En vísperas de la insurrección, los anarquistas distribuyeron panfletos entre los marineros y trabajadores, con consignas como «Donde hay autoridad no hay libertad», y ataques contra la «disciplina de hierro» y el «trabajo forzado» impuesto a los trabajadores por el régimen bolchevique. En los panfletos se exigían las ya familiares reivindicaciones anarquistas: el fin del trabajo obligatorio, la restauración del control obrero, la sustitución del Ejército Rojo por grupos guerrilleros autónomos, y el lanzamiento de una auténtica revolución social, que tendría que desembocar en una sociedad de comunas libres y sin Estado<sup>83</sup>. Pero además de esta propaganda directa, la influencia anarquista era evidente entre los insurgentes. Así, utilizando planteamientos verdaderamente anarquistas, los rebeldes se lamentaban de que Rusia hubiese caído bajo el control de «un pequeño grupo de burócratas comunistas», y clamaban por la destrucción de la «comisariocracia» creada por Lenin, Trotski y su equipo<sup>84</sup>. Los trabajadores, decían, no se habían liberado del capitalismo privado para convertirse en esclavos del capitalismo estatal<sup>85</sup>. «Todo el poder a los soviets», proclamaban los insurrectos, «pero no a los partidos»<sup>86</sup>. En el periódico rebelde se anunciaba que el levantamiento de Kronstadt era el comienzo de la «tercera revolución», destinada a proseguir hasta que el pueblo ruso se liberase completamente de sus nuevos amos: «Aquí, en Kronstadt, se ha puesto la primera piedra de la tercera revolución, y con ello se han roto los últimos grilletes de las masas laboriosas y se ha abierto una nueva y amplia vía para la creatividad socialista.»<sup>87</sup>

Los anarquistas, entusiasmados con el motín, jaleaban a Kronstadt como «la segunda Comuna de París»<sup>88</sup>. Incluso los grupos prosoviéticos, como los Universalistas y la Federación Pan-Rusa de Anarquistas de Karelin, veían

con júbilo los acontecimientos, y denunciaron al gobierno cuando éste decidió enviar tropas para aplastar a los insurgentes. Temiendo una sangría, Aleksandr Berkman y Emma Goldman, junto con otros dos de sus camaradas, pidieron a Zinóviev que les permitiese mediar en el conflicto<sup>89</sup>. Pero el gobierno no estaba dispuesto en ningún caso a llegar a un compromiso con los insurgentes. «Ha llegado el momento», declaraba Lenin en el Décimo Congreso del Partido, reunido mientras se producía el levantamiento, «de terminar con la oposición, de cerrarle la boca; ya hemos tenido bastante oposición»<sup>90</sup>.

Tras estas afirmaciones, la «oposición obrera» (a pesar de que sus miembros habían condenado, junto con sus compañeros comunistas, el levantamiento de Kronstadt) fue inmediatamente suprimida. Una nueva ola de detenciones políticas se abatió por todo el país. Los anarquistas fueron cercados en Petrogrado, Moscú, Kíev, Járkov, Ekaterinoslav y Odessa. Y los que habían salido de la cárcel en noviembre de 1920, con la desarticulación de la columna vertebral del movimiento, fueron nuevamente detenidos. La Cheka de Moscú detuvo a Maksímov y Iarchuk, secretario y tesorero, respectivamente, del Comité Ejecutivo Anarco-Sindicalista, enviándoles junto a sus colegas a la prisión de Taganka<sup>91</sup>. La mayoría de las librerías, imprentas y locales de reunión fueron clausurados<sup>92</sup>, y los escasos círculos anarquistas que aún persistían, deshechos. Incluso fueron suprimidos o encarcelados los seguidores pacifistas de Tolstói (un buen número de tolstoyanos ya habían sido ejecutados durante la Guerra Civil, por negarse a servir en el Ejército Rojo)<sup>93</sup>.

Alekséi Borovói tuvo que dimitir de su puesto en la Universidad de Moscú<sup>94</sup>. En noviembre de 1921, la policía irrumpía en el Club Universalista, antiguo centro del «anarco-sovietismo», y clausuraba su periódico. Dos de sus dirigentes, Vladímir Bármash y German Askárov, intelectuales destacados y miembros del Soviet de Moscú, fueron detenidos bajo la acusación de «banditaje y actividades clandestinas»<sup>95</sup>. Según Maksímov, a los Universalistas, que habían recibido con entusiasmo el levan-

tamiento de Kronstadt, les sucedió un grupo todavía más servil, llamado «Anarco-Biocosmistas», que decían apoyar incondicionalmente al Gobierno soviético y declaraban solemnemente sus intenciones de lanzar una revolución social «a escala interplanetaria, pero no sobre el territorio soviético»<sup>96</sup>.

La supresión de los anarquistas trajo consigo algunas consecuencias imprevistas. Al mismo tiempo que los bolcheviques llenaban de sindicalistas, Universalistas, *maj-nóvtsy*, y miembros de la Confederación *Nabat* las celdas de Butyrki y Taganka, se veían enzarzados en una dura competencia con la Internacional Socialista de Amsterdam por conseguir el apoyo de los sindicalistas de Europa Occidental y de América del Norte. En julio de 1921, los comunistas creaban la Internacional Sindical Roja (mejor conocida como Profintern), con la misión de apartar al movimiento laboral mundial de la Federación Sindical Internacional de Amsterdam. Pero los delegados extranjeros que asistían al congreso fundacional, en los que ya había causado malestar la liquidación del ejército de Majnó y la represión del levantamiento de Kronstadt, acogieron con gran insatisfacción la nueva ola de detenciones de los anarquistas. S. A. Lozovskii, presidente de la Profintern, Chicherin, Ministro de Asuntos Exteriores, y el mismo Lenin aseguraron repetidas veces a todos los asistentes que no estaba persiguiendo en absoluto a los «anarquistas ideológicos». Sin embargo, Goldman, Berkman y Aleksandr Shapiro lograron convencer a algunos sindicalistas europeos para que enviaran representantes a interesarse ante el mismo Lenin por la suerte de sus camaradas anarquistas<sup>97</sup>. Otros delegados de la Profintern enviaron una protesta contra Feliks Dzerzhinskii, jefe de la Cheka<sup>98</sup>. Para dramatizar aún más su situación, los anarquistas presos en la Taganka —Maksímov, Volin, Iarchuk, Bármarsh y Mráchnyi, entre otros—, comenzaron una huelga de hambre de once días, mientras la Profintern estaba reunida<sup>99</sup>.

En septiembre de 1921 se produjo otro acontecimiento que vino a sumarse a la embarazosa situación del gobierno: la Cheka ejecutó al poeta anarquista Lev Chór-

nyi, y a Fanya Barón. Chórnyi había trabajado en la Guardia Negra de Moscú y era militante de los Anarquistas Clandestinos, grupo responsable del atentado contra los locales del partido del callejón Leóntiev, en 1919, aunque él no había tenido ninguna participación en este incidente. Por su parte, Fanya Barón jamás se había visto implicada en actividades terroristas de ningún tipo<sup>100</sup>. Emma Goldman se sintió tan afectada por las ejecuciones que estuvo considerando la posibilidad de montar una escena al estilo de las sufragistas inglesas, encadenándose en medio del salón donde se reunía el Tercer Congreso de la Comintern, y gritando su protesta a los delegados; pero fue disuadida de esta idea por sus amigos rusos<sup>101</sup>.

Ante la protesta interior y exterior, Lenin decidió adoptar una actitud más prudente. Ese mismo mes puso en libertad a los anarquistas más conocidos que no habían destacado por su oposición violenta al gobierno bolchevique, a condición de que abandonasen inmediatamente el país. Maksímov, Volin, Mráchnyi, Iarchuk y algunos otros salieron para Berlín en enero de 1922<sup>102</sup>. Mientras tanto, Emma Goldman, Aleksandr Berkman y Sania Shapiro, profundamente descorazonados por el giro de la revolución, también empezaron a hacerse a la idea de abandonar Rusia. «Son grises los días que pasan», recordaba Berkman en su diario. «Una a una, han ido muriendo todas nuestras esperanzas. El terror y el despotismo han acabado con la vida que nació en octubre. Todas las consignas de la revolución han sido abandonadas, sus ideales se han esfumado en la sangre del pueblo. El respiro que se nos pedía ayer está llevando a millones de compatriotas a la muerte; todo el país está ensombrecido por un palió negro. La dictadura aplasta a las masas. La revolución está muerta; su espíritu aúlla por la estepa... Por mi parte he decidido abandonar Rusia.»<sup>103</sup>

¿Dónde están los que han de venir a servir a las masas, no a utilizarlas para sus propias ambiciones?

PIOTR KROPOTKIN

Al producirse la revuelta de Kronstadt, los bolcheviques habían establecido la Nueva Política Económica, que puso fin a las requisaciones obligatorias de grano y relajó los controles del gobierno sobre la agricultura, la industria y el comercio. El propósito de Lenin era el de conceder al destrozado y exhausto país un «momento de respiro», para evitar que se produjeran nuevos levantamientos como el de Kronstadt. Sin embargo, no se tomó ningún acuerdo de respetar a la oposición política. Por el contrario, se lanzó una campaña para exterminar todos los restos de disidencia política. Los anarquistas que habían conseguido escapar a la Cheka eran ahora atrapados y conducidos ante los Tribunales Revolucionarios, con los que se enfrentaban con la misma actitud desafiante que habían empleado frente a las cortes de Stolypin después de la rebelión de 1905. En 1922, en Petrogrado, uno de los acusados calificó a su juicio de farsa y se negó a responder a sus inquisidores. Los bolcheviques, declaró, habían vuelto sus armas contra los más bravos defensores de la revolución porque, al igual que todos los tiranos, tenían verdadero pánico de la crí-

tica. «Pero nosotros no os tememos, ni a vosotros ni a vuestros verdugos... La justicia soviética puede acabar con nosotros, pero nunca podrá acabar con nuestros ideales. Moriremos como anarquistas, no como bandidos.»<sup>1</sup>

Los anarquistas presos en las cárceles de Moscú, Petrogrado y otras ciudades fueron enviados a campos de concentración cercanos a Arjángelsk, en las zonas heladas del norte, o a «aisladores políticos» esparcidos por todo el país. Los informes que llegaban a Occidente describían las severas condiciones a que se les sometía: un frío extremo, falta de comida adecuada, trabajos pesados, y los fantasmas del escorbuto y el agotamiento. Las cartas de familiares y camaradas eran lo único que les permitía mantener un rayo de esperanza. Uno de los presos del «aislador político» de Jaroslavl, quebrantada ya su salud por la tuberculosis, escribía: «me siento y sueño con la libertad»<sup>2</sup>. Los antiguos monasterios de la ciudad de Súzdal y de las islas Solovétskii, en el Mar Blanco, se habían convertido en cárceles que albergaban a centenares de presos políticos, cuyas únicas armas de protesta eran las manifestaciones en el interior de estas prisiones, y las huelgas de hambre para protestar por su confinamiento. Algunos llegaban al máximo grado de desesperación y decidían inmolarse, siguiendo el ejemplo de los Antiguos Creyentes que, doscientos cincuenta años antes, se convertían en antorchas humanas mientras se atrincheraban en el Monasterio Solovétskii. A mediados de 1920 se retiró a los anarquistas de Solovétskii y se les esparció por todas las cárceles de la Cheka en los montes Urales, o se les deportó a las colonias de castigo en Siberia<sup>3</sup>.

Los anarquistas que consiguieron escapar de Rusia organizaron rápidamente comités de ayuda a sus camaradas presos. A este trabajo se dedicaron con toda energía Berkman, Goldman, Shapiro, Volin, Mráchnyi, Maksimov, Yelenski y Senia y Mollie Fleshin. Entre las actividades de sus organizaciones —en especial el Comité Conjunto para la Defensa de los Revolucionarios Presos en Rusia (Berlín 1923-1926), el Fondo de Ayuda de la

Asociación Internacional de Trabajadores para los Anarquistas Presos o Deportados en Rusia (Berlín y París 1926-1932), y el Fondo de Ayuda Aleksandr Berkman, que funciona en Chicago hasta la actualidad—, estaba la distribución de cartas y dossiers de los presos anarquistas, con sus nombres, y anotaciones terribles tales como «caído en Butyrki», «repetidas huelgas de hambre», «muerto en prisión», «ejecutado por la Cheka de Kíev», «caído por resistirse a ser alimentado a la fuerza», y «paradero desconocido»<sup>4</sup>. Los emigrados no escatimaban esfuerzos para mantener una corriente constante de ayuda y de mensajes de ánimo para sus hermanos rusos. Su éxito a la hora de aliviar el hambre, el cansancio y la desesperación de los presos fue bastante considerable, si se tienen en cuenta las restricciones impuestas por el gobierno soviético a toda clase de actividades de socorro. En palabras de quienes los recibían, sus cartas y paquetes eran «un regalo de Dios», «un soplo de aire fresco en medio de la atmósfera fétida en que agonizaban»<sup>5</sup>. Los esfuerzos y gastos que suponía organizar concentraciones de protesta, recaudar fondos, publicar boletines, escribir cartas, enviar paquetes, y las demás actividades, no dejó de cobrarse su parte en los viejos anarquistas de Occidente, destruyendo su fortaleza física y manteniéndoles en una constante pobreza. «Muchas veces pienso que nosotros, los revolucionarios, somos como el sistema capitalista», observaba Emma Goldman, que trabajaba incansablemente en esta actividad de ayuda. «Sacamos de los hombres y mujeres lo mejor que poseen, y después nos quedamos tan tranquilos viendo cómo terminan sus días en el abandono y la soledad.»<sup>6</sup>

Pero mientras tanto, la muerte iba silenciando a la vieja guardia del movimiento. Vladímir Zabrézhnev, el antiguo kropotkiniano que se había unido al Partido Comunista después de la Revolución de Octubre, murió en Moscú en 1920, donde era secretario del periódico gubernamental *Izvéstia*<sup>7</sup>. Unos meses más tarde sucumbía I. S. Bléijman, víctima de una afección de pulmón que se le había agravado seriamente durante un período de trabajos forzados en una prisión bolchevique<sup>8</sup>. A la

muerte de Kropotkin en febrero de 1921 siguió la de su discípulo Ongiani, en su tierra natal, el Cáucaso<sup>9</sup>. Varlaam Cherkézov, otro georgiano, íntimo colaborador de Kropotkin en los primeros años del movimiento, regresó a Londres, donde murió en 1925, a los ochenta años de edad<sup>10</sup>. En 1926 moría Waclaw Machajski de un ataque de corazón en Moscú<sup>11</sup>, y Apollón Karelin murió también de una hemorragia cerebral, después de asistir a la desmembración de su Federación Pan-Rusa de Anarquistas y a la detención y deportación de sus mejores discípulos, Jarjardin, Solonóvich y Judolói<sup>12</sup>.

Esta oscura crónica de prisiones, deportaciones y muertes sólo ocasionalmente se vio iluminada por acontecimientos de signo favorable. Olga Taratuta, maltratada por sus carceleros en Butyrki, asediada por el escorbuto en el «aislador-político» de Oriol y deportada finalmente a Siberia, fue puesta repentinamente en libertad, permitiéndosele volver a Kíev<sup>13</sup>. Cierta número de antiguos «anarco-soviéticos» —karelinistas, universalistas y anarco-sindicalistas—, fueron sacados de las prisiones y puestos bajo vigilancia policial. En 1924 se permitió a Abba Gordin, líder de los universalistas, emigrar a los Estados Unidos. Su hermano, V. L. Gordin, aunque se había pasado al bolchevismo, fue detenido en 1925 y encerrado en un hospital psiquiátrico<sup>14</sup>. Según fuentes dignas de crédito, pudo llegar a América donde se convirtió, *mirabile dictu*, en misionero protestante (los Gordin eran hijos de un rabino)<sup>15</sup>.

Durante el período de la NEP se toleró una cierta actividad anarquista de carácter pacífico. La casa editorial *Golos Trudá* permaneció abierta, publicando varias obras de Bakunin (un proyecto ya comenzado en 1919), obras nuevas, entre ellas una valiosa colección de recuerdos anarquistas que fueron editados por Alekséi Borovói<sup>16</sup>. Al mismo tiempo, Borovói y sus colegas del Comité del Museo Kropotkin pudieron proseguir su trabajo sin sufrir ninguna molestia por parte de las autoridades. En 1927, estos y otros prominentes anarquistas (Rogdáev, Bármash, Askárov y Lídiia Gogéliia entre ellos), con el aparente consentimiento del Soviet de Moscú, hi-

cieron una protesta pública por la ejecución de Sacco y Vanzetti, una causa célebre para los radicales y libertarios de todo el mundo <sup>17</sup>.

Los restos del movimiento en el exilio, de pequeños grupos de hombres y mujeres ya viejos y descorazonados, esparcidos por Europa y América, conservaron la amargura de haber visto cómo la Revolución Rusa se transformaba exactamente en lo contrario de lo que habían esperado; a lo sumo, el único consuelo que pudo quedarles, como señaló recientemente un joven estudiante con simpatías hacia el anarquismo, era el de que su gran precursor Bakunin, al analizar medio siglo antes el socialismo marxista, lo había profetizado todo claramente <sup>18</sup>. «El prolongado período de 'construcción del socialismo'», declaraba la Federación de Grupos Anarco-Comunistas Rusos de los Estados Unidos y Canadá, «justifica por completo la afirmación de Bakunin de que el socialismo sin libertad se convierte en esclavitud y barbarie» <sup>19</sup>. En Berlín y París, en Nueva York y Buenos Aires, los supervivientes del naufragio continuaban atacando fieramente a la dictadura bolchevique. Acusaban a Lenin de ser «el Torquemada, Loyola, Maquiavelo y Robespierre de la Revolución rusa», y condenaban su partido como un grupo de «nuevos reyes» que aplastaban bajo su bota la bandera de la libertad <sup>20</sup>. Para ellos, la NEP era una cínica maniobra destinada a restaurar el sistema burgués, un compromiso reaccionario con los capitalistas, con los especialistas técnicos y con el campesinado rico. Los expatriados se comprometían a no abandonar jamás la lucha para derribar «el yugo del partido comunista estatista..., el yugo de la intelectualidad y de la burguesía»; no descansarían hasta que tanto «el capitalismo privado como el capitalismo de estado» fuesen reducidos a cenizas, sustituidos por los comités de fábrica y los soviets libres, las organizaciones de base que habían sido liquidadas por los bolcheviques después de la Revolución de octubre <sup>21</sup>. «Continuemos la lucha», proclamaba Grigori Maksimov, «nuestro slogan será 'La revolución ha muerto. ¡Viva la revolución!'» <sup>22</sup>

A pesar de que las diversas facciones anarquistas de la emigración criticaban al régimen soviético en términos muy parecidos, y cooperaban generalmente entre sí en la actividad de ayuda, también continuaron subsistiendo las viejas divisiones. Al llegar a Berlín, principal centro de los exiliados en los primeros años veinte, Arshinov y Volin, de la Confederación *Nabat*, fundaron una revista mensual llamada *Anarjicheskii Véstnik* (El Herald Anarquista) <sup>23</sup>, mientras los sindicalistas, dirigidos por Maksimov, Iarchuk y Shapiro, lanzaban su propio periódico, *Rabochii Put* (La Vía Obrera), en la imprenta del periódico alemán *Der Syndikalist*. Y, sin embargo, ambos grupos reconocían que, a menos que fuesen capaces de remediar la desorganización que habían padecido desde el principio, los anarquistas no podrían albergar demasiadas esperanzas de sobrevivir como movimiento, y mucho menos de solventar los complejos problemas sociales que afectaban al siglo XX. Aunque a regañadientes, muchos de ellos admitían la certeza de la afirmación de Rádek, según el cual el romanticismo de los anarquistas y su hostilidad instintiva hacia toda organización les impedía hacer frente a las realidades de la sociedad industrial contemporánea, con su población creciente y su complicada división del trabajo, y les predestinaba al fracaso y la derrota <sup>24</sup>.

Los anarco-sindicalistas eran particularmente sensibles a esta clase de afirmaciones, ya que habían estado siempre orgullosos de su enfoque moderno y adecuado de la realidad: frente al quijotismo anarco-comunista, insistían, ellos no trataban de volver a una época pasada de primitivas comunas agrícolas, sino que buscaban una sociedad industrial descentralizada, en la que estuviesen incorporados los últimos avances de la ciencia y la técnica. Reconociendo penosamente que su movimiento no había alcanzado en Rusia una organización efectiva <sup>25</sup>, los sindicalistas exiliados decidieron unir sus fuerzas con sus colegas de otras naciones y ofrecer una alternativa a las internacionales obreras orientadas desde Moscú y Amsterdam. En diciembre de 1922 y enero de 1923, los anarco-sindicalistas de una docena de países (incluyendo

los expatriados rusos) se reunieron en Berlín y fundaron una nueva internacional obrera, a la que denominaron Asociación Internacional de Trabajadores, proclamando que era la auténtica sucesora de la del mismo nombre de 1864-1876.

El congreso fundacional de la Internacional «anarco-sindicalista», como se denominaba normalmente a la IWMA, había centrado su atención sobre el significado de la Revolución bolchevique para los trabajadores. Los delegados la consideraban un acontecimiento de enorme importancia, porque había puesto completamente de manifiesto las profundas diferencias existentes entre el socialismo de estado, que conduce inevitablemente al sojuzgamiento de la clase obrera, y el sindicalismo revolucionario, que preserva la libertad y la auto-confianza de las masas. Así, orgullosos de su pasado libertario, los sindicalistas se comprometieron a mantener constantemente su fidelidad a la consigna de la Primera Internacional: «LA EMANCIPACION DE LA CLASE OBRERA HA DE SER OBRA DE LOS TRABAJADORES MISMOS.»<sup>26</sup> Convocaron a los obreros de todo el mundo a luchar constantemente por mejorar su situación, aunque fuese dentro de la vigente estructura capitalista, hasta que la situación estuviese madura para lanzar una «huelga general insurreccional». Esta sería la señal de la revolución social que barrería el orden burgués e inauguraría una sociedad libre, organizada «de abajo arriba» y «no triturada por el Estado, el ejército, la policía, o los explotadores y opresores de cualquier clase». El Estado centralizado quedaría abolido en beneficio de un «sistema libre de consejos», vinculados entre sí por una Confederación General del Trabajo. «El gobierno de los hombres», afirmaba la plataforma de la Internacional Anarco-Sindicalista, haciéndose eco de Saint-Simon y de Engels, sería sustituido por «la administración de las cosas». En cuanto al Estado, tanto si era una democracia constitucional como una dictadura proletaria o cualquier otra fórmula, «siempre sería el creador de nuevos monopolios y de nuevos privilegios: nunca podría ser un instrumento de liberación»<sup>27</sup>.

Aleksandr Shapiro y Grigorii Maksímov desempeñaron importantes papeles en la constitución de la Internacional de Berlín, pero su guía espiritual y su dirigente durante muchos años fue Rudolf Rocker, antiguo jefe de la Federación Anarquista de Londres. En 1932, amenazados por la creciente influencia del partido nazi, la Internacional se trasladó a Amsterdam, y cuatro años más tarde se trasladaron nuevamente, esta vez a Madrid, escenario de la Guerra Civil Española, donde la confederación sindicalista (CNT) desempeñaba un papel de gran importancia. La victoria de Franco obligó a los sindicalistas a trasladar en 1939 su cuartel general a Estocolmo. Desde allí se mantuvo viva la llama de la IWMA, apoyada por la central sindicalista Sverige Arbetares, hasta su traslado final a Toulouse después de la II Guerra Mundial, donde todavía sobrevive, más de cuarenta años después de su fundación.

En la rama anarco-comunista del movimiento, el abogado más sobresaliente de la reforma organizativa fue Piotr Arshínov. Al llegar a Berlín en 1922, fundó el Grupo de Anarco-Comunistas Rusos en el Exterior, que se trasladó a París tres años más tarde y empezó a publicar su propio periódico, *Delo Trudá* (La Causa del Trabajo). Arshínov atribuía la caída del anarquismo ruso a su perpetuo estado de caos. La única esperanza de revitalización del movimiento residía, según la «Plataforma Organizativa» editada por *Delo Trudá* en 1926, en la constitución de una Unión General de Anarquistas, con un comité ejecutivo capaz de coordinar la línea política y la acción<sup>28</sup>. El apoyo más fuerte a este plan provino del viejo compañero de cárcel y alumno de Arshínov, Néstor Majnó, que también vivía en París, convertido en un hombre lleno de amarguras y destrozado, para quien el alcohol era el único escape que le quedaba frente al mundo extraño en que había tenido que refugiarse. «Néstor es un hombre enfermo», escribía Aleksandr Berkman en 1926, «y sin embargo se ve obligado a trabajar duramente y con salario miserable que ni siquiera le permite vivir con su mujer y su hijo, a pesar de que su mu-

jer también trabaja. Lo mismo ocurre con los demás. Esto es un infierno»<sup>29</sup>.

Majno, como ya se ha dicho, fue el único anarquista destacado que suscribió abiertamente la Plataforma Organizativa. Volin, que rompió con Arshínov por esta causa, publicó, junto con Senia Fleshin y algunos otros disidentes, una dañina respuesta al año siguiente. Arshínov y sus seguidores, argumentaron, exageraban burdamente los defectos organizativos del movimiento. Pedir el establecimiento de un comité central no sólo chocaba con los principios básicos del anarquismo, sino que era también un reflejo del «espíritu de partido» que aún conservaba su líder (los oponentes de Arshínov no se olvidaron de señalar que éste había militado en las filas del bolchevismo antes de hacerse anarquista en 1906). Lo que el grupo *Delo Trudá* pretendía, en fin, era formar un *partido* anarquista, cuya misión sería la de dirigir a las masas, en vez de ayudarlas a preparar su propia revolución<sup>30</sup>. «Es una lástima», escribía Mollie Fleshin, «que el espíritu de la 'plataforma' esté influido por la idea de que las MASAS DEBEN SER DIRIGIDAS POLITICAMENTE durante la revolución. Ahí es, precisamente, donde comienzan todos los males... y el resto no es más que una consecuencia de esta idea. Un Partido Obrero Anarco Comunista, un ejército, un sistema de defensa de la revolución que llevará inevitablemente a la creación de un aparato policial, con investigadores, prisiones y jueces, es decir, a la CHEKA»<sup>31</sup>.

Arshínov respondió a estos ataques acusando a «Volin y cía», de conducir a los anarquistas a otra disputa estéril, e insistía en que sus ideas no chocaban, ni siquiera remotamente, con los principios anarquistas, en la medida en que se trataba de evitar conscientemente toda norma obligatoria y en que se seguía manteniendo una estructura organizativa descentralizada<sup>32</sup>. En defensa de su compañero, Majno llegó a sugerir que Volin, que había caído en manos de los rojos en 1919 mientras formaba parte del Ejército Insurgente de Ucrania, en realidad no había sido hecho prisionero, como se pensaba generalmente, sino que se había pasado a los comu-

nistas<sup>33</sup>. Por si fuera poco, esta acusación de Majno abrió el fuego de Aleksandr Berkman, Emma Goldman y Errico Malatesta, que a partir de ese momento se unieron a los que criticaban la Plataforma Organizativa<sup>34</sup>. En una carta al historiador anarquista, Max Nettlau, Berkman atacaba a Majno, señalando que poseía un temperamento «militarista» y que se encontraba completamente en manos de Arshínov. En cuanto a Arshínov, decía que «su carácter es enteramente bolchevique»; «tiene un carácter dominante, arbitrario y tiránico. Todo ello arroja alguna nueva luz también sobre el programa organizativo». «Lo lamentable», señalaba Berkman, «es que muchos de los nuestros nunca entenderán exactamente que los *métodos* bolcheviques no pueden conducir a la libertad, porque esos métodos y sus efectos son esencialmente idénticos»<sup>35</sup>. En 1930, los oponentes de Arshínov, que habían calificado su plataforma de «desviación anarco-bolchevique» y que le habían acusado constantemente de propagar el «anarquismo de partido», se sintieron completamente justificados en sus posiciones cuando Arshínov regresó a la Unión Soviética y volvió a ingresar en el partido que había abandonado un cuarto de siglo antes para pasarse al anarquismo. Poco después, su periódico, *Delo Trudá*, era trasladado a los Estados Unidos, y Grigori Maksimov se convertía en su nuevo director<sup>36</sup>.

Una vez más, los anarquistas demostraron su incapacidad congénita para subordinar sus diferencias personales al buen desarrollo del movimiento. Incluso en la misma Rusia, donde sólo quedaban en libertad un puñado de anarquistas, surgieron agrias polémicas en el seno del Comité del Museo Kropotkin. «De nuevo vuelven a producirse conflictos entre dos grupos de camaradas», escribía la viuda de Kropotkin a Max Nettlau en 1928. «Ambos tratan de hacerse con la dirección del Museo, y sin embargo ninguno de ellos ha participado en la construcción de la institución. Confío en que mientras yo viva, nadie se hará con su control, pero habrá que hacer algo para asegurar la subsistencia del Museo cuando yo no esté allí.»<sup>37</sup> Los conflictos parecían interminables. Berk-

man describía su profunda desesperanza en una carta dirigida a Mollie y Senia Fleshin: «Es terrible que nuestro movimiento vaya degenerando por todas partes en una ciénaga de miserables querellas personales, de acusaciones y ataques. Es una situación de pudrimiento que viene produciéndose hace ya algún tiempo, en especial en los dos últimos años». Emma Goldman añadía un postscriptum: «Queridos hijos. Estoy completamente de acuerdo con Sasha. El veneno de las insinuaciones, de los cargos, de las acusaciones en nuestras filas me ha enfermado el corazón. Si esta situación no cambia, no podemos albergar la más mínima esperanza de revitalización de nuestro movimiento.»<sup>38</sup>

A finales de los años veinte, Stalin inauguraba una nueva era de totalitarismo en Rusia. La pequeña actividad que aún se había tolerado a los anarquistas durante el período de la NEP, terminó brusca y violentamente. En 1929, al comienzo de una nueva ola masiva de detenciones, fueron clausuradas todas las librerías de *Golos Trudá* en Leningrado y Moscú. Los anarquistas, que ya habían sufrido grandes condenas a trabajos forzados, fueron deportados una vez más a Siberia o a otras zonas remotas. En unos cuantos años, Atabekían, Askárov, Bármash, Borovói y muchos otros de sus camaradas, perecieron en la prisión o en el destierro<sup>39</sup>. Según Serge, un tal Físhelev —muy probablemente Maksim Raévskii, el conocido sindicalista y antiguo director de *Burevéstnik* y *Golos Trudá*—, fue detenido por publicar la plataforma trotskista de oposición<sup>40</sup>. Sin embargo, parece que Raévskii fue puesto en libertad, ya que las noticias que llegaron posteriormente de él señalaban que había muerto en Moscú en 1931, sentado sobre su escritorio, de un ataque al corazón<sup>41</sup>. Nikolái Rogdáev, viejo compañero de Raévskii y codirector con él de *Burevéstnik*, moría en Tashkent un año después; desterrado después de cumplir una larga condena en el «aislador-político» de Súzdal, había muerto de una hemorragia cerebral «en una calle llamada, por irónica coincidencia, Sacco-Vanzetti»<sup>42</sup>.

Los «anarco-soviéticos», que habían continuado en sus puestos gubernamentales durante el período de la NEP, se iban desilusionando progresivamente ante la política del nuevo régimen. Para Daníl Novomírskii, que se había pasado a las filas del partido en 1919, la NEP se había convertido en una retirada imperdonable de los objetivos de la revolución. Por ello, devolvió su carnet del partido, y buscó refugio en la vida académica, en la que se convirtió en un colaborador regular de la *Gran Enciclopedia Soviética*<sup>43</sup>. German Sandomírskii, aunque continuó trabajando en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante los primeros años de la NEP, se pasó también al mundo académico, editando una colección de documentos de la Conferencia de Ginebra de 1922 y escribiendo además un largo estudio sobre el fascismo italiano<sup>44</sup>. Posteriormente, se fue dedicando cada vez más al Museo Kropotkin. Aunque la GPU no le molestó en 1929, todos estos antiguos anarquistas eran hombres marcados, y en 1936 Novomírskii y su esposa cayeron víctimas de la gran purga y fueron deportados al oscuro mundo de los campos de concentración siberianos, mientras Sandomírskii y Bill Shátov, a pesar de los leales servicios prestados al gobierno, eran también deportados a Siberia, donde se cree que fueron ejecutados<sup>45</sup>.

El líder sindicalista, Efim Iarchuk, que había abandonado Rusia en 1922, cambió después de punto de vista y solicitó permiso para volver a su país. Con la ayuda de Bujarin obtuvo el permiso en 1925, integrándose en el partido comunista<sup>46</sup>. Iarchuk y Piotr Arshínov, que siguió su camino cinco años después, desaparecieron también en la purga. Arón Barón, tras dieciocho años en la cárcel y la deportación, fue puesto inesperadamente en libertad en 1938 pero, una vez establecido en Járkov, la policía volvió a detenerle y ya no se supo nada más de él<sup>47</sup>. Finalmente, Iuda Roschín, amargado por la subida de Stalin al poder, escapó probablemente a la última purga porque murió de muerte natural un poco antes de que ésta comenzase<sup>48</sup>. La interminable cadena de arrestos y deportaciones fue privando al Museo Kropotkin de los pocos miembros que se dedicaban a su man-

tenimiento, y las autoridades soviéticas lo clausuraron poco después de la muerte de la viuda, en 1938<sup>49</sup>.

Al mismo tiempo, el movimiento iba agonizando también en el exilio. Los semanarios anarquistas se convertían en mensuales, los mensuales en cuatrimestrales, sus páginas aparecían repletas a menudo de artículos escritos varias décadas antes por Bakunin, Kropotkin y Malatesta. Los viejos anarquistas continuaron celebrando el nacimiento de Bakunin y la Comuna de París de 1871. Exaltaban a los mártires de Chicago, el aniversario de la muerte de Kropotkin y la ejecución de Sacco y Vanzetti; denunciaban a Stalin y su sangrienta política, atacaban ferozmente a Hitler y al fascismo, pero consideraban «absolutamente imposible» la participación en los Frentes Populares de los comunistas y los socialistas<sup>50</sup>. Durante algún tiempo, todas sus esperanzas estuvieron depositadas en el dramático papel de los anarquistas en la Guerra Civil Española, confiando en que éstos ganasen y la situación diese un giro<sup>51</sup>. Pero la derrota de la izquierda en España fue la última campanada para el movimiento. Después quedaron ya muy pocas cosas, aparte de la desesperación.

Los supervivientes iban viendo morir uno a uno a todos sus viejos amigos. María Goldsmit-Korn, que había permanecido en París cuando sus camaradas volvieron a Rusia en 1917, se envenenó quince años más tarde, en pleno ataque depresivo provocado por la muerte de su madre<sup>52</sup>. «La vieja guardia está desapareciendo», escribía Berkman lleno de abatimiento en 1935, «y no parece que la joven generación vaya a tomar el relevo, o al menos a realizar la ingente tarea que hay que proponerse si el mundo quiere ver un tiempo mejor»<sup>53</sup>. El mismo Berkman se pegaba un tiro al año siguiente en Niza<sup>54</sup>. Emma Goldman murió en Toronto mientras daba un ciclo de conferencias. Su cuerpo fue trasladado a Chicago y enterrado en el cementerio Waldheim, cerca de las tumbas de los mártires de Haymarket Square<sup>55</sup>.

Volin, Shapiro y Maksimov vivieron la guerra destrazados por la muerte de sus camaradas en Rusia y Occi-

dente. En septiembre de 1945, Volin moría de tuberculosis en París. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas enterradas en el cementerio de Père-Lachaise, no lejos de la tumba de Néstor Majnó, que había muerto de la misma enfermedad diez años antes<sup>56</sup>. Sania Shapiro, después de dirigir durante algunos años la revista anarquista parisina *La Voix du Peuple*, emigró a Nueva York, donde murió de un fallo cardíaco en 1946<sup>57</sup>. «Uno tras otro, están desapareciendo los mejores cerebros del movimiento», escribía Mollie Fleshin tras la muerte de Shapiro, «y aunque no quiero caer en el pesimismo, tengo la impresión de que es el mismo movimiento el que está desapareciendo...»<sup>58</sup>

Grigori Maksimov había salido de Berlín para París en 1924, y llegó a los Estados Unidos el año siguiente. Se estableció en Chicago, donde trabajaba durante el día como empapelador y por las tardes dirigía *Golos Trúzhbenika* (La Voz de los Trabajadores), periódico en ruso editado por la IWW que apareció hasta 1927. Cuando Piotr Arshinov regresó a Rusia, Maksimov asumió la dirección de *Delo Trudá*, cuyo cuartel general fue trasladado de París a Chicago. Bajo su supervisión, *Delo Trudá* se convirtió rápidamente en el periódico más importante de los emigrados rusos, pro-sindicalista en su orientación, pero abierto a las colaboraciones de anarquistas de todas clases, siguiendo la tradición establecida en París por *Burevéstnik*, y en Nueva York por *Golos Trudá* entre las Revoluciones de 1905 y 1917.

Maksimov hizo un nuevo intento de reconciliar las diferencias entre anarco-comunistas y anarco-sindicalistas, con la conciencia de que las disputas estaban provocadas más por cuestiones de temperamento y de personalidad que por razones doctrinales. Su propio «credo social», publicado en 1933, era una amalgama de las dos tradiciones, muy próximo a la variedad pro-sindicalista del anarco-comunismo de Kropotkin y su escuela. Tal como concebía Maksimov la sociedad ideal del futuro, las cooperativas agrícolas servirían como formas de transición durante el período de evolución gradual hacia el comunismo (Maksimov atacaba duramente los métodos

brutales utilizados por Stalin para la colectivización del campo soviético), a la vez que la dirección del proceso industrial se pondría en manos de los comités de fábrica y de las federaciones sindicales. Con el tiempo, el horario de trabajo sería para todo el mundo de cuatro o cinco horas diarias, con una semana laboral de cuatro días. La distribución de la comida y de los bienes manufacturados correría a cargo de los comités de vecinos y de consumidores. Los tribunales serían sustituidos por consejos voluntarios de arbitraje; las prisiones serían abolidas y sus funciones absorbidas por las escuelas, hospitales e instituciones de bienestar público; el ejército sería disuelto y la misión de defensa asignada a una milicia popular<sup>60</sup>. Según Maksímov, la Internacional Anarco-Sindicalista era un instrumento organizativo adecuado para desarrollar esta tarea, ya que la IWMA, al contrario que la Comintern, partía verdaderamente del principio de que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos»<sup>61</sup>. La centralización de la autoridad, escribía, lleva inexorablemente —como había ocurrido en Rusia— a la «burocratización de todo el aparato industrial, a la aparición de una clase de funcionarios, al alejamiento de los productores de la administración de la economía social, al estrangulamiento de la actividad autónoma de los trabajadores y a la crisis económica»<sup>62</sup>.

Maksímov siguió siendo el director de *Delo Trudá* cuando ésta se fundió con la publicación anarquista de Detroit, *Probuzhdenie*, en 1940. Aunque muy ocupado con las actividades del periódico, aún encontró tiempo para publicar una terrible acusación contra el terror en Rusia, *The Guillotine at Work*, y también para preparar una colección de escritos de Bakunin, antes de su muerte en 1950<sup>63</sup>. Su edición de Bakunin apareció tres años después de su muerte<sup>64</sup>.

De las figuras más importantes del movimiento anarquista ruso, ya sólo subsistía Abba Gordin. Tras emigrar a los Estados Unidos en 1924, continuó publicando una inagotable cantidad de libros, ensayos y poemas, en diversas lenguas. Se hizo codirector del periódico anar-

quista judío de Nueva York, *Freie Arbeiter Stimme*, y publicó también su propio periódico, *The Clarion*, dedicado a atacar los males de la sociedad contemporánea. A finales de los años treinta, Gordin había llegado a la conclusión de que el nacionalismo, más que el conflicto de clases, era la tendencia fundamental de la historia moderna. La clase social, escribía, no era más que «una endeble y artificial superestructura levantada sobre la inestable y cambiante función laboral», mientras que las raíces de la nación están profundamente «arraigadas en elementos biológicos y raciales, además de psicológicos, en la forma concreta del lenguaje»<sup>65</sup>. Volviéndose hacia su propia herencia nacional, Gordin fundó la Sociedad Etnica Judía, que atrajo a un grupo pequeño pero fiel de seguidores<sup>66</sup>.

En 1940 Gordin publicó una interesante, aunque un tanto embrollada, crítica del marxismo, en la que había estado trabajando durante más de veinte años. La doctrina marxista, escribía, volviendo al Manifiesto Pan-Anarquista de 1918, era «un producto híbrido de cuasi-religión y pseudo-ciencia». Las leyes cuya validez científica proclamaba Marx no eran más que una vergonzosa «violación de la historia»; es más, la estrecha doctrina de la lucha de clases entre trabajadores y propietarios ignoraba el conflicto existente también entre obreros y 'managers'. Haciéndose eco de Machajski, Gordin declaraba que el socialismo marxiano no era la ideología de los obreros manuales, «sino de una clase privilegiada de organizadores económicos y políticos»<sup>67</sup>. En un pasaje que contenía grandes reminiscencias del *Estatismo y Anarquía* de Bakunin, Gordin describía las consecuencias de lo que él calificaba de 'revolución de los managers' de los bolcheviques: «¡Pronto... van a colocarse las cadenas opresoras! Ya sólo falta muy poco tiempo para que sobre los lugares donde no hay ahora más que escombros, y una vez limpiados todos los restos del naufragio y todos los desechos, se levanten grandes palacios y suntuosos templos. ¡El rey ha muerto, viva el rey! Las viejas leyes han sido destruidas y las viejas autoridades deportadas para hacer sitio a las nuevas...»<sup>68</sup> Al final

de los años cincuenta, el viejo anarquista, atraído por el magnetismo de la cultura hebrea, emigró a Israel, donde murió en 1964<sup>69</sup>.

Los anarquistas rusos, a pesar de su embrollada historia de disputas personales y luchas fraccionales, compartían la decisión común de imponer una sociedad sin Estado en la cual ningún hombre estaría esclavizado por los demás. Durante más de veinte años, en el tumultuoso período entre las dos revoluciones, los anarquistas denunciaron constantemente al Estado (la autocracia tanto como la «dictadura proletaria») y a la propiedad (privada y pública) como los dos grandes focos de todos los sufrimientos y toda la opresión de Rusia. Inspirados por Bakunin y Kropotkin, protestaron continuamente contra la creciente centralización política y económica de la sociedad rusa, con sus tendencias deshumanizadoras y su progresivo enclaustramiento de la libertad individual. Para ellos no podía existir ningún compromiso con el poder centralizado. A sus ojos, era completamente estéril confiar en una mejora de actitud de los que detentaban la autoridad. Lo más que podían esperar eran unas migajas caídas de la «mesa estatal», tanto zarista como comunista. Las pequeñas reformas no podían acabar con los males básicos del gobierno y el capitalismo, tanto del capitalismo estatal como del privado. Para los anarquistas, la única esperanza de rescatar a las masas desheredadas de trabajadores de la perenne explotación residía en la demolición del Estado y el sistema capitalista. La suya era una visión apocalíptica del cambio violento, una concepción de la destrucción y resurrección total. De las ruinas del viejo orden habría de salir una Edad de Oro, sin gobierno, sin propiedad, sin hambre y sin necesidades, una era luminosa de libertad en la que cada uno viviría sin interferencias de autoridad alguna.

Para muchos anarquistas, la Edad de Oro significaba el retorno a una época anterior en la que todo era mucho más simple, una época que había existido antes de que el poder central y la gran industria transformasen a los seres humanos en autómatas. Ellos se proponían vol-

ver a las relaciones humanas directas de la comuna agrícola y de la cooperativa artesanal, a la *óbschina* y el *artel*, restaurar la felicidad primitiva de la Rusia medieval, en la que, se suponía, no había «ni zar ni Estado», sólo «tierra y libertad»<sup>70</sup>. La sociedad del futuro iba a estar, pues, guiada en cierto modo por la sociedad del pasado: una sociedad de pequeñas comunidades, libres de la autoridad y la reglamentación, cuyos miembros estarían vinculados entre sí por el esfuerzo común y la ayuda mutua. En esa sociedad, los explotados del campo y la ciudad volverían a recuperar la dignidad de ser sus propios dueños, de no ser tratados nunca más como instrumentos o como bienes de mercado.

Pero, ¿cómo era posible recuperar la libertad y la simplicidad de la Rusia pre-industrial en una época de producción de masas en expansión? ¿Cómo podrían salvaguardarse los valores de la pequeña sociedad comunal en un mundo impersonal de grandes factorías y de ciudades que crecían a toda velocidad? Algunos anarquistas trataron de resolver este dilema exhortando a los trabajadores a destruir las fábricas y las máquinas, como los ludditas, y a revivir el mundo agonizante de la producción artesanal. La gran mayoría, sin embargo, recibía con los brazos abiertos el progreso técnico y científico, asumiendo así la tesis de Piotr Kropotkin, y antes de él de William Godwin, según la cual la máquina salvaría al hombre de sus fatigas y dependencias, dándole tiempo para disfrutar y para enriquecerse culturalmente, y para acabar con el estigma del trabajo manual. Desechar la industria mecanizada sólo porque había nacido en el sistema capitalista, escribía un anarco-sindicalista de Petrogrado en 1917, sería un error mayúsculo; en el mundo del futuro la gente vivirá felizmente en grandes ciudades y trabajará en grandes fábricas modernas, y podrá disfrutar en los parques del contacto con la naturaleza<sup>71</sup>. La vieja cultura europea estaba agonizando, declaraban los hermanos Gordin en 1918, y al final «sólo dirigirán la tierra la Anarquía y la Técnica»<sup>72</sup>.

En este nuevo medio industrial, los valores de la pequeña sociedad se mantendrían a través de los comités

de fábrica. Los prosindicalistas veían los comités de fábrica como la contrapartida urbana de la *óbschina* y el *artel*, como la expresión moderna de la tendencia natural del hombre a la ayuda mutua. «En los comités de fábrica», declaraba una obrera de la industria textil en una reunión de trabajadores en 1918, «uno ya puede percibir, aunque todavía no completamente desarrollados, los embriones de las comunas socialistas»<sup>73</sup>. Con un criterio similar Emma Goldman señalaba una vez que los consejos obreros autónomos eran «el *mir* de la vieja Rusia en una forma avanzada y más revolucionaria». «Está tan enraizado en el pueblo que brota naturalmente del suelo ruso como las flores en los campos.»<sup>74</sup> Los anarquistas confiaban en que, al crear una federación de comités de fábrica y de comunas rurales, iban a unificar lo mejor de los dos mundos, el mundo sencillo del pasado y el mundo mecanizado del futuro. Lo que querían era incorporar los últimos avances técnicos a un sistema social descentralizado, libre de las coerciones del capitalismo, un sistema en el que la clase obrera ya no estaría reducida a ser un obediente ejército de marionetas manipulado desde arriba. Conseguir la industrialización preservando al mismo tiempo la autonomía individual era, creían los anarquistas, combinar los elementos más valiosos de las tradiciones socialista y liberal. Porque el socialismo sin libertad, como habían enseñado Proudhon y Bakunin, era la peor forma de esclavitud.

Los anarquistas desechaban las convenciones de la sociedad burguesa, confiando en conseguir una completa mutación de valores, una transformación radical de la naturaleza humana y de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Y, sin embargo, aunque repudiaban los dogmas sociales de su tiempo, tachándolos de artificiales, abstractos y distantes de la vida real, su propia concepción de la sociedad futura difícilmente podía ser calificada de pragmática o empírica. Como visionarios utópicos que eran, los anarquistas no concedían demasiada atención a las necesidades prácticas de un mundo que cambiaba con toda rapidez; generalmente evitaban los análisis detallados de las condiciones sociales y económicas, y tam-

poco les interesaba ver en qué términos concretos se configuraban las realidades que daban lugar al poder político existente. La religión y la metafísica del pasado eran sustituidas por una especie de mecanismo que satisfacía sus propias expectativas utópicas; en lugar de complejas ideologías, lo que ellos ofrecían eran consignas de acción directa, violencia revolucionaria, imágenes poéticas de la próxima Edad de Oro. En gran medida lo que pretendían era recurrir al «instinto revolucionario de las masas» para destruir el viejo orden, y al «espíritu creativo de las masas» para poder construir sobre sus cenizas una nueva sociedad. «¡Por la revolución social al futuro anarquista!», proclamaba un grupo de exiliados en América del Sur; los detalles prácticos sobre el funcionamiento de la agricultura y la industria «serán elaborados después» por las masas revolucionarias<sup>75</sup>. Tal actitud, aunque derivaba del escepticismo hacia las «maravillas» ideológicas y las «leyes científicas» de sus adversarios marxistas, difícilmente podía ser el fundamento de una acción dirigida a revolucionar realmente el mundo.

El anarquismo ruso nunca llegó a ser un credo político de las masas de campesinos y obreros industriales. Aunque consiguió cierto apoyo entre la clase obrera, el anarquismo pareció siempre, o al menos durante la mayor parte del tiempo, destinado a ser sólo el sueño de algunos grupos de individuos marginados de las principales corrientes de la sociedad contemporánea: nobles de conciencia sacudida, como Bakunin, Kropotkin, Cherkézov y Bidbéi; seminaristas apóstatas como Kólosov, del grupo *Beznachálie*, o el líder anarco-sindicalista Maksímov; miembros de minorías étnicas, como Gogéliia-Orgiani, Grossman-Roschin y los hermanos Gordin; guerrilleros campesinos como Néstor Majnó y sus seguidores, e intelectuales como Volin y Lev Chórnyi. El triunfo de la Revolución Bolchevique quitó mucha fuerza a los anarquistas, tanto en la base del movimiento obrero como entre los intelectuales, muchos de los cuales aceptaron los puestos que el nuevo régimen les ofrecía, convirtiéndose así en «anarco-soviéticos». La mayoría, sin embargo, con-

tinuó siendo fiel a sus ideales, prosiguiendo su denuncia de los abusos que se cometían, de las premisas y las consecuencias, del socialismo «científico». Una y otra vez insistieron en que el poder político era un mal en sí mismo, que corrompe a todo aquel que lo detenta, que los gobiernos de cualquier signo ahogan el espíritu revolucionario del pueblo y le roban la libertad.

El destino de estos anarquistas era el de ser rechazados, perseguidos y, finalmente, aplastados o expulsados al exilio. Los que sobrevivieron, pese a que pasaron por períodos de amargura y desesperación, mantuvieron su idealismo hasta el final. Y si es cierto que no fueron capaces de encajar con las realidades materiales, en el seno de sus pequeños círculos encontraron un calor humano, una camaradería, una profunda entrega a la causa común; es más, al liberarse a sí mismos de los convencionalismos de un mundo que detestaban, probablemente alcanzaron como individuos alguna parte del «excelso orden» que desesperadamente buscaban para toda la humanidad. Al mismo tiempo, continuaron aferrándose tenazmente a la esperanza de que, al final, sus ideas triunfarían en toda la humanidad. «Toda Rusia se encuentra sumida en la negra noche del Artico», escribía Grigorii Maksímov en 1940. «Pero el mañana es inevitable. Y el amanecer de Rusia será también el amanecer de los pueblos explotados de todo el mundo. Un amanecer que nosotros saludamos con entusiasmo.»<sup>76</sup>

## Introducción

<sup>1</sup> Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire* (París, 1951), páginas 18-19.

<sup>2</sup> James Joll, *The Anarchists* (Londres, 1964), p. 11.

<sup>3</sup> Aleksandr Berkman, *The «Anti-Climax»: The Concluding Chapter of My Russian Diary «The Bolshevik Myth»* (Berlín, 1925), página 29.

### 1. El pájaro del trueno

<sup>1</sup> M. A. Bakunin, *Sobranie sochinenii i pisem, 1828-1876*, ed. Iu.M. Steklov (4 vols., Moscú 1934-1936), III, 148; A. I. Herzen, «Kolokol»: *Izbrannye statii A. I. Gértseva, 1857-1869* (Ginebra, 1887), p. 299.

<sup>2</sup> M. Gorki, «Pesnia o burevéstnike», *Antologíia russkoi sovétskoi poezii* (2 vols., Moscú 1957), I, 9-10.

<sup>3</sup> Bertram D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution* (New York, 1948), p. 265.

<sup>4</sup> *Krest'ianskoe dvizhenie 1902 goda* (Moscú y Petrogrado, 1923), pp. 17-128; P. P. Máslov, *Agrarnyi vopros v Rossii* (2 vols., San Petersburgo, 1908), II, 104-129.

<sup>5</sup> K. A. Pázhitnov, *Polozhenie rabóchego klassa v Rossii* (San Petersburgo, 1906), pp. 92-161; Theodore H. Von Laue, *Factory Ins-*

peption under the Witte System 1892-1903», *American Slavic and East European Review*, XIX (octubre de 1960), 347-362; Von Laue, «Russian Peasants in the Factory 1892-1904», *Journal of Economic History*, XXI (marzo de 1961), 76-80; Gaston V. Rimlinger, «The Management of Labor Protest in Tsarist Russia 1870-1905», *International Review of Social History*, V (1960), 226-248; Rimlinger, «Autocracy and the Factory Order in Early Russian Industrialization», *Journal of Economic History*, XX (marzo de 1960), 67-92.

<sup>6</sup> M. I. Tugan-Baranovskii, *Russkaia fabrika v proshlom i nastoiashchem* (3.ª edición, San Petersburgo, 1907), pp. 446-447; Máslov, *Agrarnyi voprós v Rossii*, I, 376-377.

<sup>7</sup> A. G. Rashin, *Formirovanie promyshlennogo proletariata v Rossii* (Moscú, 1940), pp. 169-184.

<sup>8</sup> P. N. Liáshchenko, *Istóriia národnogo joiáistva SSSR* (2 vols., Leningrado, 1947-1948), II, 168-171; Von Laue, *Journal of Economic History*, XXI, 61-71; Máslov, *Agrarnyi voprós v Rossii*, I, 378-382.

<sup>9</sup> *Vseóbschaia stachka na iuge Rossii v 1903 godú: sbórník dokuméntov* (Moscú, 1938); D. Shlossberg, «Vseóbschaia stachka 1903 g. na Ukraine», *Istóriia Proletariata SSSR*, VII (1931), 52-85; D. Koltsov, «Rabochie v 1890-1904 gg.», en *Obschéstvennoe dvizhenie v Rossii v nachale XX-goveka*, ed. L. Márto, P. Máslov y A. N. Pótresov (4 vols., San Petersburgo, 1909-1914), I, 224-229.

<sup>10</sup> Thomas Darlington, *Education in Russia*, volumen 23 de la Gran Bretaña, Board of Education, *Special Reports on Educational Subjects* (Londres, 1909), pp. 134-136, 443-449; William H. E. Johnson, *Russia's Educational Heritage* (Pittsburgh, 1950), páginas 153-154.

<sup>11</sup> Darlington, *Education in Russia*, pp. 153-155; Johnson, *Russia's Educational Heritage*, pp. 176-179; N. Cherevanin, «Dvizhenie intelligentsii», en *Obschéstvennoe dvizhenie v Rossii*, I, 273-283; Nicholas Hans, *History of Russian Educational Policy 1701-1917* (Londres, 1931), pp. 169-174.

<sup>12</sup> Z. Lenskii, «Natsionalnoe dvizhenie», en *Obschéstvennoe dvizhenie v Rossii*, I, 349-371.

<sup>13</sup> S. M. Dubnow, *History of the Jews in Russia and Poland* (3 vols., Philadelphia, 1916-1920), II, 247-258.

<sup>14</sup> *Ibid.*, II, 309-312, 336-357, 399-413; Louis Greenberg, *The Jews in Russia* (2 vols., New Haven, 1944-1951), II, 19-54.

<sup>15</sup> Dubnow, *History of the Jews*, III, 69. Cf. S. Iu. Witte, *Vospominaiia* (2 vols., Berlín, 1922), I, 193; y S. D. Urussov, *Memoirs of a Russian Governor* (Londres, 1908), pp. 9, 15.

<sup>16</sup> S. M. Dúbnov (Dubnow) y G. Ia. Krasnyi-Admoni, eds., *Materialy dlia istorii antievreiskikh pogrómov v Rossii* (2 vols., Petrogrado, 1919-1923), I, 130-295; Dubnow, *History of the Jews*, III, 72-104; Greenberg, *The Jews in Russia*, II, 50-52.

<sup>17</sup> En las provincias ucranianas el PRU (Partido Revolucionario Ucraniano) también perdió algunos militantes, que se pasaron a los anarquistas.

<sup>18</sup> *Di Geskhikhte fun Bund*, ed. G. Aronson et al. (2 vols., New York, 1962), II, 92; H. Frank, *Natsionale un Politische bavegun-gen bay Yidn in Bialystok* (New York, 1951), p. 53; A. S. Hersberg, *Pinkos Bialystok* (2 vols., New York, 1950), II, 10.

<sup>19</sup> M. Rafes, *Ocherki po istorii «Bunda»* (Moscú, 1923), pp. 81-89; A. Litvak, *Vos geven* (Vilna, 1925), pp. 188-190; R. Abramovitch, *In tsvey revolyutsies* (2 vols., New York, 1944), I, 202-203; N. A. Bujbinder, *Istoriia evreiskogo rabóchego dvizheniia v Rossii* (Leningrado, 1925), pp. 253-264.

<sup>20</sup> H. Frank, «Di Bialystok tkufe fun der ruslendisher anarkhisher bavegun», *Geklibene sbriftn* (Nueva York, 1954), páginas 388 ff.

<sup>21</sup> *Almanaj: sbornik po istorii anarjicheskogo dvizheniia v Rossii* (París, 1909), p. 6.

<sup>22</sup> Sobre los orígenes del movimiento anarquista en las provincias fronterizas véase también *Jleb i Volia*, núm. 11, septiembre de 1904, pp. 3-4; núm. 12-13, octubre-noviembre de 1904, p. 8; *Chórnoe Znamia*, núm. 3-4; diciembre de 1905; pp. 6-8; *Burevéstnik*, núm. 8, noviembre de 1907, pp. 9-12; «Di anarkhistiche bavegun in Rusland», *Der Arbeyter Freynd*, 27 de octubre, 3 de noviembre y 10 de noviembre de 1905; B. I. Górev, *Anarjizm v Rossii* (Moscú, 1930), pp. 58-69; L. Kulczycki, *Anarjizm v Rossii* (San Petersburgo, 1907), pp. 74 ff.; V. Zalezskii, *Anarjisty v Rossii* (Moscú, 1930), pp. 20-22; y Kropotkin, *Der Anarchismus in Russland* (Berlín, 1905).

<sup>23</sup> En relación a la vida de Bakunin, véase Edward Hallet Carr, *Michael Bakunin* (Londres, 1937); H. E. Kaminski, *Michel Bakounine: la vie d'un révolutionnaire* (París, 1938); In. M. Steklov, *Mikhail Aleksándrovich Bakunin: ego zhizn'i deiatel'nost* (4 vols., Moscú y Leningrado, 1926-1927); y Max Nettlau, «Michael Bakunin: eine Biographie» (manuscrito, 3 vols., Londres, 1896-1900).

<sup>24</sup> Kropotkin, *Memoirs of a Revolutionist* (Boston, 1899), p. 288.

<sup>25</sup> Steklov, *Mijail Aleksándrovich Bakunin*, III, 112.

<sup>26</sup> Michel Bakounine (Bakunin), *Oeuvres* (6 vols., París, 1895-1913), I, 91.

<sup>27</sup> Carr, *Michael Bakunin*, p. 167.

<sup>28</sup> Bakunin, *Oeuvres*, II, 399.

<sup>29</sup> Steklov, *Mijail Aleksándrovich Bakunin*, I, 189.

<sup>30</sup> M. A. Bakunin, *Izbrannye sochineiia* (5 vols., Petrogrado y Moscú, 1919-1922), V, 202; *Gesammelte Werke* (3 vols., Berlín, 1921-1924), III, 52; *Pis'ma M. A. Bakuninak A. I. Gertsenu i N. P. Ogarevu*, ed. M. P. Dragománov (Ginebra, 1896), pp. 497-498.

<sup>31</sup> Friedrich Engels, Paul Lafargue y Karl Marx, *L'Alliance de la Démocratie Socialiste et l'Association Internationales des Travailleurs* (Londres, 1873), capítulo 5; cit. por Max Nomad, *Apostles of Revolution* (Boston, 1939), p. 127.

<sup>32</sup> Bakunin, *Gesammelte Werke*, III, 120-121.

- <sup>33</sup> Bakunin, *Oeuvres*, IV, 381.
- <sup>34</sup> Bakunin, *Izbrannye sochineia*, IV, 175; *Gesammelte Werke*, III, 87.
- <sup>35</sup> V. A. Polonskii, *Materialy dlia biografii M. Bakunina* (3 volúmenes, Moscú y Leningrado, 1923-1933), III, 375.
- <sup>36</sup> Bakunin, *Izbrannye sochineia*, V, 20.
- <sup>37</sup> *Ibid.*, I, 234; *Oeuvres*, IV, 376.
- <sup>38</sup> Bakunin, *Oeuvres*, II, 39.
- <sup>39</sup> Bakunin, *Gesammelte Werke*, III, 35-38, 82.
- <sup>40</sup> Bakunin, *Sobranie sochinenii i pisem*, III, 148.
- <sup>41</sup> Bakunin, *Oeuvres*, II, 39.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, V, 75.
- <sup>43</sup> *Ibid.*, I, 55.
- <sup>44</sup> Steklov, *Mijail Aleksándrovich Bakunin*, III, 454-455.
- <sup>45</sup> *Ibid.*, I, 192-193.
- <sup>46</sup> Sobre la vida de Kropotkin, véase su *Memoirs of a Revolutionist*; George Woodcock e Ivan Avakumovik, *The Anarchist Prince* (Londres, 1950) y N. K. Lébedev, *P. A. Kropotkin* (Moscú, 1925).
- <sup>47</sup> Kropotkin, *Memoirs*, pp. 290-291.
- <sup>48</sup> Bakunin también expresó una vez el deseo de que la revolución fuese lo menos sangrienta posible, pero hizo la trágica puntualización de que no sería extraño si el pueblo acababa con muchos de sus opresores. Bakunin, *Gesammelte Werke*, III, 86.
- <sup>49</sup> Kropotkin, *Memoirs*, p. 305.
- <sup>50</sup> Kropotkin, «Revolutionary Government», en *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, ed. Roger N. Baldwin (Nueva York, 1927), pp. 246-248; *Modern Science and Anarchism* (Nueva York, 1908), p. 86.
- <sup>51</sup> Bakunin, *Oeuvres*, I, 55.
- <sup>52</sup> P. Kropotkin, *La Conquête du pain* (París, 1892), p. 14.
- <sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 5-9.
- <sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 33-34, 74.
- <sup>55</sup> Kropotkin, «Anarchist Communism: Its Basis and Principles», en *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 59.
- <sup>56</sup> Peter Kropotkin, *Mutual Aid: A Factor of Evolution* (Londres, 1902), pp. 46-49.
- <sup>57</sup> *Ibid.*, p. 6.
- <sup>58</sup> *Ibid.*, p. 57.
- <sup>59</sup> Kropotkin, *Modern Science and Anarchism*, p. 44.
- <sup>60</sup> Kropotkin, *Memoirs*, pp. 105-106.
- <sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 216-217.
- <sup>62</sup> Kropotkin, *Modern Science and Anarchism*, p. 48.
- <sup>63</sup> *Ibid.*, p. 45; *Mutual Aid*, pp. 77-78.
- <sup>64</sup> Kropotkin, *Mutual Aid*, pp. 153-222. Durante su período como prisionero en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, a Kropotkin le gustaba leer las crónicas de Pskov, la ciudad-república de la Rusia medieval. *Memoirs*, p. 351.
- <sup>65</sup> Kropotkin, *Mutual Aid*, p. 292.
- <sup>66</sup> Kropotkin, *La conquête du pain*, pp. 40, 188; «Anarchist

Communism», *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, pp. 51-53, 59-61.

- <sup>67</sup> Kropotkin, *Fields, Factories, and Workshops* (Londres, 1899).
- <sup>68</sup> Kropotkin, *Memoirs*, p. 119.
- <sup>69</sup> Kropotkin, *La Conquête du pain*, pp. 194-195.
- <sup>70</sup> Kropotkin, *Fields, Factories, and Workshops*, pp. 184-212.

## 2. Los terroristas

<sup>1</sup> Cit. en Geroid T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime* (Nueva York, 1957), p. 46.

<sup>2</sup> A. Dunin, «Graf L. N. Tolstói i tolstovtsy v Samarskoi gubernii», *Russkaia Mysl'*, 1912, núm. 11, p. 159.

<sup>3</sup> A. S. Prugavin, *O Lve Tolstom i o tolstovtsaj* (Moscú, 1911), pp. 193-200.

<sup>4</sup> El apóstol más destacado del tolstoyanismo durante los primeros años del siglo XX fue Vladímír Grigórievich Chertkov, director del periódico *Svobódnoe Slovo* (Palabra Libre), en Christchurch, Inglaterra. Además de este periódico (publicado en 1901-1905), véase V. G. Chertkov, *Prótiiv vlasti* (Christchurch, 1905).

<sup>5</sup> Véase N. N. Rúsov, «Anarjicheskie elementy v slavianofilstve», en A. A. Borovói, ed., *Mijailu Bakúninu, 1876-1926: ocherk istorii anarjicheskogo dvizheniia v Rossii* (Moscú, 1926), pp. 37-43; y E. Lampert, *Studies in Rebellion* (Londres, 1957), pp. 155-157.

<sup>6</sup> Véase Isaiah Berlin, «Herzen and Bakunin on Individual Liberty», en Ernest J. Simmons, ed., *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought* (Cambridge, Mass., 1955), pp. 473-499; y Martin Malia, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism 1812-1855* (Cambridge, Mass., 1961), pp. 376-382.

<sup>7</sup> Franco Venturi, *Roots of Revolution* (Nueva York, 1960), pp. 429-468.

<sup>8</sup> Véase J. M. Meijer, *Knowledge and Revolution: The Russian Colony in Zuerich (1870-1873)* (Assen 1955); M. P. Sazhin, «Russkie v Tsiurikhe 1870-1873», *Katorga i Ssylka*, 1932, número 10 (95), pp. 25-78; y A. A. Karelin, «Russkie bakunisty za granitsej», en *Mijailu Bakúninu*, pp. 181-187.

<sup>9</sup> Sobre la extraña historia de Necháev, véase Carr, *Michael Bakunin*, cap. 28; Venturi, *Roots of Revolution*, pp. 354-388; Nomad, *Apostles of Revolution*, pp. 215-225; y Michael Prawdín, *The Unmentionable Nechaev: a Key to Bolshevism* (Londres, 1961), pp. 13-107.

<sup>10</sup> Frank, *Geklibene sbriftn*, p. 390.

<sup>11</sup> P. A. Kropotkin i ego uchenie: *internatsionalnyi sbórník posviaschonnyi desiatoi godouschine smerti P. A. Kropotkina*, ed. G. P. Maksímov (Chicago, 1931), pp. 328, 333; I. Knízhnik, *Vospominaniia o P. A. Kropótchine i ob odnoi anarjistskoi emi-*

grantskoi gruppe», *Krásnaia Létopis'* 1922, núm. 4, p. 32; «Pisma P. A. Kropótkina k V. N. Cherkézovu», *Kátorga i Ssylka* 1926, núm. 4 (25), p. 25; G. Maksímov, en *Delo Trudá*, núm. 75, marzo-abril de 1933, pp. 6-11; Max Nettlau, «A Memorial Tribute to Marie Goldsmith and Her Mother», *Freedom* (Nueva York), 18 de marzo de 1933, p. 2.

<sup>12</sup> *Jleb i Volia*, núm. 1, agosto de 1903, p. 3.

<sup>13</sup> V. N. Cherkézov, *Doktriny marksizma: nauka-li eto?* (Ginebra, 1903).

<sup>14</sup> K. Iliashvili (seudónimo de Gogéliia-Orgiani), *Pámiatia chikag-skij múchenikov* (Ginebra, 1905). Sobre el incidente de Haymarket, véase Henry David, *The History of the Haymarket Affair* (Nueva York, 1936).

<sup>15</sup> La Federación de Anarquistas Judíos, localizada en los distritos londinenses de Whitechapel y Mile End, estaba integrada en su mayoría por artesanos emigrantes de Rusia en los años 1880-90. Su principal dirigente, al doblar el siglo, era Rudolf Rocker, alemán distinguido de orígenes cristianos, director de diversas publicaciones, y que se había especializado en la lengua yiddí tras su vinculación al grupo de Londres. Kropotkin y Cherkézov solían hablar en el local de la Federación, en Jubilee Street. Véase Rocker, *The London Years* (Londres, 1956).

<sup>16</sup> En la Reserva venía circulando ya una de las primeras obras de la literatura anarquista, publicada por *Der Arbayer Fraynd* en Londres en 1886, pero que aparecía editada en Vilna para evitar la intervención de la policía zarista. Bajo la forma de un *Hagadab* de Pascua, o devocionario, el folleto planteaba las cuatro preguntas tradicionales, que comienzan por el «¿por qué es diferente esta noche de Pascua de todas las demás noches del año?», y daba entonces un giro radical: «¿por qué somos diferentes de Shmuel, el empresario, de Meier el banquero, de Zorekh el prestamista y de Reb Todres el rabino?». *Hagadab shol Peysakh* (Vilna—Londres— 1886), p. 6, Bund Archives.

<sup>17</sup> Por ejemplo, uno de los manuscritos del Archivo Ruso de la Columbia, «Nuzhen-li anarjizm v Rossii?», fue copiado de *Jleb i Volia*, núm. 10, julio de 1904, pp. 1-3.

<sup>18</sup> *Almanaj*, p. 6; *Jleb i Volia*, núm. 10, pp. 3-4; *Burevéstnik*, número 8, noviembre de 1907, p. 10.

<sup>19</sup> *Almanaj*, p. 7; *Burevéstnik*, núms. 10-11, marzo-abril de 1908, p. 27.

<sup>20</sup> *Burevéstnik*, núm. 13, octubre de 1908, p. 18.

<sup>21</sup> Citado en V. I. Lenin, *Sochineniia* (2.<sup>a</sup> ed., 31 vols., Moscú, 1930-1935), VII, 80.

<sup>22</sup> Sobre el texto del Manifiesto de Octubre, véase Bernard Pares, *The Fall of the Russian Monarchy* (Londres, 1939), pp. 503-504; y Sidney Harcave, *First Blood: The Russian Revolution of 1905* (Nueva York, 1964), pp. 195-196.

<sup>23</sup> I. Grossman-Roschin, «Dumy o bylom (iz istorii belostok-skogo anarjicheskogo «chornoznámenskogo» dvizheniia», *Bylóe*, 1924, núms. 27-28, p. 176.

<sup>24</sup> Frank, *Geklibene sbriftn*, p. 393.

<sup>25</sup> *Burevéstnik*, núm. 9, febrero de 1908, p. 11; *Almanaj*, p. 9; *Jleb i Volia*, núm. 10, julio de 1904, p. 3; M. Ivanóvich, «Anarjizm v Rossii», *Sotsialist-Revoliutsióner*, 1911, núm. 3, pp. 81-82.

<sup>26</sup> Grossman-Roschin, *Bylóe*, 1924, núm. 27-28, p. 177.

<sup>27</sup> Hershberg, *Pinkos Bialystok*, II, 103; A. Trus y J. Cohen, *Breynsk* (Nueva York, 1948), p. 125; *Sefer Biale-Podlaske* (Tel Aviv, 1961), pp. 222-223. El *shtetl* de Breynsk estaba localizado en la provincia de Grodno, y Biala-Podlaska entre Varsovia y Brest-Litovsk.

<sup>28</sup> Sobre la extensión del anarquismo en las regiones más remotas del Imperio a lo largo de 1905, véase *Jleb i Volia*, núm. 16, abril de 1905, p. 4; núm. 21-22, agosto-septiembre de 1905, p. 8; *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, p. 30; *Chórnnoe Znamia*, núm. 1, diciembre de 1905, pp. 6-7; *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 1, 30 de octubre de 1906, pp. 9-12; núm. 3, 28 de noviembre de 1906, p. 4; *Burevéstnik*, núm. 4, 30 de octubre de 1906, pp. 14-16; núms. 6-7, septiembre-octubre de 1907, pp. 4-16; núm. 8, noviembre de 1907, p. 10; núm. 9, febrero de 1908, pp. 9-13; núm. 15, pp. 18-19, marzo de 1909; y *Anarjist*, núm. 1, 10 de octubre de 1907, pp. 28-31. Orgiani ha dejado un detallado relato del movimiento en Georgia: *Almanaj*, pp. 82-111.

<sup>29</sup> *Almanaj*, pp. 47-61; *Burevéstnik*, núm. 3, 30 de septiembre de 1906, pp. 12-14; núm. 10-11, marzo-abril de 1908, pp. 28-30; núm. 13, octubre de 1908, pp. 17-18; *Listki «Jleb i Volia»*, número 17, 21 de junio de 1907, p. 4; Ivanóvich, *Sotsialist-Revoliutsióner*, 1911, núm. 3, pp. 87-88.

<sup>30</sup> «Ko vsem rabóchim» (panfleto, Grupo Anarco-Comunista de Bialystok, julio de 1905), Columbia Russian Archive.

<sup>31</sup> Grossman-Roschin, *Bylóe*, 1924, núms. 27-28, p. 177.

<sup>32</sup> Frank, *Geklibene sbriftn*, pp. 390-391.

<sup>33</sup> «Pojushenie v Belostoke» (*Listok*, núm. 5, Anarco-Comunistas Rusos, ¿1904?), Bund Archives; *Jleb i Volia*, núm. 23, octubre de 1905, pp. 7-8; *Chórnnoe Znamia*, núm. 1, diciembre de 1905, pp. 8-9; *Almanaj*, pp. 179-181.

<sup>34</sup> «Di anarkhisten bay der arbayt», *Folk-Tsaytung* (Vilna), 24 de mayo de 1906, p. 5; 28 de mayo de 1906, p. 6; *Mikbailu Bakuninu*, p. 292; Hershberg, *Pinkos Bialystok*, II, 104-108; Frank, *Geklibene sbriftn*, pp. 398-400.

<sup>35</sup> S. Dubnov-Erlíkh, *Garber-bund un bershter-bund* (Varsovia, 1937), pp. 114-115.

<sup>36</sup> *Burevéstnik*, núm. 9, Febrero de 1908, pp. 16-17; B. I. Górev, «Apoliticheskie i antiparláméntschie gruppy (anarjisty, maksimalisty, majevtsy)», en *Obschéstvennoe dvizhenie v Rossii*, III, 489.

<sup>37</sup> «Ayn enfentlikhe erklerung» (panfleto del Grupo Anarco-Comunista de Vilna, 1905), Columbia Russian Archive.

<sup>38</sup> *Jleb i Volia*, núm. 24, Noviembre de 1905, pp. 5-8; *Chórnnoe*

*Znamia*, núm. 1, diciembre de 1905, pp. 6-7; *Burevéstnik*, núms. 6-7, septiembre-octubre de 1907, p. 6; S. Anisimov, «Sud i rasprava nad anarjístami kommunistami», *Kátorga i Ssylka*, 1932, número 10 (95), pp. 129-142; P. A. Arshinov, *Dva pobega (iz vospominanii anarjista 1906-1909 gg.)* (París, 1929); *Mijailu Bakuninu*, pp. 307-313.

<sup>30</sup> *Almanaj*, p. 151; *Mijailu Bakuninu*, pp. 258-259, 268.

<sup>40</sup> *Burevéstnik*, núm. 3, 30 de septiembre de 1906, pp. 14-16.

<sup>41</sup> *Ibid.*, núm. 5, 30 de abril de 1907, p. 14.

<sup>42</sup> Frank, *Geklibene shriftn*, p. 403.

<sup>43</sup> *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, pp. 20-24; *Almanaj*, p. 23.

<sup>44</sup> Véase O. I. Taratuta, «Kíevskaia Lukianovskaia kátorzhnaia tiurma», *Volná*, núm. 57, septiembre de 1924, pp. 39-40. El autor fue uno de los participantes en el bombardeo de Odessa.

<sup>45</sup> Sobre el círculo Ishutin, véase Venturi, *Roots Of Revolution*, pp. 331-353.

<sup>46</sup> T. Rostóvtsev, *Nasha táktika* (Ginebra 1907), pp. 7 ss.

<sup>47</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 8, 15 de febrero de 1907, pp. 3-5; *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, p. 29.

<sup>48</sup> I. Genkin, «Anarjisty: iz vospominanii politicheskogo katorzhámina», *Byloe*, 1918, núm. 9, pp. 168-169; Genkin, *Po tiúrmam i etapam* (Petrogrado 1922), pp. 283-284; Max Nomad, *Drea mers, Dynamiters and Demagogues* (Nueva York 1964), pp. 77-78.

<sup>49</sup> A. Bidbéi, *O Liutsifere, velikom dukhe vozmushcheniia, «nesozna tel'nosti», anarkhii i beznachálie* (¿París?), 1904, p. 28.

<sup>50</sup> Ekaterina Litviná y Mijai Suschinskii. Véase *Probuždenie*, núm. 80-81, marzo-abril de 1937, p. 26.

<sup>51</sup> *Listok gruppy Beznachálie*, núm. 1, abril de 1905, pp. 1-3.

<sup>52</sup> Genkin, *Byloe*, 1918, núm. 9, pp. 172-173; *Potiúrmam i etapam*, pp. 288-289.

<sup>53</sup> «Prigotovlenie bom» (panfleto de los *Anarjisty-Obschinniki*, 1905), Columbia Russian Archive; «Kak podzhigat pomeschi stogá», publicado en *Listok gruppy Beznachálie*, núm. 2-3, junio-julio de 1905, pp. 9-16. Aunque estén firmados simplemente por «Anarjisty-Obschinniki», estos trabajos fueron probablemente escritos por Rostóvtsev. Véase Genkin, *Byloe* núm. 9, pp. 173-174. Aparecen editados en «Moscú» en vez de «San Petersburgo», muy probablemente para evitar a la policía.

<sup>54</sup> T. Rostóvtsev, *Za vsiu zemliu, za vsiu voliu* (s.f., ¿1905?), sli.)

<sup>55</sup> *Listok gruppy Beznachálie*, núm. 2-3, junio-julio 1905, pp. 3-4.

<sup>56</sup> «Anarjisty-Obschinniki» y «K rabóchim g. Peterburga» (panfletos, San Petersburgo, marzo y abril de 1905), Columbia Russian Archive. Del primero se distribuyeron 2.000 copias y 5.000 del segundo.

<sup>57</sup> Genkin, *Byloe*, 1918, núm. 9, pp. 175-176; *Po tiúrmam i etapam*, p. 292.

<sup>58</sup> *Burevéstnik*, núm. 6-7, septiembre-octubre de 1907, páginas 29-30.

<sup>59</sup> *Ibid.*, núm. 3, 30 de septiembre de 1906, pp. 12-13; «Neza-

vísimaia Sotsialisticheskaia Mysl» (periódico mecanografiado, Petrogrado, 1924), Fleshin Archive.

<sup>60</sup> «Politicheskaiia revoliútsiia ili Sotsiálnaia?» y «Ko Vsem Iskrennim Druziam Naroda» (panfletos, Riga 1905), Columbia Russian Archive.

<sup>61</sup> En 1907, Dmítrii Bogrov, que iba a asesinar al Primer Ministro, Stolypin, en Kiev, cuatro años más tarde, era miembro del Grupo Anarco-Comunista de Kiev, a la vez que agente de la policía secreta. El asesinato de Stolypin parece que fue más bien un asunto personal, sin relación directa con sus actividades políticas o revolucionarias. Véase George Tokmakoff, «Stolypin's Assassination», *Slavic Review*, XXIV (junio de 1965), 314-321; G. Sandomirskii, «Po póvodu stárgo spora», *Kátorga i Ssylka*, 1926, número 2, págs. 15 ss.; I. Knízhnik, «Vospominaiia o Bogrove, ubiitse Stolypina», *Krásnaia Létopis'*, 1923, núm. 5, p. 290; E. Lázarev, «Dmítrii Bogrov i ubiitstvo Stolypina», *Volia Rossi* (Praga), 1926, núm. 8-9, p. 59; A. Mushin, *Dmítrii Bogrov i ubiitstvo Stolypina* (Berlín, 1931), pp. 37-48.

<sup>62</sup> *Burevéstnik*, núm. 3, 30 de abril de 1906, pp. 13-14; *Almanaj*, p. 56.

<sup>63</sup> *Almanaj*, pp. 55-58.

<sup>64</sup> Véase V. Zabrézhnnev, *Ob individualisticheskóm anarjizme* (Londres 1912); y Zabrézhnnev, «Propovedniki individualisticheskogo anarjizma v Rossi», *Burevéstnik*, núm. 10-11, marzo-abril de 1908, pp. 4-9.

<sup>65</sup> A. Borovói, *Obschéstvennye idealy sovreménnoho obschestva* (Moscú 1906); L. Chórnyi, *Novoe napravlenie v anarjizme: anarkhizm* (Moscú, 1907).

<sup>66</sup> *Chto nam delat v armii?* (sl., 1903).

<sup>67</sup> Por ejemplo, «Po póvodu voiny» (*Listok*, núm. 4, Anarco-Comunistas Rusos, 1904). Archivos del Bund.

<sup>68</sup> *Jleb i Volia*, núm. 2, septiembre de 1903, p. 6.

<sup>69</sup> *Vólnaia Volia*, 1903, núm. 1.

<sup>70</sup> Rostóvtsev, *Za vsiu zemliu*, p. 3.

<sup>71</sup> *Jleb i Volia*, núm. 6, enero de 1904, p. 8; *Burevéstnik*, número 8, noviembre de 1907, pp. 9-12; núm. 13, octubre de 1908, páginas 18-19; *Almanaj*, pp. 12-13, 76-81, 187-188.

<sup>72</sup> *Burevéstnik*, núm. 5, 30 de abril de 1907, p. 15.

<sup>73</sup> S. Záiat, *Kak muzhikí ostalis beznachálstva* (Moscú, 1906), página 16.

<sup>74</sup> *Burevéstnik*, núm. 17, julio de 1909, p. 10.

<sup>75</sup> *Jleb i Volia*, núm. 1, agosto de 1903, p. 5.

<sup>76</sup> P. Kropotkin, *Rússkaia revoliútsiia* (Ginebra de 1905), p. 3; *Jleb i Volia*, núm. 15, febrero de 1905, pp. 2-3; núm. 16, abril de 1905, pp. 1-4.

<sup>77</sup> Grossman-Roschin, *Byloe*, 1924, núms. 27-28, p. 173.

<sup>78</sup> Kropotkin, *Rússkaia revoliútsiia*, p. 10.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>82</sup> P. Kropotkin, ed., *Rússkaia revoliútsiia i anarjizm* (Londres, 1907), pp. 8-9.

<sup>83</sup> *Ibid.*, pp. 5-7.

<sup>84</sup> V. Zabrézhnev, «O terrore», en *Rússkaia revoliútsiia i anarjizm*, pp. 44-47; *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 3, 28 de noviembre de 1906, pp. 2-4; núm. 4, 13 de diciembre de 1906, pp. 3-5. Sobre la «era de la dinamita», véase Jean Maitron, *Histoire du mouvement anarchiste en France (1880-1914)* (París, 1951), páginas 189-230.

<sup>85</sup> Zabrézhnev, en *Rússkaia revoliútsiia i anarjizm*, p. 47.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>87</sup> *Burevéstnik*, núm. 8, noviembre de 1907, p. 11; *Anarjst*, núm. 1, 10 de octubre de 1907, p. 31; *Almanaj*, p. 151; I. Genkin, «Sredi prémnikov Bakunina», *Krásnaia Létopis*, 1927, núm. 1, pp. 199-201.

<sup>88</sup> Zabrézhnev, en *Rússkaia revoliútsiia i anarjizm*, p. 43.

<sup>89</sup> *Jleb i Volia*, núm. 19-20, julio de 1905, p. 11.

<sup>90</sup> D. I. Novomírskii, *Iz programmy sindikálnogo anarjizma* (sl., 1907), pp. 16 ss.

<sup>91</sup> *Ibid.*, pp. 19-20; *Novy Mir*, Núm. 1, 15 de octubre de 1905, p. 10. Cf. *Bez Ruliá*, núm. 1, septiembre de 1908, p. 6; y el folleto anónimo *Anarjizm i juliganstvo* (San Petersburgo, 1906).

<sup>92</sup> *Mijailu Bakúninu*, p. 256.

<sup>93</sup> Novomírskii, *Iz programmy sindikálnogo anarjizma*, p. 192.

<sup>94</sup> Novomírskii, «Programma iuzhno-rossíjskoj grupy Anarjístov-Sindikálistov», *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 5, 28 de diciembre de 1906, p. 9.

<sup>95</sup> *Mijailu Bakúninu*, pp. 263-271.

<sup>96</sup> *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906; p. 31; *Almanaj*, pp. 150-151; *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 12, 12 de abril de 1907, p. 5.

<sup>97</sup> Novomírskii, *Iz programmy sindikálnogo anarjizma*, p. 161.

<sup>98</sup> *Burevéstnik*, núm. 8, noviembre de 1907, pp. 3-4. Del campo socialista surgieron críticas muy similares contra el bandidismo anarquista. Según un socialdemócrata, el grito de guerra original de los anarquistas era «¡La bolsa o la vida!» Y además, decía, los anarquistas trataban de ganarse el apoyo de la clase obrera «evocándoles los sueños de oro del paraíso anarquista». S. Ivánovich, *Anarjisty i anarjizm v Rossii* (San Petersburgo, 1907), páginas 1, 8. Treinta años más tarde el historiador bolchevique Emelián Iaroslavskii condenaba el terrorismo anarquista como «puro bandidismo». E. Iaroslavski, *History of Anarchism in Russia* (Nueva York, 1937), p. 37. Al decir esto ignoraba explícitamente las «ex» practicadas por su propio partido durante y después de 1905. Véase Wolfe, *Three Who Made a Revolution*, cap. 22.

<sup>99</sup> *Almanaj*, pp. 66-75; Pares, *The Fall of the Russian Monarchy*, p. 104.

<sup>100</sup> *Vtorói period revoliútsii, 1906-1907 gody* (7 vols., Moscú, 1959-1963), II, 73-84; V, 66-78.

<sup>101</sup> Genkin, *Bylóe*, 1918, núm. 9, 183.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 166; Genkin, *Krásnaia Létopis*, 1927, núm. 1, páginas 181-182; *Anarjst*, núm. 5, marzo de 1910, pp. 1-4.

<sup>103</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, pp. 41-42.

<sup>104</sup> *Jleb i Volia*, núm. 23, octubre de 1905, p. 4; *Burevéstnik*, núm. 9, febrero de 1908, p. 1; *Almanaj*, pp. 156-161.

<sup>105</sup> *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, pp. 35-36; *Almanaj*, pp. 29-32.

<sup>106</sup> *Burevéstnik*, núm. 1, 20 de julio de 1906, p. 1; núm. 8, noviembre de 1907, pp. 23-24; *Almanaj*, pp. 33-36; Grossman-Roschin, *Bylóe*, 1924, 27-28, pp. 179-180.

<sup>107</sup> *Pismo Vladimira Lápidusa (Strigi)* (sl., 1907), p. 7. Colección Labadie.

<sup>108</sup> *Buntar*, núm. 1, pp. 32-34. La muerte por suicidio o por accidente en el uso de explosivos era extraordinariamente corriente. Para algunos casos interesantes, véase *Almanaj*, pp. 55, 114-116, 161-162; *Burevéstnik*, núm. 3, 30 de septiembre de 1906, páginas 14-16; y núm. 9, febrero de 1908, pp. 20-23. Un incidente en el Greenwich Park de Londres en 1894, sorprendentemente similar al de la muerte de Striga, sirvió a Joseph Conrad como tema de su novela, *The Secret Agent*.

<sup>109</sup> *Burevéstnik*, núm. 8, p. 11.

<sup>110</sup> En 1906, por ejemplo, fueron juzgados y sentenciados seis miembros del Grupo Internacional de Riga. Todos ellos eran adolescentes. *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 3, 28 de noviembre de 1906, p. 4.

<sup>111</sup> *Burevéstnik*, núm. 1, p. 8.

<sup>112</sup> *Rech Matríony Prisiazhniuk v Kievskom voenno-okružnom sudé 19-go iúlia 1908 goda* (Nueva York, 1916); *Golos Trudá* (Nueva York), 1 de marzo de 1913, págs. 9-11. Véanse también las cartas de Prisiazhniuk desde la prisión de Kíev, en *Golos Srylnyj i Zakliuchionnyj Russkij Anarjístov*, núm. 2, octubre de 1914, pp. 11-12.

<sup>113</sup> Edgar Khorn, el joven anarco-comunista que le pasó el veneno, fue detenido y llevado ante los tribunales. *Anarjst*, núm. 4, septiembre de 1909, p. 29.

<sup>114</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 5, 17 de diciembre de 1906, p. 7; *Burevéstnik*, núm. 5, 30 de abril de 1907, p. 15.

<sup>115</sup> *Almanaj*, p. 134. Compara las escenas de los juicios en Riga (*Listki «Jleb i Volia»*, núm. 3, p. 4); Nizhnii Nóvgorod (*Burevéstnik*, núm. 6-7, pp. 30-31); Kíev (*Anarjst*, núm. 3, mayo de 1909); y Moscú (*Burevéstnik*, núm. 13, pp. 21-22).

<sup>116</sup> *Mijailu Bakúninu*, p. 251.

<sup>117</sup> Los exiliados de *Chórnnoe Znamia* publicaron en diciembre de 1906, en París, un periódico titulado *Buntar*, del que aparecieron cuatro números en Ginebra entre 1908 y 1909. De otro periódico, *Chórnnoe Znamia*, sólo apareció un número, en Ginebra en diciembre de 1905.

<sup>118</sup> *Burevéstnik*, núm. 5, p. 13.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 14. Cuando se encontraban ante los tribunales, los terroristas rusos rememoraban frecuentemente el famoso discurso

del «propagandista por los hechos» francés, Emile Henry, ante sus jueces; discurso que había sido traducido al ruso por el Grupo de Anarquistas de Ginebra y publicado por Emile Held en 1898: *Rech Emilia Anri pered sudom*. También apareció una traducción en *Volnaia Volia*, 1903, núm. 2.

<sup>120</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 3, p. 4; núm. 4, p. 7. Según el recuento de un prisionero anarquista en la cárcel de Odessa, 267 anarquistas y «simpatizantes» fueron juzgados en Odessa durante el período 1906-1907. Esta cifra incluía 112 anarco-sindicalistas, 94 *chornoznámetsy*, 51 simpatizantes, 5 miembros de la Unión de Combate de los Socialistas-revolucionarios, y 5 miembros de la Cruz Roja Anarquista, organización de ayuda a los presos y exiliados políticos. En la lista había una proporción bastante equilibrada de nombres rusos, ucranianos y judíos. La edad oscilaba entre los 19 y los 22 años. De los juzgados, 28 fueron ejecutados y 5 consiguieron escapar de la cárcel (Olga Taratuta entre ellos). *Burevéstnik*, núm. 10-11, marzo-abril de 1908, páginas 23-24. Según fuentes fidedignas (los anarquistas, desde luego, no tenían «carnets de partido» y generalmente eludían toda clase de maquinaria organizativa de carácter formal), parece que, en el momento culminante del movimiento (1905-1907) había unos cinco mil anarquistas activos en el Imperio Ruso, además de miles de simpatizantes que leían habitualmente la literatura anarquista y seguían de cerca sus actividades, aunque no tomaran parte directa en ellas.

<sup>121</sup> Anísimov, *Kátorga i Ssyłka*, 1932, núm. 10, pp. 129-176; *Anarjist*, núm. 5, marzo de 1910, p. 24. Andréi Shtokman y Sergéi Boríssov, dirigentes del «destacamento de combate» de Ekaterinoslav, fueron ahorcados.

<sup>122</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 4, 13 de diciembre de 1906, p. 8; Genkin, *Bylóe*, 1918, núm. 9, p. 179; *Po tíúrmam i etápam*, p. 297; Nomad, *Dreamers, Dynamiters, and Demagogues*, p. 78. Románov-Bidbéi fue juzgado bajo otro seudónimo, Ter-Aganéssov.

<sup>123</sup> Genkin, *Bylóe*, 1918, núm. 9, p. 183.

<sup>124</sup> *Burevéstnik*, núm. 13, octubre de 1908, p. 22; núm. 14, enero de 1909, pp. 18-20.

<sup>125</sup> «Nezavisimaia Sotsialistícheskaia Mysl», *Fleshin Archive*; Genkin, *Bylóe*, 1918, núm. 9, pp. 182-183; *Po tíúrmam i etápam*, pp. 300-301.

<sup>126</sup> *Burevéstnik*, núm. 6-7, septiembre-octubre de 1907, pp. 29-30.

<sup>127</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 12, 12 de abril de 1907, p. 5; *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, p. 31. Ocho policías resultaron muertos o gravemente heridos cuando uno de ellos encendió una cerilla durante el asalto al laboratorio de explosivos de Gershkovich. *Mijailu Bakúninu*, pp. 255-256.

<sup>128</sup> *Burevéstnik*, núm. 16, mayo de 1909, p. 27; *Anarjist*, número 3, mayo de 1909, pp. 28-32.

<sup>129</sup> *Almanaj*, p. 48; *Knízhnik, Krásnaia Létopis*, 1922, núm. 4, pp. 34-35; *Buntar*, núm. 1, p. 29; *Burevéstnik*, núm. 13, páginas 21-22.

### 3. Los sindicalistas

<sup>1</sup> *Mijailu Bakúninu*, pp. 327-328.

<sup>2</sup> James Guillaume, *L'Internationale: documents et souvenirs (1864-1878)* (4 vols., París, 1905-1910), I, 205; Rudolf Rocker, *Anarjo-Sindicalism* (Londres, 1938), pp. 71-72.

<sup>3</sup> Pueden verse discusiones de interés sobre sindicalismo francés, en Louis Levine, *Syndicalism in France* (2.ª ed., Nueva York, 1914); Val R. Lorwin, *The French Labor Movement* (Cambridge, Mass., 1954), pp. 15-46; y Paul Louis, *Histoire du mouvement syndical en France* (2 vols., París, 1947-1948), I, 129-212.

<sup>4</sup> *Jleb i Volia*, núm. 1, agosto de 1903, p. 5.

<sup>5</sup> *Ibid.*, núm. 2, septiembre de 1903, pp. 1-3. Cf. *Ibid.*, núm. 7, febrero de 1904, pp. 1-4.

<sup>6</sup> *Ibid.*, núm. 23, octubre de 1905, pp. 1-3.

<sup>7</sup> M. Korn, *Revoliutsionnyi sindikalizm i anarjizm; Borbá s kapitálom i vlastiu* (Petrogrado y Moscú, 1920), pp. 10n, 116. Cf. M. Korn, «Vseobschaia stachka», *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 7, 25 de enero de 1907, pp. 1-4; y Korn, *Borbá s kapitálom i vlastiu; Nashi spórnyye voprosy* (Londres, 1912).

<sup>8</sup> M. Korn, «Na svreménnye temy», *Jleb i Volia* (París), número 1, marzo de 1909, p. 30. Cf. Korn, «Chto takóe nash sindikalizm?», *Rabochii Mir*, núm. 1, febrero de 1914, pp. 3-5; y *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 1, 30 de octubre de 1906, p. 8.

<sup>9</sup> K. Orgiani, «Organizatsionnyi printsip revoliutsionnogo sindikalizma i anarjizm», *Burevéstnik*, núm. 14, enero de 1909, páginas 2-7.

<sup>10</sup> K. Orgiani, «O rabóchij soiúzaj», *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 14, 10 de mayo de 1907, pp. 2-4. Este artículo perteneció a una serie publicada posteriormente en un folleto del mismo título, *O rabóchij soiúzaj* (Londres, 1907). Véase también el pequeño libro de Orgiani, *Kaz i iz chegó razvilsia Revoliutsionnyi Sindikalizm* (¿Londres?, 1909), con un interesante prefacio de Kropotkin.

<sup>11</sup> D. N. (Novomírskii), «Pismó iz Rossii», *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 17, 21 de junio de 1907, pp. 4-5. El grupo de Novomírskii en Odessa adoptó el nombre de «anarco-sindicalistas», en vez del término francés de «sindicalistas revolucionarios», en parte para destacar su peculiaridad rusa, y en parte para señalar que todos sus miembros eran *anarquistas* (muchos de los sindicalistas revolucionarios franceses eran de filiación marxista, blanquista o radical), y también, por último, para diferenciarse de los *anarco-comunistas*, que no estaban preocupados de forma tan exclusiva por el movimiento laboral.

<sup>12</sup> Novomírskii, *Iz programmy sindikalnogo anarjizma*, p. 191.

<sup>13</sup> *Novyi Mir*, núm. 1, 15 de octubre de 1905, pp. 4-10.

<sup>14</sup> Novomírskii, *Iz programmy sindikalnogo anarjizma*, páginas 178-191; *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 5, 28 de diciembre de 1906, p. 9.

- <sup>15</sup> *Mijailu Bakúninu*, p. 264.
- <sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 252 ss.; Górev, *Anarjizm v Rossii*, pp. 64-66; *Obschéstvennoe dvizhenie v Rossii*, III, 477.
- <sup>17</sup> *Mijailu Bakúninu*, p. 264.
- <sup>18</sup> *Burevéstnik*, núm. 10-11, marzo-abril de 1908, pp. 28-30; *Almanaj*, pp. 47-59 *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, p. 29.
- <sup>19</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 18, julio de 1907, p. 6.
- <sup>20</sup> Peterbúrzhets, *Očerok peterbúrzhsckogo rabóckhego dvizhénia 90-igodov* (Londres, 1902), pp. 41-42, 61-62; A. M. Pankátrova, *Fabzavkomy v Rossii v borbé za sotsialisticheskuiu fábríku* (Moscú, 1923), pp. 94-171; *Fabzavkomy i profsoiuzy* (Moscú, 1925), pp. 21-22; Ja. Fin, *Fabrichnozavodské komitety v Rossii* (Moscú, 1925), p. 5; Oskar Anweiler, *Die Räte bewegung in Russland, 1905-1921* (Leiden, 1958), pp. 27-28, 45-49.
- <sup>21</sup> A los pro-sindicalistas de *Jleb i Volia* también les gustaba comparar el Soviet de Petersburgo de 1905 —en cuanto organización de masas al margen de los partidos— con el comité central de la Comuna de París de 1871. *Listki «Jleb i Volia»*, número 2, 14 de noviembre de 1906, p. 5.
- <sup>22</sup> Górev, *Anarjizm v Rossii*, p. 85.
- <sup>23</sup> *Burevéstnik*, núm. 4, 30 de octubre de 1906, p. 13.
- <sup>24</sup> Kropotkin, ed., *Rússkaia revoliútsiia i anarjizm*, pp. 12-13.
- <sup>25</sup> *Ibid.*, p. 14.
- <sup>26</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 2, 14 de noviembre de 1906, p. 5. El grupo *Jleb i Volia* discutió el problema del sindicalismo en dos reuniones en Londres (diciembre de 1904, y octubre de 1906), y en otra en París (septiembre de 1905). Sobre los informes de estas conferencias, véase Kropotkin, ed., *Rússkaia revoliútsiia i anarjizm*; Korn, *Revoliútsiionnyi sindikalizm i anarjizm; Borbá s kapitálom i vlastiu*; Korn, *Revoliútsiionnyi sindikalizm i sotsialisticheskíe partii* (Londres, 1907); y *Listki «Jleb i Volia»*, número 1, 30 de octubre de 1906, pp. 6-9.
- <sup>27</sup> Nikolái Rogdáev y Vladímír Zabrézhnev estaban entre los cinco delegados rusos en el Congreso de Amsterdam. Representante de la Federación de Anarquistas Judíos fue Aleksandr Shapiro, que posteriormente jugaría un papel muy importante en el movimiento anarquista ruso.
- <sup>28</sup> La Carta de Amiens está publicada en Louis, *Histoire du mouvement syndical*, I, 262-263.
- <sup>29</sup> *Congrès anarchiste tenu à Amsterdam Août 1907* (París, 1908), pp. 62-71; N. Rogdáev, *Internatsionálnyi kongress anarjístov v Amsterdame* (1907), p. 21.
- <sup>30</sup> *Congrès anarchiste*, p. 81.
- <sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 82-83; Rogdáev, *Internatsionálnyi kongress anarjístov*, p. 20.
- <sup>32</sup> Rogdáev, *Internatsionálnyi kongress anarjístov*, p. 18.
- <sup>33</sup> *Congrès anarchiste*, p. 82.
- <sup>34</sup> Liubomírov, «Néskolko slov o znachenii profesionálnyi soiúzov», *Trudovaia Respúblika*, núm. 2, febrero de 1909, páginas 8-12.

- <sup>35</sup> *Burevéstnik*, núms. 10-11, marzo-abril de 1908, pp. 1-2; número 19, febrero de 1910, pp. 15-16; Knízhnik, *Krásnaia Létopis*, 1922, núm. 4, p. 39; Anísimov, *Kátorga i Ssyłka*, 1932, núm. 10, pp. 134-135.
- <sup>36</sup> A..., «Anarjizm i revoliútsiionnyi sindikalizm», *Burevéstnik*, núms. 6-7, septiembre-octubre de 1907, p. 2.
- <sup>37</sup> *Ibid.*, p. 3.
- <sup>38</sup> A..., «Nash sindikalizm», *Ibid.*, núm. 4, 30 de octubre de 1906, p. 3.
- <sup>39</sup> *Ibid.*, p. 4.
- <sup>40</sup> *Ibid.*, núms. 6-7, pp. 4-5.
- <sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 5-6.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, p. 3. Cf. A. Ivanov, «Zametka o revoliútsiionnyi sindikátaj», *ibid.*, núm. 16, mayo de 1909, pp. 6-10; y Pereval, *Bezgosúdarstvennyi kommunizm i sindikalizm* (sf.). Véase también la respuesta de Maksim Raévskii a los anti-sindicalistas, en «Anti-sindikalisty v náshij riadaj», *Burevéstnik*, núm. 8, noviembre de 1907, pp. 3-6.
- <sup>43</sup> «Néskolko slov o sindikalizme», *Buntar*, núms. 2-3, junio-julio de 1908, pp. 12-14; Roschín, «Pismó k tovaríscham» (panfleto, Ginebra, noviembre de 1908), Columbia Russian Archive. Cf. A. Kólosov, «Anarjizm ili sindikalizm?», *Anarjíst*, núm. 1, 10 de octubre de 1907, p. 11. Los Sindicatos, escribía Kólosov, ignoraban a «las grandes masas de trabajadores en paro, vagabundos y obreros sin cualificar». Y añadía que la evolución relativamente pacífica del anarquismo, desde los tiempos de la dinamita en Francia, «no era un avance sino un retroceso» para el movimiento.
- <sup>44</sup> Su hermano Nikolái, anarquista de Kíev, fue ejecutado por terrorismo en 1906. *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 3, 28 de noviembre de 1906, p. 4; *Anarjíst*, núm. 1, 10 de octubre de 1907, p. 5.
- <sup>45</sup> O. Burrit, «Anarjizm i rabóchaia organizátsiia», *Anarjíst*, número 1, 10 de octubre de 1907, p. 5.
- <sup>46</sup> *Ibid.*, p. 7.
- <sup>47</sup> O. Burrit, «Professionalizm, sindikalizm i Anarjizm», *ibid.*, núm. 2, abril de 1908, pp. 6-7.
- <sup>48</sup> Burrit, *ibid.*, núm. 1, p. 9. Burrit, «Príntsipy trudovogo anarjicheskogo soiúza», *ibid.*, núm. 3, mayo de 1909, pp. 8-12; y Burrit, «Po pòvodu odnoi statí», *ibid.*, núm. 4, septiembre de 1909, pp. 14-18.
- <sup>49</sup> Para el debate sobre la cuestión del sindicalismo durante los primeros años de la guerra, ver los cuatro números de *Rabochee Znamia*, periódico anarco-comunista publicado en Lausana en 1915. Especialmente interesantes son los artículos de Roschín, Orgiani, Aleksandr Ge y «Rabochii Alfa» (A. Anikst). Véase también M. Raévskii, *Anarjio-sindikalizm i «kriticheskii» sindikalizm* (Nueva York, 1919).
- <sup>50</sup> *Almanaj*, p. 19.
- <sup>51</sup> Entre los trabajos más importantes que aparecieron en San

Petersburgo y Moscú durante el período post-revolucionario, podemos destacar los siguientes: Ferdinand Pelloutier, *Istoria birzh irudá (Histoire des bourses du travail)* (San Petersburgo, 1906), y *Zhizn rabóchij vo Frantsii (La Vie ouvrière en France)* (San Petersburgo, 1906); Arturo Labriola, *Sindikalizm i reformizm* (San Petersburgo, 1907); Hubert Lagardelle, *Revoliutsiónnyi sindikalizm* (San Petersburgo, 1906); P. Strelskii, *Nóvaia sekta v riadaj sotsialístov* (Moscú, 1907), con artículos de Labriola, Lagardelle, Paul Delasalle, y otros teóricos y militantes del sindicalismo revolucionario; *Svoboda i trud: anarjizm-sindikalizm* (San Petersburgo, 1907), colección de artículos de Labriola, Lagardelle y otros; N. Kritskaia y N. Lébedev, *Istóriia sindikálnogo dvizhénia vo Frantsii 1789-1907* (Moscú, 1907); A. Nédrov, *Rabochii voprós* (San Petersburgo, 1906); L. S. Kozlóvskii, *Ocherki sindikalizma vo Frantsii* (Moscú, 1907), y *Sotsiálnoe dvizhenie v sovremennoi Frantsii* (Moscú, 1908), con artículos de Georges Sorel, Hubert Lagardelle, Edouard Berth, Emile Pouget y otros; y una serie de artículos del «matxista legal» V. A. Possé, publicados en San Petersburgo (1905-1906) con el título general de *Biblioteka rabochego*. Además de estos trabajos publicados en Rusia, en los países occidentales aparecieron numerosos libros y folletos en lengua rusa. Es más, en los periódicos pro-sindicalistas aparecieron cientos de frases y citas del sindicalismo revolucionario, y muchos estudios generales sobre el anarquismo, que aparecieron legalmente en esta época, incluían secciones sobre el sindicalismo.

<sup>12</sup> Merece la pena destacar que aquellos sindicalistas que permanecieron en Rusia (Novomírskii, por ejemplo), tenían mayor capacidad para señalar la futilidad de la imitación de los modelos occidentales, que sus camaradas que habían pasado muchos años en el extranjero.

#### 4. Anarquismo y anti-intelectualismo

<sup>1</sup> El anarquismo era una expresión de la «revuelta pragmática» contra la teoría política y social que se extendió por Europa al doblar el siglo. Véase W. Y. Elliott, *The Pragmatic Revolt in Politics* (Nueva York, 1928); y H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society: the Reconstruction of European Social Thought, 1890-1930* (Nueva York, 1958).

<sup>2</sup> *Chórnnoe Znamia*, núm. 1, diciembre de 1905, p. 1.

<sup>3</sup> Bidbéi, *O Liutsifere*, p. 10.

<sup>4</sup> A..., *Burevéstnik*, núm. 4, 30 de octubre de 1906, p. 3.

<sup>5</sup> Bakunin, *Oeuvres*, I, 91; Steklov, *Mijail Aleksándrovich Bakunin*, I, 189.

<sup>6</sup> Steklov, *Mijail Aleksándrovich Bakunin*, III, 455.

<sup>7</sup> *Pisma M. A. Bakúnina*, p. 471.

<sup>8</sup> Bakunin, *Oeuvres*, III, 92.

<sup>9</sup> *Ibid.*, III, 95.

<sup>10</sup> *Ibid.*, III, 89.

<sup>11</sup> *Ibid.*, IV, 477.

<sup>12</sup> Bakunin, *Izbrannye sochinénia*, I, 237.

<sup>13</sup> Venturi, *Roots of Revolution*, pp. 432-433.

<sup>14</sup> Eugène Pyziur, *The Doctrine of Anarchism of Michel A. Bakunin* (Milwaukee, 1955), p. 141.

<sup>15</sup> Bakunin, *Oeuvres*, V, 135.

<sup>16</sup> *Ibid.*, V, 144. En este punto, Bakunin estuvo probablemente bajo la influencia de Gracchus Babeuf, con cuya doctrina estaba muy familiarizado. En su periódico, *Le Tribun du Peuple*, Babeuf escribía el 30 de noviembre de 1795 que «la educación es una monstruosidad cuando no es igualitaria, cuando es patrimonio exclusivo de un determinado grupo de la sociedad... lo que conduce fácilmente a la opresión, al engaño, al despojamiento y a la esclavitud.

<sup>17</sup> *Ibid.*, V, 145.

<sup>18</sup> Kropotkin, *Modern Science and Anarchism*, p. 86.

<sup>19</sup> Kropotkin, «Revolutionary Government», en *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 247.

<sup>20</sup> Karl Marx y Friederich Engels, *Selected Works* (2 vols., Moscú, 1962), I, 44.

<sup>21</sup> *Ibid.*, I, 106-117.

<sup>22</sup> *Listok gruppy Beznachálie*, núm. 1, abril de 1905, p. 2.

<sup>23</sup> Marx y Engels, *Selected Works*, I, 386.

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, *Jleb i Volia*, núm. 15, febrero de 1905, p. 2; núm. 23, octubre de 1905, p. 7; y *Golos Anarjista*, núm. 1, 11 de marzo de 1918, p. 2.

<sup>25</sup> Franz Mehring, *Karl Marx: Geschichte seines Lebens* (Leipzig, 1918), p. 520; Kropotkin, *Memoirs*, p. 281.

<sup>26</sup> Alexandre Zévaès, *Histoire du socialisme et du communisme en France de 1871 à 1947* (París, 1947), pp. 202-206.

<sup>27</sup> Levine, *Syndicalism in France*, pp. 101-102.

<sup>28</sup> Ferdinand Pelloutier, *Histoire des bourses du travail* (París, 1902), p. ix.

<sup>29</sup> Louis, *Histoire du mouvement syndical*, I, 263.

<sup>30</sup> Lorwin, *The French Labor Movement*, p. 33.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>32</sup> Levine, *Syndicalism in France*, p. 155.

<sup>33</sup> Georges Sorel, *Reflections on Violence* (Glencoe, 1950), página 48.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 89-90, 200-201.

<sup>35</sup> Edouard Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier* (2 vols., París, 1936-1946), II, 126-128.

<sup>36</sup> Elliot, *The Pragmatic Revolt in Politics*, p. 122.

<sup>37</sup> Lorwin, *The French Labor Movement*, p. 29. También en otros muchos países, además de Francia, se produjo un movimiento similar de hostilidad hacia los políticos y los intelectuales. Para Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos puede verse, respectivamente, Bertrand Russell, *Proposed Roads to Freedom* (Nueva York, 1919, p. 81; Peter Gay, *The Dilemma of Democratic So-*

cialism (Nueva York, 1952), pp. 126-128; y Paul F. Brissenden, *The I. W. W.: a Study of American Syndicalism* (2.ª ed., Nueva York, 1957), pp. VIII-IX.

<sup>38</sup> Venturi, *Roots of Revolution*, pp. 371-372.

<sup>39</sup> Arthur P. Mendel, *Dilemmas of Progress in Tsarist Russia* (Cambridge, Mass., 1961), p. 23. Cf. las observaciones similares de los escritores populistas Kablits y Vorontsov, en Richard Pipes, «*Narodnichestvo: A Semantic Inquiry*», *Slavic Review*, XXIII (septiembre de 1964), 449-453.

<sup>40</sup> Venturi, *Roots of Revolution*, pp. 539, 800.

<sup>41</sup> G. V. Plejánov, *Sochineniia* (24 vols., Leningrado, 1923-1927), II, 77. *Raznochintsy* era la expresión con la que se designaba a «los hombres de diferentes clases» (a excepción de la nobleza) que integraban la intelectualidad rusa en la última parte del siglo XIX.

<sup>42</sup> *Ibid.*, Cf. Plejánov, en su carta de julio de 1899 a la Segunda Internacional, en París: «La fuerza y seguridad de nuestros ideólogos revolucionarios podía conducirlos a una lucha contra el zar en cuanto individuo, pero ello no aseguraría el triunfo sobre el zarismo como sistema político. En opinión de los social-demócratas rusos, por tanto, la tarea de nuestra intelectualidad revolucionaria está planteada en los siguientes términos: aprehender los planteamientos del socialismo científico moderno, extenderlos entre los trabajadores y asaltar con su ayuda el bastión de la autocracia. El movimiento revolucionario en Rusia no puede triunfar más que como un movimiento revolucionario obrero. No hay otro camino, ni puede haberlo.» *Ibid.*, IV, 54.

<sup>43</sup> S. N. Prokopóvich, «Otvét na broshiuu Akselroda K voprosu o sovreménnyj zadáčaj i táktike rússkij sotsial-demokratov», en Plejánov, *Sochineniia*, XII, 501-502.

<sup>44</sup> Peterbúrzhets, *Očerok peterbúrzzhskogo rabóčego dvizhéniiia*, p. 81. Sobre las tensiones que existían entre el trabajo y la intelectualidad en San Petersburgo, véase Richard Pipes, *Social Democracy and the St. Petersburg Labor Movement 1885-1897* (Cambridge, Mass., 1963).

<sup>45</sup> La esposa de Machajski, Vera, ha dejado un manuscrito en el que relata la vida de su marido hasta el momento de su huida de la prisión Aleksandrovsk en 1903. El manuscrito está en la colección privada de Max Nomad, en la ciudad de Nueva York. Sobre la vida de Machajski véase también Nomad, *Dreamers, Dynamiters, and Demagogues*, p. 104; *Bolsaia Sovétskaia Entsiklopediia* (65 vols., Moscú, 1926-1947), XIII (1929), 64-66; A. Shtetlij, Pámiati V. K. [Vátslava Konstantínovich] Majáiskogo», *Izvéstiia*, 24 de febrero de 1926, p. 4; y P. A. [Piotr Arshínov], «Pámiati V. K. Majáiskogo», *Delo Trudá*, núm. 11, abril de 1926, pp. 5-8.

<sup>46</sup> A. Vólskii [seudónimo de Machajski], *Umstvennyi rabochii* (3 vols., en 1, Ginebra, 1904-1905), II, 41-42. Una buena exposición de las ideas de Machajski está recogida en la obra de uno de sus antiguos discípulos, Max Nomad, *Aspects of Revolt* (Nue-

va York, 1959), capítulo 5, y *Rebel and Renegades* (Nueva York, 1932), pp. 206-208. Otra fuente de interés está en Marshall S. Shatz, «Anti-intellectualism in the Russian Intelligentsia: Michael Bakunin, Peter Kropotkin and Jan Waclaw Machajski», ensayo inédito, The Russian Institute, Columbia University (1963), pp. 52-81. Véase también Ivanov-Razúmnik, *Chto takoe majáevschina?* (San Petersburgo, 1908); N. Syrkin, *Majáevschina* (Moscú y Leningrado, 1931); P. A. Berlín, Apóstoly anarjii: Bakunin-Kropotkin-Majáev (Petrogrado, s. a. [¿1917?], pp. 28-31; D. Zaitsev, «Marsizm i makhaevschina», *Obrazovanie*, 1908, núm. 3, páginas 35-71; M. Rávich-Cherkasskii, *Anarjisty* (Járkov, 1929), páginas 47-60; y L. Kulczycki, *Anarjizm v Rossii* (San Petersburgo, 1907), pp. 80-90. Hay un breve, pero interesante sumario de las opiniones de Machajski escrito por su esposa: «Jan-Vatslav Majáiskii, 1866 27/XII-1926 19/II», manuscrito que se encuentra en la colección privada de Nomad.

<sup>47</sup> Jan Waclaw Machajski, «An Unfinished Essay in the Nature of a Critique of Socialism», manuscrito inédito (escrito en París en 1911), pp. 16-17.

<sup>48</sup> A. Vólskii, *Bankrotstvo sotcializma XIX stolétua* (¿Ginebra?, 1905), p. 30; *Umstvennyi rabochii*, III, parte 2.ª, pp. 9-24; *Burzhuáznaia revoliutsiia i rabochee delo* (¿Ginebra?, 1905), p. 25.

<sup>49</sup> *Rabochii Zágovor*, núm. 1, septiembre-octubre de 1907, p. 75.

<sup>50</sup> Bakunin, *Gesammelte Werke*, III, 35-38, 82.

<sup>51</sup> *Rabochii Zágovor*, núm. 1, pp. 58-63; *Umstvennyi rabochii*, I, 30.

<sup>52</sup> Leo Trotzki, *Mein Leben* (Berlín, 1930), p. 125.

<sup>53</sup> *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, pp. 30-31; *Almanaj*, p. 7; Syrkin, *Majáevschina*, pp. 7-8, 65; Górev, en *Obschéstvennoe dvizhenie v Rossii*, III, 525; Genkin, *Krásnaia Létopis'*, 1927, núm. 1, pp. 186-190; *Bylóe*, 1918, núm. 9, pp. 171-172; *Bolsaia Sovétskaia Entsiklopediia*, XIII, 66. El principal divulgador de Machajski fue un socialista-revolucionario maximalista llamado Evgenii Lozinski. Véase su *Chto zhetakoe, nakonets, intelligentsiia?* (San Petersburgo, 1907).

<sup>54</sup> *Burevéstnik*, núm. 10-11, marzo-abril de 1908, p. 31.

<sup>55</sup> *Ibid.*, núm. 8, noviembre de 1907, p. 9.

<sup>56</sup> Bidbéi, *O Liutsifere*, p. 1.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>58</sup> *Ibid.*, pp. 11-24.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 27-28. Cf. A. Bidbéi, *O revoliutsii i o kazármennyi dobrodetel'noj gospod Tuporylovj* (¿París?, 1904), otro durísimo ataque sobre los socialdemócratas. (Tuporylov —«Floccico-obru-so»—, era el seudónimo de Tserderbaum-Mártov, el líder menchevique).

<sup>60</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 1, 30 de octubre de 1906, p. 5.

<sup>61</sup> I. Vetrov, *Anarjizm: egó teóriia i práktika* (San Petersburgo, 1906), p. 31. Knízhnik-Vetrov abandonó posteriormente el anarquismo revolucionario por una cierta forma de tolstoísmo que preconizaba la instauración de una república parlamentaria des-

centralizada. Véase I. S. Knízhnik, *Podgotovka k uchreditelnomu sobrániuu* (Petrogrado, 1917).

<sup>62</sup> *Jleb i Volia*, núm. 17, mayo de 1905, p. 7.

<sup>63</sup> K. Orgiani, *O revoliutsii i revoliutsiónnom pravitelstve* (Londres, 1905), p. 14.

<sup>64</sup> Orgiani, *O rabócbij soiúzaj*, p. 5; *Listki «Jleb i Volia»*, número 9, marzo de 1907, pp. 2-5.

<sup>65</sup> Orgiani, *O rabócbij soiúzaj*, pp. 4-5. Aunque aparentemente identificado con Machajski, Orgiani no compartía su criterio de que la intelectualidad formaba una clase independiente con su propia ideología, y negaba que el trabajo mental fuese más fácil que el manual, como decía Machajski. Orgiani, *Ob intelligentsiui* (Londres, 1912), pp. 10-31.

<sup>66</sup> *Jleb i Volia*, núm. 12-13, octubre-noviembre de 1904, p. 8.

<sup>67</sup> *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 1, 30 de octubre de 1906, p. 8.

<sup>68</sup> Raévskii, *Burevéstnik*, núm. 8, noviembre de 1907, p. 4.

<sup>69</sup> Raévskii, *ibid.*, núm. 12, julio de 1908, pp. 5-7; núm. 15, marzo de 1909, p. 24.

<sup>70</sup> Korn, *Revoliutsionnyi sindikalizm i sotsialisticheskie partii*, pp. 3-6, y *Revoliutsionnyi sindikalizm i anarjizm*, pp. 6-9. Cf. El comentario de Zabrzhnev sobre el *Ocherki sindikalizma vo Frantsii*, de Kozlóvskii, en *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 16, 7 de junio de 1907, pp. 4-6.

<sup>71</sup> Korn, *Revoliutsionnyi sindikalizm i anarjizm*, p. 11; *Jleb i Volia* (París), núm. 1, marzo de 1909, p. 31. Cf. *Rabochii Mir*, núm. 1, febrero de 1914, pp. 3-5. De forma parecida iba a argumentar diez años después Alekséi Borovói, anarco-individualista que se había pasado a las posiciones sindicalistas: «El movimiento no se somete a la teoría, sino que es en el movimiento donde la teorías nacen y transcurren.» El sindicalismo, decía, no es una utopía racional, sino la manifestación espontánea del proletariado consciente, que nace directamente de la vida misma. A. Borovói, *Anarjizm* (Moscú, 1918), pp. 55-58.

<sup>72</sup> Los trabajos principales son los de L. S. Kozlóvskii, *Ocherki sindikalizma vo Frantsii* (Moscú, 1907), y *Sotsiálnoe dvizhénie v sovremennoi Frantsii* (Moscú, 1908); A. Nédrov, *Rabochii vopros* (San Petersburgo, 1906); y la serie de libros publicados por V. A. Possé bajo el título general de *Biblioteka rabócheho* («San Petersburgo», 1906).

<sup>73</sup> Kozlóvskii, *Sotsiálnoe dvizhénie*, pp. XVI-XVIII.

<sup>74</sup> Kozlóvskii, *Ocherki sindikalizma vo Frantsii*, p. VI.

<sup>75</sup> *ibid.*, pp. 76-78.

<sup>76</sup> *ibid.*, pp. VI-X.

<sup>77</sup> Kozlóvskii, *Sotsiálnoe dvizhénie*, p. XXIX. Lenin, digamos de paso, calificaba a Sorel de «conocido embrollón» (*izvéstnyi putanik*). Lenin, *Sochineniia*, XIII, 239.

<sup>78</sup> Kozlóvskii, *Ocherki sindikalizma vo Frantsii*, pp. III, 81.

<sup>79</sup> D. N., *Listki «Jleb i Volia»*, núm. 17, 21 de junio de 1907, página 5.

<sup>80</sup> *Novyi Mir*, núm. 1, 15 de octubre de 1905, p. 6.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>82</sup> D. I. Novomírskii, *Chto takóe anarjizm?* (1907), p. 37.

<sup>83</sup> *Novyi Mir*, núm. 1, 15 de octubre de 1905, pp. 4-10.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> Véase E. Chapelier y G. Marin, *Anarchists and the International Language, Esperanto* (Londres, 1908), informe al Congreso Anarquista Internacional de Amsterdam en agosto de 1907. El Congreso decidió, sin embargo, que se requería un estudio más exhaustivo, antes de que el esperanto fuese adoptado como la lengua oficial internacional. Véase *Résolutions approuvées par le Congrès Anarchiste tenu à Amsterdam, Août 24-31, 1907* (Londres, 1907), p. 12.

<sup>87</sup> *Golos Ssylnyj i Zakliuchiónnyj Rússkij Anarjístov*, núm. 1, noviembre de 1913, p. 6.

<sup>88</sup> G. B. Sandomírskii, *V nevole: ócherki i vospominánia* (3.ª ed., Moscú, 1923).

<sup>89</sup> M. Berezin, *Fun Keyten tsu fraybayt* (Nueva York, 1916).

<sup>90</sup> «Protest», del *Bratstvo Vólnyj Obschinnikov* (folleto, París sf.), Columbia Russian Archive.

<sup>91</sup> Boris Yelensky, *In the Struggle for Equality: the Story of the Anarchists Red Cross* (Chicago, 1958); P. A. Kropotkin *i ego uchenie*, p. 336; *Anarjíst*, núm. 1, 10 de octubre de 1907, pp. 11-13. Yelensky fue el secretario de la Cruz Roja Anarquista en los Estados Unidos. Véase también *V Pomosch-Der Hilf-Ruf* (Londres, 1911-1912), órgano de la Cruz Roja Anarquista de Londres, publicado en ruso y judío. En el interior de Rusia se estableció también una Cruz Roja Anarquista, en 1906 o 1907.

<sup>92</sup> Véase, por ejemplo, *Golos Ssylnyj i Zakliuchiónnyj Rússkij Anarjístov* (órgano de la Cruz Roja Anarquista de Nueva York), núm. 1, noviembre de 1913, p. 7; núm. 2, octubre de 1914, páginas 15-16. Kropotkin condenó con energía la represión en un informe al Parlamento británico: Príncipe Kropotkin, *The Terror in Russia* (Londres, 1909).

<sup>93</sup> Knízhnik, *Krásnaia Létopis*, 1922, núm. 4, p. 42.

<sup>94</sup> Las convocatorias de algunas de estas manifestaciones se pueden encontrar en los Bund Archives, y en la Columbia Russian Archive.

<sup>95</sup> *Delo Trudá*, núm. 75, marzo-abril de 1933, p. 8; *Freedom* (Nueva York), 18 de marzo de 1933, p. 2.

<sup>96</sup> Rogdáev actuó como propagandista en los comienzos del movimiento anarquista ruso, en 1903, en las ciudades de Briansk, Nezhin y Ekaterinoslav, y combatió en las barricadas durante el levantamiento de Moscú, en diciembre de 1905. N. Majnó, «Nad svézhei mogíloi t. N. Rogdáeva», *Probuzhdenie*, núm. 52-53, noviembre-diciembre de 1934, pp. 21-31. En 1909 recolectó una inestimable serie de documentos y recuerdos personales del movimiento desde 1903 a 1908: *Almanajh: sbórnik po istórii anarjicheskogo dvizhénia v Rossii*.

<sup>97</sup> En la Columbia Russian Archiven se encuentran cierto nú-

mero de folletos y declaraciones muy esclarecedoras sobre esta controversia.

<sup>98</sup> «K tovarishcham» (manuscrito, París, 1914), Columbia Russian Archive; A. Kochegárov (Karelin), «Po póvodu predstoiáshego mezddunaródnogo s'ezda anarjístov-kommunistov», *Golos Trudá* (Nueva York), 1 de enero de 1914, pp. 3-4.

<sup>99</sup> Véase el *Bulletin du Congrès Anarchiste International*, número 1, mayo de 1914, y núm. 2, julio de 1914, editado por Shapiro en Londres.

<sup>100</sup> Aleksandr Shapiro a Rudolf Grossmann, 13 de julio de 1914, Ramus Archive.

<sup>101</sup> P. Kropotkin, «A letter on the Present War», *Freedom* (Londres), octubre de 1914, pp. 76-77; Lébedev, *P. A. Kropotkin*, pp. 70-71; *P. A. Kropotkin i egó uchénie*, pp. 161-166. Según la hija de Kropotkin, era tan intensa su hostilidad a los alemanes que, de no ser por su edad, se habría unido al Ejército francés para combatirlos. Entrevista con la princesa Aleksandra Kropotkin, New York City, 10 de marzo de 1965.

<sup>102</sup> *P. A. Kropotkin i egó uchénie*, pp. 341-343, contiene el «Manifiesto de los Dieciséis».

<sup>103</sup> «Zaiavlénie-Protest», declaración mecanografiada de los anarquistas rusos en París, Columbia Russian Archive; *Nabat* (Ginebra), núm. 5, abril de 1916, pp. 1-8. En este último se incluyen protestas contra la guerra, procedentes de anarquistas de países tan distantes como los Estados Unidos, Bulgaria y Australia.

<sup>104</sup> Hay que destacar que María Korn permaneció fiel a Kropotkin en el problema de la guerra.

<sup>105</sup> «Otvét», panfleto del Grupo Anarco-Comunista de Ginebra (1916), Columbia Russian Archive; *Put k Svobode*, núm. 1, mayo de 1917, pp. 8-11; cf. la protesta del Grupo Anarco-Comunista de Zurich y el panfleto de Roschin, «Trevózhnyi Voprós», ambos en la Columbia Russian Archive, y Alexandre Ghé, *Lettre ouverte à P. Kropotkine* (Lausana, 1916). Para una crítica más extensa del «anarco-internacionalismo» a Kropotkin, Cherkézov y Korn, véase A. Ge, *Put k pobede* (Lausana, 1917). Los ataques bolcheviques contra Kropotkin y sus seguidores «defensistas» fueron, desde luego, más venenosos. «Los más destacados anarquistas de todo el mundo se han cubierto de una vergüenza tan grande como los oportunistas por su postura social-chovinista ante la guerra (al estilo de Plejánov y Kautsky).» Lenin, *Sochineniia*, XVIII, 204-205. Para Trotski, el «anticuado anarquista» Kropotkin desmentía con su posición todo lo que había estado enseñando durante casi medio siglo, sin prever «cómo la Francia victoriosa terminaría sometiéndose a los banqueros americanos». Leon Trotski, *The History of the Russian Revolution* (3 vols. en 1, Ann Arbor, 1957), I, 230; II, 179.

<sup>106</sup> V. Judolái, «Anarjicheskie tehéniiia nakanune 1917 g.», en *Mijailu Bakúninu*, pp. 314-322.

<sup>107</sup> Es posible (aunque no seguro) que este Nikolái Románov no fuese, de hecho, Bidbéi. Según María Korn, Bidbéi permaneció

en la cárcel desde 1906 hasta la liberación de febrero de 1917. Max Nettlau, «Anarchistische Ideen in Russland und ihr Verhältnis zu den revolutionären Bewegungen», manuscrito a mano, página 310 (por la otra cara), Nettlau Archive.

## 5. La segunda tormenta

<sup>1</sup> General E. K. Klimóvich, en *Padenie tsárskogo rezhima* (7 volúmenes, Leningrado, 1924-1927), I, 98.

<sup>2</sup> Citado en David Shub, *Lenin* (Nueva York, 1948), p. 189.

<sup>3</sup> I. Roschin, «Privet svobode», *Put k Svobode*, núm. 1, mayo de 1917, pp. 1-2. Cf. la reacción de los anarquistas emigrados en los Estados Unidos, descrita en Josep Cohen, *Di Yidish-anarkhistshe bavegung in Amerike* (Filadelfia, 1945), pp. 335-336.

<sup>4</sup> *Mijailu Bakúninu*, p. 322.

<sup>5</sup> Górev, *Anarjizm v Rossii*, pp. 103-107.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>7</sup> *Mijailu Bakúninu*, p. 321.

<sup>8</sup> John Reed, *Ten Days that Shook the World* (Nueva York, 1960), p. 68. El texto del preámbulo está en Joyce Kornbluh, ed., *Rebel Voices: An I. W. W. Anthology* (Ann Arbor, 1964), páginas 12-13.

<sup>9</sup> *Svobódnaiia Kommuna*, núm. 2, 2 de octubre de 1917, p. 1; *Kommuna*, núm. 6, septiembre de 1917, pp. 2-3.

<sup>10</sup> *Vólnyi Kronshtadt*, núm. 2, 12 de octubre de 1917, p. 2.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>12</sup> *Anarjíst* (Rostov-na-Donú), núm. 11, 22 de octubre de 1917, página 3. Por error aparece la fecha del periódico como «1907».

<sup>13</sup> N. N. Sujánov, *The Russian Revolution* (Nueva York, 1955), páginas 282-284.

<sup>14</sup> Lenin, *Sochineniia*, XX, 78.

<sup>15</sup> Sujánov, *The Russian Revolution*, p. 287; I. G. Tsereteli, *Vospominániia o fevral'skoi revoliútsii* (2 vols. en 1, París, 1963), I, 301.

<sup>16</sup> Sujánov, *The Russian Revolution*, p. 234.

<sup>17</sup> Lenin, *Sochineniia*, XX, 76-83.

<sup>18</sup> Bertram D. Wolfe, introducción a Reed, *Ten Days that Shook the World*, p. XXXI.

<sup>19</sup> Lenin, *Sochineniia*, XXI, 378, 406, 410; Marx y Engels, *Selected Works*, II, 322.

<sup>20</sup> Lenin, *Sochineniia*, XXI, 406, 436.

<sup>21</sup> Voline, *La Révolution inconnue 1917-1921* (París, 1943), página 185.

<sup>22</sup> V. Polonskii, «Anarjisty i sovreménnaia revoliútsiia», *Nóvaia Zhizn*, 15 de noviembre de 1917, p. 1.

<sup>23</sup> Reed, *Ten Days that Shook the World*, p. 5.

<sup>24</sup> A. Miakin, «Dacha Durnovó» (manuscrito, Petrogrado, 1917), Columbia Russian Archive.

<sup>25</sup> *Rech*, 6 de junio de 1917, p. 5; 7 de junio de 1917, p. 4.

<sup>26</sup> *Izvéstiia Petrográdskogo Soveta Rabóchij i Soldátskij Depu-tátov*, 7 de junio de 1917, p. 11; 9 de junio de 1917, p. 10.

<sup>27</sup> P. N. Miliukov, *Istória vtorói russkoi revoliútsii* (un volumen en tres partes, Sofía, 1921-1923, parte I, 213-214).

<sup>28</sup> *Izvéstiia*, 9 de junio de 1917, p. 1.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>30</sup> *Rech*, 20 de junio de 1917, p. 4; *Izvéstiia*, 20 de junio de 1917, p. 5; Miliukov, *Istória vtorói russkoi revoliútsii*, parte I, 226; Tsereteli, *Vospominániia*, II, 252.

<sup>31</sup> F. Drúgov, «Úbiitsa Asnimá o svoiom krovávom dele», *Pro-buzhdénie*, núm. 30-31, enero-febrero de 1933, pp. 26-29; *Rech*, 20 de junio de 1917, p. 4; *Izvéstiia*, 20 de junio de 1917, p. 5; 21 de junio de 1917, pp. 4, 9-10.

<sup>32</sup> *Izvéstiia*, 26 de junio de 1917, p. 9; *Golos Anarjii* (Sarátov), núm. 2; 21 de septiembre de 1917, p. 1; *Bolshaia Sovétskai Entsiklopédiia* (2.<sup>a</sup> ed., 51 vols., Moscú, 1950-1958, XV, 651. Sobre el incidente de la *dacha* Durnovó, véase también Sukhanov, *The Russian Revolution*, pp. 386-388; Trotski, *History of the Russian Revolution*, I, 441-456, y W. S. Woytinsky, *Stormy Pas-sage* (Nueva York, 1961), pp. 290-293.

<sup>33</sup> Trotsky, *History of the Russian Revolution*, I, 425.

<sup>34</sup> *Ibid.*, II, 10.

<sup>35</sup> *Gonénia na anarjizm v Sovétskoi Rossii* (Berlín, 1922), pá-ginas 62-63; *Velikcia Oktiábrskaia sotsialisticheskaia revoliútsiia: dokumenty i materialy; Revoliútsionnoe dvizhénie v Rossii v iiule 1971 g. iúlskii krizis* (Moscú, 1959), p. 91.

<sup>36</sup> Tsereteli, *Vospominániia*, I, 166-167. Cf. Trotsky, *History of the Russian Revolution*, II, 13-14.

<sup>37</sup> *Revoliútsionnoe dvizhénie v Rossii iiule 1917 g.*, p. 81.

<sup>38</sup> Trotski, *History of the Russian Revolution*, II, 82.

<sup>39</sup> R. P. Browder y A. F. Kerenski, ed., *The Russian Provisional Government 1917* (3 vols., Stanford, 1961), III, 1338-1339.

<sup>40</sup> W. H. Chamberlin, *The Russian Revolution 1917-1921* (2 vo-lúmenes, Nueva York, 1957), I, 172.

<sup>41</sup> *Ibid.*, I, 174.

<sup>42</sup> *Burevéstnik*, 11 de abril de 1918, p. 2.

<sup>43</sup> Entrevista con la princesa Aleksandra Kropotkin, New York City, 10 de marzo de 1965.

<sup>44</sup> S. P. Tiruin, «Otezd P. A. Kropótkina iz Anglii v Rossiú i egó pisma», *Na Chuzbóí Storoné* (Praga), 1924, núm. 4, pági-nas 224-231; Lébedev, *P. A. Kropotkin*, p. 72; *P. A. Kropotkin i egó uchénie*, p. 230; Woodcok y Avakumovik, *The Anarchist Prince*, p. 397.

<sup>45</sup> *Delo Trudá*, núm. 75, marzo-abril de 1933, p. 9.

<sup>46</sup> B. Nikoláevskii, «Varlaam Nikoláevich Cherkézov (1864-1925)», *Kátorga i Ssylka*, 1926, núm. 4, p. 231.

<sup>47</sup> *Delo Trudá*, núm. 66, mayo-diciembre de 1931, pp. 22-23.

<sup>48</sup> Emma Goldman, *Living My Life* (dos vols. en uno, Nueva York, 1931), II, 595-596.

<sup>49</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 7-11; Rudolf Rocker,

introducción a Voline, *Nineteen-Seventeen: The Russian Revo-lution Betrayed* (Nueva York, 1954); *Delo Trudá-Probuzhdénie*, núm. 16, enero de 1946, pp. 13-19; núm. 17, marzo de 1946, pá-ginas 18-19; M. S. (Mollie Steimer), *Freedom* (Londres), 17 de noviembre de 1945, p. 2.

<sup>50</sup> Yelensky, *In The Struggle for Equality*, pp. 36-40.

<sup>51</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 134.

<sup>52</sup> Rudolf Rocker a Senya y Mollie Fleshin, 12 de febrero 1947, Rocker Archive; Eusebio C. Carbo, «Aleksander Shapiro» *L'Adunata dei Refrattari* (Nueva York), 22 de marzo de 1947, pá-ginas 3-4; Rocker, *The London Years*, p. 244; P. A. Kropotkin *i egó uchénie*, pp. 335-336.

<sup>53</sup> Rudolf Rocker, «Grigorii Petrovich Maksimov», *Delo Trudá-Probuzhdénie*, núm. 33, julio-agosto de 1950, pp. 1-6; *Gonénia na anarhizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 54-55; Rudolf Rocker, in-troducción a G. P. Maximoff, ed., *The Political Philosophy of Bakunin* (Glencoe, Illinois, 1953); George Woddcock, introduc-ción a G. Maksimov, *Constructive Anarchims* (Chicago, 1952).

<sup>54</sup> Cf. G. Maksimov, «Anarjieskie gazety i zhurnaly», *Delo Trudá*, núm. 100, diciembre de 1937-febrero de 1938, p. 68.

<sup>55</sup> Entre las traducciones más significativas estaban la de Chris-tian Cornelissen, *Vperiod k nóvomu obschestvu*; Georges Yvetot, *Fernand Pellute i revoliútsionnyi sindikalizm vo Frantsii*; Yvetot, *Azbuka sindikalizma*; y Emile Pataud & Emile Pouget, *Kak my sovershim revoliútsiú*.

<sup>56</sup> Véase, por ejemplo, *Golos Trudá*, núm. 3, 25 de agosto de 1917; núm. 8, 29 de septiembre de 1917; núm. 9, 6 de octu-bre de 1917; núm. 12, 27 de octubre de 1917 (en memoria de los mártires de Chicago), y núm. 19, 18 de noviembre de 1917.

<sup>57</sup> *Ibid.*, núm. 1, 11 de agosto de 1917, p. 1.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 4; núm. 2, 18 de agosto de 1917, p. 1.

<sup>60</sup> *Pérvaia rabóchaia konferéntsia fabrichno-zavodskij komitétov* (Petrogrado, 1917), p. 37.

<sup>61</sup> A. I. Evzelmán, «Bolshevikí Petrograda v borbé za bolshevi-zátsiú profsoiúzov i fabzavkómov v period podgotovki i prove-dénia Velíkoí Oktiábrskoi sotsialisticheskoí revoliútsii», diserta-ción en la Universidad Estatal de Moscú (1951), pp. 98 ss.

<sup>62</sup> Solomon Schwarz, «Betriebsräte und Produktionskontrolle in Russland», en H. Pothoff, ed., *Die soziale Probleme des Betriebes* (Berlín, 1925), p. 175. Cf. G. V. Tsyperovich, *Sindikaty i tresty v Rossii* (3.<sup>a</sup> ed., Petrogrado, 1920), p. 143; y M. Gor-don, *Uchastie rabóchij v organizatsii proizvodstva* (Leningrado, 1927), p. 8.

<sup>63</sup> Sin embargo, el «control obrero» había sido desde comien-zos de siglo una consigna de los sindicalistas de la Europa occi-dental y de la Liga de Socialistas Británicos.

<sup>64</sup> Lenin, *Sochinénia*, XX, 345.

<sup>65</sup> *Léninskii sbórník* (35 vols., Moscú, 1924-1925), IV, 290.

<sup>66</sup> Lenin, *Sochinénia*, XX, 379.

<sup>67</sup> *Rabóchaia Mysl'*, núm. 8, 3 de diciembre de 1917; citado en Górev, *Anarjizm v Rossii*, p. 110.

<sup>68</sup> *Pérvaja rabóchaia konferéntsia*, p. 14.

<sup>69</sup> *Ibid.*

<sup>70</sup> *Oktiábrskaia revoliútsia i fabzavkomy: materialy po istorii fabrichno-zavodskij komitétov* (3 vols., Moscú, 1927-1929), I, 233.

<sup>71</sup> Iu. Krézel', *Iz istorii profdvizhénia g. Járkova v 1917 godú* (Járkov, 1921), p. 50.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 49, 52.

<sup>73</sup> *Golos Trudá*, núm. 1, 11 de agosto de 1917, p. 4.

<sup>74</sup> *Ibid.*, núm. 10, 13 de octubre de 1917, p. 3.

<sup>75</sup> *Ibid.*, núm. 8, 29 de septiembre de 1917, pp. 3-4.

<sup>76</sup> Raphael R. Abramovitch, *The Soviet Revolution 1917-1939* (Nueva York, 1962), p. 99. Cf. *Velikaia Oktiábrskaia sotsialisticheskaia revoliútsia: dokumenty i materialy; Oktiábrskoe vooruzhionnoe vosstanie v Petrograde* (Moscú, 1957), p. 52.

<sup>77</sup> Las cifras sobre las fábricas Putílov, Obújov y Pipé pueden verse en *Professionálnoe dvizhénie v Petrograde v 1917 g.*, ed. A. Anskii (Leningrado, 1928), pp. 272, 276; *Bolshevikí Petrograda v 1917 godú: jrónika sobytii v Petrograde, aprel-oktiabr 1917 g.* (Leningrado, 1947), pp. 288, 356, 365; Browder y Kerenski, *The Russian Provisional Government*, III, 1711; *Putílovets na jutiaj k Oktiabriú* (Moscú y Leningrado, 1933), p. 85; y M. I. Mitelman et al., *Istória Putílovskogo zavoda 1789-1917* (3.ª ed., Moscú y Leningrado, 1941), p. 501. De los 167 delegados que participaron en la Conferencia Pan-Rusa de Comités de Fábrica (17-22 de octubre), 96 eran bolcheviques, 24 socialistas revolucionarios, 13 anarquistas y siete mencheviques. *Izvéstia TsIK*, 24 de octubre de 1917, p. 7.

<sup>78</sup> G. Gorélik, *Anarjisty v rossiskoi revoliútsii* (Berlín, 1922), página 7; *Golos Trudá*, núm. 10, 13 de octubre de 1917, p. 4; *Vólnyi Kronshtadt*, núm. 2, 12 de octubre de 1917, p. 4.

<sup>79</sup> *Golos Trudá*, núm. 6, 15 de septiembre de 1917, p. 4; número 9, 6 de octubre de 1917, p. 4.

<sup>80</sup> Gorélik, *Anarjisty v Rossiskoi revoliútsii*, p. 20. Nikolái Konstantínovich Lébedev, respetado anarco-sindicalista, editó el órgano de los obreros perfumistas de Moscú, y, junto con su esposa, escribió una de las historias más leídas del movimiento laboral francés. *Istória sindikálnogo dvizhénia vo Frantsii 1789-1907* (Moscú, 1908).

<sup>81</sup> G. P. Maximoff, *The Guillotine at Work* (Chicago, 1940), página 366; B. E. [Boris-Yelensky], «Fabrichno-zavodskie komitety i ij rolv velikoi russkoi revoliútsii», *Golos Trúzhenika*, número 25-26, abril-mayo de 1927, pp. 7-9. Yelensky fue una figura clave entre los anarquistas del movimiento de comités de fábrica de Novorossiisk.

<sup>82</sup> *Oktiábrskaia revoliútsia i fabzavkomy*, I, 171.

<sup>83</sup> *Ibid.*, II, 176.

<sup>84</sup> *Ibid.*, II, 123.

<sup>85</sup> *Vserossiiskii s'ezd predstavitelei rabóchij zavódog, portov i uchrezhdénii Morskogo védomstva* (Petrogrado, 1917), pp. 1-3.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>87</sup> *Oktiábrskaia revoliútsia i fabzavkomy*, II, 121, 180-181; Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 351.

<sup>88</sup> *Anarjist*, núm. 4, septiembre de 1909, p. 29.

<sup>89</sup> *Vólnyi Golos Trudá*, núm. 4, 16 de septiembre de 1918, página 3.

<sup>90</sup> *Golos Trudá*, núm. 10, 13 de octubre de 1917, p. 3.

<sup>91</sup> *Oktiábrskaia revoliútsii i fabzavkomy*, II, 180.

<sup>92</sup> *Rabóchee dvizhénie v 1917 godú*, eds. V. L. Meller y A. M. Pankrátova (Moscú y Leningrado, 1926), pp. 126-127.

<sup>93</sup> *Ibid.*

<sup>94</sup> *Rabóchii kontrol i natsionalizátsia promyshlennyj predpriiatii Petrograda v 1917-1918 gg.: sbórník dokumentov* (Leningrado, 1947), p. 181.

<sup>95</sup> *Oktiábrskaia revoliútsia i fabzavkomy*, I, 147; *Pérvaja rabóchaia konferéntsia*, p. 58.

<sup>96</sup> Citado en A. Lozóvskii, *Rabochii kontrol* (Petrogrado, 1918), página 6.

<sup>97</sup> *Bolshevikí Petrograda v 1917 godú*, p. 577.

<sup>98</sup> Lozóvskii, *Rabóchii kontrol*, pp. 33-34.

<sup>99</sup> «Materialy k istorii rabóchego kontroliá nad proizvodstvom (1917-1918 gg)», *Krasnyi Arjiv*, 1940, núm. 6, p. 110.

## 6. La insurrección de octubre

<sup>1</sup> *Golos Trudá*, núm. 11, 20 de octubre de 1917, p. 3.

<sup>2</sup> *Svobodnaia Kommuna*, núm. 2, 2 de octubre de 1917, p. 2. En 1917 el «Partido Social Demócrata» abarcaba todavía tanto a los mencheviques como a los bolcheviques; estos últimos cambiaron de nombre por el de Partido Comunista en marzo de 1918.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Golos Trudá*, núm. 9, 6 de octubre de 1917, p. 1.

<sup>5</sup> *Ibid.*, núm. 1, 11 de agosto de 1917, p. 2. Cf. *Vólnyi Kronshtadt*, núm. 3, 23 de octubre de 1917, p. 1.

<sup>6</sup> *Golos Trudá*, núm. 5, 8 de septiembre de 1917, p. 1.

<sup>7</sup> *Oktiábrskaia revoliútsia i fabzavkomy*, II, 23.

<sup>8</sup> *Anarjist* (Rostov), núm. 11, 22 de octubre de 1917, p. 2. «Para mí nada es más excelso que yo mismo» (*Mir geht nichts über mich*), escribía Stirner en su obra más famosa, *Der Einzige und sein Eigentum* (Leipzig, 1845), p. 8.

<sup>9</sup> P.-J. Proudhon, *Idées révolutionnaires* (París, 1849), p. 23; citado en Nomad, *Aspects of Revolt*, p. 142.

<sup>10</sup> Véase, por ejemplo, A. Grossman, «Est li u nas soíúzniki?», *Burevéstnik*, núm. 2, 20 de agosto de 1906, pp. 3-5; *Almanaj*, página 56; y «Péred vyborami v 4-iu Dumú», *Rabóchii Mir*, núm. 2, 1 de septiembre de 1912, pp. 1-2.

<sup>11</sup> Lenin expresó en privado su desprecio hacia la Asamblea

Constituyente, pero sus opiniones no se hicieron públicas hasta varios años después de la revolución. Lenin, *Sochinénia*, XXI, 329.

<sup>12</sup> A. Kochegárov (Karelin), *Polozhítelnye i otrítsátelnye stónomy demokrátii s točki zrénia anarjstov-kommunistov* (Ginebra, s. f.), pp. 1-4; Karelin, *Gosudarstvo i anarjisty* (Moscú, 1918). Cf. *Pismo anarjista bratu rabóchemu* (Moscú, 1917), p. 11.

<sup>13</sup> *Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy*, II, 127.

<sup>14</sup> *Ibid.*, II, 128.

<sup>15</sup> *Golos Trudá*, núm. 4, 1 de septiembre de 1917, p. 3.

<sup>16</sup> *Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy*, II, 165-166.

<sup>17</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, p. 211; *Gonénia na anarjizm v sovétsoi Rossii*, p. 18; Gorélik, *Anarjisty v rossiiskoi revoliútsii*, p. 15; Aleksandr Berkman, *The Bolsheviki Myth* (Diary 1920-1922) (Nueva York, 1925), p. 116; Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 352; *Golos trúzbenika*, núm. 9-10, julio-agosto de 1925, p. 21.

<sup>18</sup> *Golos Trudá*, núm. 8, 29 de septiembre de 1917, p. 4.

<sup>19</sup> D. A. Tséitlin, *Fabrichno-zavodskíe komitety Petrograda v fevralé- oktiabré 1917 goda*, *Voprosy Istórii*, 1956, núm. 11, páginas 94-95.

<sup>20</sup> *Velikaia Oktiábrskaia sotsialisticheskaia revoliútsiia: dokumenty i materialy; Revoliútsionnoe dvizhénie v Rossii v ávguste 1917 g.-razgrom Kornílovskogo miatezbá* (Moscú, 1959), p. 485.

<sup>21</sup> *Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy*, II, 48.

<sup>22</sup> *Golos Trudá*, núm. 7, 22 de septiembre de 1917, p. 1.

<sup>23</sup> Reed, *Ten Days that Shook the World*, p. 49.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>25</sup> *Oktiábrskoe vooruzhónnoe vosstánie v Petrograde*, p. 235.

<sup>26</sup> Trotski, *History of the Russian Revolution*, III, 294.

<sup>27</sup> Lenin, *Sochinénia*, XXII, 3; Reed, *Ten Days that Shook the World*, p. 134.

<sup>28</sup> *Golos Trudá*, núm. 13, 3 de noviembre de 1917, p. 1.

<sup>29</sup> *Ibid.*, núm. 15, 6 de noviembre de 1917, p. 1; núm. 17, 8 de noviembre de 1917, p. 1.

<sup>30</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 190-191.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>32</sup> *Golos Trudá*, núm. 14, 4 de noviembre de 1917, p. 1.

<sup>33</sup> Reed, *Ten Days that Shook the World*, p. 345.

<sup>34</sup> *Golos Trudá*, núm. 14, 4 de noviembre de 1917, p. 1.

<sup>35</sup> *Ibid.*, núm. 19, 10 de noviembre de 1917, p. 4.

<sup>36</sup> Lenin, *Sochinénia*, XXI, 261.

<sup>37</sup> *Ibid.*, XX, 473.

<sup>38</sup> *Ibid.*, XXII, 25-26.

<sup>39</sup> *Sbórník dekrétov i postanovlénii po národnomu joziáistvu* (25 oktiabriá 1917 g.-25 oktiabriá 1918 g.) (Moscú, 1918), páginas 171-172.

<sup>40</sup> *Rabóchii kontrol i natsionalizátsiia promyshlennyj predpriiátii Petrograda*, p. 261.

<sup>41</sup> John Maynard, *Russia in Flux* (Nueva York, 1951), p. 223,

estima que unos meses después de la Revolución de Octubre sólo un 20 por 100 de las empresas continuaban estando en manos de sus antiguos propietarios y bajo la misma dirección. Las demás se encontraban divididas coyunturalmente entre la nacionalización y el control obrero, fórmulas que, en la práctica, no eran tan diferentes.

<sup>42</sup> *Russia: The Official Report of the British Trades Union Delegation to Russia and Caucasus. Nov. and Dec. 1924* (Londres, 1925), p. 138.

<sup>43</sup> R. Arskii, en *Izvéstiia VTsIK*, 27 de marzo de 1918, pá. 1-2.

<sup>44</sup> Chamberlin, *The Russian Revolution*, I, 416.

<sup>45</sup> Pankrátova, *Fabzavkomy v borbé za sotsialisticheskuiu fábriku*, p. 238; *Rabóchii kontrol i natsionalizátsiia promyshlennyj predpriiátii Petrograda*, pp. 284-285; T. Shtáfilova, *Fabzavkomy i profsoiuzy v 1917-1918 gg.* (Leningrado, 1927), p. 17; I. A. Gladkov, *Ocherki sovétsoi ekonómiki, 1917-1920 gg.* (Moscú, 1956), páginas 49-52; S. O. Zagorsky, *La République des soviets* (París, 1921), p. 19.

<sup>46</sup> M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution* (Londres, 1921), p. 212.

<sup>47</sup> Goldman, *Living My Life*, II, 791.

<sup>48</sup> *Moskóvskii Metallist*, núm. 6, 29 de noviembre de 1917, páginas 18-22.

<sup>49</sup> R. Arskii, «Professionálnye soiuzy i zavodskíe komitety», *Véstnik Národnogo Komissariata Trudá*, 1918, núm. 2-3, p. 125; *Protokoly 1-go userossiiskogo sezda professionálnyj soiuzov tekstílschichov i fábrichnyj komitétov* (Moscú, 1918), p. 30; *Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy*, I, 230.

<sup>50</sup> Ia. Boiárkov, «Rabóchii kontrol ili regulírovanie promyshlennosti?», *Metallist*, núm. 6, 30 de noviembre de 1917, p. 3.

<sup>51</sup> Lozóvskii, *Rabóchii kontrol*, pp. 77-79.

<sup>52</sup> Véase, por ejemplo, *Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy*, I, 215.

<sup>53</sup> A. Karelin, «Zametka o sindikalizme», *Burevéstnik*, 21 de noviembre de 1917, pp. 2-3.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 1.

<sup>55</sup> *Ibid.*

<sup>56</sup> *Ibid.*, 3 de diciembre de 1917, p. 2.

<sup>57</sup> *Natsionalizátsiia promyshlennosti v SSSR: sbórník dokuméntov i materiálov 1917-1920 gg.* (Moscú, 1954), p. 499.

<sup>58</sup> *Izvéstiia VTsIK*, 27 de octubre de 1917, p. 2; *Metallist*, número 7, 16 de diciembre de 1917, p. 2; *Rabóchii kontrol i natsionalizátsiia promyshlennyj predpriiátii Petrograda*, pp. 264-265; *Natsionalizátsiia promyshlennosti v SSSR*, p. 189.

<sup>59</sup> *Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy*, II, 191.

<sup>60</sup> Los sindicatos en los que los anarco-sindicalistas tenían una influencia significativa eran los de los panaderos, transportistas de río, portuarios y obreros de los astilleros, mineros de la cuenca del Donets, trabajadores de la alimentación, de correos y te-

légrafos y, en menor grado, obreros metalúrgicos, de la industria textil y ferroviarios.

<sup>61</sup> *Pérvyi vserossiiskii sezd professionalnykh soíúzov, 7-14 ianvariá 1918 g.* (Moscú, 1918), p. 338.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 200, 225.

<sup>64</sup> *Ibid.*, pp. 26-27. Lenin, citando un texto de Engels en *Anti-Dübring*, había acusado a los anarquistas por su ingenuidad al pretender abolir el Estado «de la noche a la mañana». Lenin, *Sochinéniia*, XXI, 410.

<sup>65</sup> *Ibid.*, pp. 192, 229.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 235.

<sup>68</sup> *Ibid.*, pp. 55, 82-86, 213-214.

<sup>69</sup> *Ibid.*, pp. 101-102. Lo mismo ocurrió en el primer Congreso de los Sindicatos y Comités de Fábrica de la industria textil, donde un delegado (probablemente anarquista) habló de «la muerte de los sindicatos» y declaró que «es imposible mantener en todo momento una organización centralizada». *Protokoly 1-go vserossiikogo sezda tekstilschikov*, p. 38. Lozóvskii señalaba que los anarco-sindicalistas habían elaborado toda una teoría sobre la muerte de los sindicatos». Lozóvskii, *Rabóchií kontrol*, pp. 35-36.

<sup>70</sup> *Pérvyi vserossiiskii sezd professionalnykh soíúzov*, pp. 237, 240.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 374.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 364.

<sup>74</sup> Lenin, *Sochinéniia*, XXII, 50.

<sup>75</sup> *Pérvyi vserossiiskii sezd professionalnykh soíúzov*, pp. 369-370.

<sup>76</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 346. Cf. Emma Goldman, *Living My Life*, II, 826; «De hecho la Revolución rusa se había realizado a lo Bakunin, pero se había transformado a lo Karl Marx».

## 7. Los anarquistas y el régimen bolchevique

<sup>1</sup> *Revoliutsiónnoe Tvórchestvo*, núm. 1-2, enero-febrero de 1918, página 106.

<sup>2</sup> *Biulletén Osvedomitelnogo Biuró Anarjístov v Rossii*, núm. 3, 15 de diciembre de 1917, pp. 2-8; *Bezvlástie* (Járkov), núm. 1, marzo de 1918, pp. 14-15.

<sup>3</sup> «Nietzsche», escribía Emma Goldman, «no fue un teórico social, sino un poeta, un rebelde y un innovador. Su aristocracia no era ni de nacimiento ni de adquisición, sino de espíritu. En ese sentido, Nietzsche era un anarquista, y todos los verdaderos anarquistas eran aristócratas.» *Living My Life*, I, 194.

<sup>4</sup> Una lista muy valiosa de los grupos anarquistas, clubs, periódicos e imprentas activas a comienzos de 1918 puede encontrarse en *Revoliutsiónnoe Tvórchestvo*, núm. 1-2, pp. 138-142.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, *Burevéstnik*, 17 de enero de 1918, p. 4.

<sup>6</sup> *Golos Anarjista*, núm. 1, 11 de marzo de 1918, pp. 7-8; *Gorelik, Anarjisty v rossískoi revoliútsii*, pp. 37-38.

<sup>7</sup> De esta cifra, sólo unos cuantos miles se consideraban anarquistas; el resto eran radicales de diversas procedencias. En 1917-1918, el número total de anarquistas activos en Rusia (excluyendo a los tolstoyanos y al movimiento campesino de Majnó) se acercaba a 10.000, cifra que se veía aumentada por la existencia de muchos miles de simpatizantes.

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, *Burevéstnik*, 28 de noviembre de 1917, página 1; 3 de diciembre de 1917, p. 1; y 17 de enero de 1918, página 4.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 9 de abril de 1918, p. 2.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 15 de noviembre de 1917, p. 1.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 16 de enero de 1918, pp. 1-2.

<sup>12</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 134.

<sup>13</sup> I. Jarjardin, «Iz vospominánii o A. A. Karéline», *Pro-buzhhdénie*, núm. 1, abril de 1927, p. 11.

<sup>14</sup> A. A. Solonóvich, «Pámiati A. A. Karéline», *ibid.*, p. 5.

<sup>15</sup> A. A. Karelin, *Vólnaia zbinzn* (Detroit, 1955), pp. 9-20; E. Z. Dolinin, *V vijre revoliútsii* (Detroit, 1954) pp. 267-271; *Delo Trudá*, núm. 12, mayo de 1926, pp. 15-16; *Delo Trudá Probužhdenie*, núm. 68, diciembre de 1963, p. 26. Dolinin, Solonóvich, Jarjardin y Judoléi fueron los principales discípulos de Karelin en los años posteriores a la Revolución de 1917.

<sup>16</sup> *Burevéstnik*, 21 de noviembre de 1917, pp. 2-3.

<sup>17</sup> Kochegárov, *Polozhitelnye i otrítsatelnye stórony demokrátii*; Vochegárov, *Gosudarstvo i anarjisty*.

<sup>18</sup> *Burevéstnik*, 19 de diciembre de 1917, p. 1: 26 de enero de 1918, p. 2.

<sup>19</sup> A. Kochegárov, *Zemélnaia programma anarjístov-kommunistov* (Londres, 1912.)

<sup>20</sup> *Burevéstnik*, 27 de enero de 1918, p. 1.

<sup>21</sup> Gorev, *Anarjizm v Rossii*, pp. 106-107.

<sup>22</sup> Bratia Górdiny, *Manifest pananarjístov* (Moscú, 1918), páginas 4, 20-25.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 5-7.

<sup>24</sup> *Burevéstnik*, 10 de abril de 1918, p. 3.

<sup>25</sup> Bratia Górdiny, *Manifest pananarjístov*, p. 60.

<sup>26</sup> *Burevéstnik*, 10 de abril de 1918, pp. 1-3; 11 de abril de 1918, p. 3. Una declaración similar (redactada probablemente por los Gordin) fue adoptada por el Congreso Anarquista Regional del Norte, que tuvo lugar en Briansk en agosto de 1918: «La religión y la ciencia constituyen la cultura de los opresores; la técnica y el trabajo son la cultura de los oprimidos». *Revoliútsii sezda, imévshhego mesto v górode Brianske s 6-go 11-oe avgusta 1918 g.* (Moscú, 1918), p. 5.

<sup>27</sup> Bratia Górdiny, *Manifest pananarjístov*, p. 28.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 30-48.

<sup>29</sup> Las más importantes obras de Borovói fueron *Obschéstvennyie*

*idealy sovremennoho obshchestva* (Moscú, 1906); *Istóriia lichnoi svobody vo Frantsii* (Moscú, 1910); *Anarjizm* (Moscú, 1918); y *Lichnost i obshchestvo v anarjistskom mirovozhrenii* (Petrogrado y Moscú, 1920).

<sup>30</sup> *Buntar*, núm. 1, 1 de diciembre de 1906, p. 29; *Volná*, número 28, abril de 1922, pp. 14-15.

<sup>31</sup> L. Chórnyi, *Nóvoe napravlenie v anarjizme: assosiatssionnyi anarjizm* (Moscú, 1907), 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York, 1923). Dolinin, *V viire revoliútsii*, pp. 389-408, minimiza la deuda de Chórnyi con Stirner y Nietzsche. Cf. F. Kraemer, «Associational Anarchism», *The Road to Freedom*, II, núm. 5, marzo de 1926, p. 3, y núm. 6, abril de 1926, pp. 2-3.

<sup>32</sup> *Bezvlástie*, núm. 1, marzo de 1918, p. 1.

<sup>33</sup> *Velikii ópyt* [s. l. s. a. (1918)].

<sup>34</sup> *Golos Anarjista*, núm. 1, 11 de marzo de 1918, pp. 2-3.

<sup>35</sup> *Buntovschik*, núm. 1, 7 de abril de 1918, p. 1.

<sup>36</sup> *Chórnoe Znamia*, núm. 5, 12 de marzo de 1918, p. 1.

<sup>37</sup> Volin, *Revoliútsiia i anarjizm* (1919), p. 96.

<sup>38</sup> G. Lápot' (Maksímov), *Sovety rabóchij soldátskij i krestianskij deputátov i naske k nim otnoshénie* (Nueva York, 1918).

<sup>39</sup> *Pravda*, 25 de febrero de 1918, p. 2. Ge fue uno de los más fervientes «internacionalistas» durante la guerra, autor de una extensa crítica del «defensismo», *Put k póbede* (Lausana, 1917). Antes de regresar a Moscú había militado en la facción karelinista de la Federación Anarquista de Petrogrado y había sido uno de los colaboradores regulares de *Burevéstnik*.

<sup>40</sup> Volin, *Revoliútsiia i anarjizm*, p. 127. Cf. *Golos Anarjista*, núm. 2, 18 de marzo de 1918, p. 1; *Véstnik Anarjii*, núm. 10, 14 de julio de 1918, p. 1; y *K Svetu*, núm. 3, 24 de febrero de 1919, pp. 3-4.

<sup>41</sup> *Bolshevistskaia diktatura v svete anarjizma* (París, 1928), página 10.

<sup>42</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 212-213.

<sup>43</sup> *Izvéstiia VTsIK*, 17 de marzo de 1918, p. 2; Lenin, *Sochinéniia*, XXII, 618.

<sup>44</sup> *Anárjiiia*, 16 de marzo de 1918, p. 1.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 17 de marzo de 1918, p. 1.

<sup>46</sup> Ya en enero de 1918 los anarquistas de Petrogrado habían provocado un conflicto con el gobierno americano al amenazar al Embajador David Francis con represalias si los Estados Unidos no ponían en libertad a Tom Mooney (injustamente condenado por un atentado terrorista en San Francisco) y a Aleksandr Berkman (detenido en Nueva York por agitar contra un proyecto de ley). George F. Kennan, *Russia Leaves the War* (Princeton, 1956), páginas 356, 403.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 176.

<sup>48</sup> *Izvéstiia VTsIK*, 13 de abril de 1918, p. 3, y 16 de abril de 1918, pp. 3-4; *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918: Russia* (3 vols., Washington, 1931), I,

497; William Hard, *Raymond Robins' Own Story* (Nueva York y Londres, 1920), pp. 76-81.

<sup>49</sup> James Bunyan y H. H. Fisher, eds., *The Bolshevik Revolution 1917-1918: Documents and Materials* (Stanford, 1934), p. 584. «Nuestro 3-6 de julio» se refiere, desde luego, a los fallidos días de julio de 1917, a los que seguiría victoriosamente, tres meses después, la insurrección de octubre.

<sup>50</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 389.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 396-404; *Izvéstiia*, 16 de abril de 1918, p. 4. La represión fue especialmente dura en la ciudad de Samara, sobre el Volga, donde los anarquistas y los maximalistas SR se habían hecho con el control del soviet.

<sup>52</sup> *Vólnyi Golos Trudá*, núm. 4, 16 de septiembre de 1918, página 2.

<sup>53</sup> Goldman, *Living My Life*, II, 745.

<sup>54</sup> *Izvéstiia VTsIK*, 13 de abril de 1918, p. 3.

<sup>55</sup> *K Svetu*, núm. 5, 14 de marzo de 1919, p. 1.

<sup>56</sup> Iákovlev, *Rússkii anarjizm v velikoi rússkoi revoliútsii*, páginas 10, 47-56.

<sup>57</sup> *Véstnik Anárjii*, núm. 10, 14 de julio de 1918, p. 1.

<sup>58</sup> M. N. Chudnov, *Pod chórnym známenem (zapiski anarjista)* (Moscú, 1930), pp. 53 ss.

<sup>59</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 85.

<sup>60</sup> *Anárjiiia*, núm. 1, 29 de septiembre de 1919; citado en Iákovlev, *Rússkii anarjizm v velikoi revoliútsii*, p. 49.

<sup>61</sup> *Pravda*, 6 de noviembre de 1919, p. 1; *25-e sentiabria 1919 goda: pámiati pogíbshij pri vzryve v Leóntevskom pereulke* (Moscú, 1925), pp. 117, 201-203. Según Abba Gordin, fue Sóbolev quien lanzó la bomba. A. Gordin, *Zikbroynes un khesboynes* (2 vols., Buenos Aires, 1955-1957), I, 237-246.

<sup>62</sup> *Anárjiiia*, núm. 2, 23 de octubre de 1919; citado en Iákovlev, *Rússkii anarjizm*, p. 50.

<sup>63</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 359; *Gonéniia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 31-33.

<sup>64</sup> *Nabat*, 7 de julio de 1918; citado en Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 423.

<sup>65</sup> Berkman, *The Bolshevik Myth*, pp. 91, 142-147.

<sup>66</sup> *Vólnyi Golos Trudá*, núm. 4, 16 de septiembre de 1918, p. 3.

<sup>67</sup> *Vmesto Programmy: revoliútsii I i II Vserossiiskoi konferéntsii anarjistov-sindikalistov* (Berlín, 1922), p. 12.

<sup>68</sup> *Ibid.*, pp. 11-14.

<sup>69</sup> Lenin, *Sochinéniia*, XXII, 447.

<sup>70</sup> *Véstnik Anárjii*, núm. 10, 14 de julio de 1918, p. 3.

<sup>71</sup> M. Sergven, «Puti revoliútsii», *Vólnyi Golos Trudá*, núm. 4, 16 de septiembre de 1918, pp. 1-2. Sobre otros ataques de los anarquistas al «capitalismo de estado», véase Volin, *Revoliútsiia i anarjizm*, p. 96; *Bezvlástie*, núm. 8, 1 de septiembre de 1921, página 1; y *Pochín*, núm. 2, 5-20 de marzo de 1923, p. 1.

<sup>72</sup> N. Pávlov, «Svobódnaia kommuna i vólnyi górod», *Vólnyi Golos Trudá*, núm. 4, pp. 2-3.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>74</sup> *Vmesto programmy*, pp. 21-23.

<sup>75</sup> *Trud i Vólta*, núm. 5, 7 de mayo de 1919, p. 1; núm. 6, 20 de mayo de 1919, p. 2. El periódico también publicó algunos folletos aparte, como por ejemplo, *Kakie nuzhny poriadki* (Moscó, ¿1919?).

<sup>76</sup> *Svoboda* (Kíev), núm. 1, septiembre de 1919, p. 28.

<sup>77</sup> *Burevéstnik*, 10 de abril de 1918, p. 1; *K svetu*, núm. 1, 2 de febrero de 1918, p. 3.

<sup>78</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 96.

<sup>80</sup> Henry K. Norton, *The Far Eastern Republic of Siberia* (Londres, 1923), pp. 184-185; E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution 1917-1923* (3 vols., Nueva York, 1951-1953), I, 355-356; Maynard, *Russia in Flux*, p. 298. Algunos supervivientes del movimiento anarquista han negado que Shátov sirviese como un importante funcionario en Siberia. Krasnoshchekov, Primer Ministro de la República de Extremo Oriente, fue llamado a Moscú en 1921, y ejecutado en 1924 bajo la acusación de desfalco. Entrevista con Boris Yelenski, *Freie Arbeiter Stimme*, Nueva York, 6 de septiembre de 1963; Carr, *The Bolshevik Revolution*, II, 357n.

<sup>81</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 96.

<sup>82</sup> *Anarjcheskii Véstnik*, núm. 1, julio de 1923, pp. 56-72; número 7, mayo de 1924, p. 35; *Rabóchii Put*, núm. 2-3, marzo-abril de 1923, pp. 15-16. Iuda Roschín y G. Sandomírskii fueron también dos de los focos principales de las críticas. En términos generales, el epíteto «anarco-bolchevique» se utilizó en 1917 y comienzos de 1918, mientras que el de «anarco-soviético» se puso de moda durante la Guerra Civil.

<sup>83</sup> En efecto, antes de la I Guerra Mundial Shátov recorrió los Estados Unidos de punta a punta, dando conferencias y organizando el Sindicato de Obreros Rusos de los Estados Unidos y Canadá. Véase su carta a *Golos Trudá* (Nueva York), 1 de agosto de 1913, p. 7).

<sup>84</sup> Goldman, *Living My Life*, II, 729.

<sup>85</sup> *Ibid.*, II, 730-731.

<sup>86</sup> Berkman, *The Bolshevik Myth*, pp. 35-36.

<sup>87</sup> Véase Gorélik, *Anarjisty v rossítskoi revoliútsii*, pp. 37-40; y Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 234-235.

<sup>88</sup> *Bolshevistskaia diktatura v svete anarjizma*, p. 8; *Gonéniia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, p. 53; Gorélik, *Anarjisty v rossítskoi revoliútsii*, p. 16; *The Russian Revolution and the Communist Party* (Berlín, 1922), pp. 18-19; Augustin Souchy, *Wie lebt der Arbeiter und Bauer in Russland und der Ukraine?* (Berlín, ¿1921?), p. 22; *Golos Trudá*, diciembre de 1919, pp. 50-51.

<sup>89</sup> Victor Serge, *L'an I de la révolution russe* (París, 1930), página 255.

<sup>90</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 134.

<sup>91</sup> *Probuzhdenie*, núm. 68-69, marzo-abril de 1936, p. 32.

<sup>92</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 134. Aleksandr

Berkman, «Diary: Russia 1919-1921», entrada del 8 de marzo de 1920, manuscrito del Berkman Archive. Berkman describe a Rogdáev como «un buen compañero, inteligente, sincero, activo. Visión amplia y juicios objetivos». En 1925 se publicó bajo el título de *The Bolshevik Myth* una versión recortada del diario de Berkman.

<sup>93</sup> *Ibid.*, Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 619; *Anarjcheskii Véstnik*, núm. 7, mayo de 1924, p. 18; Rocker, introducción a Voline, *Nineteen Seventeen*.

<sup>94</sup> *Knízhnik, Krásnaia Létopis*, 1922, núm. 4, p. 35; P. A. *Kropotkin i ego učbénie*, p. 337.

<sup>95</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 134.

<sup>96</sup> Nomad, *Dreamers, Dynamiters and Demagogues*, pp. 163-164.

<sup>97</sup> N. Baturin, «Pámiati 'majáevshchiny'», *Pravda*, 2 de marzo de 1926, p. 2; Syrkin, *Majáevshchina*, p. 6.

<sup>98</sup> *Rabóchaia Revoliútsiia*, núm. 1, junio-julio de 1918, p. 4.

<sup>99</sup> *Ibid.*, pp. 9, 12, 25.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>101</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 134.

<sup>102</sup> Berkman, *The Bolshevik Myth*, p. 68.

<sup>103</sup> Véase B. S., *Otkrytoe písmó I. Gróssmanu-Róschinu (otvet sovétskim «anarjístam»* (Moscó?, 1920).

<sup>104</sup> Berkman, *The Bolshevik Myth*, p. 68.

<sup>105</sup> *Probuzhdenie*, núm. 1, abril de 1927, p. 10.

<sup>106</sup> *Vólnaia Zhizn*, núm. 2, noviembre de 1919, pp. 4-7. Antes de *Vólnaia Zhizn*, el órgano de la Federación de Karelin fue *Svobódnáia kommuna* (Moscó, 1918), que no debe confundirse con el periódico del mismo nombre editado por la Federación Anarquista de Petrogrado en 1917.

<sup>107</sup> V. Jrustaliiov, «Prótiv sindikalizma», *Vólnaia Zhizn*, número 13-14, abril de 1921, pp. 2-3.

<sup>108</sup> Iákovlev, *Rússkii anarjizm v velíkoí rússkoi revoliútsii*, páginas 74-81; Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 455-458; A. L. Gordin, *Ot iuridicheskogo anarjizma k fakticheskomu* (Moscó, 1920); A. Gordin, *Anarko-Universalizm*, *Burevéstnik* (Nueva York), núm. 3-4, diciembre de 1921-enero de 1922, pp. 32-40; Gordin, *Zikbroynes un khesbboynes*, II, 308-312. Por desgracia, no he podido conseguir ningún ejemplar del órgano del grupo, *Universal*, editado por Askárov.

<sup>109</sup> Muchas de las ideas de los Universalistas son parecidas a las de la rama ultra-radical de los socialistas-revolucionarios, los Maximalistas, que se escindieron en 1920, y la mayoría de los cuales entró en el Partido Comunista. Véase G. Nestróev, *Maksimalizm i bolshevizm* (Moscó, 1919); Soiuz S-R Maksimalístov, *O rabóchem kontrole* (Moscó, 1918) y *Trudováia sovétskaia respúblika* (Moscó, 1918); y el periódico *Maksimalist* (Moscó, 1918-1921).

## 8. La caída del anarquismo ruso

<sup>1</sup> *Nabat* (Járkov), núm. 15, 12 de mayo de 1919, p. 3; *Biulletén Initsiatívnoi Gruppy Anarjistskoy Molodiozhi Ukrainy «Nabat»*, núm. 1, abril de 1919; *Biulletén Kievskoi Gruppy Anarjistskoi Molodozhi* (Kiev, 1920). En cuanto a los grupos *Nabat* y sus actividades, véase P. Rudenko, *Na Ukraine: povstánchestvo i anarjicheskoe dvizhénie* (Buenos Aires, 1922), pp. 19-27.

<sup>2</sup> *Delo Trudá Probuzhdenic*, núm. 16, enero de 1946, p. 16.

<sup>3</sup> *Volná*, núm. 28, abril de 1922, pp. 12-14; *Gonéniiia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 36-37. El periódico *Nabat* apareció en algunas ciudades ucranianas durante la Guerra Civil, entre ellas Járkov, Elizavetgrad, Odessa y Guliái-Pole.

<sup>4</sup> P. A. Arshínov, *Dva pobega (iz vospominánii anarjista 1906-1909 gg.)* (París, 1929).

<sup>5</sup> *Gonéniiia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, p. 48.

<sup>6</sup> *Letters from Russian Prisoners* (Londres, 1925), p. 104; Emma Goldman, *My Disillusionment in Russia* (Carden, City, Nueva York, 1923), p. 166; *Bulletin of the Joint Committee for the Defense of the Revolutionist Imprisoned in Russia*, núm. 1, octubre de 1923.

<sup>7</sup> *Gonéniiia na anarjizm v Sovétskoi*, pp. 57-58.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 51-52; Gorélik, *Anarjisty v rossíkoí revoliútsii*, página 38.

<sup>9</sup> *Gonéniiia na anarjizm v Sovétskoi*, p. 52.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 44; *Volná*, núm. 28, pp. 11-12.

<sup>11</sup> *Pérvaiia konferéntsiiia anarjistskij organizatsii Ukrainy «Nabat»: deklaratsii i rezoliútsii* (Buenos Aires, 1922), pp. 13-27.

<sup>12</sup> *Nabat* (Járkov), núm. 9, 23 de marzo de 1919, p. 3.

<sup>13</sup> *Rezoliútsii pérvogo sezda Konfederatsii anarjistskij organizatsii Ukrainy «Nabat»* (Buenos Aires, 1923), p. 24; *Nabat*, núm. 14, 5 de mayo de 1919, p. 4.

<sup>14</sup> *Rezoliútsii pérvogo sezda*, pp. 14-32. La Tercera Conferencia Anarco-Sindicalista nunca llegó a celebrarse.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>16</sup> Guliái-Pole, que se cita convencionalmente como un «pueblo», tenía una población de unos 30.000 habitantes, con varias fábricas y escuelas.

<sup>17</sup> Majnó a veces es presentado como un maestro de escuela, pero Volin señala que no hay ningún elemento de apoyo para esta idea: *La Révolution inconnue*, p. 523. Para un excelente relato sobre la carrera de Majnó, véase David Footman, *Civil War in Russia* (Londres, 1961), pp. 245-302.

<sup>18</sup> P. Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia (1918-1921 gg.)* (Berlín, 1923), pp. 48-50; I. Téper, *Majnó* (Kiev, 1924), p. 22.

<sup>19</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 50-51; N. Majnó, *Rússkaia Revoliútsiiia na Ukraine (ot maría 1917 g. po april 1918 g.)* (París, 1929), pp. 7-20; George Woodcock, *Anarchism:*

*A History of Libertarian Ideas and Movements* (Nueva York, 1962), p. 419.

<sup>20</sup> N. Majnó, *Pod Udárami kontr-revoliútsii (aprel-iun 1918 g.)* (París, 1936), pp. 106-107.

<sup>21</sup> Lenin no dijo nada concreto sobre estas «bien conocidas condiciones».

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 126-135. Cf. Footman, *Civil War in Russia*, páginas 252-256.

<sup>23</sup> *Majnó, Pod udárami kontr-revoliútsii*, p. 93.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 98-100, 146.

<sup>25</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, p. 52. Posteriormente murió otro hermano en la batalla con Denikin, y un tercero fue ejecutado por los bolcheviques en Guliái-Pole. Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 667-668.

<sup>26</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, p. 56.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 52-56; V. V. Rúdnev, *Majnóvshchina* (Járkov, 1928), pp. 22-23.

<sup>28</sup> Nomad, *Apostles of Revolution*, p. 309.

<sup>29</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 135.

<sup>30</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 57-58.

<sup>31</sup> *Put k Svobode* (Guliái-Pole), núm. 2, 24 de mayo de 1919, página 1; Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 86-89.

<sup>32</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 84-86; Majnó, *Rússkaia revoliútsiiia na Ukraine*, pp. 172-181. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fundadores del Partido Comunista alemán, fueron fusilados por los soldados de derechas tras la fracasada insurrección espartaquista de enero de 1919, cuando eran conducidos a la prisión de Berlín.

<sup>33</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, p. 581; *Delo Trudá Probuzhdenie*, núm. 16, enero de 1946, p. 17.

<sup>34</sup> Ferrer fue un respetado libertario español, juzgado por un tribunal militar y ejecutado en 1909, por el supuesto delito de haber fomentado un levantamiento en Barcelona.

<sup>35</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 637-638.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 673-675; Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 203-213; Nomad, *Apostles of Revolution*, p. 311. Volin añade el testimonio de Elias Tcherikover, eminente historiador judío, especialista en el tema del antisemitismo en Ucrania, según el cual el número de actos antisemitas cometidos por los *majnóvtsy* fue «imperceptible» en comparación con los que cometieron otros combatientes durante la Guerra Civil, incluido el mismo Ejército Rojo.

<sup>37</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 94-95.

<sup>38</sup> Citado en Footman, *Civil War in Russia*, p. 267.

<sup>39</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 98-103.

<sup>40</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, p. 578.

<sup>41</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, pp. 134-141.

<sup>42</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, p. 599.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 602; Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhéniiia*, páginas 149-152.

- <sup>44</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 598-599.
- <sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 610-611; Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhbéniiia*, pp. 146-148.
- <sup>46</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 578, 603; Rudnev, *Makhnovshchbina*, p. 66.
- <sup>47</sup> «Továrischi krestiane!» (panfleto, 3 de febrero de 1920), Fedeli Archive.
- <sup>48</sup> «Ostanovís, Prochítái, Porazdúmai» y «Továrischi krasnoar méitsy fronta i tylá», Fedeli Archive.
- <sup>49</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, p. 635, nota.
- <sup>50</sup> Teper, *Majno*, p. 78; Rúdnev, *Majnóvshchina*, pp. 22-23. Galina era la esposa de Majno.
- <sup>51</sup> En junio de 1920, Wrángel trató de llegar a un acuerdo con Majno para llevar a cabo una acción conjunta contra los bolcheviques. Pero Majno detuvo y ejecutó a los desgraciados emisarios del barón, exactamente igual que el año anterior había ejecutado a un jefe guerrillero rival, Brigóriev, cuando éste se le presentó para discutir una posible cooperación militar.
- <sup>52</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhbéniiia*, pp. 171-173.
- <sup>53</sup> Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 642-648.
- <sup>54</sup> Arshínov, *Istóriia majnóvskogo dvizhbéniiia*, pp. 189-200.
- <sup>55</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 361.
- <sup>56</sup> Goldman, *Living My Life*, II, 799 ss.; *Letters from Russian Prisoners*, p. 249.
- <sup>57</sup> G. P. Maksímov, *Za chto i kak bolsheviki iznali anarjstov iz Rossii?* (¿Berlín?, 1922), p. 3.
- <sup>58</sup> Gorélik, *Anarjisty v rossíiskoi revoliútsii*, p. 46; Berkman, *The Bolshevik Myth*, pp. 280-287; Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 360-361.
- <sup>59</sup> Angelica Balabánoff, *My Life as a Rebel* (Nueva York, 1938), página 254.
- <sup>60</sup> *Ibid.*, p. 255.
- <sup>61</sup> Aleksandr Berkman señaló en su diario, el 7 de marzo de 1920, que la librería de *Golos Trudá* estaba siendo inundada de peticiones de libros desde todos los rincones de Rusia. «Diary: Russia 1919-1921», Berkman Archive.
- <sup>62</sup> *Vmesto programy*, p. 28.
- <sup>63</sup> *Ibid.*
- <sup>64</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 368-369.
- <sup>65</sup> A. Kollontái, *The Workers Opposition in Russia* (Chicago, 1921), pp. 29-30.
- <sup>66</sup> *Ibid.*, p. 20.
- <sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 22-23; «Tézisy rabóchei oppozítsii», *Pravda*, 25 de enero de 1921, pp. 2-3.
- <sup>68</sup> Kollontái, *The Workers Opposition*, p. 44.
- <sup>69</sup> Lenin, *Sochinéniiia*, XXVI, 222-223.
- <sup>70</sup> *Ibid.*, XXI, 399; XXVI, 103.
- <sup>71</sup> Goldman, *My Disillusionment in Russia*, p. 158.
- <sup>72</sup> P. Kropotkin, *Etika* (Petrogrado, 1922). El manuscrito incompleto fue publicado por *Golos Trudá*.

- <sup>73</sup> P. A. Kropotkin i egó uchénie, p. 197; *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 254.
- <sup>74</sup> P. A. Kropotkin i egó uchénie, p. 197; *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 253.
- <sup>75</sup> David Shub, «Kropotkin and Lenin», *Russian Review*, XII (octubre de 1953), 232; *Delo Trudá*, núm. 62-63, enero-febrero de 1931, pp. 7-13.
- <sup>76</sup> *Anarjcheskie Organizátsii: Pámiati Petrá Alekséevicha Kropótkina*, núm. 1, 8-13 de febrero de 1921, p. 1.
- <sup>77</sup> *Pámiati Petrá Alekséevicha Kropótkina*, pp. 198-112; *Gonéniiia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 48-49. Después de la Revolución de octubre, Atabekían estableció nuevamente su propia imprenta anarquista en Moscú.
- <sup>78</sup> *Anarjcheskie Organizátsii*, pp. 1.
- <sup>79</sup> Entrevista con la Princesa Alexandra Kropotkin, 10 de marzo de 1965; Woodcok & Avakumovic, *The Anarchist Prince*, pp. 436-437; *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 29; Emma Goldman, *My Further Disillusionment in Russia* (Garden City, Nueva York, 1924), pp. 63-64; Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, pp. 137-138; P. A. Kropotkin i ego uchenie, p. 320; *Klich Anarkhístov*, mayo de 1921.
- <sup>80</sup> *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 30; N. K. Lébedev, *Muzéi P. A. Kropótkina* (Leningrado y Moscú, 1928); «Muzéi ímeni P. A. Kropótkina», *Probuzhdénie*, núm. 15, febrero de 1931, pp. 44-46; Woodcock & Avakumovic, *The Anarchist Prince* p. 437; Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 138.
- <sup>81</sup> Lenin, *Sochinéniiia*, XXVI, 291.
- <sup>82</sup> Un buen planteamiento sobre la revuelta se puede encontrar en George Katkov, «The Kronstadt Rising», *Soviet Affairs*, núm. 2, 1959, pp. 9-74. Véase también Aleksandr Berkman, *The Kronstadt Rebellion* (Berlín, 1922); Berkman, *The Bolshevik Myth*, pp. 291-297; E. Iarchuk, *Kronshtadt v Rússkoi revoliútsii* (Nueva York, 1923), pp. 52-63; Voline, *La Révolution inconnue*, pp. 425-488; Ida Mett, *La Commune de Cronstadt* (París, 1949), pp. 30-58; Robert V. Daniels, «The Kronstadt Revolt of 1921: A Study in the Dynamics of Revolution», *American Slavic and East European Review*, X (diciembre de 1951), 241-254; y D. Fedotoff White, *The Growth of the Red Army* (Princeton, 1944), pp. 127-157.
- <sup>83</sup> N. A. Kornatóvskii, ed., *Kronshtátskii miatezh: sbórník statéi, vospominánii i dokuméntov* (Leningrado, 1931), pp. 164-166.
- <sup>84</sup> *Pravda o Kronshtadte* (Praga, 1921), pp. 66, 102, 110. En octubre de 1918 hubo ya un pequeño motín en Kronstadt, precursor del de 1921, en el que los participantes demandaban la sustitución de la «comisariocracia» por una federación de «soviets libres». I. Fleróvskii, «Miatezh mobilizóvannyj matrósov v Peterburge 14 Oktjabriá 1918 g.», *Proletárskaia Revoliútsiia*, 1926, núm. 8 (55), pp. 218-237.
- <sup>85</sup> *Pravda o Kronshtadte*, p. 173.

<sup>86</sup> Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, p. 25; A. S. Pukhov, *Kronshtátskii miatezh v 1921 g.* (Leningrado, 1931), p. 77.

<sup>87</sup> *Pravda o Kronshtadte*, pp. 83-84; *The Kronstadt Rebellion*, p. 28.

<sup>88</sup> Gorélik, *Anarjisty v Rossískoi revoliútsii*, p. 51

<sup>89</sup> Goldman, *Living My Life*, II, 887; Berkman, *The Bolshevnik Myth*, p. 302.

<sup>90</sup> Leonard Shapiro, *The Origin of the Communist Autocracy* (Cambridge, Mass., 1956), p. 316.

<sup>91</sup> Maksímov, *Za chto i kak bolshevikí izgnali anarjístov iz Rossii?*, pp. 5-6.

<sup>92</sup> La imprenta y la librería de *Golos Trudá* (en Petrogrado y Moscú) fue una notable excepción, ya que sobrevivieron hasta finales del período de la NEP.

<sup>93</sup> A. Tolstáia, *Otets: zhizn Lva Tolstogo* (2 vols., Nueva York, 1953), II, 305; Woodcock, *Anarchism*, p. 418.

<sup>94</sup> *Delo Trudá*, núm. 52-53, septiembre-octubre de 1929, pp. 1-2; Goldman, *Living My Life*, II, 892; Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 595. A comienzos de 1921, a petición del organismo estudiantil de la Universidad Sverdlov, Borovói fue convocado a un debate con Bujarin y Lunachánskii sobre el tema de «Anarquismo contra marxismo», pero en el último momento los comunistas cancelaron el encuentro.

<sup>95</sup> M. Mráchnyi, «Kto sidit v kommtiúr maj?», *Volná*, núm. 28, abril de 1922, pp. 14-15; Emma Goldman, *The Crushing of the Russian Revolution* (Londres, 1922), p. 12; Berkman, *The Bolshevnik Myth*, p. 309.

<sup>96</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 362. En 1923 había otro grupo anarquista que llamaba a apoyar al gobierno soviético y a la Tercera Internacional. *Pravda*, 7 de septiembre de 1923, página 2.

<sup>97</sup> Berkman, *The Bolshevnik Myth*, pp. 152-153; Goldman, *Living My Life*, II, 909-914; *Gonéniia na anarjizm y Sovétskoi, Rossii*, p. 5; *Anarjiches kii Véstnik*, núms. 5-6, noviembre-diciembre de 1923, p. 54; Jean Gaudeaux, *Six mois' en Russie bolchéviste* (París, 1924), pp. 122-194. Gaudeaux, sindicalista francés, fue uno de los delegados en la Profintern, que protestaron personalmente ante Lenin.

<sup>98</sup> Maksímov, *Za chto i kak bolshevikí izgnali anarjístov*, p. 14.

<sup>99</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 194, 484; *Letters from Russian Prisoners*, p. 252; *Gonéniia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 57-58; Maksímov, *Za chto i kak bolshevikí izgnali anarjístov*, pp. 10-20.

<sup>100</sup> A. Gorélik, «Za chto i kak ubili Lva Chórnogo», *Probuzhdenie*, núms. 23-27, junio-octubre de 1932, p. 27; *Voline, La Révolution inconnue*, pp. 289-290; Berkman, *The Bolshevnik Myth*, p. 318n; Goldman, *Living My Life*, II, 919; *Anarjicheskii Véstnik*, núm. 1, julio de 1923, p. 62.

<sup>101</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, pp. 168-169.

<sup>102</sup> Maksímov, *Za chto i kak bolshevikí izgnali anarjístov*, pp. 20-32; Gorélik, *Anarjisty v rossískoi revoliútsii*, p. 51.

<sup>103</sup> Berkman, *The Bolshevnik Myth*, p. 319.

## Epílogo

<sup>1</sup> Discursos del anarquista Machanovskii, Tribunal Revolucionario de Petrogrado, 13 y 21 de diciembre de 1922, manuscrito, Fleshin Archive.

<sup>2</sup> A. D. Fiódorov a Mark Mráchnyi, 13 de enero de 1926, Fleshin Archive.

<sup>3</sup> *Bulletin of the Joint Committee for the Defense of Revolutionists Imprisoned in Russia*, enero-febrero de 1925; *Noviembre-diciembre de 1925*; *Delo Trudá*, núm. 22, marzo de 1927, pp. 13-14; Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 225, 298; David Dallin & Boris Nicolaevsky, *Forced Labor in Soviet Russia* (New Haven, 1947), p. 172.

<sup>4</sup> Fleshin & Berkman Archives.

<sup>5</sup> Fleshin Archive.

<sup>6</sup> Emma Goldman a Max Nettlau, 14 de enero de 1933, Nettlau Archive.

<sup>7</sup> Knizhnik, *Krásnaia Létopis*, 1922, núm. 4, p. 35.

<sup>8</sup> Fleshin Archive; *Gonéniia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, p. 49. Bléijman no fue ejecutado por los comunistas, como asegura Tsereteli en sus memorias: *Vospominániia*, I, 167.

<sup>9</sup> P. A. Kropotkin i ego uchénie, pp. 333-334.

<sup>10</sup> Nikoláevskii, *Kátorga i Ssulka*, 1926, núm. 4, pp. 230-231; M. Korn, «Pámiati V. N. Cherkézova», *Delo Trudá*, 1925, núm. 5, pp. 3-5; *Delo Trudá Probuzhdenie*, núm. 48, marzo-junio de 1955, pp. 17-18.

<sup>11</sup> Baturin, *Pravda*, 2 de marzo de 1926, p. 2; Syrkin, *Maíevschina*, p. 6.

<sup>12</sup> Karelín, *Vólnoia zhizn*, p. 13; *Probuzhdenie*, núm. 1, abril de 1927, p. 48; *Bulletin of the Joint Committee*, enero-febrero de 1925; *noviembre-diciembre de 1925*.

<sup>13</sup> Fleshin Archive; *Delo Trudá*, núms. 33-34, febrero-marzo de 1928, pp. 3-4. La historia posterior de Taratuta se desconoce, aunque lo más probable es que muriera en Siberia durante alguna de las purgas de Stalin en el período 1935-1938.

<sup>14</sup> Serge, *L'An I de la révolution russe*, p. 254; *Delo Trudá*, núm. 5, octubre de 1925, p. 10.

<sup>15</sup> S. Simon, «Di shafn fun Aba Gordin», conferencia en 74 aniversario de la *Freie Arbeiter Stimme*, New York City, 17 de enero de 1965.

<sup>16</sup> M. A. Bakunin, *Izbrannye sochineniia* (5 vols., Petrogrado y Moscú, 1919-1922); *Mijailu Bakúninu 1876-1926: ócherki istórii anarjicheskogo dvizhéniiia v Rossii*, ed. A. A. Borovói (Moscú, 1926).

<sup>17</sup> *Delo Trudá*, núm. 32, enero de 1928, pp. 7-8.

<sup>18</sup> Woodcock, *Anarchism*, p. 418.

<sup>19</sup> *Our position* (¿Chicago, 1934?), p. 1. La cita aparece en Bakunin, *Oeuvres*, I, 59.

<sup>20</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 17; Volin, en *Anarjcheskii Véstnik*, núms. 3-4, septiembre-octubre de 1923, p. 3.

<sup>21</sup> *Osvobozhdenie Profsoiúzov* (París), núm. 1, noviembre de 1928, pp. 1-2. Cf. *Manifest protesta anarjstov-kommunistov prótiv bolshevistskogo pravítelstva k proletariatu vsegó mira* (Nueva York, 1922).

<sup>22</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 23.

<sup>23</sup> Anatólíi Gorélik se separó de los otros dirigentes de *Nabat* y emigró a Buenos Aires, donde se había fundado un nuevo grupo *Golos Trudá* en 1919. Allí murió en 1956. *Delo Trudá-Probuzhdenie*, núm. 54, mayo-octubre de 1957, p. 35; núm. 56, junio de 1958, pp. 23-25.

<sup>24</sup> K. Rádek, *Anarjisty v sovétskoi Rossii* (Petrogrado, 1918), página 2.

<sup>25</sup> *Rabóchii Put*, núm. 1, marzo de 1923, pp. 1, 8; núm. 6, agosto de 1923, pp. 1-2.

<sup>26</sup> *The International Working Men's Association, IWMA: Its Policy, Its Aims, Its Principles* (1933), p. 8. Aleksandr Shapiro fue quien escribió este panfleto.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 7-9.

<sup>28</sup> *Organizatsiónnaia platforma vseóbschego soiuza anarjstov (proekt)* (París, 1926).

<sup>29</sup> Aleksandr Berkman a Ben Capes, 22 de febrero de 1926, Berkman Archive.

<sup>30</sup> *Otvét néskolko rússkij anarjstov na organizatsiónnuu platformu* (París, 1927). Un crítico norteamericano acusó a Arshínov de emplear métodos «jesuíticos» para cumplir con el papel que él mismo se había asignado de «sabihondo» del movimiento anarquista ruso. M. I. Suk, «Kritika Organizatsiónnoi Platformy», *Probuzhdenie*, núm. 8, junio de 1929, pp. 57-61.

<sup>31</sup> Mollie Fleshin a Comrade Ginev, 30 de noviembre de 1927, Feshin Archive.

<sup>32</sup> P. Arshínov, *Nóvoe v anarjizme (K chemú prizyváet organizatsiónnaia platforma)* (París, 1929), p. 23.

<sup>33</sup> N. Majnó, *Majnóvschina i eio vcheráshnie soiúzniki-bolshevikí (Otvét na knigu M. Kubánina «Majnóvschina»)* (París, 1928), pp. 41-43.

<sup>34</sup> Sobre la reacción de Malatesta, véase *Probuzhdenie*, núm. 11, marzo de 1930, pp. 11-14.

<sup>35</sup> Aleksandr Berkman a Max Nettlau, 28 de junio de 1927, Berkman Archive. La posición de Aleksandr Shapiro en esta controversia es de gran interés: «Me opongo a Arshínov mucho más que tú», le escribía a Emma Goldman el 24 de abril de 1928. «Pero me parece que es un hombre inteligente, enérgico, que prepara sus armas y que SABE LO QUE QUIERE: todas estas son cualidades de las que carecen, de manera flagrante, muchos

de aquellos amigos nuestros, a los que se dirigían instintivamente nuestras simpatías personales». Goldman Archive.

<sup>36</sup> *Delo Trudá Probuzhdenie*, núm. 16, enero de 1946, p. 18.

<sup>37</sup> Sophie Kropotkin a Max Nettlau, 4 de diciembre de 1928, Nettlau Archive.

<sup>38</sup> Aleksandr Berkman a Senia y Mollie Fleshin, 28 de septiembre de 1928, Fleshin Archive.

<sup>39</sup> *Bulletin of the Relief Fund of the International Working Men's Association for Anarchists and Anarcho-Syndicalists Imprisoned or Exiled in Russia*, noviembre-diciembre de 1929; *Delo Trudá*, núms. 50-51, julio-agosto de 1929, pp. 1-3; núms. 52-53, septiembre-octubre de 1929, pp. 1-2; *Probuzhdenie*, núms. 43-44, febrero-marzo de 1934, pp. 44-45; *Gonénia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 35-36; Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 339; Serge, *Russia Twenty Years After*, p. 86; Alekséi Borovói a Senia Fleshin, 14 de octubre de 1931, Fleshin Archive.

<sup>40</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 243.

<sup>41</sup> *Delo Trudá*, núm. 66, mayo-diciembre de 1931, pp. 22-23.

<sup>42</sup> *Man: A Journal of the Anarchist Ideal and Movement* (San Francisco), II, núms. 6-7, junio-julio de 1934, p. 121; *Delo Trudá*, núm. 74, diciembre de 1932-febrero de 1933, p. 2.

<sup>43</sup> Serge, *Russia Twenty Years After*, p. 88; *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 171.

<sup>44</sup> G. B. Sandomírskii, ed., *Materialy genuézskei konferéntsii (Moscu, 1922)*; *Fashizm* (2 vols., Moscu, 1923).

<sup>45</sup> *Probuzhdenie*, núms. 56-57, marzo-abril de 1935, p. 48; núms. 70-71, mayo-junio de 1936, p. 48; Serge, *Russia Twenty Years After*, pp. 87-88; Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 351n., 619.

<sup>46</sup> *Delo Trudá*, núms. 7-8, diciembre de 1925-enero de 1926, pp. 15-16; *Gonénia na anarjizm v Sovétskoi Rossii*, pp. 62-63; Maximoff, *The Guillotine at Work*, pp. 348, 409.

<sup>47</sup> Fanya Avrútskaia a Mark Mráchnyi, 7 de diciembre de 1926, Fleshin Archive; Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 8.

<sup>48</sup> Nomad, *Dreamers, Dynamiters and Demagogues*, p. 35; Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 210.

<sup>49</sup> Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, p. 298; Woodcock & Avakumovic, *The Anarchist Prince*, p. 437; *Delo-Trudá-Probuzhdenie*, núms. 74-75, septiembre-octubre de 1936, pp. 1-2.

<sup>50</sup> *Our Position*, p. 4.

<sup>51</sup> *Na pómoshch ispánskím bortsam* (Nueva York, 1937); «Ispánskaia grazhdánskaia voiná», *Probuzhdenie*, núms. 7475, septiembre-octubre de 1936, pp. 1-2.

<sup>52</sup> *Delo Trudá*, núm. 74, diciembre de 1932-febrero de 1933, pp. 1-2; *Freedom* (Nueva York), 18 de marzo de 1933, p. 2; Aleksandr Berkman a Mollie Fleshin, 13 de febrero de 1933, Berkman Archive.

<sup>53</sup> Aleksandr Berkman a Pierre Ramus (Rudolf Grossmann), 21 de agosto de 1935, Berkman Archive.

<sup>54</sup> *Probuzhdenie*, núms. 72-73, julio-agosto de 1936, p. 1; *Man*,

IV, núm. 7, julio de 1936, p. 1; *Fraye Arbeter Shtime*, 3 de julio de 1936, p. 1. Para una versión diferente de la muerte de Berkman, véase, Nomad, *Dreamers, Dynamiters and Demagogues*, pp. 207-208.

<sup>55</sup> Richard Drinnon, *Rebel in Paradise: A Biography of Emma Goldman* (Chicago, 1961), pp. 300, 313.

<sup>56</sup> Rocker, introducción a Voline, *Nineteen-Sventeen*; Voline, *The Revolution Betrayed*, p. 216; M. S. (Mollie Steimer Fleshin), en *Freedom* (Londres), 17 de noviembre de 1945, p. 2; *Fraye Arbeter Shtime*, 7 de diciembre de 1945, p. 6.

<sup>57</sup> Rudolf Rocker a Senya y Mollie Fleshin, 12 de febrero de 1947, Rocker Archive; Carbo, *L'Adunata dei Refrattari*, 22 de marzo de 1947, pp. 3-4. En Nueva York, Shapiro editó una revista mensual llamada *New Trends*, que dejó de aparecer unos meses antes de su muerte.

<sup>58</sup> Mollie Fleshin a Rudolf y Milly Rocker, 16 de marzo de 1947, Fleshin Archive.

<sup>59</sup> G. P. Maksimov, *Moió sotsiálnoe kredo* (Chicago, 1933).

<sup>60</sup> Maximov, *Constructive Anarchism*, pp. 28 ss., 145.

<sup>61</sup> Maksimov, *Moió sotsiálnoe kredo*, p. 13.

<sup>62</sup> Maximov, *Constructive Anarchism*, p. 102.

<sup>63</sup> Woodcock, introducción a *Constructive Anarchism*; Rocker, *Delo Trudá-Probuzhdénie*, núm. 33, julio-agosto de 1950, pp. 1-6. El mismo Rocker murió en Nueva York en 1958.

<sup>64</sup> G. P. Maximoff, ed., *The Political Philosophy of Bakunin: Scientific Anarchism* (Glencoe, 111, 1953).

<sup>65</sup> A. Gordin, «Instead of a Program», *The Clarion*, I, núm. 2, 1932, p. 2.

<sup>66</sup> S. Simon, «Aba Gordin —der mentsh un denker», *Fraye Arbeter Shtime*, 1 de octubre de 1964, pp. 3, 6.

<sup>67</sup> Abba Gordin, *Communism Unmasked* (Nueva York, 1940), pp. 45-68, 158.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>69</sup> Simon, *Fraye Arbeter Shtime*, 1 de octubre de 1964, p. 6.

<sup>70</sup> *Vólnaia Volia*, 1903, núm. 1.

<sup>71</sup> *Golos Trudá*, núm. 6, 15 de septiembre de 1917, pp. 3-4.

<sup>72</sup> *Burevéstnik*, 10 de abril de 1918, pp. 1-3.

<sup>73</sup> *Protokoly 1-go Vserossiiskogo sezda professionalnyj soiúzov tekstílshchikov i fabrichnyj komitétov*, p. 44.

<sup>74</sup> Emma Goldman a Max Nettlau, 12 de diciembre de 1922, Nettlau Archive.

<sup>75</sup> «Deklaratsiia» gruppy rússkij anarhístov sodéistviia «Delu Trudá»: *prakticheskie zadachi anarjizma v sovreménnuiu epóju* (Buenos Aires, 1930), p. 13.

<sup>76</sup> Maximoff, *The Guillotine at Work*, p. 337.

1876	1 de julio	Muerte de Bakunin.
1892		Se funda en Ginebra la Biblioteca Anarquista.
1903		Los kropotkinistas fundan en Ginebra la revista <i>Jleb i Volia</i> y en el interior de Rusia aparece el grupo <i>Chórnoe Znamia</i> . «Domingo Sangriento».
1905	9 de enero	Extensión del movimiento anarquista en Rusia.
	Abril-julio	Bidbéi publica en París su <i>Listok gruppy Beznachálie</i> .
	Octubre	Huelga general en las ciudades rusas.
	13 de octubre	Constitución del Soviet de Petersburgo.
	17 de octubre	Manifiesto de Octubre.
	Noviembre-Diciembre	Bombas/anarquistas en el Hotel Bristol de Varsovia y en el Café Liebman de Odessa.
	6-17 diciembre	Levantamiento en Moscú.
1906	Enero	Conferencia de <i>Chórnoe Znamia</i> en Kishiniov.
	Julio	Aparece <i>Burevéstnik</i> en París.
	Septiembre	Novomírskii funda el Grupo Anarco-Sindicalista del Sur de Rusia.
		La «pacificación» de Stolypin: detenciones y juicios en masa de anarquistas.
1907	27 de abril	Conferencia de los Grupos Anarco-Comunistas de los Urales.
	Agosto	Congreso Internacional de Anarquistas en Amsterdam.
		Se establece la Cruz Roja Anarquista en Europa occidental y Estados Unidos.

1911		Se funda en Nueva York <i>Golos Trudá</i> . Primeras señales de revitalización anarquista en el interior de Rusia.
1914	1 de agosto	Comienza la I Guerra Mundial. Debate entre los anarquistas «defensistas» y los antimilitaristas.
1917	Febrero 2 de marzo	Revolución de febrero. Abdicación del Zar y formación del Gobierno Provisional.
	Marzo	Amnistía de presos políticos. Constitución de la Federación de Grupos Anarco-comunistas de Petrogrado y Moscú.
	30 de mayo-3 junio	Primera Conferencia de los Comités de Fábrica de Petrogrado. Kropotkin vuelve a Rusia. Incidente de la <i>dacha</i> de Durnovó.
	Junio	Manifestaciones de Junio.
	18 de junio	«Días de Julio».
	3-5 de julio	Conferencia de Anarquistas en Járkov.
	18-22 de julio	<i>Golos Trudá</i> se establece en Petrogrado.
	Agosto	Asunto Kornílov.
	24-28 de agosto	Formación del Comité Militar Revolucionario del que son miembros cuatro anarquistas.
	Octubre	Conferencia de Comités de Fábrica de Toda Rusia.
	17-22 octubre	Revolución de Octubre.
	25 octubre	Decreto sobre el control obrero.
	14 noviembre	Primera Conferencia Anarquista de la Cuenca del Donets.
	25 diciembre	Disolución de la Asamblea Constituyente.
1918	6 enero	Primer Congreso de Sindicatos de Toda Rusia.
	7-14 enero	Segunda Conferencia Anarquista de la Cuenca del Donets.
	14 febrero	Tratado de Brest-Litovsk.
	3 marzo	El Gobierno se traslada de Petrogrado a Moscú.
	12 de marzo	La Cheka asalta los locales anarquistas de Moscú.
1918	11-12 de abril	Karelin funda la Federación Anarquista Pan-Rusa.
	Primavera	Congreso Anarquista Regional del Norte.
	6-11 agosto	Primera Conferencia Anarco-Sindicalista de Toda Rusia.
	25 agosto-1 sept.	Primera Conferencia de la Confederación <i>Nabat</i> .
	12-16 noviembre	Segunda Conferencia Anarco-Sindicalista de toda Rusia.
	25 nov.-1 dic.	Congreso Pan-Ruso de Anarco-comunistas.
1919	25 diciembre	Primer Congreso Regional de Campesinos, Obreros e Insurgentes ( <i>majnovtsy</i> ).
	23 enero	Segundo Congreso Regional de Campesinos, Obreros e Insurgentes.
	12 de febrero	Primer Congreso de la Confederación <i>Nabat</i> .
	2-7 abril	Tercer Congreso Regional de Campesinos, Obreros e Insurgentes.
	10 abril	

25 septiembre	Bomba de los Anarquistas Clandestinos en el cuartel general comunista de Moscú.
26 septiembre	Majnú vence a las fuerzas de Denikin en Peregonovka.
20 octubre	Congreso Regional de Campesinos, Obreros e Insurgentes en Aleksandrovsk.
1920	Agosto
	Los hermanos Gordín fundan la organización de Anarco-Universalistas.
	26 noviembre
	Los comunistas asaltan el cuartel general de Majnú en Gulíái-Pole; arrestos en la Confederación <i>Nabat</i> .
1921	8 febrero
	13 febrero
	1-17 marzo
	Muerte de Kropotkin.
	Funeral por Kropotkin en Moscú.
1922	Enero
	Levantamiento de Kronstadt.
	Supresión de los anarquistas en Rusia.
	Grupo de líderes anarquistas deportados de Rusia.
	25 dic.-2 enero
	Se funda en Berlín la Asociación Internacional de Trabajadores (Internacional Anarco-Sindicalista).
	Karelin muere en Moscú.
1926	Detenciones de los anarquistas que aún sobreviven en Rusia.
1929	Majnú muere en París.
1934	Purgas de Stalin: perecen Novomírskii, Sandomírskii, Shátov y otros.
1935-1938	Clausurado el Museo Kropotkin.
1939	Volin muere en París.
1945	Shapiro muere en Nueva York.
1946	Maksímov muere en Chicago.
1950	Abba Gordín muere en Israel.
1964	

## ARCHIVOS

Archivo de historia y cultura de Rusia y de Europa Oriental de la Universidad de Columbia. Contiene una valiosa colección de folletos del período de 1905. Además reúne proclamas y manuscritos de los grupos emigrados entre 1905 y 1917 en París, Ginebra y Zurich, y un manuscrito sobre el asunto de la *dacha* de Durnovó.

Archivos del Bund y del Movimiento Obrero Judío, Nueva York. Son ricos en materiales en yidish y ruso, principalmente sobre 1905.

Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam. Archivos de Senia Fleshin, Max Nettlau, Aleksandr Berkman, Emma Goldman, Boris Yelenski, Pierre Ramus y Ugo Fedeli. Contienen listas de los comités anarquistas más importantes, cartas de anarquistas encarcelados en Rusia y un inmenso epistolario de anarquistas exiliados. Folletos y proclamas del Ejército Revolucionario Ucraniano de Majnó en el Archivo de Fedeli. El Instituto posee también una colección única de fotografías.

Colección Labadie, Universidad de Michigán. Numerosos folletos (la mayoría posteriores a 1917), y un número reducido de manuscritos y fotografías.

Colección privada de Max Nomad, Nueva York. Manuscritos, cartas y publicaciones de Jan Waclaw Machajski y de su esposa

Las tesis doctorales y otras obras inéditas figuran en la sección siguiente.

## LIBROS, FOLLETOS Y ARTÍCULOS

- Abramovitch, Rapahael R. *In tsvey revolutsies*. 2 vols., Nueva York, 1944.
- *The Soviet Revolution, 1917-1939*. Nueva York, 1962.
- Adams, Arthur E. *Bolsheviks in the Ukraine: the Second Campaign, 1918-1919*. New Haven y Londres, 1963.
- Adler, Georg. *Anarjizm*. San Petersburgo, 1906.
- Almanaj: sbórník po istórii anarjicheskogo dvizhénia v Rossii*. Ed. N. Rogdáev. París, 1909. Una colección básica de memorias y estudios sobre el movimiento anarquista ruso entre 1903 y 1908, obra de los participantes más destacados. Probablemente, la obra más importante sobre la época de 1905.
- Anarjia po Prudonu*. Kíev, 1907.
- «Di Anarjisten bay der arbayt», Folk-Tsaytung, Vilna, 24 y 28 de mayo 1906.
- Anarjizm i juliganstvo*. San Petersburgo, 1906.
- Anísimov, S. «Sud i rasprava nad anarjístami-kommunístami», *Kátorga i Ssylka*, 1932, núm. 10, pp. 129-176. El juicio contra los terroristas de Ekaterinoslav, visto por un abogado defensor.
- An-skii, *Chto takóe anarjizm?* San Petersburgo, 1907.
- Antológiia rússkoi sovétskoi poézii*. 2 vols., Moscú, 1957.
- Anweiler, Oskar, *Die Rätebewegung in Russland, 1905-1921*. Leiden, 1958. Un estudio pionero sobre los soviets.
- Arshínov, P. A.: *Dva pobega (iz vospominanii anarjista 1906-9 gg.)*. París, 1929. Memorias de Arshínov, sobre sus primeros años en el movimiento anarquista.
- *Istoriia majnóvskogo dvizhénia (1918-1921 gg.)*. Berlín, 1923. Importante estudio del movimiento de Majnó, realizado por uno de sus colaboradores más próximos.
- *Novoe y anarjizme (K chemu prizyvayet organizatsionnaia platforma)*. París, 1929. Respuesta a las críticas de su «Plataforma Organizativa».
- Arskii, R. «Professionálnye soiuzy i zavodskíe komitety», *Véstnik Národnogo Komissariata Trudá*, 1918, núms. 2-3, pp. 122-128.
- B. S. *Otkrytoe písmó I. Gróssmanu-Róschinu (Otvét sovétskim «anarjístam»)*. ¿Moscú?, 1920. Un ataque al anarquismo soviético.
- Bakunin, M. A. *Gesammelte Werke*. 3 vols., Berlín, 1921-1924.
- *Izbrannye sochinénia*. 5 vols., Petrogrado y Moscú, 1919-1922.
- *Oeuvres*. 6 vols., París, 1895-1913.
- *Pisma M. A. Bakúnina k A. I. Gértsevu i N. P. Ogariovu*. Ed. M. P. Drogománov. Ginebra, 1896.
- *Sobranie sochinénii i písem, 1828-1876*. Ed. Iu. M. Steklov. 4 vols., Moscú, 1934-1936.
- Balabanoff, Angelica. *My Life as a Rebel*. Nueva York, 1938. [Edición castellana: *Vías de lucha*. Madrid, 1931].

- Baron, Salo W. *The Russian Jew under Tsars and Soviets*. Nueva York, 1964.
- Baron, Samuel H. *Plejánov: The Father of Russian Marxism*. Stanford, 1963.
- Bélskii, T. «Ob elementaj anárjii y rússkoi revoliútsii», en *Političeskoe položénie i taktičeskie problemy*. Moscú, 1906, pp. 82-98.
- Berezin, M. *Fun keyten tsu frayhayt*. Nueva York, 1916. Memorias de un anarquista-comunista que escapó de Siberia a Nueva York en vísperas de la Primera Guerra Mundial.
- *Kontr-revoliútsionnery li my?* S. P., s. a. [¿Chicago?, ¿1918?].
- Berkman, Alexander. *The «Anti-Climax»: The Concluding Chapter of My Russian Diary «The Bolshevik Myth»*. Berlín, 1925.
- *The Bolshevik Myth (Diary 1920-1922)*. Nueva York, 1925. Un cautivante diario de un anarquista ruso-americano. El original íntegro (con muchos materiales adicionales de importancia) se conserva en el archivo de Berkman.
- *The Kronstadt Rebellion*. Berlín, 1922. Breve, pero significativa descripción de la rebelión, desde una óptica anarquista. También publicado en alemán.
- *Now and After: The ABC of Communist Anarchism*. Nueva York, 1929. Publicado también bajo el título *What Is Communist Anarchism*.
- *The Russian Tragedy (a Review and an Outlook)*. Berlín, 1922.
- Berlin, Isaiah. «Herzen and Bakunin on Individual Liberty», en Ernest J. Simmons, ed., *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought*, Cambridge, Mass., 1955, pp. 473-499.
- Berlin, P. A. *Apóstoly anárjii: Bakunin-Kropotkin-Majáev*. Petrogrado, s. a. [¿1917?].
- Bernstein, E. *Anarjizm*. San Petersburgo, 1907.
- Bidbéi, A. [Nicolái Románov]. O *Liutsifere, velíkom duje voz-muschénii, «nesoznátelnosti», anárjii i beznachálie*. S. l. [¿París?], 1904. Un furibundo ataque contra los socialdemócratas, escrito por el líder del grupo «Beznachálie».
- O *revoliútsii i o kazármennyj dbrodétel'ij gospod Tuporilovj*. S. l. [¿París?], 1904.
- Billington, James H. *Mikhailovsky and Russian Populism*. Londres, 1958.
- Bogrov, V. *Dmitrii Bogrov i ubištvo Stolypina*. Berlín, 1931.
- Bolsháia sovétskaia entsiklopédiia*. 1 ed., 65 vols., Moscú, 1926-1947.
- Bolshevikí Petrograda v 1917 godu: ironika sobytii*. Leningrado, 1957.
- Bolshevikí v period podgotovki i provedénia Velikoi Oktábrskoi sotsialisticheskoi revoliútsii: ironika sobytii v Petrograde, aprel'oktiabr' 1917 g.* Leningrado, 1947.
- Bolshévistskaia diktiatura v svete anarjizma: désiat let sovétskoi vlasti*. París, 1928. Dura crítica al régimen bolchevique por un grupo anarquista residente en París.

- Borovói, A. A. *Anarjizm*. Moscú, 1918. Un estudio cuidadoso de la doctrina anarquista, realizado por un destacado anarquista individualista.
- *Istoriia lichnoi svobody vo Frántsii*. Moscú, 1910.
- *Lichnost i óbschestvo v anarjistskom mirovozzrénii*. Petrogrado y Moscú, 1920. Un intento de reconciliar el anarquismo individualista con las doctrinas del anarco-comunismo y anarco-sindicalismo.
- *Obschéstvennye idealy sovreménno go óbschestva*. Moscú, 1906. Una temprana exposición de las posiciones anarco-individualistas.
- ed. *Mijailu Bakúninu, 1876-1926: óčerk istórii anarjicheskogo dvizhénia v Rossii*. Moscú, 1926. Una valiosa colección de ensayos sobre el movimiento anarquista ruso, desde sus orígenes en el siglo XIX hasta la década de 1920. Uno de los trabajos más importantes sobre el tema.
- y N. Lébedev, eds. *Sbórník statéi posviaschónnyi pámiati P. A. Kropótkina*. Petrogrado y Moscú, 1922.
- y N. Otvézhennyi, *Mif o Bakúnine*. Moscú, 1925.
- Brissenden, Paul F. *The I. W. W.: A Study of American Syndicalism*. 2 ed., Nueva York, 1957.
- Browder, R. P. y A. F. Kerensky, eds. *The Russian Provisional Government, 1917*. 3 vols., Stanford, 1961.
- Brupbacher, Fritz. *Marx und Bakunin: ein Beitrag zur Geschichte der Internationalem Arbeiterassoziation*. Berlín, 1922.
- Bugáev, B. N. «Na perevale», *Vesy*, 1906, núm. 8, pp. 52-54.
- Bujarin, N. I. *Anarchismus und wissenschaftlicher Kommunismus*. Hamburgo, ¿1920? Un análisis bolchevique de la doctrina anarquista.
- Bujbinder, N. A. *Istoriia evréiskogo rabócheo dvizhénia v Ros-sii*. Leningrado, 1925.
- Bunyan, James and H. H. Fisher, eds. *The Bolshevik Revolution, 1917-1918: Documents and Materials*. Stanford, 1934.
- Burgin, H. *Di Geschichte fun der yidisher arbayer bewegung in Amerike, Rusland un England*. Nueva York, 1915.
- Carbo, Eusebio C. «Alexander Schapiro», *L'Adunata dei Refrattari*, 22 marzo de 1947, pp. 3-4.
- Carmichael, Joel. *A Short History of the Russian Revolution*. Nueva York, 1964.
- Carr, Edward Hallett. *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*. 3 volúmenes, Nueva York, 1951-1953 (hay traducción castellana: *La revolución bolchevique*, Madrid, 1972-73).
- *Michael Bakunin*. Londres, 1937. Una biografía modelo en inglés.
- Chamberlain, W. H. *The Russian Revolution, 1917-1921*, 2 vols., Nueva York, 1957.
- Chapelier, E. y G. Marin. *Anarchists and the International Lan-*

- guage, Esperanto. Londres, 1908. Un informe al Congreso Internacional Anarquista de Amsterdam. Agosto de 1907.
- *Chegó dobiuáitsia Anarjisty-Kommunisty*. Iaroslavl, s. a.
- Cherevanin, N. [F. A. Lipkin]. «Dvizhénie intelligéntsii», en *Obschéstvennoe divzhénie v Rossii v nachale XX-go veka*, eds. L. Mártoy, P. Máslov y A. Pótresov, 4 vols., San Petersburgo, 1909-1914, I, 259-290.
- Cherkézov, V. N. *Concentration of Capital: A marxian Fallacy*. Londres, 1911.
- *Doktriny marksizma: nauka-li eto?* Ginebra, 1903. Una temprana crítica del marxismo por un anarquista ruso exiliado en Londres.
- *Nakonets soznalis! Otvét k Káutskomu*. Tufliis, 1907.
- *Pages of Socialist History*. Nueva York, 1902.
- Chernov, V. M. *The Great Russian Revolution*. New Haven, 1936.
- Chertkov, V. G. *Protiv vlasti*. Christchurch, Inglaterra, 1905. Por un destacado discípulo de Tolstóy.
- Chikágskaia drama, 1-go Maia, 1886-go goda*. 2.ª ed., Nueva York, 1916.
- Chórnoe známiá*. San Petersburgo, 1906. Colección de artículos de Kropotkin, Malatesta y de otros dirigentes anarquistas.
- Chórnyi, L. [P. D. Tuchaínov]. *Nóvoe napravlénie v anarjizme: assotsiatsiónnyi anarjizm*. 2 ed., Nueva York, 1923. El credo del «anarquismo asociacional», una rama del anarquismo individualista, escrito por su fundador (1.ª ed. Moscú, 1907).
- *O klássaj*. Moscú, 1924.
- Chto nam délat v armii? (Mysl' ofitsera)*. s.l., 1903. Uno de los primeros folletos antimilitaristas de los anarquistas rusos.
- Chudnov, M. N. *Pod chórnyim známenem (Zapiski anarjista)*. Memorias de un guerrillero anarquista que actuó en Ucrania durante la Guerra Civil.
- Ciliga, Anton. *The Kronstadt Revolt*. Londres, 1942.
- Cohen, J. *Di yidish-anarjistische bewegung in Amerike*. Filadelfia, 1945.
- Cole, G. D. H. *A History of Socialist Thought*. 5 vols. en 7. Londres, 1953-1960.
- Congrès anarchiste tenu à Amsterdam Août 1907*. París, 1908.
- Dallin, David y Boris Nicolaevsky. *Forced Labor in Soviet Russia*. New Haven, 1947.
- Daniels, Robert V. *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia*. Cambridge, Mass., 1960.
- «The Kronstadt Revolt of 1921: A Study in the Dynamics of Revolution», *American Slavic and East European Review*, x (diciembre 1951), 241-254.
- Dave, Victor y Georges Ivetot. *Fernand Pellut'e i revoliutsiónnyi sindikalizm vo Frantsii*. San Petersburgo, 1920.
- David, Henry. *The History of the Haymarket Affair*. Nueva York, 1936.
- «Deklarátsiia» gruppy rússki anarjistov sodéistviia «Delu Trudá»:

- prakticheskie zadachi anarjizma v sovreménnuiu epóju*. Buenos Aires, 1930.
- Doklady Mezhdunaródnomu revoliutsiónnomu rabóchemu kongressu 1900-go goda*. Londres, 1902.
- Dolinin (Moravskii), E. Z. *V vijre revoliútsii*. Detroit, 1954. Una colección de ensayos y fragmentos de un discípulo de Apollón Karelin.
- Dolléans, Edouard. *Histoire du mouvement ouvrier*. 2 vols., París, 1936-1946 (hay traducción castellana: *Historia del movimiento obrero*. Madrid, 1970).
- Dr. Leo (seud.). *Pochemú i kak my priblizháemsia k anarjii?* Berlín, s. f.
- Driker, N. *Anarjizm i sindikalizm (Doklad prednaznáchénni dliá Vserossíikogo Sezda Anarjistov)*. Kíev, s. f.
- Drinnon, Richard. *Rebel in Paradise: A Biography of Emma Goldman*. Chicago, 1961.
- Dubnow, S. M. *History of the Jews in Russia and Poland*. 3 vols., Filadelfia, 1916-1920.
- y G. Ia. Krásnyi-Admoni, eds. *Materialy dliá istórii antievreiskij pogrómov v Rossii*. 2 vols., Petrogrado, 1919-1923.
- Dubnov-Erlikh, S. *Garber-bund un bershter-bund*. Varsovia, 1937.
- Dunin, A. A. «Graf L. N. Tolstói i tolstovtsy v Samárskoj gubernii», *Rússkaia Mysl*, 1912, núm. 11, pp. 156-166.
- 25-e sentiabriá 1919 goda: pámiati pogibshij pri vzryve v León-tevskom pereulke*. Moscú, 1925. Materiales sobre la explosión en el Comité de Moscú del Partido Comunista.
- Edelshtadt, D. *Anarjizm-kommunizm*. Nueva York, 1917.
- Ekonomicheskoe položénie Rossii nakanune Velíkoj Oktiábr-skoj sotsialisticheskoi revoliútsii: dokumenty i materialy, mart-oktiabr' 1917*. 2 vols., Moscú, 1957.
- Elliott, William Y. *The Pragmatic Revolt in Politics*. Nueva York, 1928.
- Eltzbacher, Paul. *Der Anarchismus*. Berlín, 1900.
- Evzelman, A. Ia. «Bolsheviki Petrograda v borbé za bolshevizátsiiu profsoiúzov i fabzavkómov v period podgotovki i provedéniia Velíkoj Oktiábrskoi sotsialisticheskoi revoliútsii», tesis doctoral, Universidad estatal de Moscú, 1951.
- Fabzavkomy i profsoiúzy: sbornik statéi*. Moscú, 1925.
- Fedotoff White, D. *The Growth of the Red Army*. Princeton, 1944.
- Fin, Ia. *Fabrichno-zavodskie komitety v Rossii*. Moscú, 1922.
- Fischer, Louis. *The Life of Lenin*. Nueva York, 1964.
- Flerovskii, I. «Miatezh mobilizóvannyj matrósov v Peterburge 14 oktiabriá 1918 g.», *Proletárskaia Revoliútsiia*, 1926, núm. 8, páginas 218-237.
- Florinsky, Michael T. *The End of the Russian Empire*. New Haven, 1931.

- Footman, David. *Civil War in Russia*. Londres, 1961. Contiene un excelente capítulo sobre Majnó.
- Frank, H. *Anarjo-sotsialistishe ideyen un bavegunen bay Yidn*. París, 1951.
- «Di Bialystoke tkufe fun der rusindisher anarjistisher bavegun», en *Geklibene sbriftn*, Nueva York, 1954, pp. 388-411.
- *Natsionale un politishe bavegunen bay Yidn in Bialystok*. Nueva York, 1951.
- Friedmann, Aurel. *Das anarcho-kommunistische System des Fürsten Peter Kropotkin*. Colonia, 1931.
- Gaudeaux, Jean. *Six mois en Russie bolchéviste*. París, 1924. Por un delegado sindicalista francés al Primer Congreso de la Profintern.
- Gay, Peter. *The Dilemma of Democratic Socialism*. Nueva York, 1952.
- Ge (Ghé), A. *Lettre ouverte à P. Kropotkine*. Lausana, 1916. Un agudo ataque a la posición de Kropotkin frente a la guerra.
- *Put k pobede*. Lausana, 1917. Una arremetida contra el anarquismo «defensista».
- Genkin, I. I. «Anarjisty: iz vospominánii politicheskogo katorzhánina», *Byloe*, 1918, núm. 9, pp. 163-183.
- *Po tíurman i etápm*. Petrogrado, 1922. Incluye la documentación del artículo precedente; valiosa fuente de información sobre los *beznachaltsy*.
- «Sredi preémnikov Bakúnina», *Krásnaia Létopis*, 1927, número 1, pp. 170-205.
- Georgiévskii, E. *Sússhnost anarjizma*. Odessa, s. f.
- Di Geshikhte fun Bund*. Eds. G. Aronson et al. 2 vols., Nueva York, 1962. La fuente principal de información sobre el Bund judío.
- Geyer, Dietrich. *Lenin in der russischen Sozialdemokratie: Die Arbeiterbewegung im Zarenreich als Organisationsproblem der revolutionären Intelligenz, 1890-1903*. Colonia, 1962.
- Girard, A. *Idei revoliutsiónnogo anarjizma sredi Frantsúzsckogo proletariata*. Moscú, 1917.
- Gladkov, I. A. *Ocherki sovétskoi ekonómiki, 1917-1920 gg*. Moscú, 1956.
- Goldman, Emma. *Anarchism and Other Essays*. Nueva York, 1910. Una traducción al ruso de los cinco primeros ensayos se publicó en Petrogrado en 1921.
- *The Crushing of the Russian Revolution*, Londres, 1922.
- *Living My Life*. Nueva York, 1931. Una autobiografía digna de recordarse, con abundante material sobre el anarquismo ruso.
- *My Disillusionment in Russia*. Garden City, Nueva York, 1923.
- *My Further Disillusionment in Russia*. Garden City, Nueva York, 1924.
- Gonéniiá na anarjizm v Sovétskoi Rossii*. Berlín, 1922. Breves biografías de destacados anarquistas rusos; una importante

- fuentes sobre la supresión del anarquismo después de 1917.
- Gordin, Abba. *Communism Unmasked*. Nueva York, 1940.
- *Ot iuridicheskogo anarjizma k fakticheskomu*. Moscú, 1920.
- *Zijroynes un jeshboynes*. 2 vols., Buenos Aires, 1955-1957.
- Górdiny, Bratia. [A. L. y V. L. Gordin]. *Manifest pananarjístov*. Moscú, 1918.
- Gordon, M. *Uchástie rabóchij v organizátsii proizvodstva*. Leníngrado, 1927.
- Gorélik, A. [Grigórii Gorélik]. *Anarjisti v rossíiskoi revoliútsii*. Berlín, 1922. Breve historia de la participación de los anarquistas en la revolución, escrita por un miembro de la confederación *Nabat*; tiende a exagerar el papel de los anarquistas.
- *Vospitánie v sovétskoi Rossii*. Buenos Aires, 1923.
- Górev, B. I. [B. I. Goldman]. *Anarjizm v Rossii (Ot Bakúnina do Majnó)*. Moscú, 1930. Una breve historia escrita por un socialdemócrata; la mejor obra de su género publicada en ruso.
- «Apoliticheskíe i antiparlámentskíe gruppy (anarjisty, maksimalisty, majáevtsy)», en *Obschéstvennoe dvizhénie v Rossii v nachale XX-go veka*, III, 473-534.
- Gray, Alexander. *The Socialist Tradition: Moses to Lenin*. Londres, 1946.
- Grossman-Roschin, I. «Dumy o bylon (Iz istórii belostótsckogo anarjicheskogo 'chornoznámensckogo' dvizhéniiá)», *Bylos*, 1924, núm. 27-28, pp. 172-182.
- *Iskusstvo izmeniat mir*. Moscú, 1930.
- *Jarakerístika tvórchetsva P. A. Kropótkina*. Moscú y Petrogrado, 1921.
- Guillaume, James. *L'Internationale: documents et souvenirs (1864-1878)*. 4 vols., París, 1905-1910.
- Hagadob shol peysaj*. Vilna [Londres], 1886. Un panfleto ilegal en forma de devocionario; introducido en Rusia por los anarquistas de Londres.
- Haimson, Leopold H. *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism*. Cambridge, Mass., 1955.
- Hans, Nicholas. *History of Russian Educational Policy, 1701-1917*. Londres, 1931.
- Harcave, Sidney. *First Blood: The Russian Revolution of 1905*. Nueva York, 1964.
- Hard, William. *Raymond Robins' Own Story*. Nueva York y Londres, 1920.
- Hershberg, A. S. *Pinkos Bialystok*. 2 vols., Nueva York, 1950. Una crónica útil sobre los acontecimientos de Bialystok, que incluye las actividades de los anarquistas en 1905.
- Herzen, A. I. «Kólokob»: *izbannye statí A. I. Gértseña, 1857-1869*. Ginebra, 1887.
- Hughes, H. Stuart. *Consciousness and Society: The Reconstruction of European Social Thought, 1890-1930*. Nueva York, 1958.

- Iákovlev, Ia. *Les «Anarchistes Syndicalistes» russes devant le tribunal du prolétariat mondial*. Moscú, 1921.
- *Rússkii anarjizm v velikoi rússkoi revoliútsii*. Moscú, 1921. Estudio polémico de un autor bolchevique.
- Iarchuk, E. *Kronstadt v rússkoi revoliútsii*. Nueva York, 1923. Por un destacado anarquista, que participó en los acontecimientos de Kronstadt en 1917.
- Iaroslávskii, E. E. *Anarjizm v Rossii*. Moscú, 1937. Es quizá la peor historia del anarquismo. Fue ampliamente difundida la traducción inglesa.
- The International Working Men's Association, I. W. M. A.: Its Policy, Its Aims, Its Principles*, s. 1., 1933. Un documento básico.
- Istoriia grazhdánskoi voiny v SSSR*. 4 vols., Moscú, 1935-1959.
- Itkin, M. L. «Borbá petrográdsckogo proletariata pod rukovódstvom pártii Lenina-Stáлина za rabóchnii kontrol v promyshlennosti v 1917 godú (fevral-oktiabr)», tesis doctoral, Universidad de Leningrado, 1953.
- Iushkevich, P. *Teóriia i práktika sindikalizma*. San Petersburgo 1907.
- Ivaniukov, I. I. *Chto takóe anarjizm?* 2 ed., San Petersburgo, 1906.
- Ivanov-Razúmnik [R. V. Ivanov]. *Chto takóe majáevschina?* San Petersburgo, 1908. Un penetrante estudio del «majaevismo».
- Ivanóvich, M. [M. I. Bulgákov]. «Anarjizm v Rossii», *Sotsialist-Revoliútsioner*, 1911, núm. 3, pp. 75-94.
- Ivanóvich, S. *Anarjisty i anarjizm v Rossii*. San Petersburgo, 1907.
- «Anarjizm v Rossii i borbá s nim», *Sovreménnyi Mir*, 1906, núm. 1, parte 2, pp. 1-11.
- Jarjardin, I. *Kropotkin, kak ekonomist*. Moscú, 1922.
- Jleb i volia: statí P. Kropótkina, V. Cberkózova, E. Recliú, L. Bertoni i drugij*. San Petersburgo, 1906. Una colección de artículos de eminentes anarquistas.
- Joll, James. *The Anarchists*. Londres, 1964. Un resumen interpretativo estimulante del movimiento anarquista en los siglos XIX y XX, bien escrito e incisivo. (Hay traducción castellana: *Los anarquistas*, Barcelona, 1967).
- Kakie nuzhny poriadki*. Moscú, s. a. [¿1919?].
- Kaminski, H.-E. *Michel Bakounine: la vie d'un révolutionnaire*. París, 1938.
- Karelin, A. A. *Chto takóe anárjiiia?* Moscú, 1923.
- *Gorodskie rabóchie, krestiantvo, vlast i sóbstvennost'*. Buenos Aires, 1924.
- *Gosudarstvo i anarjisty*. Moscú, 1918. Una popular crítica anarquista del Estado.
- (A. Kochegárov, seud.). *K voprosu o kommunizme*. S. 1., 1918.
- *Nóvoe krakoe izlozhénie politichesckoi ekonomii*. Nueva York, 1918.

- *Obschéstvennoe vlandénie v Rossii*. San Petersburgo, 1893.
- (A. Kochegárov, pseud.). *Polozhítelnye i otrítsátelnye storony demokrátii s točki zréniiá anarjístov-kommunistov*. Ginebra, s. a.
- *Smértnaia kazn*. Detroit, 1923.
- *Tak govoril Bakunin*. Bridgeport, Conn., s. a.
- *Volnaia zhizn*. Detroit, 1955. Una amplia y esmerada selección de obras de Karelin, con una introducción biográfica.
- (A. Kochegárov, seud.). *Semélnaia programma anarjístov-kommunistov*. Londres, 1912. Breve exposición del programa agrario anarco-comunista.
- Kathov, George. «The Kronstadt Rising», *Soviet Affairs*, núm. 2, 1959, pp. 9-74. Una narración inteligente de la insurrección.
- Keep, J. L. H. *The Rise of Social Democracy in Russia*. Londres, 1963. Una magnífica historia de la Socialdemocracia hasta 1907.
- Kenafick, K. J. *Michael Bakunin and Karl Marx*. Melbourne, 1948.
- Kennan, George F. *Russia Leaves the War*. Princeton, 1956.
- Kindersley, Richard. *The First Russian Revisionists*. Londres, 1962.
- Knízhnik, I. S. (I. Vetrov, seud.). *Anarjizm: ego teóriia i práktika*. San Petersburgo, 1906.
- (A. Krátov, seud.). *Novaia Rossia i evréi*. Petrogrado, 1917.
- (I. Vetrov, seud.). *Ocherk sotsiálnoi ekonomiki s točki zréniiá anarjicheskogo kommunizma*. París, 1908.
- (A. Krátov, seud.). *Podgotovka k uchreditelnomu sobrániuu*. Petrogrado, 1917.
- «Vospominániia o Bogrove, ubiitsa Stolypina», *Krásnaia Létopis*, 1923, núm. 5, pp. 287-294.
- «Vospominániia o P. A. Kropótkine i ob odnoi anarjistskoi emigrántsckoi gruppe», *Krásnaia Létopis*, 1922, núm. 4, pp. 28-51. Memorias personales sobre los anarquistas emigrados en París entre las dos revoluciones; escritas por un miembro de la colonia.
- Kollontái, A. *The Workers Opposition*. Chicago, 1921.
- Koltsov, D. [B. A. Gínzburg]. «Rabóchie v 1890-1904 gg.», en *Obschéstvennoe dvizhénie v Rossii v nachale XX-go veka*, I, 183-229.
- Korn, M. [M. I. Goldsmit]. *Borbás kapitálom i vlástiú; Nashi spórnnye voprosy*. Londres, 1912.
- *Revoliútsionnyi sindikalizm i anarjizm; Borbás kapitálom i vlástiú*. Petrogrado y Moscú, 1920. Ensayos escritos por un partidario de Kropotkin y pro-sindicalista de primera fila.
- *Revoliútsionnyi sindikalizm i sotsialisticheskie pártii*. Londres, 1907. Un importante folleto sindicalista.
- Kornotovskii, N. A., en *Kronshtátskii miatezh: sbórník statéi, vospominánii i dokumentov*. Leningrado, 1931.
- Kozlóvskii, L. S. *Ocherki sindikalizma vo Frántsii*. Moscú, 1906.
- *Sotsiálnoe dvizhénie v sovremennoi Frántsii*. Moscú, 1908.
- Kréizel', Iu. B. *Iz istórii profdvizhéniiá g. Jarkova v 1917 godú*. Járkov, 1921.

- Krestíanskoe dvizhénie 1902 goda. Moscú y Petrogrado, 1923.
- Kritskais, N. y N. Lébedev. *Istóriia sindikálnogo dvizhénia vo Frántsii, 1780-1907*. Moscú, 1908.
- Kropotkin, P. A. *Der Anarchismus in Russland*. Berlín, 1905.
- *Buntóvskii duj*. Ginebra, 1905.
- *La Conquête du pain*. París, 1892. La traducción rusa (1902) publicada bajo el título de *Jleb i Volia* tuvo gran influencia en el movimiento. [Hay traducción castellana: *La conquista del pan*. Barcelona, 1972.]
- *Etika*. Petrogrado, 1922.
- *Fields, Factories and Workshops*. Londres, 1899. Un trabajo de primera importancia. [Hay traducción castellana: *Campos, fábricas y talleres*. Madrid, 1973.]
- *The Great French Revolution, 1789-1793*. Londres, 1909.
- *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*. Ed. Roger N. Baldwin. Nueva York, 1927. Una buena colección.
- «A Letter on the Present War», *Freedom* (Londres), octubre 1914, pp. 76-77.
- *Memoirs of a Revolutionist*. Boston, 1899. Un texto clásico. [Hay traducción castellana: *Memorias de un revolucionario*. Madrid, 1973.]
- *Modern Science and Anarchism*. Nueva York, 1908.
- *Mutual Aid: A Factor of Evolution*. Londres, 1902. Otra obra importante. [Hay traducción castellana: *El apoyo mutuo*. Madrid, 1970.]
- *Paroles d'un révolté*. París, 1885.
- *Rússkaia revoliútsiia*. Ginebra, 1905.
- ed. *Rússkais revoliútsiia i anarjizm*. Londres, 1907.
- Kubanin, M. *Majnovschina*. Leningrado, n. d. [1927].
- Kulczcki, L. *Anarjizm v Rossii*. San Petersburgo, 1907. Publicada también como *Anarjizm v sovreménnom sotsialno-polítičeskom dvizhénii v Rossii*.
- *Sovreménnii anarjizm: izložhénie, istočniki, kritika*. San Petersburgo, 1907.
- Kurchínskii, M. A. *Apóstol egoizma: Maks Shtirner i egó filosofíia anárjii*. Petrogrado, 1920.
- Lampert, E. *Studies in Rebellion*. Londres, 1957.
- Lane, David. «The Russian Social Democratic Labour Party in St. Petersburg, Tver and Ashjabad, 1903-1905», *Soviet Studies*, VI (enero 1964), 331-344.
- Lázarev, E. «Dmitrii Bogrov i ubíistvo Stolypina», *Vólja Rossii*, 1926, núm. 8-9, pp. 28-65.
- Lébedev, N. K. *Elizé Reklíú, kak cheloveck, uchónyi i myslitel*. Petrogrado, 1920.
- *Muzéi P. A. Kropótkina*. Leningrado y Moscú, 1928. Una descripción del Museo de Kropotkin, hecha por su secretario.
- *P. A. Kropotkin*. Moscú, 1925.
- *Rabóchie soiuzy*. Moscú, 1917.

- Lenin, V. I. *Léninskii sbórník*, 35 vols., Moscú, 1924-1945.
- *Sochineniia*. 2 ed., 31 vols., Moscú, 1931-1935.
- Lénskii, Z. «Natsionálnoe dvizhénie», en *Obschéstvennoe dvizhénie v Rossii y nachale XX-go veka*, I, 349-371.
- Letters from Russian Prisoners*. Londres, 1925. Materiales sobre la represión bolchevique contra sus adversarios políticos, incluidos los anarquistas.
- Levin, Sh. *Untererdische kemfer*. Nueva York, 1946.
- Levine, Louis. *Syndicalism in France*. 2 ed., Nueva York, 1914. Sigue siendo el mejor estudio sobre este tema.
- Liáschenko, P. N. *Istóriia naródnogo joziáistva SSSR*. 2 vols., Leningrado, 1947-1948.
- Litvak, A. *Vos geven*. Vilna, 1925.
- Lorwin, V. R. *The French Labor Movement*. Cambridge, Mass., 1954.
- Louis, Paul. *Histoire du mouvement syndical en France*, 2 vols., París, 1947-1948.
- Lozínskii, E. Iu. *Chegó zhdát rússkim rabóchim ot vseóbschego izbirátelnogo prava?* San Petersburgo, 1907.
- *Chto zhe takóe, nakonis, intelligentsiia?* San Petersburgo, 1907. Obra de un majaevista.
- *Itogi parlamentarizma: chto on dal i mózhet li on chtoto dat rabóchim mássam?* San Petersburgo, 1907.
- (E. Ustónov, seud.). *Sovreménnii anarjizm: egó konéchnye idealy, programma, táktika i násvénno-klássovaia súšchnost*. Ginebra, 1905. También publicado en Moscú (1906) con otro seudónimo: «Podolianin».
- Lozovskii, A. [S. A. Dridzó]. *Anarjo-sindicalizm i kommunistizm*. Moscú, 1923. Un ataque al sindicalismo por un dirigente sindical bolchevique.
- *Rabóchii kontrol*. Petrogrado, 1918.
- Lure, S. Ia. *Predtechi anarjizma v drévnem mire*. Moscú, 1926.
- Luxemburg, Rosa. *The Mass Strike: The Political Party and the Trade Union*. Detroit, s. f.
- Machajski, Jan Waclaw. (A. Vólskii, seud.). *Bankrostsvo sotsializma XIX stoletíia*, n. p. [Ginebra] 1905.
- *Umstvennyi rabóchii*. 3 vols. en 1, Ginebra, 1904-1905. La *opus magnum* de Machajski.
- «An Unfinished Essay in the Nature of a Critique of Socialism», manuscrito fotocopiado, París, 1911.
- Maitron, Jean. *Histoire du mouvement anarchiste en France (1880-1914)*. París, 1951. Una historia rigurosa.
- Majno, N. I. *Majnovschina i ee vcheráshnie soiúzniki-bolsheviki (Otvét no knigu M. Kubánina «Majnovschina»)*. París, 1928.
- *Pod udárami kontr-revoliútsii (aprel-iun 1918 g.)*. París, 1936.
- *Rússkaia revoliútsiia na Ukraine (ot marta 1917 g.)*. París, 1937. Este libro y los dos precedentes constituyen las memorias de Majno sobre su ejército de guerrillas en la Guerra Civil.

- Maksímov (Maximoff, Maximov), G. P. *Beseda s Bakúninym o revolútsii*. Chicago, 1934.
- *Bolshevims: Promises and Reality*. Glasgow, n. d.
- *Constructive Anarchism*. Chicago, 1952. El credo de un significado anarco-sindicalista.
- *The Guillotine at Work: Twenty Years of Terror in Russia*. Chicago, 1940. Una denuncia de la supresión de los anarquistas, apoyada en muchos documentos.
- *Moió sotsialnoe kredo*. Chicago, 1933. La traducción al inglés de este folleto está incluida en *Constructive Anarchism*.
- «*Rassvet*»: *provodnik rússkogo fashizma*. Chicago, 1933.
- (G. Lápot,seud.). *Sovety rabóchij soldátskij i krestianskij deputátov i nashe k nim otnoshénie*. Nueva York, 1918.
- *Za chto i kak bolsheviki izgnali anarjstov iz Rossii?* s. 1. [¿Berlín?], 1922.
- ed. *The Political Philosophy of Bokunin: Scientific Anarchism*. Glencoe, Ill., 1953.
- Malia, Martin. *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism, 1812-1855*. Cambridge, Mass., 1961.
- Manifest protesta anarjstov-kommunistov prótiv bolshevistskogo pravitelstva k proletariatu vsegó mira*. ¿Nueva York?, 1922. Publicado también en inglés.
- Markin, I. V. «Ot rabócheho kontrólia nad proizvodstvom k rabóchemu upravleniiu promyshlennost'iu (1917-1918 gg., g. Petrogrado)», tesis doctoral, Instituto Pedagógico Estatal de Leningrado, 1950.
- Mártov, L. [Iu. O. Tserdébáum]. *Politicheskie pártii v Rossii*. San Petersburgo, 1906.
- Marx, K. y F. Engels. *Kritika učebniia Shtirnera*. 2 partes, San Petersburgo, 1913.
- *Selected Works*. 2 vols., Moscú, 1962.
- *Sviatóe seméistvo*. 2 vols., San Petersburgo, 1906. Traducción y notas de Waclaw Machajski. Las notas son de gran interés.
- Masaryk, T. G. *The Spirit of Russia*. 2 vols., Londres, 1955.
- Máslov, P. P. *Agrárnyi voprós v Rossii*. 2 vols., San Petersburgo, 1908.
- «Materialy k istorii rabócheho kontrólia nad proizvodstvom (1917-1918 gg.)», *Krásnyi Arjiv*, 1940, núm. 6, pp. 106-129.
- Matiushenko, A. I. *Ot vorovstva k anarjizmu*. San Petersburgo, 1908.
- Maximoff, Maximov (v. Maksímov).
- Maynard, Sir John, *Russia in Flux*. Nueva York, 1951.
- Mehring, Franz. *Karl Marx: Geschichte seines Lebens*. Leipzig, 1918.
- Meijer, J. M. *Knowledge and Revolution: The Russian Colony in Zuerich (1870-1873)*. Assen, 1955.
- Mendel, Arthur P. *Dilemmas of Progress in Tsarist Russia*. Cambridge, Mass., 1961.
- Mett, Ida. *La Commune de Cronstadt: Crépuscule sanglant des Soviets*. París, 1949. Un relato anarquista de la insurrección.

- Miliukov, P. N. *Istóriia vtorói rússkoi revolútsii*. 1 vol. en 3 partes, Sofía, 1921-1923.
- Mitelmán, M. I., et al. *Istóriia Putilovskogo zavoda, 1789-1917*, 3 ed., Moscú y Leningrado, 1941.
- Mushin, A. *Dmítrii Bogrov i ubiistvo Stolypina*. París, 1914.
- Na pómosch ispánskím bortsam*. Nueva York, ¿193...?
- Nacht, S. *Vséobschaia stachka i sotsiálnaia revolútsiia*. París, 1904. Publicado también en Nueva York, con el seudónimo de Arnold Roller.
- Natsionalizátsiia promyshlennosti v SSSR: sbórník dokuméntov, 1917-1920 gg.* Moscú, 1954.
- Nédrov, A. [A. S. Tólkarev]. *Rabóchii voprós*. San Petersburgo, 1906.
- Nestróev, G. *Maksimalizm i bolshevizm*. Moscú, 1919.
- Nettlau, Max. *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin*. Berlín, 1927. Segundo tomo de la historia enciclopédica del anarquismo, de la que sólo se han publicado tres volúmenes. La continuación de la historia, que abarca los años 1886 a 1914, se conserva en manuscrito en el Instituto Internacional de Historia Social.
- *Anarchisten und Sozialrevolutionäre*. Berlín, 1931. Tercer tomo de su historia del anarquismo.
- *Bibliographie de L'anarchie*. Bruselas, 1897.
- «Michael Bakunin: eine Biographie», 3 vols., fotocopia del manuscrito, Londres, 1896-1900. Una biografía detallada, que contiene mucha documentación inédita.
- «A Memorial Tribute: To Marie Goldsmith and Her Mother», *Freedom* (Nueva York), I, núm. 10, 18 de marzo de 1933, página 2.
- *Der Vorfrübling der Anarchie*. Berlín, 1925 Primer volumen de su historia del anarquismo.
- Nikolaévskii, B. «Varlaam Nikolaévich Cherkézov (1846-1925)», *Kátorga i Ssylka*, 1926, núm. 4, pp. 222-232.
- Nomad, Max. *Apostles of Revolution*. Boston, 1939. Incluye valiosos estudios sobre Bakunin, Necháev y Majnó.
- *Aspects of Revolt*. Nueva York, 1959.
- *Dreamers, Dynamiters, and Demagogues*. Nueva York, 1964. Memorias de uno de los primeros discípulos de Machajski.
- *Rebels and Renegades*. Nueva York, 1932.
- «Reminiscences», *New Politics*, II (invierno de 1963), 89-95.
- Norton, Henry K. *The Far Republic of Siberia*. Londres, 1923.
- Novomírskii, D. I. [Ia. Kirílovskii]. *Chto takóe anarjizm?* n. p., 1907.
- *Iz programmy sindikálnogo anarjizma*. S. I. [Odessa], 1907. La más completa exposición de las opiniones anarcosindicalistas de Novomírskii.
- *Manifest Anarjstov-Kommunistov*. S. I., 1905. La traducción inglesa se publicó en Nueva York en 1921.

- Nóvyi pojod prótiv sotsiáldemokratii: dokumenty po delu N. I. Muzíliá.* Ginebra, 1905.
- Oktiábrskaia revoliútsiia i fabzavkomy: materialy po istórii fabrichnozavodskij komitétov.* 3 vols., Moscú, 1927-1929. La más importante fuente de información sobre los comités de fábrica.
- Organizatsiónnaia platforma vseóbschego soiuza anarjistov (Proekt).* París, 1926. Propuesta polémica de reformas organizativas del movimiento anarquista.
- Orgiani, K. [G. Gogéliia]. *Kak i iz chegó razvilisá Revoliútsiionnyi Sindikalizm.* S. I. [¿Londres?], 1909. Por una destacada figura del sindicalismo.
- *O rabóchij soiúzaj.* Londres, 1907.
- *O revoliútsii i revoliútsionnom pravítelstve.* Londres, 1905. Editado con el seudónimo de K. Iliashvili.
- *Ob intelligéntsii.* Londres, 1912.
- *Pamiati chikágskij múchenikov.* Ginebra, 1905. Por «K. Iliashvili».
- Otvérzhennyi, N. *Shtírner i Dostoévsckii.* Moscú, 1925.
- Otvét néskolkij rússkij anarjistov na organizatsiionnuu platformu.* París, 1927.
- Our Position.* ¿Chicago?, ¿1923? Resoluciones adoptadas por el Congreso de la Federación de grupos anarco-comunistas rusos en Estados Unidos y Canadá, celebrado en Chicago en septiembre de 1934.
- P. A. Kropotkin, 1842-1922: *k 80-létiiu so dniá rozhdeniia.* Moscú, 1922. Artículos de colaboradores del Comité del Museo de Kropotkin.
- P. A. Kropotkin i egó uchénie: *internatsionálnyi sbórník, posviashchónnyi desiátoi godovschine smerti P. A. Kropótkina.* Ed. G. P. Maksímov. Chicago, 1931. Una importante colección de ensayos y materiales sobre el movimiento anarquista en Rusia.
- Pádénie tsárskogo rezhima.* 7 vols., Leningrado, 1924-1927.
- Pámiati Petrá Alekséevicha i Kropótkina.* Petrogrado y Moscú, 1921.
- Pankrátova, A. M. *Fabzavkomy i profsoiuzy v revoliútsii 1917 goda.* Moscú y Leningrado, 1927.
- *Fabzavkomy Rossii v borbé za sotsialisticheskuiu fábríku.* Moscú, 1923.
- Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918: Russia.* 3 vols., Washington, 1931.
- Pares, Sir Bernard. *The Fall of the Russian Monarchy.* Londres, 1939.
- Pázhitnov, K. A. *Polozhénie rabóchego klassa v Rossii.* San Petersburgo, 1906.
- Pelloutier, Ferdinand. *Histoire des bourses du travail.* París, 1902. Traducción rusa, San Petersburgo, 1906.

- Pereval (seud.). *Bezgosudárstvennyi kommunizm i sidikalizm.* s. I., 191...?
- Pérvaia konferéntsia anarjistskij organozátsii Ukrainy «Nabat»: Deklarátsii i rezoliútsii.* Buenos Aires, 1922.
- Pérvaia rabóchaia konferéntsia fabrichno-zavodskij komitétov.* Petrogrado, 1917.
- Pérvyi vserossiiskii sez'd professional'nyj soiúzov, 7-14 ianvariá 1918 g.* Moscú, 1918.
- Peterburzhets [K. M. Tajtariov]. *Ocherk peterbúrzhsckogo dvizhénia 90-j godov: po líchnym vospominániiam.* Londres, 1902.
- Philips Price, M. *My Reminiscences of the Russian Revolution.* Londres, 1921.
- Pipes, Richard. «*Naródnichestvo: A Semantic Inquiry*», *Slavic Review*, XXIII (septiembre de 1964), 441-458.
- *Social Democracy and the St. Petersburg Labor Movement, 1885-1897.* Cambridge, Mass., 1963.
- «*Pisma P. A. Kropótkina k V. N. Cherkézovu*», *Kátorga i Ssylka*, 1926, núm. 4, pp. 7-28.
- Pismó anarjista bratu rabóchemu.* Moscú, 1917.
- Pismó Vladímira Lápidusa (Strigi).* S. I. [¿Ginebra?], 1907. Carta de un destacado *chornoznámenests*, escrita poco antes de su muerte al explotar una bomba.
- Plejánov, G. V. *Anarjizm i sotsializm.* San Petersburgo, 1905. Una crítica marxista del anarquismo muy conocida, traducida a varias lenguas.
- *Sochinénia.* 24 vols., Leningrado, 1923-1927.
- Pollack, Emanuel. *The Kronstadt Rebellion.* Nueva York, 1959.
- Polónskii, V. A. «*Anarjisty i sovreménnaia revoliútsiia*», *Nóvaia Zbizn*, 15 noviembre, 1917, p. 1.
- *Materialy dliá biográfii M. Bakúnina.* 3 vols., Moscú, 1923-1933.
- Possé, V. A. *Kaková dolzhna byt programma rússkij proletáriev?* Ginebra, 1905.
- *Moi zbiznennyi put: dorevoliútsiionnyi period (1864-1917 gg.).* Moscú y Leningrado, 1929. Memorias de un destacado «marxista legal», que se convirtió al sindicalismo antes de la revolución de 1905.
- *Rabóchie stachki: ócherki.* San Petersburgo, 1906. Una serie de folletos de Possé, con el título general de *Biblioteka rabóchego.*
- *Uchredítenoe sobránie.* Petrogrado, 1917.
- *Vospominánia V. A. Possé (1905-1917 gg.).* Petrogrado, 1923. Una versión condensada de *Moi zbiznennyi put.*
- *Vseobschaia stachka.* Ginebra, 1903.
- Pravda o Kronshtadte.* Praga, 1921. Una importante colección de documentos sobre la insurrección de Kronstadt.
- Prawdin, Michael. *The Unmentionable Nechaev: A Key to Bolshevism.* Londres, 1961.
- Preobrazhénskii, E. A. *Anarjizm i kommunizm.* 2 ed., Moscú, 1921.

- Professionálnoe dvizhénie v Petrograde v 1917 g.: ócherki i materialy.* Leningrado, 1928.
- Protokoly I-go Vserossiiskogo sezda professionálnyj soiúzov tekstilshchikov i fabrichnyj komitétov.* Moscú, 1918.
- Prugavin, A. S. *O Lve Tolstom i o tolstóvtstve.* Moscú, 1911.
- Pújov, A. S. *Kronshchádskii miatezh v 1921 g.* Leningrado, 1931.
- Putilovets na putiá k Oktiabriú: iz istórii «Krásnogo putilovtsa».* Moscú y Leningrado, 1933.
- Pyziur, Eugene. *The Doctrine of Anarchism of Michael A. Bakunin.* Milwaukee, 1955. Una buena exposición de las teorías de Bakunin.
- Rabóchee dvizhénie v 1917 godú.* Eds. V. L. Méller y A. M. Pankrátova. Moscú y Leningrado, 1926.
- Rabóchií kontrol i natsionalizátsiia promyshlennij predpriiáti Petrograda v 1917-1919 gg.: sbórník dokuméntov.* Leningrado, 1947.
- Rádek, Karl. *Anarchismus und Räteregierung.* Hamburgo, s. a.
- *Anarjisty i sovétskaia Rossiia.* Petrogrado, 1918.
- Radkey, Oliver H. *The Agrarian Foes of Bolshevism.* Nueva York, 1958.
- *The Sickle under the Hammer.* Nueva York, 1963.
- Raévskii, M. [L. Físhelev]. *Anarjo-sindikálisty i «kriticheskií» sindikalizm.* Nueva York, 1919. Un importante trabajo del editor de *Golos Trudá*.
- Rafes, M. *Ocherki po istórii «Bunda».* Moscú, 1923.
- ed. *Der yidisher arbeter.* 2 vols., Moscú, 1925.
- Ramus, Pierre [Rudolf Grossmann]. *Viliam Godvin, kak teorétik kommunisticheskogo anarjizma.* Moscú, 1925.
- Rashin, A. G. *Formirovámie promyshlennogo proletariata v Rossii.* Moscú, 1940.
- Rávich-Cherkáskii, M. *Anarjisty.* Járkov, 1929. Una de las mejores historias soviéticas.
- Rech Emília Anri pered sudom.* Ginebra, 1898.
- Rech Matríony Prisiakhniuk v Kievskom voénno-okruzhnom sudé 19-go iúliá 1908 goda.* Nueva York, 1916. Intervención ante el tribunal de una anarco-individualista de Kíev.
- Reed, John. *Ten Days that Shook the World.* Nueva York, 1960.
- Résolutions approuvées par le Congrès Anarchiste tenu à Amsterdam, Août 24-31, 1907.* Londres, 1907. También publicadas en inglés y alemán.
- Revoliútsiia 1917 goda: írónika sobyttií.* 6 vols., Moscú y Leningrado, 1923-1930.
- Revoliútsiia 1905-1907 gg. v Rossii: dokumenty i materialy.* 16 vols., Moscú y Leningrado, 1955-1963.
- Rezoliútsii pérvogo sezda Konfederátsii anarjistskij organizátsii Ukrainy «Nabat».* Buenos Aires, 1923.
- Rezoliútsii sezda imévshogo mesto v górode Briánske s 6-go po 11-oe ávgusta 1918 g.* Moscú, 1918.
- Rimlinger, Gaston V. «Autocracy and the Factory Order in

- Early Russian Industrialization», *Journal of Economic History*, XX (mazo de 1960), 67-92.
- «The Management of Labor Protest in Tsarist Russia, 1870-1905», *International Review of Social History*, v (1960), 226-248.
- Robinnson, Geroid T. *Rural Russia under the Old Regime.* Nueva York, 1957.
- Robitnichii kontrol i natsionalizátsiia promíslovosti na Ukraine: zbirnik dokuméntiv i materiálov.* Kíev, 1957.
- Rocker, Rudolf. *Anarcho-Syndicalism.* Londres, 1938. La mejor obra general sobre el tema.
- *The London Years,* Londres, 1956. Memorias del líder de la Federación Judía de Anarquistas en Londres.
- Rogdáev, N. [N. I. Muzil]. *Internatsionálnyi kongrés anarjístov v Amsterdame.* S. 1., 1907. Informe sobre el Congreso de Amsterdam, de uno de los delegados rusos.
- Románov, F. «Moskóskie tekstilshchiki ot Fevraliá k Oktiabriú», *Voprosy Profdvizhéniiá,* 1935, núm. 7-8, pp. 71-87.
- Rostóvtsev, T. [N. V. Divnogórskii]. *Nasha táktika.* Ginebra, 1907. Las tácticas del grupo *Beznachálie*, expuestas por uno de sus miembros más significado.
- *Za viú zémiú, za vsiú vóliu.* S. 1., ¿1905?
- Rudenko, P. *Na Ukraine: povstánchestvo i anarjicheskoe dvizhénie.* Buenos Aires, 1922.
- Rúdnev, V. V. (V. Barazov, seud.). *Anarjicheskii kommunizm i marksizm.* San Petersburgo, 1906. Una crítica menchevique del anarcocomunismo.
- *Majnovschina.* Járkov, 1928.
- Russell, Bertrand. *Proposed Roads to Freedom.* Nueva York, s. 1. [1919].
- Russia: the Official Report of the British Trades Union Delegation to Russia and Caucasia, Nov. and Dec., 1924.* Londres, 1925.
- The Russian Revolution and the Communist Party.* Berlín, 1922. Publicado también en alemán, en 1921. Una denuncia del régimen bolchevique por cuatro anarquistas de Moscú, evadidos de Rusia en 1921.
- Rússkaia revoliútsiia i anarjizm.* S. 1., 1922.
- Sandomírskii, G. B. *Fashizm.* 2 vols. Moscú, 1923.
- *Plejánov i anarjisty.* Moscú, 1918.
- «Po póvodu stáрого spora», *Kátorga i Sslyka,* 1926, núm. 2, páginas 11-34.
- *Torzhestvo antimilitarizma (K istórii anarjistskogo dvizhéniiá).* Moscú, 1920.
- *V nevole: ócherki i vospominániia.* 3 ed., Moscú, 1923. Memorias de prisión de un conocido anarquista de Kíev.
- ed. *Materialy genuézskei konferétsii.* Moscú, 1922.
- Sazhin, M. P. «Rúskoe y Tsiúrije (1870-1873 gg.)», *Kátorga i Sslyka,* 1932, núm. 10, pp. 25-78.

- Sbornik dekrétov i postanovlenii po narodnomu joziaistvu (25 oktiabriá 1917 g. - 25 oktiabriá 1918 g.)*. Moscú, 1918.
- Scalapino, Robert A. y George T. Yu. *The Chinese Anarchist Movement*. Berkeley, 1961.
- Schapiro, Leonard. *The Communist Party of the Soviet Union*. Nueva York, 1960. La mejor historia general sobre el tema.
- *The Origin of the Communist Autocracy*. Cambridge, Mass., 1956. Una obra destacable.
- Scheibert, Peter. *Von Bakunin zu Lenin: Geschichte der russischen revolutionären Ideologien, 1840-95*. Parte 1, Leiden, 1956.
- Schépetev, A. «Sovreménnyí anarjizm i klássovaia tochka zréniia», *Rússkoe Bogatstvo*, 1907, núm. 1, pp. 114-148.
- Schwarz, Solomon. «Betriebsräte und Produktionskontrolle in Russland», en *Die sozialen Probleme des Betriebes*, ed. Heinz Pothoff, Berlín, 1925.
- Sefer Biale-Podlaske*. Tel Aviv, 1961.
- Serge, Victor. *L'Ain I de la révolution russe*. París, 1930. (Hay traducción castellana: *El Año I de la Revolución Rusa*. Madrid, 1972).
- *Mémoires d'un révolutionnaire*. París, 1951. Hay una buena traducción inglesa (1963, ligeramente resumida) de estas atractivas Memorias.
- *Russia Twenty Years After*. Nueva York, 1937.
- Shatílova, T. *Fabzavkomi i profsoiúzy v 1917-1918 gg.* Leningrado, 1927.
- Shatz, Marshall S. «Anti-Intellectualism in the Russian Intelligentsia: Michael Bakunin, Peter Kropotkin, and Jan Waclaw Machajski», trabajo para la obtención del diploma, Russian Institute, Columbia University, 1963.
- Shliápnikov, A. G. *Semmádsatyi god*. 4 vols., Moscú, 1923-1931.
- Shlossberg, D. «Vseóbschaia stachko 1903 g. na Ukraine», *Istóriia Proletariata SSSR*, VII (1931), 52-85.
- Shub, David. «Kropotkin and Lenin», *Russian Review*, XII (octubre de 1953), 227-234.
- *Lenin*. Nueva York, 1948.
- Simmons, Ernest J. *Leo Tolstóy*. Boston, 1946.
- Soiuz S-R Maksimalístov. *O rabóchem kontrole*. Moscú, 1918.
- Sorel, Georges. *Reflections on Violence*. Glencoe, Ill., 1950.
- Souchy, Augustin. *Wie lebt der Arbeiter und Bauer in Russland und in der Ukraine?* Berlín, s. l. [¿1921?] ]
- Spektórkii, E. V. «Russkii anarjizm», *Rússkaia Mys'*, 1922, núm. 1-2, pp. 230-253.
- Stanislav [A. Vólskii - A. V. Sokolov]. *Teóriia i práktika anarjizma*. Moscú, 1906.
- Steklov, Iu. M. *Mijaíl Aleksándronich Bakunin: ego zhizn i deiatelnost, 1814-1876*. 4 vols., Moscú, 1926-1927. La biografía más importante de las editadas en Rusia.
- Stirner, Max [Johann Kaspar Schmidt]. *Der Einzige und sein*

- Eigenthum*. Leipzig, 1845. Un libro de gran influencia, del teórico alemán del anarquismo individualista.
- Strélskii, P. [V. Iu. Lavrov]. *Nóvaia sekta v riadaj sotsialístov*. Moscú, 1907.
- Sujánov, N. N. [Himmer]. *The Russian Revolution, 1917*. Nueva York, 1955. Una traducción abreviada de los cuatro volúmenes de memorias *Zapiski o revoliútsii*, Petrogrado y Moscú, 1922-1923.
- Sviatlovskii, V. V. *Ocherki po anarjizmu*. Petrogrado, 1922.
- Svoboda i trud: anarjizm-sindikalizm*. San Petersburgo, 1907. Una colección de artículos sobre el sindicalismo.
- Svobodnoe trudovoe vospitánie: sbórník statéi*. Ed. N. K. Lebedev. Petrogrado y Moscú, 1921.
- Syrkin, L. N. *Majáevschina*. Moscú y Leningrado, 1931.
- Táktica, fortifikatsiia i prigotovlénie vzrychatyj veschestv. ¿Ginebra?*, 1907. Instrucciones de Rostóvtsev sobre la fabricación de artefactos explosivos.
- Téper (Gordeev), I. *Majnó*. Kíev, 1924.
- Tiurin, S. P. «Otezd P. A. Kropótkina iz Anglii v Rossíiu i ego pisma», *Na Chuzhói toroné*, 1924, núm. 4, pp. 216-238.
- Tokmakoff, George. «Stolypin's Assassin», *Slavic Review*, XXIV (Junio de 1965), 314-321.
- Tolstáia, A. *Otets: zhizn Lya Tolstogo*. 2 vols., Nueva York, 1953.
- Treadgold, Donald W. *Lenin and His Rivals: The Struggle for Russia's Future, 1898-1906*. Nueva York, 1955.
- Trétia vserossíiskaia konferéntsia professionalnyj soiúzov, 3-11 iúliia (20-28 iúnia st. st.) 1917 g.* Moscú, 1927.
- Trotsky, Leon. *The History of the Russian Revolution*. 3 vols. en 1, Ann Arbor, Mich., 1957. (Hay traducción al castellano: *Historia de la Revolución Rusa*. Madrid, 1973).
- *Mein Leben*. Berlín, 1930. (Hay traducción al castellano: *Mi vida*. Madrid, 1972).
- Trus, A. y J. Cohen. *Breynsk: sefer ha-zijeron*. Nueva York, 1948.
- Tseitlin, D. A. «Fabrichno-zavodskíe komitety Petrograda v fevraléoktiobre 1917 goda», *Voprosy Istórii*, 1956, núm. 11, pp. 86-97.
- Tsereteli, I. G. *Vospominániia o fevral'skoi revoliútsii*. 2 vols. en 1, París, 1963.
- Tsyperóvich, G. V. *Sindikaty i tresty v Rossii*. 3 ed., Petrogrado, 1920.
- Tucker, Benjamin R. *Instead of a Book*. 2 ed., Nueva York, 1897.
- Tugán-Baranóvskii, M. I. *Rússkaia fábrica v próshlom i nastoiáshchen*. 3 ed., San Petersburgo, 1907.
- Ulam, Adam B. *The Bolsheviks*. Nueva York, 1965. Un agudo estudio. (Hay traducción al castellano: *Los bolcheviques*. Barcelona, 1967).
- *The unfinished Revolution*. Nueva York, 1960.

- Urussov, S. D. *Memoirs of a Russian Governor*. Londres y Nueva York, 1908.
- Utechin, S. V. «Bolsheviks and their Allies after 1917: The Ideological Pattern», *Soviet Studies*, X (Octubre de 1958), 114-135.
- «The 'Preparatory' Trend in the Russian Revolutionary Movement in the 1880's», *Soviet Affairs*, núm. 3, 1962, pp. 7-22.
- Velikaia Oktiábrskaia sotsialisticheskaia revoliútsiia: dokumenty i materialy*, 10 vols., Moscú, 1957-1963.
- Velikaia Oktiábrskaia sotsialisticheskaia revoliútsiia: jronika so-bytii*. 4 vols., Moscú, 1957-1961.
- Vélijov, L. *Sravnitelnaia tablitsa rússkij političeskij partii*. Petrogrado, 1917.
- Velikii ópyt*. S. l., s. a. Panfleto anarquista de crítica al régimen bolchevique.
- Venturi, Franco. *Roots of Revolution*. Nueva York, 1960. Un estudio exhaustivo del movimiento populista.
- Vetrov, A. «Próshloe i nastioáschee anarjizma», *Fákel*, 1907, vol. 2, 163-190.
- Vizetelly, Ernest Alfred. *The Anarchists: their Faith and their Record*. Londres, 1911.
- Vmesto programmy: rezoliútsii I i II Vserossiiskij konferéntsii anarjostindikalístov*. Berlín, 1922.
- Volin (Voline) [V. M., Eijenbaum]. *Le Fascisme rouge*. París, ¿1934?
- *Raziasnéie*. París, 1929.
- *Revoliútsiia i anarjizm (sbórník statéi)*. ¿Járkov?, 1919. Una selección de artículos y editoriales de Volin en *Golos Trudá*.
- *La Révolution inconnue (1917-1921)*. Importante obra de un significado anarquista ruso. Una parte considerable del libro fue traducida al inglés: *Nineteen-Seventeen: the Russian Revolution Betrayed*, y *The Unknown Revolution* (Nueva York y Londres, 1954-1955).
- *Stijotvoréniiia*. París, 1927.
- *La véritable révolution sociale*. París, 1935.
- Von Laue, Theodore H. «Factory Inspection under the Witte System, 1892-1903», *American Slavic and East European Review*, XIX (octubre de 1960), 347-362.
- «Russian Peasants in the Factory, 1892-1904», *Journal of Economic History*, XXI (marzo de 1961), 61-80.
- Vséobschaia stachka na iuge Rossii v 1903 godú: sbórník dokumentov*. Moscú, 1938.
- Vserossiiskii sez'd predstavitelei rabóchij zavódog i uchredénii Morskogo védomstva*, 1-i. Petrogrado, 1917.
- Witte, S. Iu. *Vospominániiia*. 2 vols. Berlín, 1922.
- Wolfe, Bertram D. *Three Who Made a Revolution*. Nueva York, 1948.
- Woodcock, George, *Anarchism: A History of Libertarian Ideas*

- and Movements*. Nueva York, 1962. Una amplia y lúcida historia; la mejor introducción al tema.
- e Ivan Avakumovic. *The Anarchist Prince*. Londres, 1950. La mejor biografía de Kropotkin.
- Woytinsky, W. S. *Stormy Passage*. Nueva York, 1961.
- Yarmolinsky, Avrahm. *Road to Revolution*. Londres, 1957.
- Yelensky, Boris. *In the Struggle for Equality: The Story of the Anarchist Red Cross*. Chicago, 1958.
- Zabrézhnev, V. *Ob individualistichskom anarjizme*. Londres, 1912.
- Zadachi sotsiálnoi revoliútsii*. S. l. [¿París?], s. f.
- Zagorsky, S. O. *La République des Soviets*. París, 1921.
- Záiat, S. *Kak muzhiki ostalis bez nachalstva*. Moscú, 1906.
- Zaiavlénie pered sudom Zhorzha Etevana*. Ginebra, 1903.
- Záitsev, D. «Marksizm i majáevschina», *Obrazovánie*, 1908, núm. 3, pp. 35-71.
- Zalézhskii, V. *Anarjisty v Rossii*. Moscú, 1930. Un tendencioso estudio sobre los anarquistas rusos, escrito por un historiador
- Zénker, E. V. *Anarjizm: istóriia i kritika anarjčeskij uchénii*. Moscú, 1906.
- Zévaès, Alexandre. *Histoire du socialisme et du communisme en France de 1871 à 1947*. París, 1947.
- BOLETINES, DIARIOS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS
- Amerikánskie Izvestiia*. Nueva York, 1920-192...?
- Anarjčeskie Organizátsii: Pámiaiti Petrú Alekzéevicha Kropót-kina*. Moscú, 1921. Número único, 8-13 de febrero, dedicado al fallecimiento de Kropotkin.
- Anarjčeskii Vétnik*. Berlín, 1923-1924.
- Anárjiiia*. Moscú, 1918: Órgano de la Federación Moscovita de Grupos Anarquistas. Moscú, 1919: Órgano de los anarquistas clandestinos. Buenos Aires, 1930: Publicado por el grupo *Delo Trudá* en Suramérica.
- Anarjst*. Ginebra, 1907; París, 1908-1910: Editado por German Askárov. Rostov na/Donú, 1917: Órgano de la Federación de Anarquistas-Comunistas del Don.
- Der Arbayer Fraynd*. Londres, 1885-1960. Órgano de la Federación Judía de Anarquistas; editado por Rudolf Rocker y otros.
- Bez Ruliá*. París, 1908. Apareció un solo número (septiembre).
- Bezvlástie*. Járkov, 1918: Revista de la Asociación de Anarquistas de Járkov, Luga, 1921: Órgano de los anarquistas de Luga.
- Biulletén Initsiatívnoi Gruppy Anarjistskoi Molodiózhi Ukrainy «Nabat»*. ¿Járkov?, 1919.
- Biulletén Kievskoi Gruppy Anarjistskoi Molodiozhi*. Kiev, 1920.
- Biulletén Osvedomitelnogo Biuró Anarjstov Rossii*. Járkov, 1917.

- Bulletin du Congrès Anarchiste International*. Londres, 1914. Editado por Aleksander Schapiro.
- Bulletin of the Joint Committee for the Defense of Revolutionists Imprisoned in Russia*. Berlín, 1923-1926.
- Bulletin of the Relief Fund of the International Working Men's Association for Anarchists and Anarcho-Syndicalists Imprisoned or Exiled in Russia*. Berlín, París, 1926-1932.
- Buntar*. París, 1906; Ginebra, 1908-1909. Editado por Iuda Grossman, Roschin y otros.
- Buntovschik*. Tomsk, 1918.
- Burevéstnik*. París, 1906-1910: Editado por Maksim Raévskii y Nikolái Rogdáev; la principal revista de la emigración de los anarquistas rusos en los años posteriores a 1905. Petrogrado, 1917-1918: Órgano de la Federación de grupos anarquistas de Petrogrado. Odessa, 1920. Nueva York, 1921-1922.
- Chórnnoe Znamia*. Ginebra, 1905: Un solo número (diciembre); órgano del grupo *Chórnnoe Znamia* en la emigración. Vladivostok, 1918: Órgano de la Unión de Revolucionarios anarco-comunistas de Vladivostok.
- The Clarion*. Nueva York, 1932-1934. Editado por Abba Gordin.
- Delo Trudá*. París, Chicago, Nueva York, 1925-1939. Editado por Piotr Arshínov y después por Grigorii Maksimov.
- Delo Trudá Probuzhdenie*. Nueva York, 1940. Surgido de la fusión entre *Delo Trudá* (Nueva York) y *Probuzhdenie* (Detroit); editado por Maksimov hasta 1950.
- Fraye Arbeter Shtime (Freie Arbeiter Stimme)*. Nueva York, 1890.
- Dos Fraye Vort*. Buenos Aires, 1956.
- Golos Rewolucyjny*. Varsovia, 1906. Publicado por la Federación de Grupos Anarquistas «La Internacional» de Varsovia.
- Golos Anarjii*. Sarátov, 1917. Órgano de la Asociación Libre de Grupos Anarquistas de Sarátov.
- Golos Anarjista*. Ekaterinoslav, 1918. Editado por Piotr Arshínov y otros.
- Golos iz Podpólia*. Argentina [¿Buenos Aires?], 1930-1931.
- Golos Ssylnyj i Zakliuchónnyj Rússkij Anarjstov*. Nueva York, 1913-1914. Órgano de la Cruz Roja Anarquista de Nueva York.
- Golos Trudá*. Nueva York, 1911-1916: Órgano de la Unión de Trabajadores Rusos en los Estados Unidos y Canadá. Petrogrado, Moscú, 1917-1918. Órgano de la Unión de Propaganda Anarco-Sindicalista. Un número en forma de revista fue publicado en Petrogrado y Moscú en diciembre de 1919.
- Golos Trúzbénika*. Chicago, 1918-1927. Una publicación de la IWW. Editado durante cierto tiempo por Maksimov.
- Izvéstii VTsIK* (inicialmente *Izvéstii Petrográdkogo Soveta e Izvéstii TsIk*). Petrogrado, Moscú, 1917.
- Jleb i Volia*. Ginebra, 1903-1905: La primera revista del movimiento anarquista de Rusia. París, 1909: Un número (número 1-2, marzo-julio). Nueva York, 1919: Órgano de la Unión de Obreros Rusos.

- K Svetu*. Járkov, 1918-1919. Órgano de la Asociación Anarquista de Járkov.
- Klich Anarjstov*. Nueva York, 1921. Un solo número (mayo), dedicado a la memoria de Kropotkin.
- Kommuna*. Kronstadt, 1917. Órgano de la Federación de Anarco-Comunistas de Petrogrado.
- Listki «Jleb i Volia»*. Londres, 1906-1907. Continuación de *Jleb i Volia*, editado por el círculo de Kropotkin.
- Listok gruppy Beznachálie*. París, 1905. Órgano del grupo *Beznachálie* de Bidbéi.
- Maksimalist*. Moscú, 1918-1921. Órgano de la Unión de los SR Maximalistas.
- Man: A Journal of the Anarchist Ideal and Movement*. San Francisco, 1933-1940.
- Metallist*. Petrogrado, 1917-1919.
- Mólot*. París, ¿1912? Órgano del Grupo de Socialistas Libres. Sólo apareció un número.
- Moskóvskii Metallist*. Moscú, 1917-1918.
- Mother Earth*. Nueva York, 1906-1918. Editado por Emma Goldman.
- Nabat Járkov*. Elizavetgrad, Odessa, Guliái-Pole, 1917-1920: Órgano de la Confederación *Nabat* de Ucrania. Otros números de *Nabat* aparecieron en Ginebra, 1916, y Altai, 1920.
- Naródnaiá Mysl*, S. 1., 1950-1953. Publicación anarquista mimeografiada mensual.
- New Trends*. Nueva York, 1945-1946. Editado por Aleksandr Schapiro.
- Novyi Mir*. París, 1905. Editado por Novomírskii; sólo apareció un número (15 de octubre).
- Nóvyi Put*. Petrogrado, 1917-1918. Revista mensual del Consejo Central de Comités de Fábrica.
- Osvobozhdenie Profsoiuzov*. París, 1928.
- Pochín*. Moscú, 1923.
- Pravda*. Petrogrado, Moscú, 1917.
- Probuzhdenie*. Detroit, 1927-1939.
- Prótiv Techéniiá*. San Petersburgo, 1907. Editado por Evgénii Lozínskii.
- Put k Svobode*. Ginebra, 1917: Publicación del Grupo Anarco-Comunista de Zurich y Ginebra (Grossman-Roshin, Orgiani y otros); sólo apareció un número (mayo). Guliái-Pole, 1919-1920. Órgano del Ejército Insurgente de Ucrania.
- Rabochaia Mysl*. Nueva York, 1916-1917: Revista de la Unión de Obreros Rusos. Járkov, 1917: Publicación anarco-sindicalista.
- Rabochaia Revoliútsiia*. Moscú, 1918. Escrita por A. Vólskii (Waclaw Machajski); sólo apareció un número (junio-julio).
- Rabóchee Známiá*. Lausana, 1915.
- Rabóchii Mir*. Zurich, Londres, 1912-1914.
- Rabóchii Put*. Berlín, 1923. Revista anarco-sindicalista.

- Rabóchii Zágovor*. S. I. [Ginebra], 1907. Escrito por Machajski; se publicó un número de 83 páginas (septiembre-octubre).
- Rassvet*. Nueva York, Chicago, 1924-1937.
- Récb*. San Petersburgo, 1906-1917.
- Revoliutsiónnoe Tvórchestvo*. Moscú, 1918.
- The Road to Freedom*. Stelton, Nueva Jersey; Nueva York, 1924-1932.
- Sotsialísticheskii Véstnik*. Berlín, París, Nueva York, 1921.
- Svoboda*. Kíev, 1919. Revista de la Asociación de Anarquistas libertarios de Kíev. Un solo número apareció en septiembre.
- Svobódnoe Obschestvo*. Nueva York, 1920-1921.
- Svobódnoe Slovo*. Christchurch, England, 1901-1905. Revista tolstoíta; editada por Vladímir Chertkov.
- Der Syndikalist*. Berlín, 1918-1933.
- Trud i Vólia*. Moscú, 1919. Órgano de la Unión de Anarquistas-Sindicalistas-Comunistas.
- Trudováia Respúblíka*. Londres, 1909.
- Universal*. Moscú, 1920. Órgano de los Anarco-Universalistas.
- V Pómosch — Der Hilf-Ruf*. Londres, 1911-1912. Órgano de la Cruz Roja Anarquista en Londres; editado por Rocker, en ruso y yiddish.
- Véstnik Anárjii*. Briansk, 1918. Órgano de la Federación de Anarquistas de Briansk.
- Vilna Gromada*. S. I. [¿Nueva York?], 1922. Órgano de los Anarco-Comunistas de Ucrania.
- Vólia Ukráini*. Newark, Nueva Jersey, 1923.
- Volná*. S. I. [Nueva York], 1920-1924.
- Vólnaia Mysl*. Buenos Aires, 1932.
- Vólnaia Vólia*. Moscú, 1903.
- Vólnaia Zhizn*. Moscú, 1919-1921. Órgano de la Federación Panrusa de Anarquistas-Comunistas de Karelin.
- Vólnyi Golos*. Elizavetgrad, 1919.
- Vólnyi Golos Trudá*. Moscú, 1918. Publicación anarco-sindicalista editada por Maksímov y otros.
- Vólnyi Kronshtadt*. Kronstadt, 1917.
- Vólnyi Rabóchii*. Odessa, 1906. Publicado por Novomírskii; un solo número (25 de diciembre).
- Zsberminal*. Londres, 1900-1912. Revista teórica mensual de la Federación Judía de Anarquistas; editada por Pocker.

